

José Lamarque de Noyoa



POESÍAS LÍRICAS



1895

~~198~~

~~_____~~

~~14-6-5~~

~~1689~~

10.9.4

6563

POESÍAS LÍRICAS

*A la Real Academia
de la Historia*

El Autor

~~~~~  
Esta obra no se vende.

*Tirada de cuatrocientos ejemplares.*

—————  
EJEMPLAR NÚM. 135

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA



# POESÍAS LÍRICAS

CON UN PRÓLOGO

DE

FERNANDO DE GABRIEL Y RUIZ DE APODACA



---

---

**SEGUNDA EDICIÓN**

AUMENTADA CON LAS INÉDITAS

---

---

SEVILLA

Imprenta de E. RASCO, Bustos Tavera, 1

1895



# PRÓLOGO





## PRÓLOGO <sup>(\*)</sup>



DIOSAMENTE la centralización que, en-  
tronizada en la vecina Francia al ex-  
pirar el pasado siglo y en los albores  
del presente por la tiranía revolucio-  
naria y el despotismo napoleónico,  
ha sido después importada entre nosotros, no ha lo-  
grado aún, ni creo que logrará en mucho tiempo,  
concluir con la fisonomía particular y la existencia  
autonómica de las diferentes porciones que constitu-  
yen nuestra España. Si el régimen á que aludo puede  
ser conveniente y aun necesario en el terreno de la  
política, y hasta determinado punto, y sólo hasta  
determinado punto, en el administrativo, indudable-  
mente es dañoso y de funestos resultados si se le  
considera bajo el punto de vista científico, literario

---

(\*) No obstante que el presente prólogo fué escrito para la primera edición de estas poesías, el autor de ellas se complace en reproducirlo en ésta, como homenaje y recuerdo á la memoria de su buen amigo el excelente poeta y distinguido literato Excmo. Sr. D. Fernando de Gabriel.

y artístico; como que tiende á matar todo vuelo de la imaginación, todo arranque de la inteligencia, todo generoso estímulo que no tomen como punto de partida el centro consagrado de todo saber, que no se concibe pueda ser otro que la capital del Estado, ó no vayan á recibir en él la sanción, si así puede decirse, oficial, y merced á la que ya es lícito á presentes y venideros aplaudir y admirar lo que sin tan imprescindible requisito apenas se juzgaría digno de ocupar ni por un breve instante la atención pública.

Sistema tan absurdo y esterilizador, y que á la larga practicado no es posible que deje de dar amargos frutos en todo país, daríalos aun más lastimosos, si llegará á arraigarse, en el nuestro, donde por carácter y por antecedentes históricos tanta y tan poderosa vitalidad conservan todavía las más cultas é importantes ciudades que de él forman parte, y que, célebres ya en las artes, ya en las letras, ya en las ciencias, ya en unas y otras, sería por demás sensible que, sucumbiendo bajo el rodillo nivelador, y abdicando toda gloriosa aspiración, dieran al olvido sus preciadas tradiciones y se resignasen á ser frías y humildes espectadoras del movimiento intelectual en el centro geográfico de la Nación. Concretándose á Sevilla, donde este libro se da á la estampa, y á la parte poética, á que él pertenece, sería por extremo doloroso que la ciudad que vió florecer á Al-Motadid y á Ibn-Said, á los líricos doblemente excelsos de la regia estirpe de los Abbadidas y á tantos otros cantores, honor de la Es-

pañá árabe; que escuchó después entusiasmada las sublimes inspiraciones de Herrera y de Rioja, y los claros acentos de Jáuregui, Arguijo, Alcázar, Cetina y otros no menos dignos de recuerdo; y, finalmente, que vió no há mucho renovada su gloria por los Listas y Reinosos, los Arjonas y Blancos, los Castros y Roldanes, dejara de abrigar dentro de sus muros en la época presente á poetas dignos de continuar su espléndida historia literaria. Mas como esto no podía ser, no ha sido, y no pocos nombres de verdaderos y eminentes vates son prueba irrecusable de que el genio vivificador que tanto elevó en el concepto de propios y extraños á la célebre metrópoli andaluza, no sólo no se ha extinguido, sinó que, alzándose pujante y lleno de vida, alcanza cada día nuevos triunfos, y ciñe con nuevos laureles la tantas veces laureada frente de la reina del Guadalquivir.

Entre ellos figura con justicia el del poeta á cuyas composiciones tengo el grato deber, impuesto por la cariñosa amistad que á él me une, de escribir un prólogo, y no he de menester repetirlo yo, cuando ya la portada ha dicho al lector que en este libro se contienen las producciones de D. José Lamarque de Novoa.

Una rápida ojeada sobre ellas basta para dar á conocer su espíritu y tendencias. Uno y otras son tan rectos como genuinamente españoles. El santo amor á la Religión y á la Patria, tan aunados en nuestro suelo; la lealtad monárquica, timbre esclarecido de esta tierra de España, donde, según la exacta

y conmovedora frase de un orador célebre en el seno de la Representación nacional, han pasado quince siglos gritando *¡Viva el Rey!*; el más acendrado cariño á cuanto constituye el hogar doméstico, base firmísima de nuestra sociedad; los impulsos de la amistad más generosa, que, con raras excepciones, tan poderosos han sido siempre entre los vates con que se honra nuestra Nación, y muy en particular Sevilla, hé aquí los móviles á que más principalmente obedece y los objetos que con más predilección canta el poeta cuyas composiciones forman el presente libro.

En cuanto á la forma en que las inspiraciones de Lamarque han sido expresadas, basta también abrir su colección á la ventura, para comprender que el poeta es verdaderamente digno de este nombre. Frase tan correcta y castiza como pudiera desear el más ardiente y entusiasta partidario de la inmortal Escuela Sevillana, la más pura y noble en su dicción de cuantas ilustran nuestro Parnaso; versificación flúida y sonora siempre, grandilocuente y majestuosa cuando la gravedad y la elevación del asunto lo exigen, blanda y apacible cuando la llaneza de éste ó la dulzura de los sentimientos que la inspiran así lo requieren; maestría grande en el modo como los asuntos son tratados; facilidad en el manejo de los diferentes metros y en el cultivo de los distintos géneros, hé aquí las dotes que avaloran las poesías de Lamarque.

Si el lector quiere tomarse la molestia de comprobar conmigo la exactitud de cuanto acabo de afir-

mar, y prefiere, lo cual le aconsejo que no haga, detenerse algunos momentos más en el prólogo, á anticiparse el placer de gustar por sí mismo las bellezas que he enumerado, fíjese conmigo, entre otras que pudiera elegir, en la poesía *Á LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA EN MONTSERRAT*, justamente laureada en público certamen por la Academia Bibliográfico-Mariana. Pocas composiciones pueden ser más dignas del honor que á ésta cupo. Constituye un pequeño poema, en el cual se reúnen y compendian, por decirlo así, todas las más distinguidas prendas literarias que á su autor enaltecen. La invocación es bellísima; en ella se revela ardorosa y entusiasta la fe del poeta, fe á la cual puede sin duda aplicarse en esta ocasión aquel feliz apóstrofe de un preclaro representante de la moderna Escuela Sevillana, D. Juan Justiniano, cuando en su comenzado poema *Hernán Cortés* exclama dirigiéndose á la Fe cristiana:

Y abrazada á la Cruz corres á ciegas  
Y á puertos siempre y á ciudades llegas.

Con el sentimiento religioso, que á tan buen puerto conduce á nuestro poeta, únese en la invocación otro sentimiento igualmente poderoso, como ya he hecho observar, en su corazón, el del amor patrio, y no son menos felices los versos que á expresarlo consagra. Los que afectando despreciar la forma, que en la poesía es á la par el pulimento y el precioso y artístico engarce que hacen lucir en todo su esplendor la belleza del pensamiento, joya riquísima del arte, pretenden que la bondad de aqué-

lla sólo se alcanza á expensas de éste, y quieren presentar como premiosas y destituídas de espontaneidad las composiciones adornadas de cualidad tan importante, tienen ocasión de convencerse de su error leyendo ésta y las demás producciones de Lamarque. Si de buena fe lo hacen y con la misma buena fe revelan la impresión que hayan recibido, habrán de confesar que la forma y el pensamiento se completan y avaloran mutuamente constituyendo dos partes de un todo indivisible, y que sólo quien no merezca el nombre de poeta puede encontrarse embarazado por la frase y la versificación al trasladar al papel sus concepciones. ¡Desdichado el poeta que se vea obligado á sacrificar el pensamiento á la forma, y tenga que andar rebuscando frases para expresarlo, ó que inclinar humilde la frente ante la absurda tiranía del consonante! ¡Desdichado á su vez el crítico que al juzgar una obra poética se empeñe en rebajar y encontrar defectos á la forma, precisamente por ser buena, y la moteje de amanerada y relamida, sin serlo más que en su imaginación, y no comprenda que el expresarse bien un buen poeta es tan sencillo y natural como el que lo haga en correcto y oportuno lenguaje cualquiera persona bien educada, y en torpes y mal zurcidos términos un rústico grosero! Si sobre ser bueno lo que se dice, se dice bien, tanto mejor; censurarle equivaldría á motejar de poco enérgicas las Filípicas de Demóstenes por no haber usado el gran orador en ellas el *expresivo* lenguaje de un carretero.

Muy lejos me ha llevado esta digresión, no inútil en verdad, de la oda á que me iba refiriendo. Ocupándome de nuevo en su examen, diré, que si la invocación merece elogios, no los merece menos el resto de la poesía. La descripción que en ella se hace de la célebre montaña es un acabado trozo de este género; la historia de la imagen; la evocación de la homérica epopeya de los ocho siglos; la enumeración de los nuevos triunfos que á la excelsa Señora debe España; el triste abandono en que después ha yacido el glorioso santuario; el bello apóstrofe á la Virgen sin mancilla; el recuerdo que en la última parte de éste se consagra al santo huésped del Vaticano; la ferviente aspiración que al terminar expresa el poeta, todo es á cual más digno de encomio, y, perteneciendo á muy distintos géneros, ofrece anchuroso campo, que aquél sabe aprovechar, para que luzcan en todo su brillo las varias dotes que lo distinguen.

¿Adelantaría algo el lector con que yo hiciera detenido análisis de las composiciones todas de este libro? ¿No las tiene á su alcance? ¿Á qué impedirle que por sí mismo las juzgue, sin que yo desflore la virginidad de las impresiones que han de causarle? No haré, pues, tal, y limítome por tanto á indicarle como más dignas de su atención, empresa difícil y muy ocasionada á error tratándose de un libro en que tantas la merecen, las tituladas: Á NUESTRO SANTO PADRE PÍO IX, de tan briosa entonación, y donde bajo tan verdadero colorido aparece el santo,

apacible é indefenso anciano, más fuerte en su aislamiento que sus injustos, encarnizados y prepotentes enemigos; AL INSIGNE PINTOR MURILLO, brillante homenaje rendido al príncipe de los pintores andaluces; AL MAR, que forma noble contraste en uno de sus puntos con la bajo otros conceptos sublime oda de Quintana; ANHELO DEL ALMA, no menos bella y harto más consoladora que la preciosa poesía que con el título de *La última Puerta* forma parte de esa joya de la literatura contemporánea que se llama *Ráfagas poéticas de Aristides Pongilioni*; EL LLANTO DE UNA MADRE, rica de sentimiento é impregnada en el heróico espíritu que animó á los valerosos marinos españoles al acometer bajo los muros del Callao una operación de guerra de cuyo mérito sólo pueden juzgar los que científicamente conozcan la inmensa desventaja que toda escuadra tiene al pelear contra baterías terrestres, por débiles que sean, y harto más siendo tan formidables como en esta ocasión lo eran; EL OTOÑO, cuya lectura hace experimentar al alma todas las suaves emociones y toda la dulcísima tristeza que siempre produce la más poética estación del año; HERO Y LEANDRO, y LA MUERTE DE SAFO, en las cuales evoca Lamarque con elevado estro estas interesantes figuras de la antigüedad griega; Á LAS RUINAS DE ITÁLICA, no indigna ciertamente de su asunto y no menos sentida y melancólica que la del esclarecido vate cuyo recuerdo tan oportunamente traen á la imaginación dos de sus estrofas; Á ERCILIA, bajo cuyo pseudónimo

compréndese desde luego que se oculta el nombre de la inspirada poetisa D.<sup>a</sup> Antonia Díaz, feliz y merecida compañera de su digno cantor, que en las composiciones á ella dedicadas nos da á conocer con sin igual encanto, y con el lenguaje de la más pura y delicada pasión, cómo lo que empezó amistad transformóse después en amor, y en amor que no ha de acabar sinó con la vida.

Mención especialísima también merecen las *Leyendas* que con el título de SUEÑOS DE PRIMAVERA componen, con un precioso ROMANCE HISTÓRICO y un ADIÓS Á LA LIRA, que felizmente quedará sin efecto, la segunda parte de este libro: pues si en las POESÍAS LÍRICAS, que forman la primera, muestra Lamarque la altura á que raya en el género en que más han sobresalido los buenos escritores de la Escuela de Sevilla, en este otro, cultivado con tan feliz éxito por el ilustre Duque de Rivas, honra de la nobleza y de las letras españolas, y por Zorrilla, grande y verdadero poeta, apesar de su voluntario desaliño, muestra dotes nada comunes y reúne á ellas, al propio tiempo que atinado gusto en la elección de los asuntos, gran conocimiento de las épocas en que sus personajes florecieron. Esta clase de composiciones, que, si nuevas en su nombre y en su forma entre nosotros, no lo son, como ha hecho observar un docto crítico al juzgar las del Duque de Rivas, en su índole y esencia, pues concuerdan cuanto es posible con las de nuestro admirable y popular romance, préstanse mucho á que campeen, así

las prendas de narrador que deben adornar al poeta que á ellas se dedique, como su conocimiento del corazón humano y de los resortes que en él hacen dormir tranquilas ó estallar como embravecido volcán nuestras pasiones, y participando á un tiempo mismo de la índole de la poesía lírica, de la novela y aun del drama, ofrecen en cambio no escasa dificultad si ha de conseguirse que el lector halle, además de agrado, verdadero interés en lo que lee. Sin temor de ser desmentido, puede afirmarse que Lamarque ha logrado vencer en las suyas esa dificultad. El injusto sacrificio de los hermanos Carvajales y el pavoroso emplazamiento del Monarca que lo ordenó; los infortunios de la sin ventura Doña Blanca, melancólica é interesantísima figura de la por demás angustiosa época que precedió al reinado de los Reyes Católicos, el más glorioso que registra la historia patria, y que es en ella irrefutable ejemplo de que basta una dirección suprema, inteligente y firme para transformar como por magia el estado de un país y elevarlo desde el abismo de la prostración y la anarquía á la más excelsa cumbre del poder y de la grandeza; los desdichados amores de la angelical Elvira de Ledesma, han hallado en Lamarque felicísimo intérprete, y acaso sea éste el género de poesía en que más sobresalga.

Á riesgo de entrar en un campo vedado, pues mi misión no es otra que escribir un prólogo á las poesías que hoy, y en este volumen, se ofrecen á la consideración pública, voy á dar á conocer dos co-

sas al lector, que creo ha de perdonarme fácilmente, y aun ha de felicitarse de mi intrusión. Es la primera, que no todas las composiciones de Lamarque se contienen en la presente colección; muy en breve otro tomo, formado únicamente de preciosas Baladas, género nacido en otros climas y recientemente importado entre nosotros, ha de aparecer al público para conquistar nuevos plácemes á su autor. Es la segunda, una de dichas Baladas, que, á fin de que los lectores tengan el gusto de saborear desde ahora, avivando su deseo de conocer así mismo las demás, copio á continuación:

## VENGANZA DE UN NOBLE

### BALADA

#### I

Fuése el conde don Ramiro  
Al asedio de Granada,  
Dejando á su esposa amada  
En su castillo feudal.  
Y al partir, «Guarda, le dijo,  
Tu honra más que mi tesoro,  
Que en mucho estimo el decoro,  
Y en muy poco mi caudal.  
»Si aquélla una vez se pierde  
Tarde ó nunca se recobra;  
Mas el vil oro se cobra  
Por la suerte y el valor.

Y al volver aquí triunfante  
De vengar justos agravios,  
Cual hora encuentre en tus labios  
Dulce sonrisa de amor.»

Esto diciendo, el buen Conde  
Montó á caballo ligero,  
Y por agreste sendero,  
Seguido de sus parciales  
Y de sus deudos leales,  
De sus tierras se alejó.

Y la bella castellana  
Perderse en la selva, perderse le vió;  
Y al separarse de la ventana  
Un rayo de gozo, de dicha liviana,  
Su frente inundó.

## II

Tornó el conde don Ramiro  
Victorioso de la guerra;  
Mas al llegar á su tierra  
Con su mesnada leal,  
Tristes nuevas de su honra  
Tuvo, y de su esposa bella,  
Y juró vengarse de ella  
Por traidora y desleal.

Que en su ausencia requirióla  
De amor un noble extranjero,  
Á quien llaman don Gualtero,  
El duque galanteador.  
Y ella, obsequiosa aceptando  
Sus lisonjeros favores,

En más tuvo estos amores  
Que de su esposo el honor.

Ardiendo en ira el buen Conde  
Volvió riendas y, ligero,  
Por ignorado sendero,  
Seguido de sus parciales  
Y de sus deudos leales,  
De sus estados salió.

Y sin perder una hora  
Á Francia atrevido, á Francia llegó:  
Del Duque al castillo se acerca, que honora  
Blasón coronado, y en él vengadora  
Su lanza clavó.

## III

Firme el conde don Ramiro,  
Confiado en su pujanza,  
El día de su venganza  
Mira tranquilo llegar:  
Que audaz su rival odioso  
Retólo á lucha de muerte;  
Mas él en Dios y en su suerte  
Confía para lidiar.

Ya en el palenque se miran;  
Mas el Conde á don Gualtero  
Así le dice altanero  
Á punto de acometer:  
«Para triunfar de las damas  
Sagaz fuisteis y arrojado;  
Probad que sabéis, osado,  
Á los varones vencer.»

Y lanzándose con brío  
Contra su contrario aleve,  
Logró desarmarlo en breve,  
Y á vista de sus parciales  
Y de sus deudos leales  
Por tierra lo derribó.

Y su cabeza cortando,  
De Francia con ella, de Francia partió,  
Asombro á las huestes del Duque inspirando;  
Y el mismo camino, pausado, tomando,  
Á España tornó.

## IV

Llegó el conde don Ramiro  
Macilento á su morada,  
Y á su encuentro, apresurada,  
Acudió la esposa infiel;  
Y sin ver que cauteloso  
Su dolo está comprendiendo,  
Dulce sonrisa fingiendo,  
Los brazos tendió hacia él.

«Aparta, mujer perjura,  
Dice airado, y la rechaza;  
Y pues de engañarme traza  
Te diste, sin fe ni honor,  
Para que sin tregua goces  
De tus viles devaneos,  
Toma, y sacie tus deseos  
Esta prenda de tu amor.»

Y á sus pies, del Duque arroja  
La cabeza ensangrentada;

Y ella trémula, turbada,  
Ante el Conde y sus parciales  
Y ante sus deudos leales  
Casi exánime cayó.

Mas sin piedad el esposo  
Á ocultas prisiones llevarla mandó,  
Do pase su vida sin paz ni reposo:  
Asi don Ramiro, de su honra celoso,  
Su afrenta vengó.

La inserción de tan bella poesía habrá indemnizado al lector, cuya benevolencia sea tanta que haya malgastado su tiempo deteniéndose en el prólogo, de pérdida tan sensible; y para no exponerme de nuevo á incurrir en su desagrado, doy término á estos renglones, no sin expresar antes el gozo que me causa el considerar que, si la manía centralizadora ha privado á Sevilla de que en la célebre Universidad que aleccionó al insigne Arias Montano se llegue al límite oficial del saber, simbolizado en la obtención del primero y más importante de los grados académicos, no ha podido privarla de que, como protesta viva y elocuente, salgan de sus prensas libros que, según lo hace el de Lamarque, vengán á demostrar cuán inextinguible es en ella la savia inspiradora que inmortalizó su nombre al elevar á la más alta gloria los de los padres y fundadores de la esclarecida Escuela Sevillana.

FERNANDO DE GABRIEL.

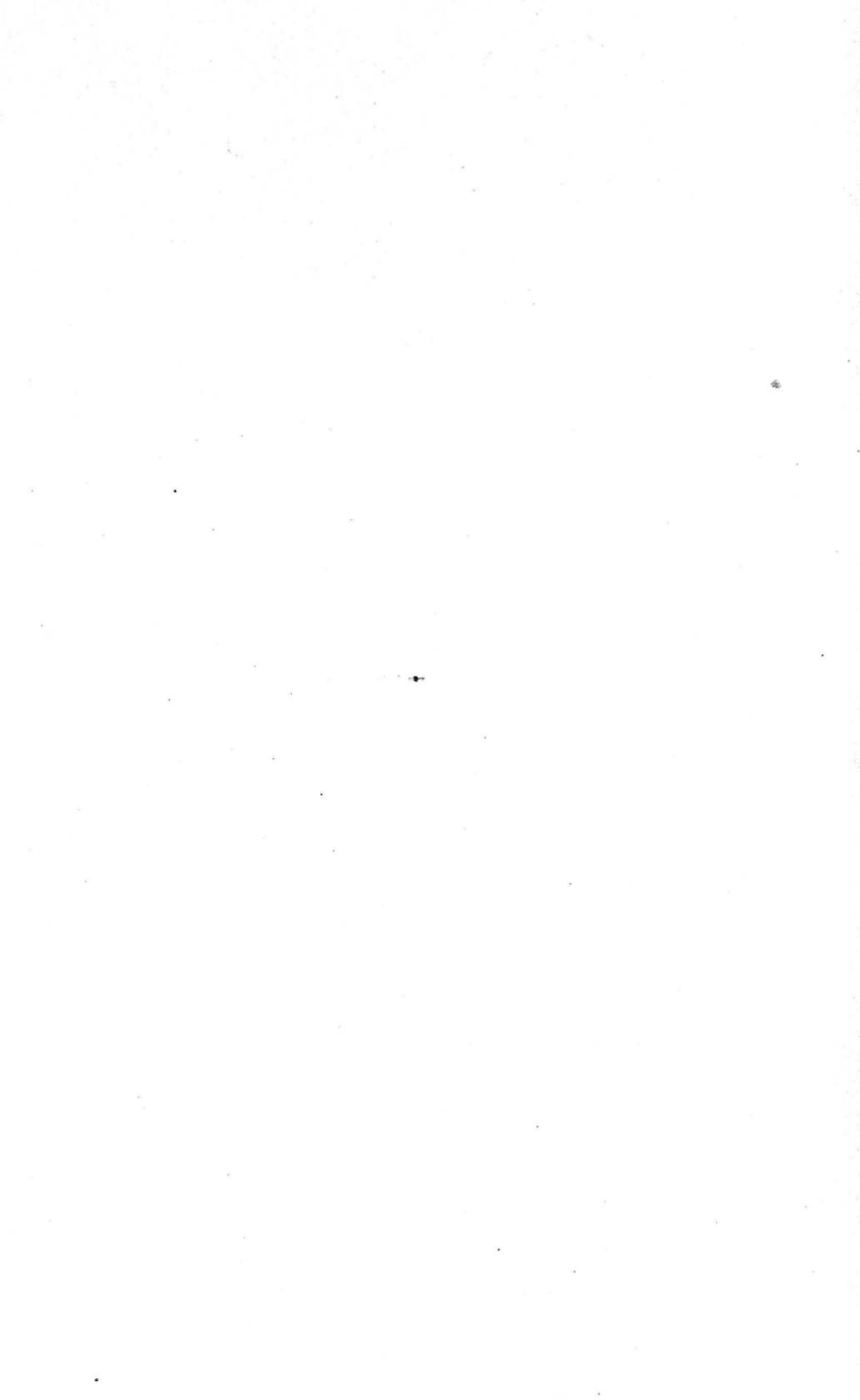




# POESÍAS



# SONETOS





## Á SANTA TERESA DE JESÚS

CUAL de niebla otoñal el denso velo  
Rompe, al nacer, el luminar del día,  
Nubes formando en la región vacía,  
Que fugaces disípanse en el cielo;

Así tú, gran Teresa, en vivo anhelo  
Venciste del error la niebla fría,  
Dándote en galardón la Virgen pía  
Acrecentar los timbres del Carmelo.

La envidia, la calumnia infamadora  
Te atormentaron con horrible saña,  
Declarándote al par guerra traidora:

Mas Dios te prestó aliento en la campaña,  
Y fuiste por su amor, santa Doctora,  
Columna de la Fe, gloria de España.





## Á SANTO TOMÁS DE AQUINO

MÓDELO de virtud y de constancia,  
De elocuencia y verdad astro fecundo,  
Fuente y arcano de saber profundo,  
Italia te aplaudió, te aclamó Francia.

Con inmutable fe, mas sin jactancia,  
En lucha desigual te admiró el mundo  
Triunfante del apóstata iracundo,  
Vencedor de la herética arrogancia.

Así con alto y sin igual renombre,  
Angélico Doctor, brilla tu nombre,  
De la Iglesia inmortal lumbrera y guía;

Y tu santa doctrina vive y crece  
Y al paso de los siglos se engrandece,  
Humillando á la sórdida herejía.





## Á PÍO IX

DE mansedumbre y majestad ornada,  
Pontífice inmortal, alzas la frente,  
Y desde norte á sur, de ocaso á oriente,  
Tu palabra infalible es acatada.

En vano injusto Rey, con mano airada,  
Á tu solio atentar osó impudente;  
De su victoria en pos tiembla, impotente,  
Al leer la piedad en tu mirada.

¡Honor á tí, que, en caridad sublime,  
Opones al agravio la dulzura,  
En tanto que el pesar tu pecho oprime!

Ya el ángel del Señor glorias te augura,  
Mientras eterna inquietud el triunfo imprime  
De tu opresor, en su conciencia impura.





EN LA SENTIDA MUERTE  
DEL EMMO. Y RVMO. SEÑOR  
D. FR. JOAQUÍN LLUCH Y GARRIGA  
CARDENAL ARZOBISPO DE SEVILLA

CATÓLICOS, orad!... Segó la muerte  
Del gran Prelado la preciosa vida,  
Y, de dolor profundo estremecida,  
Llanto del corazón Híspalis vierte.

No ya podrá su labio, mudo, inerte,  
Del triste pecho restañar la herida,  
Ni al pobre, ni á la anciana desvalida  
Prestar alivio en la contraria suerte.

«Dechado, cual Leandro é Isidoro,  
Fué de ciencia y virtud», con vivo anhelo  
Doliente multitud repite en coro:

En tanto que su alma, en raudo vuelo,  
Y envuelta en nubes de amaranto y oro,  
Abrazada á la Fe, se encumbra al Cielo.





## ESPAÑA EN 1871

ARDIENDO en ira, é inundada en llanto,  
España al ver sus ínclitos pendones  
Hollados en las líbicas regiones,  
Y mirando de América el quebranto;

«¿Do están, grita, mis héroes de Lepanto,  
De San Quintín y Otumba mis legiones,  
Que con noble valor á otras naciones  
Llevaron la victoria y el espanto?»

Mas loca orgía su clamor insulta,  
Y de rabia y pesar la faz inclina  
Y bajo el manto con rubor la oculta.

Gozad, *héroes* de Cádiz, ya declina  
Su cetro España ante la Europa culta:  
Aumentad, si podéis, tanta rüina.





## Á ESPAÑA

EN LA RESTAURACIÓN DE D. ALFONSO XII

JUGUETE vil de míseras pasiones  
Inclinabas la faz entristecida,  
Y eras, España, ayer presa escogida  
Para saciar bastardas ambiciones.

Sin norte y sin bandera tus legiones,  
Sangre vertiendo en lucha fratricida,  
Y á imbéciles magnates sometida,  
Muerta ya te juzgaron las naciones.

Tal de *honra* al grito la contraria suerte  
Cercó tu sien de tan funesta gloria,  
Que el mundo apenas pudo conocerte:

Mas hoy alcanzas singular victoria;  
Que del egregio Alfonso el alma fuerte  
Con lauros mil acrecerá tu historia.





## LA VERDADERA DICHA

LA loca vanidad, ciega, pretende  
Dichas brindar con su oropel al mundo,  
Y del humano pecho en lo profundo  
Ansia de gloria y de dominio enciende.

De triunfos afanoso, el hombre extiende  
De la guerra el azote furibundo;  
Y ante el poder, en bienes infecundo,  
Honor, virtud, y hasta conciencia vende.

¡Mísero afán!... Ni aun sombra de ventura  
La gloria y el poder dan á su anhelo,  
Que es la ambición venero de amargura.

Sólo auroras de paz y de consuelo  
Al corazón magnánimo asegura  
La santa Caridad, hija del Cielo.





## Á S. M. EL REY D. ALFONSO XII

DESPUÉS DE LA PAZ

**E**STRAGO y luto en la española tierra  
El odio vil y la ambición sembraban,  
Y por montes y valles resonaban  
El trueno del cañón, la voz de «Guerra.»

Del Pirineo en la elevada sierra,  
Del Ebro al mar, mil ayes se escuchaban  
Ante las hordas que abatir ansiaban  
Cuanto de grande la Nación encierra.

Mas tú, Alfonso, apareces: nueva gloria  
Presiente España con que al mundo asombre,  
Digna de tu reinado y de su historia:

Que si bastó tu esclarecido nombre  
Para afirmar la paz con la victoria,  
Tú le devolverás su alto renombre.





Á S. M. LA REINA

## DOÑA ISABEL DE BORBÓN

CUANDO la Patria en funeral tristura,  
Por fiero despotismo subyugada,  
Vióse del mundo entero despreciada  
Y cubierta de oprobio y de amargura,

Recobró á vuestro nombre su bravura;  
El sol brilló de libertad ansiada;  
Y por vos, Reina augusta, respetada  
Tornóse á ver, y en envidiable altura.

Émula digna de Isabel primera,  
En trance de honra, «Mi fortuna entera  
Cedo al país», dijeron vuestros labios.

Ella abatió la rebelión odiosa...  
Vos, Señora, benigna y generosa,  
Devolvísteis mercedes por agravios.





EN LA PREMATURA MUERTE  
DE S. M. LA REINA  
DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES

NO existe ya... La que en gozoso anhelo,  
De juventud radiante y de hermosura,  
Iberia miró ayer ciñendo pura  
Corona de azahar y blanco velo;

La que de damas fué digno modelo,  
La que del Trono al compartir la altura  
Fué del pueblo español gloria y ventura,  
Dejó la tierra; remontóse al Cielo.

¿Quién de esta pena la profunda herida  
En tal instante restañar pudiera?  
¿Quién la esperanza devolver perdida?

Unánime clamor hiende la esfera,  
Cual si alentase, de dolor transida,  
Un alma sola en la Nación entera!





## Á S. M. LA REINA D.<sup>A</sup> ISABEL II

EN SU VISITA Á ITÁLICA

SI renombre inmortal brinda la historia  
Al rey que con aliento sobrehumano  
En conquista sin fin alcanza, ufano,  
El preclaro laurel de la victoria;

Más noble y digno aplauso á la memoria  
Ofrece del egregio soberano  
Que abre á la ciencia, con propicia mano,  
Fácil camino al templo de la gloria.

Por tí, oh Reina, cual astro peregrino,  
La antorcha del saber brilla fecunda:  
Tú engrandeces de Itálica el destino.

Así bella aureola te circunda,  
Y hoy de Trajano al par y Elio divino  
Álzase el nombre de Isabel Segunda.





## Á S. M. LA REINA REGENTE

EN LAS FIESTAS

DEL CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

CUANDO lleno de fe, mas desvalido,  
Pisó Colón el suelo castellano,  
Y por humilde fraile franciscano  
Amparado se vió y favorecido;

Dió á su proyecto apoyo decidido  
La primera Isabel con franca mano,  
Y, por ella, del férvido Océano  
Hemisferio surgió desconocido.

Hoy, «¡Honor á Colón!» el orbe exclama,  
«¡Gloria á Isabel, admiración del hombre!»;  
¡Gloria y honor!», en su clarín la Fama.

Y homenaje sin par que al mundo asombre  
Vais á rendir á los que el pueblo aclama,  
Digno, Señora, de inmortal renombre.





## Á CRISTÓBAL COLÓN

**S**ALVE, Colón! Tu genio peregrino,  
Venciendo dudas, disipando errores,  
Fué vivo sol de puros resplandores  
De la ciencia en el áspero camino.

Héroe y mártir al par, fué tu destino  
Gozar con triunfos y sufrir dolores;  
Que el grito de tus fieros detractores  
Mezcló al aplauso su rencor mezquino.

Aun hoy algunos, con tenaz insidia,  
Manchar pretenden tu inmortal memoria,  
Altares elevando á la perfidia.

Mas de edad en edad, para tu gloria,  
Serás siempre, á despecho de la envidia,  
La figura más grande de la historia.





Á S. A. R. LA SERMA. SRA. INFANTA

# DOÑA PAZ DE BORBÓN

PRINCESA DE BAVIERA

VANAS son las grandezas mundanales:  
Riqueza, honores, y aun egregia cuna,  
Al embate del tiempo y la fortuna  
Desparecen, cual nieblas otoñales.

Genio y virtud, en obras inmortales,  
Salvan del negro olvido la laguna,  
Y es su luz cual fulgor de blanca luna  
Reflejando del mar en los cristales.

Podrá el tiempo, en sus furias inclemente,  
Ó la fortuna, que hasta al bueno inmola,  
Vuestra dicha arrastrar en su corriente:

Mas no podrá arrancar ni una hoja sola  
¡Oh Princesa! al laurel de vuestra frente,  
Del Arte y la Virtud digna aureola.





AL EMINENTE ACTOR É INSIGNE POETA

# DON JULIAN ROMEA

EN LA NOCHE DE SU BENEFICIO

QUIÉN, Artista sublime, conmovido  
No se sintiera al escuchar tu acento?  
Evocaste á Colón, y al pensamiento  
De tu mente Colón ha respondido.

De Gloucester el pecho endurecido,  
Ajeno á todo humano sentimiento;  
Del desgraciado Tom el sufrimiento,  
¿Quién como tú jamás ha comprendido? (1)

¡Gloria á tu nombre!... La radiante llama  
Del genio creador brilla en tu frente;  
Te admira el alma, á tu poder sujeta:

Y al par del pueblo, que feliz te aclama,  
Grito, cediendo á mi entusiasmo ardiente:  
¡Lauro eterno al actor! ¡Lauro al poeta!





Á MI APRECIADO AMIGO EL CÉLEBRE POETA

# D. NARCISO CAMPILLO

DESPUÉS DE LEER SU ODA Á DIOS

CUAL águila rēal que en raudo vuelo  
Á la etērea regi3n se alza atrevida,  
Por olvidar, en su extensi3n perdida,  
La triste c3rcel del mezquino suelo;

As3 tu alma, con ferviente anhelo,  
De noble aspiraci3n, de ardor henchida,  
Nueva lumbre buscando, eterna vida,  
Alz3se audaz hasta llegar al cielo.

Un vivo lampo de la luz fulgente  
Emanaci3n de Dios, que al sol empaña,  
Entonces vino á iluminar tu frente;

Y con voz firme, á la maldad extraña,  
Cantaste lleno de entusiasmo ardiente,  
Y vate insigne te saluda España.





## Á CERVANTES

ASTRO de soberana inteligencia,  
Brilló en su patria el inmortal Homero;  
Genio entre genios fué: su patria, empero,  
Le dejó sucumbir en la indigencia.

Él en pago ofrecióle por herencia  
Su fama, que aún asombra al mundo entero,  
Y es de Grecia el honor más duradero  
De sus cantos sublimes la excelencia.

Tú, Cervantes, cual él, abandonado,  
Viste á do llega la maldad del hombre  
Si es por odiosa ingratitud guiado.

Y hoy que tu patria mira su renombre  
En las sombras huir de lo pasado,  
Para hacerla inmortal basta tu nombre.





Á MI MUY QUERIDO AMIGO

EL INSIGNE POETA

EXCMO. SR. D. JUAN FASTENRATH

después de su feliz enlace

CON LA SRTA. D.<sup>a</sup> LUISA GOLDMANN

SALVE, poeta! Desde el Rhin al Sena,  
Desde el Sena hasta el Betis caudaloso,  
Con unánime aplauso vigoroso  
Tu ilustre nombre por doquier resuena.

No lengua extraña á tu fecunda vena  
Fué valladar: tu numen portentoso  
Salva el monte y el piélago espumoso;  
Del éter cruza la región serena.

«¿Qué falta ya, mortal, á tu ventura?»  
Dijo tu genio tutelar, el vuelo  
Dirigiendo hacia tí, desde la altura.

«La ninfa—exclamas—que soñé en mi anhelo.»  
Y un ángel de bondad y de hermosura  
Te concedió por compañera el Cielo.





## À UNA ESTATUA DE LUCANO

ORIGINAL DEL SR. D. ANTONIO DE LAS PEÑAS LEÓN

MIRADLO! es él: en su elevada frente  
La luz del genio destellar se mira:  
Es el vate inmortal que Roma admira,  
De voz sonora y corazón ardiente.

De Farsalia en el héroe armipotente  
Y de la guerra en el fragor se inspira;  
Vive César por él, por él respira  
Pompeyo su rival, digno y valiente.

Envidioso Nerón oyó su acento,  
Y tras hondo pesar muere Lucano,  
Víctima al fin del déspota sangriento.

Hoy, artista sublime, por tu mano  
Se le ve renacer con firme aliento,  
Eterno acusador de su tirano.





## Á CALDERÓN

CUANDO el fecundo Lope se rendía  
De la edad á la inmensa pesadumbre,  
Un nuevo sol de inmarcesible lumbre  
En la escena española aparecía.

Eras tú, Calderón. Lauro ofrecía  
Á tus pies la entusiasta muchedumbre,  
Y elevabas la mente hasta la cumbre  
Do el genio alcanza sempiterno día.

*Dios, patria, honor*, en páginas de oro,  
Fué el lema de tu ingenio sin segundo,  
Del teatro español honra y decoro.

¿Qué importa de algún crítico iracundo  
La mísera opinión en tu desdoro,  
Si á tu fama inmortal no basta el mundo?





Á MI APRECIABLE AMIGO EL INSIGNE POETA

EXCELENTÍSIMO SEÑOR

D. FERNANDO DE GABRIEL Y RUIZ DE APODACA

CON MOTIVO DE LA PUBLICACIÓN DE SUS POESÍAS

GRATO, Fernando, á mis oídos llega  
El dulce són de tu armoniosa lira;  
Que el alto numen de virtud te inspira,  
Y jamás la pasión torpe te ciega.

En santo ardor mi espíritu se anega  
Si ardor santo tu voz, blanda, suspira,  
Y patriotismo y fe y valor respira  
Si hispanas glorias á cantar se entrega.

Al extranjero, que abatir pretende  
Nuestra honra patria, muéstrasle el ejemplo  
Del gran Filipo, que en su amor se enciende.

Fe, nobleza, virtud, siempre contemplo  
En tu musa inspirada: así se asciende  
De la gloria inmortal al sacro templo.





Á MI MUY QUERIDO AMIGO  
EL INSIGNE POETA ALEMÁN  
**EXCMO. SR. D. JUAN FASTENRATH**

en el día 13 de Enero de 1871  
ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE SU PADRE

**H**OY que la pena á que ninguna iguala  
Evoca triste con afán tu mente,  
Y, nuncio de aflicción, lágrima ardiente  
Por tu mejilla pálida resbala;

Cual dulce tregua á la que fiel exhala  
Tu amante corazón queja doliente,  
Con nuevo timbre el Hacedor clemente  
Fecha de gloria para tí señala.

Que tu lira brindó, genio fecundo,  
En nobles cantos al hispano suelo  
De tu tierna amistad dón sin segundo:

Y Príncipe de príncipes modelo  
Lauros concede á tu saber profundo,  
Y renombre inmortal te otorga el Cielo.





## Á MURILLO

ESCLAVO vil de la materia impura,  
El ciego Paganismo la adoraba,  
Y en la Venus desnuda presentaba  
El modelo más fiel de la hermosura.

«Es barro la materia; el alma pura  
Vive siempre, y de Dios su luz recaba»,  
La voz del Cristianismo proclamaba,  
De la impiedad ahogando la impostura.

El Arte la escuchó, y en raudo vuelo,  
De lo inmortal ansiando la grandeza,  
Se alzó, el ambiente á respirar del Cielo.

Por él llegaste á inmensurable alteza,  
Realizando ¡oh Murillo! en tu desvelo,  
El perfecto ideal de la belleza.





Á LA MEMORIA DEL INSIGNE POETA

## DON LUIS EGUÍLAZ

FAMA imperecedera el vate alcanza,  
Si en alta inspiración arde su mente;  
Y al ceñir de laurel su noble frente,  
Cánticos alza el pueblo en su alabanza:

Mas si á su genio aduna en firme alianza  
De moral y virtud muestra esplendente,  
Al par le guarda gratitud ardiente,  
Que en él funda una gloria, una esperanza.

Fué, ilustre Eguílaz, tu ideal tan puro,  
Que de moral tus obras son modelo  
Y de eterna enseñanza á lo futuro.

Así Iberia te aclama en vivo anhelo,  
Y grande brillas, como brilla Arturo,  
Rey de la noche, en la extensión del cielo.





## Á UN HABLADOR IGNORANTE

QUIERES, Fabio, vencer en las cuestiones,  
Aunque razón asista á tu adversario?  
Pues háblale en estilo tabernario,  
Brioso ejercitando tus pulmones.

Achácale tus malas intenciones;  
Dile que es un audaz, que es un falsario,  
Y si valor le queda, temerario,  
Con insultos contesta á sus razones.

De cierto triunfarás; pues ¿quién lo duda?  
Sigue después en jácaras fecundo,  
Y con la mofa tu impotencia escuda.

Si hay quien te escuche con desdén profundo,  
¿Puede faltar quien á aplaudirte acuda,  
Habiendo tantos necios en el mundo?





Á LA MEMORIA DEL INSIGNE NOVELISTA

Y EMINENTE POETA

## D. MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

FUÉ un genio sin rival! Mágica alteza  
En sus sonoros versos resaltaba,  
Y en sus historias á los héroes daba  
De su altivo carácter la firmeza.

Nadie cual él la indómita fiereza  
De Pedro de Castilla retrataba,  
Ni con más perfección del Cid trazaba  
El firme aliento y la genial grandeza.

Soñador le llamaron, porque ardía  
Su alma de gloria en incesante anhelo,  
Y estrecho el mundo á su valer veía:

Y es que su mente, en atrevido vuelo,  
Con valor suficiente se sentía,  
Nuevo Titán, para escalar el cielo.





Á MI BUEN AMIGO  
EL EXCMO. SR. MARQUÉS DE CABRIÑANA  
INSPIRADO POETA

CODICIA el vulgo, de brillar sediento,  
El mundano poder y la riqueza,  
Dones que desaparecen con presteza  
Cual humo leve que arrebatata el viento.

De la santa virtud y del talento,  
Que al hombre ofrecen perenal grandeza,  
El noble, el sabio, á la suprema alteza  
Aspiran sólo con sublime aliento.

Así tú, caro amigo, que comprendes  
Cuán vanas son las dichas mundanales,  
En la llama del bien tu pecho enciendes:

Y del genio en las alas celestiales  
Al templo augusto del saber asciendes,  
Alcanzando laureles inmortales.





Á MI QUERIDO AMIGO  
EL INSIGNE POETA  
SEÑOR DON JOSÉ DE VELILLA  
AUTOR DEL APLAUDIDO DRAMA DANIEL

CREAR con poderosa fantasía  
Un drama do se agitan las pasiones;  
Hacer sentir contrarias emociones  
De honda pena, de horror ó de alegría;

    Dominar con la mágica poesía  
En feliz locución los corazones;  
En realidad trocar las ilusiones  
Que en secreto ya el alma presentía;

    Arrebatat á un público ilustrado  
Que ora escucha suspenso, ó ya, admirado,  
Alza al autor hasta la ansiada meta,

    Tan sólo es dado al genio: tú la gloria  
Lograste de tan fúlgida victoria:  
Triunfaste con Daniel: ¡Salve, poeta!





## À CRISTÓBAL COLÓN

CON MOTIVO DEL INICUO ATENTADO COMETIDO CON SU BUSTO  
EN ROMA EL DÍA 7 DE AGOSTO DE 1892

NADIE, cual tú, sufrió, con faz serena,  
De la contraria suerte los rigores,  
Ni pagados miró grandes favores  
Del presidiario con la vil cadena.

Hoy del debate á la candente arena  
Tu nombre lanzan nuevos detractores,  
Y tus hechos con lúgubres colores  
Pintan, por disculpar la infamia ajena.

¿Pudiera iniquidad aun más aleve  
Ofrecerte ahora el mundo, en torpe anhelo?  
Sí, que ya á todo la maldad se atreve:

¡Restábate, Colón, ver desde el Cielo,  
En tu querida Italia, á inmunda plebe  
Arrastrando tu efigie por el suelo!





## UN PENSAMIENTO DEDICADO

Á PEQUEÑECES

NOVELA DEL P. COLOMA

No presentando en desnudez odiosa  
Faltas que agigantó la fantasía,  
Ni enconando, á la clara luz del día,  
De una clase la llaga cancerosa;

No iniciando á la virgen pudorosa  
En el fangal de repugnante orgía,  
Ni de la infiel consorte la falsía  
Mostrando en el hogar de casta esposa;

De corrompida sociedad pudieron  
Corregirse jamás vicios ni errores,  
Que á ejemplos altos de virtud cedieron.

De la Roma pagana á los horrores  
Los mártires su fe sólo opusieron,  
Y ellos fueron al fin los vencedores.





EN LA SENTIDA MUERTE  
DEL INSIGNE POETA  
EXCMO. SR. D. JOSÉ ZORRILLA

Hoy que, esclavas de dudas y de errores,  
Las musas castellanas desfallecen,  
Y sus antiguos lauros empobrecen  
De un grosero realismo los horrores;

De tu genio ¡oh Zorrilla! los fulgores,  
Del pueblo en el amor viven y crecen,  
Y en tu fúnebre losa reverdecen  
De tu fama inmortal los esplendores.

Aun surgen, como timbres de tu gloria,  
Justa gloria, que el tiempo no derrumba,  
Tenorio, Doña Inés y Margarita;

Y á rendir un tributo á tu memoria  
Firmes se alzan de su regia tumba  
Don Pedro y Al-hamar el Nazarita.





## DEMÓCRATAS Y ANARQUISTAS

RECORDÁIS? Era ayer. Dabais lecciones  
De libertad: la plebe os aclamaba:  
Volcán era la prensa, que estallaba;  
La tribuna hervidero de pasiones.

Rodaron por el suelo instituciones;  
Doquier «¡Guerra! ¡Exterminio!» se escuchaba,  
Y á la luz del incendio contemplaba  
Su rojo manto España hecho girones.

Alguien clamó: «¡No hay patria!...» Á sus lamentos  
Volvieron salvadoras Potestades...  
¿Os sirvió de lección? Nó: descontentos,

Aun quisisteis absurdas libertades;  
Y después de esparcir traidores vientos,  
Tembláis ante las fieras tempestades.





## EN EL JUBILEO EPISCOPAL

DE SU SANTIDAD.

EUROPA Y LEÓN XIII

Hoy de Europa Gobiernos y Naciones  
Entre rencores y ansiedad se agitan;  
Los aprestos de guerra precipitan  
Al tronante rodar de los cañones.

Al par del anarquismo las legiones  
*Odio y venganza*, furibundas, gritan,  
Y con horrendos crímenes suscitan  
Hondo terror en nobles corazones.

¡Funesta ceguedad!... de impía ciencia,  
Del egoísmo en el altar inmundo,  
La muchedumbre inmola su conciencia.

Tan sólo tú, con ánimo profundo,  
Muestras, León, de Dios la omnipotencia,  
Brindando paz y salvación al mundo.





EN LA SENTIDA MUERTE DEL SABIO Y VIRTUOSO CARDENAL  
DE LA SANTA ROMANA IGLESIA  
EMMO. SR. D. FRAY ZEFERINO GONZÁLEZ

CONOCER de la ciencia el hondo arcano  
Fué desde joven su mayor anhelo,  
Y con constancia y sin igual desvelo  
Alzóse al fin cual genio soberano.

De egregia Dignidad el lustre vano  
Del monje no amenguó el cristiano celo;  
Y, padre de los pobres, el consuelo  
Llevó al hogar del triste y del anciano.

De su vida ejemplar tal es la historia:  
Y en estos viles tiempos de mudanzas  
En que á la duda se le erige templo,

Al expirar nos deja por memoria  
En sus libros, sublimes enseñanzas,  
Y en sus virtudes, saludable ejemplo.



ODAS





## Á LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA EN MONTSERRAT <sup>(2)</sup>

Repleatur os meum laude, ut  
cantem gloriam tuam: tota die  
magnitudinem tuam.

*(Psalmo LXX, v. 8.)*

**N**O en las ardientes alas  
De bélico entusiasmo el alma mía  
Hoy, afanosa, elevará su vuelo;  
Ni absorta al ver las deslumbrantes galas  
De grandezas y pompas mundanales,  
Las vanas glorias cantará del suelo:  
Nó, que en más puro anhelo  
Mi enajenado corazón se inflama,  
Y ante tu altar, inmaculadada Virgen,  
Ardiendo en viva llama  
De sacrosanta fe, mi pensamiento  
Á la etérea región raudo se eleva,  
Y, humilde y venturoso,  
Férvidos himnos á tus plantas lleva.

Acéptalos, Señora; que mi labio  
Pueda cantar tu célica hermosura;  
Pintar el amoroso  
Semblante, de bondad y gracia lleno,

Con que al mundo te muestras: ya humillando  
Del soberbio Luzbel la altiva frente;  
Ya apacible calmando  
Las crespas ondas de la mar hirviente  
En desatada tempestad bravía;  
Ó bien cuando á tu influjo en las batallas,  
Sedientas del laurel de la victoria,  
Conquistaban, con bélica osadía,  
Fúlgidos timbres de perpetua gloria  
Las nobles huestes de la patria mía.

¡Oh España, ilustre España!...  
¿Qué pueblo consiguiera  
Lauro más bello presentar al mundo  
Que el digno lauro que tu sien decora?  
Esclava de María,  
Orgullosa mostrabas por doquiera  
Los altos templos que en tu amor profundo  
Á la Madre del Verbo levantabas,  
Y con santa piedad, nunca extinguida,  
Insigne ejemplo á las naciones dabas.  
¡Ah! ¿Cómo al recorrer las populosas  
Ciudades que se admiran en tu seno,  
Tu campiña feraz de mirto y rosas  
Y de frutos dulcísimos vestida,  
Fúlgidas galas que le presta el Cielo,  
De la Fe no sentir el puro anhelo  
Y la esperanza de la eterna vida?  
¡Santuarios doquier! ¡Doquier el signo  
De nuestra santa Religión sublime!  
Parece que su vista  
Perenne dicha al corazón imprime;  
Y al contemplar en silencioso templo  
De la Madre de Dios el busto santo,  
Feliz al Cielo se remonta el alma

Bajo la sombra de su níveo manto.

Mas, como perla entre coral luciente,  
 Cual la cándida estrella de la aurora  
 Del grato Abril al despuntar el día,  
 Aparece en su trono refulgente  
 Una entre todas peregrina imagen  
 Que célicos encantos atesora.  
 Contémplase grandiosa su morada  
 Del elevado Montserrat umbrío  
 En la peña escarpada,  
 Y á la sombra de fértil enramada  
 Corre á sus plantas apacible río.  
 Allí donde las águilas caudales,  
 Vencedoras del viento,  
 Entre las fuertes rocas desiguales  
 Tienen su firme asiento;  
 Allí en medio de rústica belleza  
 Se alza la mente á la sublime altura,  
 Y, olvidando feliz la tierra impura,  
 Sueña de Dios con la eternal grandeza.

¡Ah! ¿Quién al penetrar en el tranquilo  
 Y solitario albergue,  
 En otro tiempo venerable asilo  
 De justos, sapientísimos varones,  
 No se siente un instante arrebatado  
 Á más dichosa edad?... Nuestra memoria  
 De aquel templo sagrado  
 En los gratos recuerdos se enajena,  
 Y de la imagen la piadosa historia  
 Evoca el alma de entusiasmo llena.  
 Recordadla, cristianos:  
 En brazos de un Apóstol conducida  
 De Barcino en las playas aparece;

La multitud, de gozo estremecida,  
Víttores mil y cánticos le ofrece;  
Y al contemplar en ella  
El fiel traslado de la Virgen bella,  
Que es del que sufre celestial amparo,  
«Llega, le dice, matutina Estrella,  
Vén y serás el luminoso faro  
Que á las virtudes servirá de guía;  
Augusto santuario te alzaremos,  
Y, humildes, á tus plantas rendiremos  
Homenajes y ofrendas á María.»

Y alzóse el templo, y á los pies del ara  
Santos, reyes y pueblos se humillaron,  
Y siete siglos de ventura y gloria  
Tus hijos, noble Iberia, contemplaron.

Empero ya el momento  
De la expiación tremenda se acercaba  
Para el Monarca indigno, que olvidado  
De religión y patria, descuidado  
Á lascivos placeres se entregaba.  
Presto las puertas de la fiel Tarifa,  
De un vil traidor, por la maldad guiado,  
Se abrieron á la intriga miserable;  
Raudas las tribus de Ismael osadas  
La Bética invadieron,  
Y tras ruda batalla formidable  
El cetro godo y su poder se hundieron.

¡Ay, que ya el Guadalete enrojecido  
Va publicando la victoria cierta  
Del Árabe temido,  
Y del triste Cristiano los dolores!...  
¡Ay, que ya los sangrientos invasores

De Barcino á las puertas se adelantan,  
 Y al escuchar del pueblo los clamores  
 Su fácil triunfo con orgullo cantan!  
 ¿Será la santa imagen peregrina  
 Triste despojo de sus torpes manos?...  
 Nó, jamás: ya un ilustre  
 Prelado se encamina  
 Al escarpado, silencioso monte  
 Que humilde besa el Llobregat sonoro:  
 Sobre sus hombros venerable carga  
 Con paso incierto y tembloroso lleva,  
 Y por un noble godo conducido,  
 La deposita en solitaria cueva.  
 Y al alejarse acaso para siempre  
 De aquel monte y del Busto sacrosanto,  
 Así exclama, con eco dolorido,  
 De sus ojos vertiendo acerbo llanto:  
 «Guarda, guarda en tu seno,  
 Fuerte risco, tan célico tesoro;  
 No en tus cumbres jamás el Agareno  
 Ose imprimir su destructora huella;  
 Que en tí dejamos, con dolor profundo,  
 La imagen sacratísima de aquella  
 Que en las penas del mundo  
 Es fuente de esperanza y de consuelo:  
 Concha serás de perla misteriosa  
 Que por nosotros te confía el Cielo.  
 Y tú, Madre amorosa,  
 Por las lágrimas tristes que derraman,  
 Por las fervientes súplicas que elevan  
 Los fieles hijos que tu nombre aclaman  
 Y hoy hondo cáliz de amargura prueban,  
 Ahuyenta la ansiedad que les oprime;  
 Tiende, Señora, tu benigna mano,  
 Y á tu pueblo redime

Del ominoso yugo mahometano.  
Haz que llegue la hora  
En que, fúlgido sol de esta montaña,  
Torne á lucir tu imagen bienhechora;  
Que de tus hijos el amparo sea,  
Y, protectora de la madre España,  
El orbe todo tu grandeza vea.»

Dijo: y, cual si presente  
Tuviera lo futuro ante sus ojos,  
El grato anuncio se miró cumplido.  
Tras largos años de sangrienta lucha  
Del Musulmán los bélicos laureles  
Trocáronse en abrojos,  
Y ante el bravo Español gimió vencido.  
Barcino se entregaba á la alegría,  
Del bárbaro opresor al fin salvada,  
Que ya en sus muros tremolar veía  
La sacrosanta enseña que debía  
Brillar más tarde en la oriental Granada.

Empero bien más alto y permanente  
Quiso otorgarle en su bondad inmensa  
El supremo Hacedor omnipotente.  
Era una noche plácida y suave  
Del floreciente Mayo;  
Tímida luna, en lánguido desmayo,  
En el mar de Occidente se ocultaba,  
Y con acento grave  
El viento en la floresta murmuraba.  
En esplendor bañado  
El Montserrat de súbito aparece,  
Óyese el canto de celeste coro,  
Y vaga nube de amaranto y oro  
En elevada cima resplandece.

Á contemplar tan singular prodigio  
 El pueblo, presuroso, se adelanta,  
 Y, salvando del monte la aspereza,  
 Oculta cueva mira entre maleza,  
 Á do penetra con segura planta.  
 Empero ¿qué grandiosa maravilla  
 Viene de todos á embargar la mente?  
 De improviso descúbrense la frente,  
 Doblan enajenados la rodilla...  
 La imagen de la Virgen sin mancilla,  
 Del antro oscuro en escondida estancia,  
 Con Jesús en los brazos  
 Á sus ojos atónitos se muestra:  
 Suavísima fragancia  
 Difunde en derredor; vivo destello  
 De luz fulgente y pura  
 Circunda en torno su semblante bello...  
 ¿Qué más alta hermosura  
 El fervoroso espíritu cristiano  
 En éxtasis divino soñaría?  
 Así, cercado de radiante lumbre,  
 Jesús á sus discípulos amados  
 En la elevada cumbre  
 Del sagrado Thabor se mostraría.

Ya eminentes varones, rodeados  
 De la entusiasta multitud, que llena  
 Con vítores el viento,  
 Conduciendo la imagen sacrosanta  
 Á la ciudad cercana se encaminan:  
 Mas, ¡ah, nuevo portentoso!  
 ¿Qué poderosa mano  
 Sus plantas á las rocas encadena?  
 ¿Quién del cristiano pueblo de María  
 La generosa voluntad enfrena?

¡Oh! dejadla, dejadla; es que no quiere  
Abandonar su albergue misterioso:  
Otro templo le alzan en ese monte  
Do en apacible calma  
Nueva vida parece  
Del alto Cielo recibir el alma,  
Y un aire respirar menos impuro...  
Ella en su excelso trono  
Será la blanca nube que se mece  
De la esperanza en el Oriente puro,  
La Escala santa de Jacob que ofrece  
Fácil camino al *immortal seguro*.

¿Quién describir pudiera los blasones,  
Los altos timbres de su nueva historia?  
Subid al Montserrat, y vuestros ojos  
Atónitos contemplen los despojos  
De extranjeras naciones  
Que príncipes y reyes  
Á los pies ofrecieron de María...  
Contad, contad sus triunfos... ¡Ah! que en vano  
La mente con afán lo intentaría.  
Ved allí las banderas  
Que en Lepanto se alzaban arrogantes  
Del potente Selím en las galeras;  
Ved de Túnez los ínclitos laureles,  
Digna alfombra á su planta,  
De España gloria, encanto de sus fieles.  
Y si buscáis de paz dulces ofrendas,  
La vista dirigid á la alta cimbria,  
De lámparas ornada;  
El camarín suntuoso, la estimada  
Corona de brillante pedrería,  
De sacrosanta fe fúlgidas prendas,  
Un instante admirad, y absorta el alma

En la atmósfera pura y trasparente  
 De tiempo más dichoso  
 Se agitará con entusiasmo ardiente;  
 Ó del órgano grave y sonoro  
 Al escuchar la grata melodía,  
 De los antiguos fieles peregrinos  
 Se fingirá los férvidos cantares,  
 Que el manso Llobregat entre sus olas  
 Raudo llevaba á los tendidos mares.

Mas ¡ay! ¿por qué cercada  
 De ingrata soledad y honda tristeza  
 Hoy se contempla tu mansión, Señora?  
 ¿Es que la duda y la impiedad ahora  
 Arrogantes se alzan? ¿Extinguida  
 La fe pudo quedar en nuestro pecho,  
 Y nuestra mente al seductor halago  
 Del mundano placer adormecida?  
 ¡Deplorable verdad!... ¡Época infausta!...  
 ¿Qué importa que en el vago  
 Círculo del saber, de fama ansiosa,  
 ¡Oh desdichada humanidad! despliegues  
 El mapa de tus triunfos, y orgullosa  
 Á contemplarlo con afán te entregues?  
 ¿Qué importa, sí, que de tu seno broten  
 Mil inventos y mil, si en sed de oro  
 Te abrasas, cual la Roma degradada  
 Del pérfido Nerón y de Vitelio,  
 Y en el falaz tesoro  
 De tu mezquina ciencia  
 Se mira despreciada  
 La sublime verdad del Evangelio?  
 Oro y aplausos prestas al impío  
 Que niega de Jesús la omnipotencia (3),  
 En tanto que la Iglesia en hondo duelo

Persecuciones llora,  
Y el Padre de los fieles, sin consuelo,  
Tu ciego error y tu ambición deplora.

¡Oh inmaculada Virgen!  
¿Será que ya en la tierra  
No brille la justicia? ¿Tu mirada  
Del suelo apartas, con desdén profundo,  
Al ver de lodo inmundo  
La miserable humanidad manchada?  
¡Piedad, piedad, Señora!  
Aun queda un noble pueblo  
Que extraños cultos de su seno aleja,  
Y sólo al Dios omnipotente adora.  
Contéplalo á tus plantas, ¡oh María!  
Y concédele pía  
La salvación que para el mundo implora.  
Que su llanto copioso del Eterno  
Pueda alcanzar por tu benigna mano  
El perdón á los míseros errores  
En que se abisma el pensamiento humano,  
Y llevar dulce alivio al triste anciano,  
Al sucesor de Pedro, en sus dolores.

¡Oh! dame, Madre mía,  
Que contemple la plácida alborada  
De tan risueño y venturoso día....  
Que por siempre humillada  
Se mire la impiedad, hoy arrogante,  
Y la prole de Adán, por tí salvada,  
*Hossanna* eterno á su Hacedor levante.  
Sí; logre yo un momento  
Disfrutar de tan célica ventura,  
Y á tus plantas después ¡oh Virgen pura!  
Tranquilo exhale mi postrer aliento.



## À LA MUERTE DE JESÚS

Aut Deus naturæ patitur;  
Aut machina mundi evertitur.  
(*Sanct. Dionis. Areopag.*)

POR qué del almo cielo palidecen  
Los vivos resplandores?  
¿Por qué las sombras crecen  
Y en triste noche umbría  
Vese trocado de improviso el día?  
¿Por qué brama iracundo  
Inquieto el mar, y en inflamada nube  
El trueno estalla con fragor profundo?

¡Ay! que del alto Gólgota en la cumbre  
Fatídico se alza  
Tosco madero, do en crüel suplicio  
El Hijo del Eterno  
Cual víctima se entrega al sacrificio.  
Y bárbaros sayones  
Martirizan al Justo,  
É inicua multitud, que horror inspira,  
Por la injusticia y la maldad guiada,  
Escarnece á su Dios, ardiendo en ira.

¡Ah! nada templa su furor creciente;  
Ni de Jesús la sangre derramada,  
Ni de su triste Madre el llanto ardiente:  
Llanto amoroso que, al correr fecundo,  
La tierra purifica, presagiando  
Consuelo y paz y salvación al mundo.

Y tú, pueblo deicida,  
¿No eres el mismo que la voz alzando  
Ante el Verbo divino,  
*Hossanna al Hijo de David* decías,  
Y, amante, en su camino  
Oliva y verdes palmas le ofrecías?  
¿Y hora le niegas! ¡Ay! ¿Qué infausta mano  
Te impulsa al crimen, que iracundo y ciego  
Desconoces su origen soberano,  
Y sordo estás de la clemencia al ruego?  
¿Es que se acerca la terrible hora  
¡Oh mísera Sion! en que, perdidos  
Los celestiales dones  
Que bondadoso te envió el Inmenso,  
No sólo te contemplan las naciones  
Vil juguete de bárbaras legiones,  
Del Cielo por castigo,  
Sinó que errantes por el ancho mundo  
Tus hijos vayan, sin tener ni un pueblo,  
Ni un pueblo solo que les preste abrigo?

¡Oh! sí, se acerca: con tu propia mano  
En tu seno has abierto la honda herida;  
Que no Isafas lo anunciara en vano,  
Ni fuera de Ezequiel la voz perdida.  
Sí; ya expira Jesús.... El eco airado  
Resuena de Jehová; triste la lumbre  
Desfallece del sol; tiembla la tierra

Del uno al otro polo,  
 Y las cenizas que la tumba encierra  
 Se reaniman, causando al hombre espanto:  
 Chocan las piedras, y del templo santo  
 Se rasga el sacro velo....  
 En su infernal morada  
 Satán se agita en impotente anhelo;  
 Que el alma fiel, de su poder salvada,  
 Feliz ya puede remontarse al Cielo.





## Á SANTA TERESA DE JESÚS

Dichoso el corazón enamorado  
Que en sólo Dios ha puesto el pensamiento.  
*(Sta. Teresa.)*

QUÉ es la vida sin Fe? Fúnebre noche  
De tinieblas y horror; lucha constante  
En que el alma se agita  
Entre acerbos dolores,  
Y envuelta al fin en odios y rencores,  
En la sima del mal se precipita.  
Mas, cuando libre de mundana escoria  
Ve la verdad sin velo;  
Cuando combate por el bien guiada;  
Cuando en creciente anhelo  
De la terrena gloria  
Se aparta sin pesar, y la mirada  
Fija sólo en el Cielo,  
Para ella grata la existencia corre  
Como en la selva manantial sonoro,  
Y hácia el empíreo al levantar el vuelo,  
Deja tras sí, cual celestial consuelo,  
De sus sabias lecciones el tesoro.

Así brilló la sin igual Doctora  
 Compatrona de España,  
 Y su gloria y virtud el mundo honora.  
 Así, venciendo la implacable saña  
 De la traidora envidia,  
 Y la negra perfidia  
 De la impiedad, que altiva y poderosa  
 En su siglo creció, de Europa en mengua,  
 Su doctrina piadosa,  
 Llena de encanto y mística dulzura,  
 Á la virtud las almas atraía,  
 Y, en transición sublime y prodigiosa,  
 Al incrédulo osado  
 En católico ardiente convertía.

Sí; fué su siglo de perenne lucha,  
 De dudas y de errores,  
 En que sabios doctores  
 Los más altos misterios  
 De la Fe, sin temor, analizaban,  
 Y del sofisma en las sutiles redes  
 Del vulgo la razón aprisionaban.  
 Y en tanto que tronaba el fiero Apóstata  
 En Wittenberg, y á Europa conmovía,  
 Y su doctrina, que inspiró el Averno,  
 Odio crüel, eterno,  
 Con la guerra en los pueblos encendía,  
 De estéril metafísica en la cátedra  
 Se iniciaban inútiles cuestiones;  
 Controversias pueriles  
 En las que fuerza y claridad perdía  
 La doctrina del Verbo santa y pura,  
 La que dió la ventura  
 Al humano y la paz á las naciones.

No empero todos, por feliz destino,  
Avocaron tan vanas discusiones,  
Ni la duda traidora  
Surgir pudo en su mente  
Cual sierpe envenenada:  
El insigne León, Puente, Granada,  
Y otros cien que el camino  
Siguiéron de la ciencia  
Con ánimo valiente,  
Grandioso monumento, claros timbres  
Con sus obras sublimes y su ejemplo  
Á su patria legaron,  
Y alto renombre y justas alabanzas  
Por su virtud y su saber lograron.

Mas sus graves y lúcidas creaciones,  
Del sabio admiración, la inteligencia  
Tan sólo de profundos eruditos  
Pudiera cautivar... Sí, que la ciencia  
De conmover, de alzar los corazones  
En alas del más puro sentimiento  
De caridad y amor, de amor divino,  
Á la mujer fué sólo  
Reservada por Dios omnipotente;  
Que ella aduna al ingenio peregrino  
Dulce candor y corazón ardiente.

Así, cuando elevada  
En éxtasis sublime  
La gran reformadora del Carmelo,  
El camino nos muestra en que se exime  
El alma de la culpa, y la morada  
Á que debe aspirar con vivo anhelo,  
Dulce bien inefable  
El espíritu siente,

Y en regiones de luz inmensurable  
 Sueña gozar del celestial ambiente.  
 ¡Ah! ¿Quién de sus escritos  
 No admira la belleza?  
 ¿Quién consiguió, cual ella, la grandeza  
 De un alma arrebatada y la dulzura  
 En su mente adunar? ¿Quién en sus cantos  
 Unir, cual ella, pudo  
 La grata sencillez á la más alta  
 Mística inspiración?... ¡Oh! nunca, nunca  
 De Hildegarda y de Brígida el concepto,  
 Ni la dulce poesía,  
 Logró rayar á tan sublime altura,  
 Ni en místico escritor alma tan pura  
 Cual la suya en la tierra se hallaría.

¿Aun prueba más patente  
 Queréis de su virtud, de su constancia?  
 Contempladla luchar con la arrogancia  
 De la falaz envidia y la impostura:  
 La calumnia, la sátira inclemente  
 Y el vil encono por doquier la siguen,  
 Y detenerla en su proyecto santo  
 Una vez y otra vez, fieros, consiguen.  
 Mas cual la espiga que huracán violento  
 Dejó rendida en lánguido desmayo,  
 Y al amoroso aliento  
 Del céfiro revive  
 Y del naciente sol al tibio rayo,  
 Así Teresa ante el horrible embate  
 De la negra maldad se humilla inerte,  
 Y al decirle el Señor, «Sigue y combate»,  
 Aunque débil mujer, se alza más fuerte.  
 ¿Qué importarán las terrenales iras  
 Á la que dones de Jesús recibe?

Tranquila resistir puede el martirio  
La que en dulce delirio  
Tan sólo sueña en el sagrado Esposo,  
Y al fuego de su amor muriendo vive.

¿Cómo, pues, no triunfar, si misterioso,  
Por celestial destino,  
Su numen con más vida se levanta  
Al blando aliento del amor divino?  
Ávila, Burgos, la imperial Toledo,  
Los pueblos todos de la fiel Castilla  
Testigos fueron de su gran victoria...  
Tú también ¡oh Sevilla!  
Humillada la viste  
Devorar en silencio su amargura,  
Y cercada después de excelsa gloria.  
Aun su recuerdo en tí perenne dura:  
Aun fieles sus hermanas  
Tranquilas alzan la mirada al Cielo  
En el sagrado asilo  
Que ella fundó con incansable celo...  
En su recinto, cuando el tibio rayo  
Penetra de la tarde, y triste calma  
Y soledad imperan, si medita  
Con vago afán sobrecogida el alma,  
Juzga que allí la Santa Fundadora  
Cual invisible espíritu palpita,  
Que con acento grave  
A su amado Jesús férvida nombra,  
Mientras pausada su impalpable sombra  
Cruza del templo la desierta nave.

¡No es ilusión!... Tu espíritu allí vive,  
Magnánima Teresa, y homenaje  
De cariñosa gratitud recibe:

Al par tu nombre aclama,  
 De uno al otro confín, el pueblo hispano,  
 Y tu benigna protección implora...  
 Acógelo propicia y santos dones  
 En su favor derrama:  
 Y hoy que miras, seráfica Doctora,  
 Que, cual fatal herencia  
 De la antigua impiedad y el error ciego,  
 Levántase la fría indiferencia,  
 Anublando la Fe, del alma guía,  
 Haz que una chispa del sagrado fuego  
 Que tu elevado espíritu encendía  
 La triste niebla de la duda ahuyente...  
 ¡Que España, respondiendo á noble idea,  
 Su profunda piedad haga patente,  
 Y ejemplo digno á las naciones sea!





## Á JERUSALEM

Dabo domum istam sicut Silo, et  
urbem hanc dabo in maledictionem  
cunctis gentibus terræ.

*(Jerem., cap XXVI, v. 6.)*

**T**RISTE Sion, tu manto  
Rasga en señal de perdurable duelo;  
Alivio sea á tu dolor el llanto,  
Que eterno es tu quebranto,  
Y á la vez lo publican tierra y Cielo.

Por la maldad guiados,  
Tus hijos á su Dios desconocieron;  
Diéronle dura muerte, despiadados,  
Y en su furor, osados,  
Su nombre y su poder escarnecieron.

¡Ay! llora: el sacrificio  
Ya consumado está... La turba ciega  
Huye aterrada del fatal suplicio;  
Que, de su culpa indicio,  
Tiembla el orbe y su luz el Sol le niega.

Y el trueno ruge airado,  
 Desátase la mar embravecida,  
 El hirviente volcán brama irritado,  
 Y el mundo ve asombrado  
 En los sepulcros renacer la vida.

¡Tiembra, Sion!... Llegada  
 Es para tí la hora... Infausta guerra  
 Dejará tu campiña desolada;  
 Tu prole desdichada  
 Amparo no hallará sobre la tierra.

Del Gólgota en la cumbre  
 Aun yace Dios, pendiente del madero:  
 Cércale en torno misteriosa lumbre;  
 Amor y mansedumbre  
 Muestra la faz del celestial Cordero.

Amor, amor profundo  
 Que eterno bien y salvación ofrece:  
 La esperanza por él reina en el mundo,  
 Y Luzbel, iracundo,  
 Vencido en sus cavernas se estremece.

Mas ¡ah! que designado  
 El Verbo fué, cual víctima expiatoria,  
 Para lavar la mancha del pecado,  
 Y su sangre ha regado  
 La palma celestial de esta victoria.

La existencia debía  
 Costar de un Dios, y de su Madre tierna  
 El ardoroso llanto, que sería  
 Ofrenda dulce y pía  
 De paz y amor y de ventura eterna.

Ella siguió anhelante  
Los pasos de Jesús: de pena herida,  
Tinto en sangre miró su albo semblante,  
Y muda, palpitante,  
Hora ¡ay triste! en la Cruz lo ve sin vida.

¡Oh Madre! Sin consuelo  
Vuelves los ojos hacia el Hijo amado:  
Él era sólo tu constante anhelo...  
¿Quién ya podrá en el suelo  
Dar alivio á tu pecho acongojado?

El mundo nada encierra  
Que lenitivo á tu aflicción señale:  
De la muerte el silencio tu alma aterra:  
Sola estás en la tierra...  
¡Ay! no hay dolor que á tu dolor iguale.

¿Cómo al ver tu tristura  
No se conmueve el pecho del impío?  
¡Oh! déjame un momento, Virgen pura,  
Unir en tu amargura  
Á tu llanto de amor el llanto mío.

Y tú, ciudad deicida,  
Si de Jesús la suma omnipotencia  
Adivinas de horror estremecida,  
Llega á sus pies rendida,  
Que es fuente inagotable de clemencia.

Mas ¡ah! que el orbe entero  
De tu impiedad ¡oh pueblo! es ya testigo:  
No hay perdón para tí... Grande y severo  
Se alza el Dios justiciero...  
¡Su eterna maldición irá contigo!



## Á NTRA. SRA. DE CASTELLANOS

EN EL SOLEMNE ACTO

DE SU TRASLACIÓN Á LA IGLESIA DE CHAMBERÍ

ESTRELLA celestial, cándida y pura,  
Bella, dulce María,  
Que del querub acoges en la altura  
La grata melodía;

Damè que el alma, por la Fe inspirada,  
Con desusado vuelo,  
En tu amor sacratísimo abrasada,  
Se eleve al almo Cielo:

Dame que al són de mi inacorde lira  
Á tí mi voz levante,  
Y que, al fuego cediendo que me inspira,  
Tu nombre y gloria cante.

¿Quién al Hispano que gimió vencido  
Del Lete en la ribera,  
Quién, sinó Tú, contra el Muslín temido  
De nuevo enardeciera?

«España y libertad» el gran Pelayo  
Gritó ante tus altares,  
Y el santo grito resonó en Moncayo  
Y se extendió en los mares.

De patria y libertad al noble acento  
Mil fuertes campeones  
Tremolaron, intrépidos, al viento  
De guerra los pendones.

¿Quién contrastar pudiera su osadía,  
Si por la Fe lidiaban  
Y el nombre sacrosanto de María  
En la lucha invocaban?

Tú sufriste, Castilla, el yugo impío  
Del bárbaro Agareno;  
Mas te lanzaste al fin con fuerte brío  
Y corazón sereno:

Y Europa entonces admiró tu arrojo,  
En tí los ojos fijos;  
¡Ay, que se vió tu suelo en sangre rojo  
Con sangre de tus hijos!

Pero venciste; y do se alzó arrogante  
Del error la morada,  
De la Madre de Dios brilló triunfante  
La imagen venerada.

Un templo erige el pueblo, do la bella  
Efigie de María  
Fúlgida luce, como blanca estrella  
Tras la tormenta impía.

El ínclito Fernán su gracia implora,  
 Doblada la rodilla;  
 La inmensa muchedumbre, protectora  
 La aclama de Castilla.

¡Oh sacrosanto amor! ¡Oh eterno día,  
 Anuncio de ventura!  
 Antorcha fué tu sol, de España guía  
 Contra la hueste impura;

Que á la luz de la Fe se alzó esplendente  
 El ángel de la gloria,  
 Y férvida corrió la hispana gente  
 De victoria en victoria:

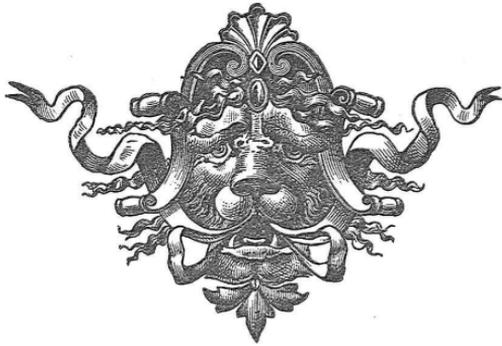
Y al soberano esfuerzo, al poderío  
 De las armas cristianas,  
 Vencido contemplaron al impío  
 Las costas africanas.

Por tí ¡oh Virgen! España triunfadora  
 Miróse en su camino:  
 Fué brillar de dos mundos cual señora  
 Su espléndido destino.

¡Gloria, gloria á tu nombre! Eterna brille  
 Tu protección divina:  
 Á la horrenda impiedad por siempre humille  
 Tu enseña peregrina.

Y hoy que Mantua te aclama, venturosa,  
 Con férvidos loores,  
 Vierta ¡oh Madre! tu mano poderosa  
 En ella sus favores.

Viértalos, sí; que vivirá en tus fieles  
Por siempre su memoria,  
Y acrecerás con ellos los laureles  
Que ciñe España para eterna gloria.





## Á NTRO. STO. PADRE EL PAPA PÍO IX

CON MOTIVO DE SU ALOCUCIÓN PRONUNCIADA  
EN EL CONSISTORIO SECRETO DE 30 DE SEPTIEMBRE DE 1861

Locuti sunt adversum me lingua dolosa  
et sermonibus odii circumdederunt me; et  
expugnaverunt me gratis.

Pro eo ut me diligerent, detrahebant  
mihi: ego autem orabam.

Et posuerunt adversum me mala pro  
bonis: et odium pro dilectione mea.

*(Psalmo CVIII.)*

QUÉ acento poderoso  
Hoy se levanta y los espacios hiende,  
Y en misterioso vuelo  
Desde el sonoro Tíber al undoso  
Índico mar se extiende,  
Y luego sube á la región del Cielo?

¿No la oís? Es su voz; la voz divina  
Del sucesor de Pedro, á quien sañuda  
Con torvo ceño la maldad combate:  
Al resistir el impetuoso embate  
De la impiedad, que furibunda brama,  
Desde el altivo y fuerte Vaticano  
Noble y severa la verdad proclama.

En vano, en vano la falange impía

Que la bandera alzó de injusta guerra  
Ahogarla intenta en su furor, y en vano,  
Con ronca vocería,  
Quiere imponer sus leyes á la tierra:  
Ella vibra sonora como el trueno  
En la inmensa extensión del Oceano;  
Ella, venciendo la traición y el dolo,  
Cruza el mundo veloz de polo á polo  
Al impulso de un genio soberano.

Mas ¡ay! que al escucharla  
Se alzan de nuevo, con furor creciente,  
Los que mintiendo libertad aspiran  
La Italia á dominar con sus legiones,  
Y odio y venganza en su ambición respiran.  
Ellos cual fiero, asolador torrente,  
Que troncos y peñascos arrebatá,  
Van derrocando tronos y extendiendo  
Su imperio por las miseras naciones,  
Y la justicia y el poder vendiendo  
Al hórrido tronar de sus cañones.

¡Vedlos, cristianos! Con rencor profundo  
Al desigual combate ya se aprestan;  
Y en libelo infernal, con torpe mano,  
Viles calumnias sin piedad asestan,  
Ante la Europa inerte y asombrada,  
Contra el piadoso, venerable anciano,  
Firme sostén de nuestra Fe sagrada.

Hubo un tiempo en que unida y venturosa  
Levantábase Italia prepotente,  
Con noble ardor corriendo presurosa  
Su independéncia á defender y el trono  
Del sagrado Pastor... Él la guiaba

Por la senda del bien; y entusiasmado  
 Y libre el pueblo de traidor encono,  
 Desde los Alpes hasta el mar gritaba:  
*¡Que viva el sabio, el inmortal Pío Nono!*

¡Cuán presto, oh Dios, el tenebroso velo  
 De lamentable error la clara estrella  
 Vino á ocultar que pura fulguraba  
 De la esperanza en el radiante cielo!  
 Alzóse la maldad, y tras la huella  
 De su temible planta destructora  
 La discordia siguió; se alzó potente  
 La funesta impiedad, y triunfadora  
 Su estandarte clavó en el Capitolio,  
 Atentando, insolente,  
 Del Pontífice augusto al alto solio.

¡Ay! desde entonces en tremenda lucha  
 Se agita el Occidente,  
 Y sólo el grito de ansiedad se escucha  
 De la madre infeliz, que, en duelo insano,  
 Al hijo de su amor mira expirante,  
 Ó en la lid derramando, delirante,  
 Tal vez la sangre de su propio hermano.  
 ¡Mísera madre! En su dolor profundo  
 Del mundo en vano protección implora;  
 Que á los tiranos ¡ay! escucha el mundo,  
 Nó al que agobiado por las penas llora.

¿Y hemos de ver tranquilos, impasibles,  
 La virtud humillada, perseguida,  
 Y por boca de fieros impostores  
 La santa Religión escarnecida,  
 La Fe de nuestros ínclitos mayores,  
 Dulce consuelo en nuestra triste vida?

Nó, nó, jamás: alcemos con firmeza  
Nuestra voz en defensa de la hollada  
Religión ¡oh católicos! y dando  
Al orbe digno ejemplo de entereza,  
Cercad, nobles guerreros, la morada  
Del Padre de los fieles, perseguido  
Por el inicuo, detestable bando...  
Que el mundo todo en su redor os vea  
Formando un fuerte, inexpugnable muro,  
Y antes que vil apóstata ó perjuro,  
Allí cada cristiano un mártir sea.

Y tú, santo Pontífice, que miras  
Combatir tu poder; que los errores  
Lamentas de tu pueblo y los dolores,  
Porque del mundo al bien tan sólo aspiras;  
Sigue, sigue con firme confianza  
Defendiendo los fueros sacrosantos  
De la Iglesia de Dios; no la esperanza  
Muera en tu pecho, nó; que aun la Fe vive  
Pura en el noble corazón cristiano,  
Y nuevo aliento con tu voz recibe.  
No tu constante esfuerzo será vano  
Por alcanzar la palma de victoria:  
Triunfarás del Averno,  
Y el orbe entero, al admirar tu gloria,  
Gracias sin fin tributará al Eterno.





## Á S. M. LA REINA D.<sup>A</sup> ISABEL II

EN SU LLEGADA Á SEVILLA

VÉN ¡oh lira! á mis manos, y un momento,  
Al rumor de los ecos de alegría  
Con que la patria mía  
Demuestra su lealtad, con firme acento  
Daré, lleno de férvido entusiasmo,  
Un nombre augusto al vagaroso viento.

No al opresor que pueblos avasalla  
Y en fraticida guerra asoladora  
Traspasa de la ley la justa valla,  
Ni al que llevado de ambición innoble  
Guiando va su hueste triunfadora  
Por extrañas naciones abatidas,  
Ensalzaré en mi canto:  
Es del poeta la misión más noble.  
El mercenario sólo  
Cantar puede las glorias  
Del déspota feroz que en cien victorias  
Lleva doquier desolación y llanto:

Él su deseo ardiente  
De esclavizar el mundo  
Halagará tal vez; que el oro enfrena  
Su labio, y torpemente  
Se humilla al peso de su vil cadena.  
Mas el que mira con horror profundo  
El imperio del mal, y firme adora  
La viva luz de la virtud divina,  
Feliz la altiva frente  
Ante ella sólo con respeto inclina.

¿Y quién ¡oh Reina amada!  
De la santa virtud en tu mirada  
No adivina los mágicos destellos?  
Al desvalido, al huérfano, al anciano  
Grato consuelo prestas compasiva;  
Tu acento les devuelve la esperanza  
Y les brinda la dulce bienandanza  
De que la suerte con furor los priva.  
Entonces venturosos  
Vuelven á tí la vista enternecidos  
Y ven tus ojos, que piedad revelan:  
Lágrimas hay en ellos,  
Lágrimas puras que su lumbre velan;  
Mas ¡ah! que así velados son más bellos.

Barcino, Augusta, la ciudad que baña  
El Turia cristalino  
Y el pueblo que aun recuerda en Covadonga  
La de Pelayo memorable hazaña,  
Escucharon tu acento peregrino.  
Doquiera que tu planta dirigiste,  
Magnánima Isabel, galanas flores  
Brotaron, llenas de fragancia y vida;  
Á tu presencia huyeron los dolores;

Que á tí fué siempre la esperanza unida.  
 Y al par que alivio diste á la indigencia,  
 Digno sostén el arte y la alta ciencia  
 En tu mano benéfica encontraron,  
 Y Reina cual ninguna generosa  
 Artistas y poetas te aclamaron.

No de otra suerte tras la noche oscura  
 Brilla en Oriente la rosada aurora,  
 Y con su lumbre pura  
 Da vida al campo y los espacios dora.  
 Los bosques sacudiendo  
 Su agreste cabellera la saludan,  
 Bullen las auras con rumor sonoro,  
 Y á recibirla, en temeroso vuelo,  
 De mil aves se apresta alado coro,  
 Himnos alzando á la región del Cielo.

Hora tus pasos bondadosa guías  
 Á la perla del Betis, y, anhelante,  
 Sientes la viva, misteriosa llama  
 Del noble y puro ardor en que se inflama  
 Tu corazón benéfico y amante.  
 Dar esplendor y vida á las naciones  
 Es de un monarca la mejor victoria;  
 Y así, al verter con generosa mano  
 Bienes sin cuento sobre el pueblo hispano,  
 Timbres alcanzas de perpetua gloria.  
 Doquiera la entusiasta muchedumbre  
 Á contemplarte ¡oh Reina! se adelanta,  
 Y, regando de flores tu camino,  
 Tus nobles triunfos, tus virtudes canta.

Ya la ciudad insigne que en su templo  
 Los restos guarda del tercer Fernando

Tu llegada triunfal, ansiosa, espera.  
¡Oh júbilo! ¡Oh ventura! Ya tronando  
Anuncia el ronco bronce que ligera  
Se acerca la veloz locomotora,  
Al viento adelantando en su carrera.  
En la elevada torre  
Aparece la enseña anunciadora  
De tan feliz y suspirado instante:  
Ya desalada corre  
La inquieta multitud, de gozo llena,  
Y en el profundo afán que la enajena  
Contempla de su dicha el sol brillante,  
Sin que lo empañe pasajera nube:  
Llegas al fin, y al verte  
Más tu belleza su entusiasmo aviva:  
«¡Es ella!» exclama, y estruendoso VIVA  
Del viento en alas al empíreo sube.

¡Oh plácido momento!  
¿Quién podría tu magia arrobadora  
Dignamente cantar?... Llega, Señora,  
Y que el Príncipe egregio que algún día  
Ha de regir á la nación hispana,  
Se goce de su pueblo en la alegría.  
Hispalis, siempre fiel á tus mayores,  
Hoy á sus Reyes con amor profundo  
Saluda, de placer arrebatada,  
Renovando, con férvidos loores,  
Sus votos de lealtad acrisolada.  
¡Que en tan pura ovación absorto el mundo  
El patrio amor de nuestras almas vea,  
Y su recuerdo, en gloria asaz fecundo,  
Presagio eterno de ventura seal





## AL MAR

DESDE los altos muros formidables  
Que circundan á Cádiz la opulenta,  
Yo te saludo ¡oh mar! Las indomables,  
Inquietas ondas de tu seno hirviente  
En su lucha violenta  
Las rocas baten do se alzara un tiempo  
La soberbia Tarteso prepotente,  
Que, á los embates rudos  
De tu inmenso poder y tus furores,  
Despareció como la densa niebla  
A los rayos del sol deslumbradores.  
¡Oh! deja, airado mar, que en este día  
Un recuerdo consagre á lo pasado...  
Calma tu furia horrenda,  
Y, de silencio y soledad cercado,  
Haz que pueda, en feliz melancolía,  
Contemplarte de asombro enajenado  
Desde las playas de la patria mía.

¡Oh, cuán alta se muestra y portentosa,  
Oceano inmortal, en la altiveza  
De tu oleaje férvido y rugiente,

La infinita grandeza  
Del supremo Hacedor omnipotente!  
En esta hora llena de poesía  
En que la luna triste y soñolienta,  
En lánguido desmayo,  
Se reclina en tus ondas macilenta  
Lanzando al mundo su postrero rayo,  
De Dios la idea nuestra mente inspira,  
Y por doquiera su poder se admira.

¡Poder inmenso! El descreído en vano  
Osa negarlo con audacia loca;  
Elocuente tu voz, ronco Oceano,  
Elévase más alta que su acento;  
Que altivas al herir la firme roca  
Tus olas por el ábrego impelidas,  
Ó cuando humildes á besar la arena  
Llegan, en apacible movimiento,  
«¡Dios!» en la playa y en el mar resuena,  
Y «¡Dios!» repite en lontananza el viento.

Yo sentí de placer y de entusiasmo  
Latir mi pecho, en la niñez dichosa,  
Al contemplar el caudaloso río  
Que besa el pie de la ciudad famosa  
Do vi la luz del sol por vez primera;  
Que en sus bullentes aguas  
Te imaginaba el pensamiento mío.  
¡Cuántas veces, oh mar, allí en la orilla  
Se alzó, raudó, mi espíritu á la esfera,  
Cruzó los llanos de mi patrio suelo,  
Salvó montañas, y, en tendido vuelo,  
Por admirarte, vino á esta ribera!  
Mas ¡ah! que nunca en mi ilusión la mente  
Fingirse pudo de tu fiero empuje

El hórrido fragor, ni esa latente  
 Perpetua lucha que tu seno agita...  
 Al contemplarte ahora,  
 Fiero, terrible, revolverte insano  
 Cual hiena aprisionada,  
 Ronco bramar con voz atronadora,  
 Batir la playa, límite supremo  
 Que te trazó la omnipotente mano,  
 Trémula de pavor mi alma suspira;  
 Mas recuerda á la par y absorta admira  
 Los altos triunfos que al cruzar tus olas  
 Las flotas de mi patria consiguieron,  
 Que acreciendo las glorias españolas  
 Sendas brillantes á la ciencia abrieron.

¡Colón! tu egregio nombre,  
 De escarnio objeto á la ignorancia un día,  
 Hoy de la eterna admiración del hombre,  
 Aun vese escrito en el humilde templo  
 Donde Pérez su amparo te ofrecía:  
 Aun de Palos se escucha en la ribera,  
 Y llevado en las olas lo repite,  
 Con entusiasta acento,  
 Feliz del Inca la región entera;  
 Que es bastante á llenar tu nombre solo  
 Cuanto baña en pausado movimiento  
 El anchuroso mar de polo á polo.  
 Por tí España, aumentando  
 Su riqueza y poder, un nuevo mundo  
 Á su regia corona entrelazaba,  
 Y á otras naciones su saber llevando,  
 La más grande entre todas se mostraba.

Mas no á tí solo, Genovés ilustre,  
 Reservaba la suerte amargas pruebas

En las burlas de necios cortesanos,  
Ni en tí solo vería  
El mundo al que olvidado por su patria  
Amparo buscaría  
En los hidalgos pechos castellanos:  
Aun nuevos triunfos generoso el Cielo  
Á Iberia destinaba,  
Y de los sabios nautas lusitanos  
El más digno y valiente le enviaba.  
Abandonado y pobre,  
Mas ardiendo de gloria en vivo anhelo,  
El bravo Magallanes  
Ante el insigne Carlos aparece,  
Y, del mar despreciando los afanes,  
La vuelta dar al mundo,  
Llegar del sur hasta el confín le ofrece.  
Atónito el Monarca,  
Con ánimo profundo  
Al genio mira que su apoyo implora,  
Y en generoso arranque despojando  
Su pecho de la insignia vencedora  
En Clavijo, con ella el del ilustre  
Navegante, magnánimo, decora.

«Parte,—le dice;—que tu arrojo sea  
Presagio de victoria:  
En propagar la Fe tu esfuerzo emplea,  
Y, al admirar tu gloria,  
El mundo todo con asombro vea  
Sin ocaso radiar el sol fulgente  
De mi España feliz en la alta frente.»

¡Oh empresa temeraria,  
Pero á la par sublime y bienhechora!  
Tú los miraste ¡oh plácida Lucero!

Lanzarse osados á la mar sonora,  
 Y con cien y cien *vivas* saludaste  
 Al Lusitano insigne que certero  
 Mandaba las gallardas carabelas:  
 Tú su voz escuchaste,  
 De dudas tal vez llena y temerosa  
 Al ver al viento desplegar las velas;  
 Y al bronco retronar de los cañones,  
 Que anunciaban la marcha presurosa,  
 Á los nautas mandabas, generosa,  
 Tus suspiros y ardientes bendiciones.

¡Oh corazones fuertes y leales,  
 Cuya nobleza os guía  
 Á empresas inmortales!  
 ¡Lauro al genio sublime que, olvidando  
 De su hogar apacible la dulzura,  
 Corre á extrañas regiones, anhelando  
 Propagar, con la Fe, ciencia y cultural!

Más ¿por qué, sacro mar, por qué tus olas,  
 Que abrieron para el bien fácil camino,  
 Y donde puro se retrata el cielo,  
 Han de turbar, sañudos, los mortales  
 Con la guerra crüel, fecunda en males?  
 Hora mi mente, en remontado vuelo,  
 Las páginas de sangre  
 Recorre de tu historia,  
 Y de Abukir y Trafalgar se muestran  
 Las escenas de horror á mi memoria.  
 ¡Trafalgar! ¡Trafalgar!... ¿Qué pecho hispano  
 Á tu infausto recuerdo no se inflama  
 De santa indignación?... Allí el Britano  
 El laurel alcanzó de la victoria;  
 Mas ¡ah! que quiso en vano

À España arrebatat el de la gloria.  
¡Día de horror!... Las naves destrozadas  
En el revuelto mar desaparecieron,  
Y mil y mil guerreros esforzados  
Defendiéndote ¡oh patria! denodados,  
En el rudo combate sucumbieron.

¡Campeones de Iberia! eternamente  
Vuestros gloriosos nombres, repetidos  
Por la sonora trompa de la Fama,  
Aclamados serán de gente en gente.  
Ellos la viva llama  
Alentarán del entusiasmo ardiente  
En los fuertes hispanos corazones,  
Y vivirá por siempre su recuerdo  
Para ejemplo y terror de las naciones.

Y qué, ¿tanto heroismo,  
Tanta sangre española derramada,  
Infecundos serán? ¿Nunca humillada  
El poder sentirá de nuestro encono  
La implacable Albión? ¡Ah! que algún día,  
No lejano tal vez, tú, patria mía,  
Te alzarás orgullosa...  
El Ponto fatigado al grave peso  
Gemirá de tu armada poderosa,  
Y, libre entonces de temor y azares,  
Serás la altiva reina de los mares.

Cuando se acerque tan feliz momento  
¡Oh piélagos espumosos!  
Calma, mitiga tus soberbias olas;  
Y al par del vago viento,  
Grato suene tu arrullo y armonioso  
Saludando las naves españolas.



## AL SIGLO XIX <sup>(4)</sup>

**S**ALVE, rey de los siglos! Voladora  
La Fama extiende tu renombre al viento,  
Y absorto al abarcarlo el pensamiento  
Sólo sabe admirar...

Sonó la hora  
En que abrumado al peso de sus crímenes  
El siglo de Voltaire morir debía,  
Y en que tu aurora espléndida y brillante  
Como nuncio del bien se mostraría.

Á su feliz aparición brotaron  
Las fuentes del saber; raudos huyeron  
El vano exclusivismo y la ignorancia,  
Y con nuevo vigor, nueva elegancia,  
Las Letras renacieron.

¡Cuán grande en tu alborada aparecía,  
Y cercado de vivos resplandores,

El genio celestial de la Poesía!  
Lamartine, Chateaubriand, Goethe, Víctor Hugo,  
Gallego y Lista, y el viril Quintana,  
Que de la patria el mal, fiero, deplora,  
Y á sacudir el yugo  
Del odioso extranjero al pueblo excita;  
Leopardi, Byron, que entusiasta créa  
Cien admirables obras, y más tarde,  
De Hélade al grito, corre valeroso  
Despreciando la muerte en la pelea;  
Y el benigno Cienfuegos, y Reinoso,  
Y ciento y ciento más, que en vigoroso  
Canto pulsaban la vibrante lira,  
De tu grandeza el pedestal labraron.  
En vano el negro mar de las pasiones  
Con sus tremendas luchas agitaron  
Ya la incredulidad, ya el fanatismo,  
Intentando á su furia doblegarte...  
Tú, en constante desvelo,  
Las páginas borrabas  
De un pasado de horrores;  
Nuevas bellezas te prestaba el Arte,  
Las Letras sus magníficos fulgores;  
Y ya desde tu infancia en los albores  
Tan alto era tu anhelo,  
Que con osada frente parecías,  
Cual moderno Titán, retar al cielo.

Ante el brillo del Arte y de las Letras  
¿Cómo la Ciencia inerte  
Yacer pudiera, cuando altiva y fuerte  
Ya descollaba en anteriores siglos?  
De absurdas opiniones vencedora,  
Segura se adelanta, tremolando  
Del progreso la enseña bienhechora;

Y á la asombrada humanidad mostrando  
 De mil inventos la vivaz centella,  
 Rastros de luz fulgente  
 Va en su marcha triunfal tras sí dejando,  
 Cual del espacio peregrina estrella.  
 Vedla con Fulton contrastar la furia  
 De los revueltos mares:  
 Del vapor al empuje irresistible,  
 Sin miedo á los azares,  
 La nave zarpa; al piélago se entrega  
 Dominando los vientos y las olas,  
 Y ostentando después cien banderolas,  
 Mensajera feliz, al puerto llega.

¡La Ciencia! ¿Quién su marcha  
 Audaz, vertiginosa, irresistible,  
 Seguir lograra, ni narrar sus triunfos,  
 Que son tu gloria, oh siglo prepotente?  
 En vano el pensamiento,  
 Con afán indecible,  
 Tras su huella camina, el esplendente  
 Cuadro de sus victorias anotando:  
 Ya el admirable invento  
 De Stephenson contempla, que más tarde,  
 Del mundo asombro, en fraternal abrazo  
 Unirá á las naciones:  
 Ora el de Morse, que aduna la palabra  
 Al eléctrico flúido,  
 Y veloz la trasmite, en dulce lazo  
 Estrechando á los pueblos:  
 Ya, en fin, el del insigne  
 Edisson, que aprisiona  
 La humana voz y, audaz, la reproduce  
 Á su potente voluntad sumisa...  
 ¡Inútil anhelar! En vano intenta

Fatigada la mente,  
¡Oh siglo portentoso! de tus sabios  
Enumerar las múltiples creaciones:  
Ellas, surgiendo en rápida creciente,  
Como raudal de desbordado río,  
Pasmo serán de cien generaciones.  
Nada pudo negarse al poderío  
De su indómito afán: firme y sonora  
Se alzó su voz, y al incansable brío  
De obreros mil, los encumbrados montes  
Su oculto seno abrían, dando paso  
A la ardiente y fugaz locomotora,  
Que, túneles y abismos recorriendo,  
Mostró a la Industria nuevos horizontes.

Y aun resonaba de los pueblos todos  
El grito de alegría  
De triunfo tal al celebrar la gloria,  
Cuando, en sorpresa grata,  
Gozoso el mundo vía  
Del científico ardor nueva victoria.  
¿Quién á tan grato anuncio no sintiera  
Latir su corazón? Veloz la nave  
En el mar turbulento  
El cable tiende, y al confín lejano  
Llega del Nuevo Mundo, que ya espera  
Rasgar el velo al misterioso arcano.  
¡Oh mágico portento!  
De súbito la chispa centellea,  
Y en ella envuelta la palabra humana,  
«Con cariño de hermana  
Mi saludo recibe»,  
América pronuncia; y luego en breve  
Europa, que en su triunfo se recrea,  
Contesta en chispa leve:

«¡Nuestra dichosa unión eterna seal»

«¡Prez y honor á los genios  
 Que tal prodigio realizar lograron!»,  
 Absortas las naciones,  
 En su entusiasmo ardiente,  
 Á la par exclamaron;  
 Y es fama que los manes  
 Del inmortal Colón, al ver unida  
 Su América feliz al Continente,  
 De júbilo en la tumba palpitaron.

¿Pudiera ya del sabio la atrevida  
 Aspiración, la sed devoradora  
 De arrancar sus misterios á la Ciencia,  
 Límites alcanzar? Nó, que más fuerte  
 Á cada triunfo se alza en su conciencia  
 De luchar el deseo,  
 Cual, si la guerra estalla,  
 El caudillo á las lides avezado  
 Viste el marcial arreo  
 Y se apresta de nuevo á la batalla.

Digno campo buscó la inteligencia  
 En que hallar otra vez lauro seguro:  
 El dilatado istmo  
 Del África y del Asia  
 Lazo de unión, donde invencible muro  
 El nauta miró acaso,  
 En breve debería  
 Á las naves abrir seguro paso.  
 Tú á la gigante empresa te lanzaste,  
 ¡Oh gran Lesseps! y en generosa lidia  
 Envidiable renombre conquistaste.  
 Nada contrastar pudo

Tu firme decisión... La vil insidia  
Y la fiera arrogancia  
Del Inglés, del terreno  
El obstáculo rudo,  
Valeroso venciste, ejemplo dando  
De entereza y constancia;  
Y cuando ya del Ponto  
Las turbias olas en tropel se unían  
Á las que inquietas baten  
Las índicas regiones,  
¡Gloria á Lesseps! decían,  
Y en resonante coro  
¡Gloria á Lesseps! monarcas y naciones  
Con entusiasta acento repetían.

Mas ¿qué rumor extraño  
Al eco de alabanza, que sonoro  
De pueblo en pueblo raudo se propaga,  
Amenazante adúnase, amenguando  
La voz de gozo, que en el aire vaga?  
¿Por qué la deslumbrante  
Estrella de ventura  
Que antes brillaba, vase amortiguando,  
Y cárdenos vapores ocultando  
La atmósfera de paz, serena y pura?

¡Oh ciega humanidad! ¿Tal vez creiste  
Que el poder de la Ciencia bastaría  
Á contener las iras del malvado,  
Que odia á los buenos y hasta á Dios resiste?  
¡Vana ilusión! De tu fecundo seno  
Surge el monstruo feroz, que sólo alienta  
Á la voz de venganza,  
Que se revuelca en el inmundo cieno,  
Y que afilando su puñal espera

La hora de destrucción y de matanza.  
 Ciudades populosas  
 Aun recuerdan sus bárbaros horrores,  
 Cuando en el mal, tranquilo, se gozaba,  
 Del incendio á los tristes resplandores.  
 ¡Míralo bien! ¡Él es! El socialismo.  
 De sus negros rencores,  
 ¡Oh descreída sociedad! no esperes  
 Salvarte concediéndole favores.  
 Ávidos escucharon sus adeptos  
 Del astuto egoismo  
 Las seductoras frases; de los labios  
 De soberbios filósofos,  
 Á quienes, necia, acatas como á sabios,  
 Negar oyeron el sagrado nombre  
 Del Supremo Hacedor; las más absurdas  
 Doctrinas de igualdad á sus oídos  
 Llegaron, halagando sus sentidos...  
 ¡Miserable sociedad! ¿qué hay que te asombre?

Dichosa al parecer, y adormecida  
 En el ocio infecundo y los placeres,  
 De la moda y de frívolos quehaceres  
 Esclava haciendo á tu mitad querida;  
 Devorada por necias ambiciones  
 Y con afán rindiendo  
 Al oro adoración, pasas la vida.  
 Mas amargando tu falaz ventura,  
 Un eco, de ansiedad presagio triste,  
 Álzase en tu conciencia, repitiendo:

«Si ciega sigues la torcida senda  
 Del vicio y del error, la hora tremenda  
 Llegará para tí: tu propio hijo,  
 Atila de cien brazos,

Con sus rudos abrazos  
Te hará sentir su indómita fiereza,  
Logrando al par hasta el postrer destello  
Borrar de tu cultura y tu grandeza.  
No en tu saber y fuerza confiada  
Al sueño te abandones:  
El enemigo que vencido juzgas,  
Aun esclavo de míseras pasiones,  
En sed de oro y de venganzas arde;  
Mañana acaso llamará á tu puerta  
Y salvarte querrás... mas será tarde:  
¡Sociedad infeliz, teme y despierta!»

Tal la siniestra predicción que brota  
De todos en el alma,  
Y que con fuerza ignota  
Turbar consigue del hogar la calma.

¿Pudiera ser verdad? Tú, enaltecida  
Del progreso á la luz, germen de vida,  
Con tan próspera suerte,  
¿Oculto llevas en tu mismo seno  
Letífero veneno  
Que habrá de darte vergonzosa muerte?

Mas no será: la tempestad que fiera  
Aproxímase á tí con paso lento,  
Aun puede, como bruma pasajera,  
Desparecer al soplo de tu aliento.  
Á tu justa elección el triunfo toca;  
No ya el saber, el sentimiento evoca:  
Con él ¡oh sociedad! en tu camino,  
Por augusto ideal regenerada,  
Presta sello inmortal á tu destino:  
¡Invoca á Dios, y te hallarás salvada!

Así también librate del oprobio  
Podrás ¡oh siglo! y recabar tu gloria:  
Aun los tiempos futuros más distantes  
Aplausos rendirán á tu memoria,  
Y en letras de diamantes  
Tus claros timbres grabará la Historia.





## ECOS DE LA PATRIA

### AL MAR

CUANDO España feliz la altiva frente  
Con orgullo ante Europa levantaba,  
Y en el África ardiente  
Su pendón victorioso tremolaba,  
Por vez primera ¡oh mar! corrí á tu orilla,  
De saludarte ansioso,  
Y, al par que tu grandeza,  
La indómita fiereza  
Del soldado español aun admiraba  
Y el espíritu fuerte y generoso.

No discordia civil su horrenda tea  
Entónces agitaba, ni el espanto  
En el tranquilo hogar se difundía:  
Amor patrio los pechos inflamaba,  
La gloria más y más los encendía;  
Y más tarde las huestes españolas  
Miraron renacer, cual por encanto,

Los sagrados laureles de Lepanto  
Del lejano Pacífico en las olas.

¡Oh gaditano mar! ¡Cuán diferente  
Hoy con honda tristeza te contemplo!...  
De alegre multitud al *viva* ardiente  
Cien guerreros ilustres  
Á tus playas entonces arribaban  
Al són de gratos himnos de victoria,  
Y á su paso las frentes se inclinaban  
En homenaje á su valor y gloria.  
¿Qué corazón entonces no latía  
De honor y patria al grito valeroso?  
¿Quién entonces feliz no se sentía  
Al llevar de español el nombre honroso?

¡Cuánta mudanza ahora!  
De la lealtad y del deber los lazos  
Se miran rotos, y en facciones miles  
La patria dividida,  
Va en su nave, sin rumbo ni esperanza,  
Por mil contrarios vientos combatida!  
¡Doquier señales de su oprobio y mengua!  
Allí donde sus cúpulas gigantes  
El sacro templo alzaba,  
Miserables rüinas aparecen,  
Donde la ortiga vil y el musgo crecen:  
Allá do el fuerte muro se ostentaba,  
Cual digna muestra del saber romano,  
De la ignorancia audaz al golpe insano  
Por tierra yace destrozado ahora...  
Doquier rüinas, sí; que despiadada  
La moderna piqueta destructora  
Reina al grito de muerte, cual señora,  
Sobre los restos de la edad pasada.

Mas ¡ah! ¡pluguiese al Cielo  
Que tan crüel afrenta  
Sufriese sólo la abatida España!  
¡Ay, que ya el odio destructor fermenta,  
Presagio cierto de seguros males!  
Ved, espíritus nobles, el desvelo  
De esa turba de fieros canibáles  
Que, con inicua saña,  
En desastrosa lid sumirla intenta:  
Los mismos son que en memorables días,  
La Religión tomando por escudo  
De sus ideas y conducta impías,  
Á un príncipe fanático anhelaron  
Colocar en el trono de cien reyes,  
Y, hollando audaces las sagradas leyes,  
Luto y desolación doquier llevaron.

Y si aun valor os resta  
Para observar tranquilos  
Los males todos que á la patria agobian,  
Volved la vista y contemplad el ciego  
Funesto afán con que, al constante grito  
De libertad, un pueblo sin ventura  
Corre á aspirar doctrinas que más tarde  
Habrán de ser escala del delito  
Y ocasión de perpetua desventura.  
De sus nuevos apóstoles la ciencia  
Atentos escuchad, y estremecéos...  
De Dios la soberana omnipotencia  
Furiosos niegan... ¡oh! su audacia loca  
De los buenos subleva la conciencia  
Y á noble y justa indignación provoca.

¿Pruebas queréis tal vez aun más patentes  
De su abyección, de su rüina cierta?

Pues ved á los patricios  
 Que libertad y honra proclamaban,  
 Ir mendigando un rey de puerta en puerta,  
 Y tornar sin el rey que demandaban.

¿Y esta es España ¡oh Dios! esta es la fiera  
 Noble nación que un día,  
 Sus leyes imponiendo á Europa entera,  
 Á su arbitrio los cetros repartía?  
 ¡Oh vergüenza! ¡Oh baldón!... Al contemplarte,  
 Miserable patria mía,  
 Postrada y sin honor, tu hermoso cielo  
 Velado en parte por sangrienta nube,  
 El alma siente inexplicable anhelo  
 Y el carmín de la ira al rostro sube.

Tú, gaditano mar, que en no lejano  
 Tiempo mostrabas con orgullo al mundo  
 Cien y cien naves, signo de tu gloria,  
 Los altos timbres de la hispana historia  
 Con ellas publicando en tierra extraña;  
 ¡Ah! tú también ¡oh mar! hoy solitario  
 Y triste ante mis ojos te presentas,  
 Y en ronco són parece que lamentas  
 Las desventuras de la madre España.

¿Y será que por siempre,  
 Noble pueblo español, cubierto mires  
 De sangre y luto tu fecundo suelo,  
 Y que, envuelta la luz de la esperanza  
 En funerario velo,  
 Nunca te anuncie paz ni bienandanza?  
 Aquí, do en otro tiempo absorto el mundo  
 Alzarse miró al ínclito Pelayo,  
 Á los bravos de Otumba y de Pavía

Y á los héroes también del Dos de Mayo,  
¿Almas no habrá que de la patria en aras  
Su sangre toda por salvarla ofrezcan,  
Y, antes que contemplarla envilecida,  
En la demanda con valor perezcan?

Existen, sí... De tu fatal letargo  
Despierta ¡oh pueblo! y con ardor aclama  
Á los valientes que entre mil azares  
Llevaron tu bandera  
Con honra por la tierra y por los mares.  
Torna los ojos al ilustre anciano  
Que en los célebres campos de Vergara,  
Astro de libertad, dió al suelo hispano  
La suspirada paz... Mira al caudillo  
Que en lejanas riberas  
Volvió á tus naves su perdido brillo:  
Ambos dignos de tí, claros varones,  
Modelos de lealtad y de constancia,  
Ajenos de bastardas ambiciones,  
Frente harán al orgullo y la ignorancia,  
Á la codicia audaz, á los rencores  
Que por tu seno cunden  
Y odios sin fin y pérfidos errores  
Con su aliento maléfico difunden.  
Ambos, genios del bien, fueran la egida  
Que, respondiendo á impulso generoso,  
Ofreciera acogida  
Al vástago real, que candoroso  
Aun de la infancia aduermese en los brazos...  
Ellos, así calmando las pasiones,  
Extenderían los sagrados lazos  
Que unieran encontradas opiniones...  
Empero ya imagino  
Que impaciente murmuras con despecho:

—«¡Otra vez un Borbón!...»—Sella tus labios,  
 Que nunca digno fué de hidalgo pecho  
 Á la inocencia hacer duros agravios.  
 ¡Él trajera la paz, la paz divina!  
 ¿Tan alto beneficio  
 No podrá merecerte,  
 Pueblo inmortal, ni un leve sacrificio?  
 ¡Oh! que Europa te vea  
 Unido responder á un pensamiento,  
 Y ya de hoy más, con generoso aliento,  
 «Alfonso y libertad» tu enseña sea.

Mas ¡ah! que en vano con amargo acento  
 Se alza mi humilde voz: ella perdida  
 Irá en las alas de fragoso viento,  
 Como piedra en las ondas sumergida.

¡Infortunio, abyección! Tal es tu suerte,  
 Patria infeliz: lo dicen estas playas,  
 Que miran tu abandono,  
 Y lo repite el mar en són de muerte.  
 Tal vez mañana por crüel tirano  
 Oprimida serás: quizá orgulloso  
 Rey extranjero, con afán insano,  
 El grillo infame ceñirá á tu mano,  
 En tu frente imprimiendo  
 De esclavitud al par sello ominoso...  
 Mas yo no lo veré... Antes que opreso  
 Por el hierro de horrible tiranía,  
 Antes que contemplar de mis mayores  
 La tumba profanada  
 Por la planta de inicuos invasores,  
 Lejos ¡oh patria amada!  
 De tu encantado suelo mis dolores  
 Iré á ocultar, fiándome al destino...

¡Ay! entonces ¡oh mar! fácil camino  
Darne podrá tu líquido elemento,  
Espacio en que aspirar tu brisa pura:  
Y cuando rauda, en blando movimiento,  
Hienda la nave ya tus ondas fieras,  
Lágrimas derramando de amargura,  
Daré un eterno ¡adiós! á estas riberas.

Cádiz, 2 de Agosto de 1869.





## AL OCEÁNO

DESDE el altivo gaditano muro  
Te contemplo otra vez, rey de los mares,  
Y aspirando, feliz, tu ambiente puro,  
Doy al olvido mis tranquilos lares.

Siempre á tu vista se agitó mi pecho  
Con el recuerdo de la hispana gloria;  
Que aunque hoy se mira su poder deshecho,  
Es tu historia inmortal su misma historia.

«No mas allá», midiendo tu distancia,  
Los pueblos primitivos exclamaron:  
«Acabóse la tierra», en su ignorancia  
Dijeron, y ante tí se prosternaron.

Á aquéllas otras cien generaciones  
Y mil más y otras mil se sucedían,  
Y á tu grandeza absortas las naciones,  
«No hay más allá», constantes, repetían.

Mas un hombre por Dios iluminado  
Alzóse al fin, que, con saber profundo,  
«Hay más allá», proclama entusiasmado  
Ante la faz del ignorante mundo.

Presta amparo á Colón y firme aliento  
La primera Isabel con franca mano,  
Y el Genovés exclama en su ardimiento:  
«Reina serás del férvido Océano.»

Vedle ya cuál se lanza decidido  
En su nave, que el viento balancea:  
Vedle ya por las ondas combatido,  
Fuerte siempre en su fe, firme en su idea.

¡Gloria al Señor!... La tierra apetecida,  
Aquélla que él soñó, fértil, pomposa,  
Muéstrase ya á su vista enardecida  
Más verde que en su sueño y más hermosa.

«¡Gloria, gloria al Señor, y viva España!»  
Gritó, clavando en tierra su bandera;  
Y el mar llevó ese grito á tierra extraña  
Y asombro fué y terror de Europa entera.

Que por él sin ocaso el sol brillante  
Dió luz á Iberia en su esplendente gloria...  
Aun tus olas lo dicen, fiero Atlante,  
Que es tu historia inmortal su misma historia.

Tú admiraste su espléndida grandeza,  
Su incontrastable, inmenso poderío;  
Tú de sus genios la sublime alteza,  
De sus guerreros el potente brío.

Tú, gimiendo á su peso, conducías  
 Las naves de Cortés, del indio espanto;  
 Tú los ecos de gloria repetías  
 De San Quintín, de Otumba y de Lepanto.

Tú de la India hasta el confín remoto,  
 Del Esquimal hasta la helada zona,  
 Del África y del Asia al seno ignoto  
 Llevaste en triunfo la imperial corona.

Á Oriente, al Sur, al Norte, al Occidente  
 El hispano pendón doquier se alzaba,  
 Y el mar, sumiso á su poder creciente,  
 Con su eterno rumor lo saludaba.

De ese inmenso poder, de ese tesoro  
 De purísima fe que en tu alma ardía,  
 ¿Qué resta, noble España, en tu decoro?  
 ¿De qué ufanarte puedes, patria mía?

Un recuerdo feliz de tu pasado  
 Y de tu antigua fuerza aun te restaba;  
 Un trono secular, que era realzado  
 Por una Reina fiel, que al pueblo amaba.

Ella velaba por su bien, constante;  
 Al agravio el perdón siempre oponía:  
 Era española, y de su pueblo amante,  
 Con él penas y triunfos compartía.

Bajo su augusto cetro nuevas glorias  
 Las artes y las ciencias consiguieron,  
 Y los lauros de bélicas victorias  
 Con lozano vigor reverdecieron.

Tú viste ¡oh mar! las huestes castellanas  
Vencedoras del África altanera,  
Y en las costas de América lejanas  
Alzar de nuevo su triunfal bandera.

Y á Gades arribar, en fausto día,  
Viste también á la gentil Matrona  
Á cuyo influjo España renacía  
Digna otra vez de su imperial corona.

La multitud cercábala anhelante,  
Con estruendosos *vivas* la aclamaba,  
Y ella, enmedio del pueblo, palpitante,  
Lágrimas de entusiasmo derramaba.

¿Por qué, patria infeliz, raudos huyeron  
Momentos de tan plácida ventura?  
¿Por qué los mismos que feliz te vieron  
Hoy te contemplan llena de amargura?

Tú lo sabes ¡oh mar!... En estos muros  
Están de España escritos los dolores;  
Que aquí fingiendo, en su maldad seguros,  
Su inicua voz alzaron los traidores.

Como la sierpe vil, que entre la hojosa  
Planta se oculta del verjel lozano,  
Para herir de su dueña, cautelosa,  
Con más seguridad la blanca mano;

Así, lealtad mintiendo á la benigna  
Reina, que los colmó de altos honores,  
De infame rebelión, en farsa indigna,  
Desataron los vientos bramadores.

Cayó el Trono... infelices, ¿qué habéis hecho  
De aquel pueblo español leal y honrado,  
Que al defender su nombre y su derecho  
Era de extraños pueblos respetado?

Gritasteis *libertad*, y la anarquía  
En Iberia se alzó con fiera saña;  
*Honra* gritasteis, y la voz impía  
En Cuba os respondió de *muerta España*.

¡Miseria Hesperia!... á vuestro torpe mando  
Fatigada la frente al suelo inclina;  
De la ambición ante el altar nefando  
Su cetro augusto á su pesar declina.

Y en vez de esa nación *libre y honrada*  
Que soñasteis en viles desafueros,  
Una patria tenéis degenerada  
De mendigos sin fe y de aventureros.

¿Y habrá de ser de España el cruel destino  
Nunca encontrar el puerto de bonanza,  
Ciega correr por el fatal camino  
De perdición, sin rumbo ni esperanza?

Nó, no será: que aun pechos esforzados,  
Que al nombre santo de la patria latén,  
Por la constancia y la virtud guiados,  
Con noble ardor la iniquidad combaten.

Aun restan españoles que se precien  
De ser leales y en su fe sinceros,  
Y la vil seducción firmes desprecien;  
Que aun nobles hay aquí, y hay caballeros.

Tal vez los ambiciosos y aturridos  
Que lanzaron á España á estos horrores  
Están en su conciencia arrepentidos  
Y, aunque tarde, lamentan sus errores.

Alza la frente, pues, ¡oh patria mía!  
Y el luto deja ya que te desdora:  
Tras de esa noche que te cerca umbría,  
De tu ventura brillará la aurora.

Y tú, férvido mar, adios te queda;  
Y plegue al cielo que al volver, gozoso,  
Á admirarte otra vez, decir ya pueda  
Que es el pueblo español libre y dichoso;

Y que con nuevo y levantado aliento,  
Sus luchas olvidando España entera,  
Sólo responde unida á un pensamiento,  
Sólo tiene una fe y una bandera.

Cádiz, 10 de Abril de 1872.





## EL DOS DE MAYO

Mi patria ¡oh Dios! mi patria ya no existe.  
GASPAR BONO SERRANO.

AUN tu memoria vive; vive y late  
El corazón al recordar tu historia:  
Vencedora del tiempo te levantas,  
Fecha de luto, mas al par de gloria.

Triste, España, dormías  
Bajo el influjo de letal beleño,  
Y en tu profundo sueño  
Ni aun la ominosa esclavitud sentías  
En que opresa vivías  
Á voluntad de tu insolente dueño.  
Que no de tu monarca,  
Indigno sucesor del gran Felipe  
Que luchar y vencer supo atrevido,  
Obedecías las supremas leyes;  
Sobre el mandato augusto de tus reyes  
Imperaba la audacia de un valido.

Entonces, abatidas

Y absortas las naciones,  
Ante las bravas huestes victoriosas  
Del moderno Alejandro se humillaban;  
Y al hórrido fragor de sus cañones,  
Pálidas y llorosas  
Á demandarle compasión llegaban.  
De Italia dueño, del Teutón valiente  
Vencedor, y del fiero Moscovita,  
Llegada ya la hora  
Creyó de realizar su sueño ardiente;  
Y elevando, potente,  
Su voz atronadora,  
«El Pirene cruzad, á sus secuaces  
Dijo con saña impía;  
El Pirene cruzad, y á España vea  
Servirme esclava en mi supremo día:  
Fácil trofeo de mi gloria sea,  
Y ya podré exclamar: EUROPA ES MÍA.»

Á tan rudo clamor, á tal ultraje,  
El león despertó: su altiva frente  
Sacudió con furor, pudiendo apenas  
El grito comprimir de su coraje,  
Y así al déspota fiero  
Dijo con firme voz y ánimo entero:  
«En buen hora á Castilla  
Vengas de tu valor haciendo alarde;  
Ésta la patria del valor se nombra:  
Jamás el español tendió cobarde  
Al opresor su mano;  
Si la santa amistad tu pecho inflama,  
Al confundirnos en su pura llama,  
Mi amigo podrás ser, nó mi tirano.»

De España al razonar firme y prudente

Leve sonrisa de desprecio asoma  
 Del déspota en los labios;  
 Y uniendo á su doblez nuevos agravios,  
 Como el feroz Atila sobre Roma,  
 Roba y abate en la infeliz Iberia  
 Cuanto envidian sus ojos  
 Y por bello le ofende y le da enojos:  
 Que él, á quien llaman GRANDE,  
 En sí quiere encerrar toda grandeza,  
 Y que tan sólo Francia  
 Se alce con arrogancia  
 Soberana del genio y la belleza.

Trémula Mantua de furor lo mira,  
 Y comprendiendo su intención malvada  
 Contra él se vuelve rebosando en ira.  
 «Fuera extranjeros», dice, y, desalada,  
 El arma empuña con ardor tremendo:  
 «No déspotas aquí; fuera», repite  
 De rabia el suelo hiriendo,  
 Que conmueve su pie... Así ante Grecia,  
 De la guerra crüel la altiva diosa  
 En su carro de fuego aparecía,  
 Y á su férvido aliento, poderosa,  
 Á vencer ó á morir libre corría.

¡Oh! dadme que á vosotros,  
 Dignos hijos de Iberia,  
 Valeroso Daoiz, noble Velarde,  
 Débil un canto de mi tosca lira  
 Consagre con amor, haciendo alarde  
 Del entusiasmo ardiente  
 Que vuestro digno proceder me inspira.

Á vuestra firme voz Mantua concentra

Todas sus fuerzas con valiente arrojo,  
Y prefiere al sonrojo  
De contemplarse esclava,  
En lucha desigual probar su suerte:  
En su enemigo audaz la vista clava,  
Y, despreciando su insensato enojo,  
Exclama con valor: «Victoria ó muerte.»

Truena el cañón: la espada centellea  
Agitada con fuerza vigorosa;  
Y Mantua entristecida  
Mira correr, á la del Galo unida,  
En la feroz pelea  
De sus hijos la sangre generosa.  
Tres veces el Francés contra el Hispano  
Ciego se precipita, y otras tantas  
Humilla la cerviz: por fuerte mano  
Rechazado se ve en su audacia loca,  
Como se estrella en la elevada roca  
Con tremendo fragor el Océano.

¡Esfuerzo inútil!... ¡Heroísmo vano!  
Ya el invasor repuesto, airado vuelve  
Á la lucha tenaz, y al cabo el triunfo  
Nó el valor, sinó el número decide:  
Ciego de ira, en derredor revuelve  
Sus ojos, siempre víctimas buscando;  
Y cual se ve avanzar, rauda bramando  
En la llanura, horrenda catarata,  
Contra el bravo Español, «¡muera!» gritando,  
En inmenso torrente se desata.

¡Cuántas muertes, oh Dios!... Allí sucumben  
El gran Daoiz y el ínclito Velarde,  
Que al querer, ya vencidos,

Resistir á los fieros invasores,  
 Acelerar su fin tan sólo alcanzan,  
 Añadiendo al horror nuevos horrores.

¡Horas supremas de ansiedad y espanto!  
 ¡Día de luto, mas al par de gloria!  
 Á vuestro noble ejemplo,  
 Ilustres campeones, se alzó Iberia  
 Con fuerte poderío;  
 Venganza al fin hallaron vuestros manes  
 Del homicida impío;  
 Que tributando honor á la memoria  
 De vuestros altos hechos,  
 Fueron altares los hispanos pechos  
 De Bailén en la fúlgida victoria.

Cayó el coloso; el vencedor de Jena  
 Vencido fué á su vez, y sus errores  
 Fué á llorar, entre amargos sinsabores,  
 Á la sombra de un sauce en Santa Elena.  
 Tú fuiste, patria mía,  
 La que, muestras sublimes de constancia  
 Dando al mundo, mataste su arrogancia  
 Y humillaste su indómita osadía:  
 Á tu ejemplo los débiles se alzaron,  
 Y tras oscura noche al fin lograron  
 Ver la luz irradiar de un fausto día.

Para ellos fausto; mas á tí ¿qué plugo  
 Concederte después fiero el destino?  
 Contempla ¡ay triste! con amargo duelo  
 Tu presente abyección, y alza si puedes,  
 Cual antes, sin rubor tu frente al cielo.  
 Tras luengos años de civil contienda,  
 De luchas incesantes

En que tu noble sangre y tus tesoros  
Diste al genio del mal en amplia ofrenda,  
Sólo breves instantes  
De dicha y paz brillaron en tu suelo;  
Breves instantes que tus propios hijos,  
Con criminal anhelo,  
Ahuyentaron, dejándote en herencia  
De larga sucesión males prolijos.  
Contempla, ilustre España,  
Derribados los templos que fundaron  
Tus preclaros varones,  
Allí donde clavaron  
Con hazañas insignes sus pendones:  
Á tus hijos contempla, que, iracundos,  
La ambición ostentando por bandera,  
Tu seno maternal fieros desgarran,  
Siendo escarnio y baldón de Europa entera.  
Mira hacia el Norte las tenaces hordas  
Del viejo absolutismo; al Mediodía  
Á los ilusos mira que adoraron  
La libertad con ciega idolatría,  
Y al fin su necia libertad trocaron  
En insufrible y torpe tiranía.  
Vé también las esposas  
Del Señor ultrajadas...  
Con escenas indignas, vergonzosas,  
Contempla profanadas  
Las sagradas mansiones de la muerte;  
Nuestra conciencia herida  
Al mirar despreciada y perseguida  
La fe de nuestros ínclitos mayores...  
Oye de Cuba el funeral lamento  
Que exhala de la guerra en los horrores,  
Y llora, triste España, tu tormento,  
Si te dejan llorar tus opresores.

¿Y los que así destrozan  
 Tu noble corazón pueden llamarse  
 Hijos tuyos? ¡Ah! nó; los que se gozan  
 En ofender á débiles mujeres;  
 Los que en herir el seno de la patria  
 Fundan sus torpes, bárbaros placeres,  
 Españoles no son: no pueden serlo  
 Los que siembran la saña destructora  
 De indigna división, ni los menguados  
 Que al vil ocio entregados  
 Dejan crecer la llama asoladora  
 De la negra maldad... ¡Ay! que ya todo  
 Del egoísmo con la faz se viste;  
 Y fuerza es exclamar con el anciano  
 Vate, que honora el suelo mantuano:  
*Mi patria ¡oh Dios! mi patria ya no existe.*

¿Será verdad? ¿La que, del orbe espanto,  
 En dos mundos se vió dominadora;  
 La que amparó bajo su regio manto  
 Las ciencias y del arte fué señora;  
 La que triunfó en Lepanto,  
 Y dió un Cid y un Guzmán, no existe ahora?...  
 Existe, sí; que aunque fatal cizaña  
 De su encantado suelo se apodere,  
 Al hálito del bien se alzaré España...  
 La patria nunca muere.

Mas no seréis vosotros,  
 Los que formáis de raza descreída  
 Y en la molicie y el placer crecida  
 Soberano ornamento,  
 Los que en ansiada hora  
 Consolaréis su horrible sufrimiento,  
 De salvación mostrándole la aurora.

Otra generación más digna y fuerte,  
De sublime virtud claro modelo,  
Vendrá con vivo celo  
De la patria á salvar honra y decoro,  
Y entonces sin desdoro  
Alzar podrá otra vez su frente al cielo.  
Y, aunque con honda pena,  
Á maldecir vendrá vuestra memoria;  
Y á condenar vuestros injustos hechos  
Grande y severa se alzaré la historia.

En tanto... proseguid. que España sea  
Sólo un montón de lóbregas ruinas;  
Que por vosotros abatir se vea  
En lánguido desmayo;  
Y si os afrenta de su antigua gloria  
El esplendor fulgente,  
Arrancad el laurel que orna su frente,  
La página borrarad del Dos de Mayo.

1873.





EN LA PROCLAMACIÓN  
DE S. M. EL REY D. ALFONSO XII

RESPIRA ¡oh patria!... Tras la noche oscura  
De oprobio y sufrimiento,  
El sol renace ya de tu ventura  
De la eterna Justicia al sacro aliento.

Por largos años muda, entristecida,  
Olvidaste tu gloria,  
Y, por torpes tiranos oprimida,  
Abriste un lago en tu brillante historia.

Tal vez soñaron que la altiva España  
Su humilde esclava fuera,  
Y, mendigando apoyo en tierra extraña,  
Por el lodo arrastraron su bandera.

¡Tú que leyes al mundo, cual Señora,  
Dictaste con tu acero,  
Tú, en el mar y en la tierra vencedora,  
Verte esclava servil del extranjero!

¡Tú ser juguete de falaz tirano  
Que en imperios soñaba!  
¡Tú darle el cetro que con fuerte mano  
La Católica Reina sustentaba!

¡Vana ilusión!... De su poder temido  
Sonó la hora postrera;  
Que tú, ejército fiel, noble, aguerrido,  
De salvación alzaste la bandera.

«¡No más suframos tan infame yugo!»  
Tus caudillos gritaron;  
Y al Cielo darles la victoria plugo,  
Y de España los déspotas temblaron.

Y ellos, que el nombre de Borbón un día  
Por siempre proscribieron;  
Ellos, que en ley odiosa, al par que impía,  
Del trono y del altar sarcasmo hicieron;

De su propia ignominia avergonzados,  
Inclinaron la frente,  
Y fueron como arista arrebatados  
De la opinión al huracán potente.

Ella, al progreso y á la ciencia uniendo  
Antiguas tradiciones,  
Va sus tristes errores comprendiendo  
Y del pueblo enfrenando las pasiones.

Libre ya España, en sus antiguas leyes  
Recobrará su alteza,  
Y el Sucesor augusto de cien reyes  
Nuevo timbre será de su grandeza.

De los monarcas de su egregio nombre  
Aun vive la memoria:  
Su virtud renovar y su renombre  
Será de Alfonso la inmortal victoria.

¡Gloria y honor al que en extraño suelo  
En la ciencia se inspira,  
Y, ofensas olvidando, en vivo anhelo  
De su pueblo al amor tan sólo aspira!

Llega, Príncipe augusto; su esperanza  
Al fin tu patria realizada vea.  
¡Iris santo de amor y bienandanza,  
Astro de gloria tu reinado sea!

31 de Diciembre de 1874.





## EL OTOÑO

Á MI QUERIDO AMIGO EL DISTINGUIDO LIPERATO  
DON FEDERICO DE SAWA

VÉN, estación de Otoño sosegada,  
Vén, que quiero aspirar tu brisa pura  
Y en plácida dulzura  
Ver trocarse el dolor que me anonada.  
¡Con cuánto afán en el ardiente Estío,  
Inquieto y anhelante,  
Te recordaba del tranquilo río  
En la risueña orilla!  
Allí vagando el pensamiento mío,  
Ya fijaba mi vista en la barquilla  
Do en grata paz el pescador bogaba,  
Ó ya del sol al transponer el monte  
Los últimos fulgores contemplaba.  
¡Cuántas veces la noche silenciosa  
Sorprendióme esperando tu venida;  
Y cuántas, cuántas la arboleda umbrosa  
Triste vagar me viera,  
La esperanza al huir desvanecida  
Que de admirarte el alma concibiera!

Hora ya siento, de placer henchido,  
 En esta bella, deliciosa tarde,  
 De mi Otoño querido  
 El aura mensajera,  
 Á cuyo impulso, temeroso y leve,  
 Van las hojas del álamo cayendo  
 Lentas, cual copos de brillante nieve.  
 Ya perdido su ardor, el rey del día,  
 Velado por la bruma, al mar de Atlante  
 En su marcha incesante  
 Va descendiendo por el ancho espacio,  
 Y en vistosos colores  
 De fúlgido topacio,  
 De azul y oro, de carmín y gualda,  
 Tiñe las nubes que dejó á su espalda.

¡Cuán hermosa estación! ¡Ah! yo la adoro  
 Como á Brahma y á Siva el indio adora;  
 Que ella presta á mi pecho, bienhechora,  
 De ardiente inspiración rico tesoro.

Llega, plácido Otoño. En esta hora  
 Apacible y serena,  
 En que siento la brisa halagadora  
 Que á anunciar tu llegada  
 A mí se acerca en ámbar bañada,  
 Halagüena impresión consoladora  
 Conmueve el alma mía,  
 Que al influjo se entrega, descuidada,  
 De agradable y fugaz melancolía.

¡Oh, cuán bellos se agolpan á mi mente  
 Mis pasados ensueños  
 De ventura, de amores y de gloria,  
 Que veloces huyeron con los años

De mi risueña edad, y desengaños  
Me dejaron tan sólo por memorial  
Lejos crecí del mundanal rüido,  
Pero el mundo placeres me brindaba;  
Placeres ¡ay! que yo desconocía,  
Y al mar del mundo me lancé atrevido.  
Y canté su belleza, su armonía,  
Canté mi amor y la mujer que amaba,  
Y la gloria canté que ambicionaba,  
Y fuí feliz un día...  
Feliz, sí; que los céfiros suaves,  
El tranquilo arroyuelo,  
El melodioso canto de las aves,  
Todo gloria y amores respondía  
Á mi voz anhelante;  
Y hasta el límpido azul del claro cielo  
Aun más azul entonces y más puro  
Mostrábase á mis ojos;  
La plateada luna,  
Que trémula brillaba en la laguna,  
Su pálido esplendor lánguidamente  
Enviaba á mi frente,  
Y el transparente río  
Con sus sonoras y apacibles ondas  
Arrullaba á su paso el sueño mío.

Mas ¡cuán breves pasaron los momentos  
De ventura y placer! Como las hojas  
Del Ábrego impelidas  
Huyeron de mi vista, y las mentidas  
Palabras de amor puro y bienandanza  
En humo se tornaron, y con ellas  
Mis ensueños de gloria y mi esperanza.

¡Oh, jamás á mi espíritu agitado

Os presentéis, falaces ilusiones!...  
 Huid, huid, que quiero, sosegado,  
 De más puras y gratas emociones  
 Gozar en mi retiro...  
 Y tú, apacible Otoño, cuyas auras  
 Vagando van en incesante giro  
 De flor en flor por la risueña margen  
 Del Betis caudaloso,  
 Acude á mis acentos presuroso,  
 Y vén á dar á mi dolor consuelo.  
 ¡Oh! sí, llega, no tardes; que si airado  
 Del crudo Invierno el Aquilón furioso  
 Yerma dejase la campiña bella,  
 Sin árboles, sin vida,  
 Arrancándome al par mi dulce calma,  
 Siempre de tí, de mi estación querida,  
 Grato recuerdo quedará en mi alma.





EN LA SOLEMNE PROFESIÓN RELIGIOSA  
DE SOR MAGDALENA DE LOS DOLORES CHAVES

EN EL MONASTERIO DE SANTA INÉS DE SEVILLA EL DÍA 13  
DE AGOSTO DE 1860

HAY para el alma triste y abatida  
Instantes de consuelo,  
En que se alza de ventura henchida  
Á la región del Cielo.

Y allí, en la fuente de virtud y amores  
Que del Inmenso emana,  
Reflejados quizá ve los albores  
De su eterna mañana.

Allí, alejada de la tierra impura,  
En éxtasis profundo,  
Comprende que no existe la ventura  
Sinó lejos del mundo.

Dílo tú, Magdalena, tú que un día  
Feliz te contemplabas,  
Y al rudo golpe de la suerte impía  
Perdiste el bien que amabas.

¿Quién pudiera en la noche aterradora  
De tu fatal quebranto  
Alentar tu esperanza salvadora?  
¿Quién enjugar tu llanto?

Como nave del viento combatida  
En el mar proceloso,  
Cruzabas, vacilante, de la vida  
El piélago azaroso.

Y pronta á sucumbir al enemigo  
Dolor que te aquejaba,  
Sólo la Religión te daba abrigo;  
La Fe te consolaba.

Un pensamiento grande, pudoroso,  
Bello como la aurora,  
Vino á encender tu corazón piadoso  
En llama vividora.

Y ardiendo entonces en amor divino,  
Exclamaste inspirada:  
«Ser esposa del Verbo es mi destino;  
Vivir á Él consagrada.»

Hoy al término llegas anhelado,  
Y en cántico sonoro,  
De célico placer arrebatado,  
Te aclama el almo coro.

Feliz tú, Magdalena, que, apartada  
Del mundo corrompido,  
Encontrarás, en Dios siempre entregada,  
El dulce bien perdido.

Nunca, nunca ambiciones los placeres  
De este mundo engañoso;  
Sólo hallaras en él míseros seres  
Luchando sin reposo.

Y del alma virtud, que firme adoras  
Henchida de esperanza,  
Alzarse vieras siempre triunfadoras  
La envidia y la venganza.

¡Oh! ¿qué digo? jamás. Bajo ese techo,  
Que la virtud abriga,  
Nunca recordará tu amante pecho  
La ambición enemiga.

Sí; dichosa serás. ¡Oh quién hubiera  
Así del mundo huído!  
Yo también, como tú, dormir quisiera  
El sueño del olvido.

Mas si le es fuerza al hombre en sus pasiones  
Luchar con el Averno,  
Hoy, esposa de Dios, tus oraciones  
Lleguen por nuestro bien hasta el Eterno.





Á S. A. R. EL SERMO. SR. INFANTE DE ESPAÑA

## D. SEBASTIÁN GABRIEL DE BORBÓN

EN LAS RUINAS DE ITÁLICA

LLEGAD, Príncipe, á *Itálica famosa*,  
Patria augusta de césares y santos,  
Que un tiempo al mundo se mostró orgullosa  
Con noble majestad, rica de encantos.

Llegad, y á vuestra vista de su historia  
Los portentosos fastos resplandezcan,  
Y ostentando el laurel de la victoria  
Las sombras de sus héroes aparezcan.

Aquí fué un día de Febea el templo,  
Alzáronse magníficas moradas,  
Y en honor de varones de alto ejemplo  
Columnas cien miráronse elevadas.

Y de Silio á la vez la voz vibrante  
Sonó en el valle y en la enhiesta loma,  
Al Águila cantando, que pujante  
Venció al Cartaginés, terror de Roma.

Del gran circo en el ámbito anchuroso  
Su arrojo y fuerza el gladiador medía,  
Al César saludando, valeroso,  
Cuando á la muerte impávido corría.

Sí: deslumbrantes, del saber romano  
Mostrábanse la gloria y la belleza,  
Y de Teodosio insigne y de Trajano  
El ínclito poder y la grandeza.

¡Valor, ciencia, poder! ¡ah! ¿qué se hicieron  
Del gran pueblo los triunfos inmortales?  
Enervados sus hijos se adurmieron  
Al estruendo de impuras bacanales.

Roma dobló su cuello degradada...  
Fué más dura ¡oh Itálica! tu suerte,  
Que ese recinto do brillaste alzada  
Sólo respira soledad y muerte.

Mas esos restos de tu antigua gloria  
Que hora recuerda con afán mi labio,  
Antorchas son fulgentes de la historia,  
Páginas mudas donde estudia el sabio.

Ellos inspiración dan al poeta,  
Son del arte un tesoro apetecido:  
¡Prez al que noble su valor respeta  
Y libra su memoria del olvido!

Vos, Señor, que, á las ciencias consagrado,  
De altos príncipes sois claro modelo;  
Que, por sublime inspiración guiado,  
Premio dais al saber con vivo anhelo;

Llegad, llegad á *Itálica famosa*,  
 Y, al contemplar su mísero abandono,  
 Usad vuestra influencia generosa,  
 Y suba nuestra súplica hasta el Trono (5).

Y á la egregia Isabel, que una mirada  
 Dirigió protectora á estos lugares;  
 Que en noble afán los contempló extasiada  
 Al rumor de los *vivas* populares;

Con efusión decidla: «De Adriano  
 La noble patria aun yace en polvo inmundo:  
 Tended, Señora, vuestra regia mano,  
 Y sus ruinas luzcan ante el mundo.

»Ellas encierran de la historia hispana  
 Áureos timbres, artística riqueza;  
 Preciados restos que la huella insana  
 Del tiempo no agotó con su fiereza:

»Mas si entre polvo vil desaparecieron,  
 Muéstrense á vuestro influjo soberano;  
 La que Rioja y Caro enaltecieron  
 Se alzaré cual Pompeya y Herculano.»

Así, Señor, vuestro elevado nombre,  
 Que ya la ciencia por ilustre aclama,  
 Brillará con altísimo renombre  
 En el sagrado templo de la Fama.





AL INSIGNE PINTOR  
BARTOLOMÉ ESTEBAN MURILLO

COMO la palma erguida  
Que, ignorada tal vez, lozana crece  
Entre humildes arbustos confundida,  
Y firme resistiendo  
Ya el devorante fuego del Estío,  
Ya el ímpetu tremendo  
Del vendaval, que rudo la estremece,  
Gallarda al fin se eleva y poderosa,  
Y tan altiva que tocar parece  
La dilatada bóveda del cielo,  
Así con noble anhelo  
Se alza el genio inmortal. El vil encono,  
La infausta suerte ó la rastrera envidia  
Combatirlo podrán con saña fiera,  
Y el vulgo alzar á la ignorancia un trono;  
Mas él, triunfante de la audaz perfidia,  
Del hórrido infortunio y del olvido,  
Salvando de los siglos la distancia,  
Al fin, grande y severo,

De inmarcesibles lauros circuído,  
 Preséntase arrogante al mundo entero.

Y tal ¡oh gran Murillo! apareciste.  
 En vano la fortuna, despiadada,  
 Sus dones te negó: tu mente ardía  
 Sedienta de saber; arrebatada  
 Tu noble alma al esplendor naciente  
 De tu genio creador se enardecía,  
 Y de la suerte impía  
 Venciendo los azares,  
 Por hallar del saber la pura fuente,  
 Corriste en alas de tu afán vehemente  
 Al pueblo que acaricia el Manzanares.

La altiva Mantua te acogió en su seno;  
 Mantua feliz, que extática admiraba  
 De otro hijo insigne de tu patria bella  
 Las plácidas creaciones,  
 Y rey de sus pintores lo llamaba.  
 ¡Oh! Tú también en ella  
 Recibiendo entusiastas ovaciones  
 Al par reinar pudieras de tu amigo,  
 Cual émulo inmortal del grande Apeles.  
 Tú también en la egregia  
 Brillante corte del monarca hispano  
 Al solio de las artes te alzarías,  
 Y alto premio á tu genio soberano  
 Del ilustre Filipo alcanzarías.

Mas ¡ah! que no tu alma  
 Divina inspiración hallar pudiera  
 Entre la pompa y el tumulto vano  
 De esperanzas y glorias mundanales:  
 La silenciosa y apacible calma

De la grata ribera  
Que el Betis con sus lípidos cristales  
Corona de verdor y lozanía,  
La atmósfera rosada y transparente,  
Las leves auras, el florido suelo  
De la perla oriental de Andalucía,  
Los vivos rayos de su sol fulgente  
Ansiabas contemplar en tu desvelo,  
Para elevar tu espíritu ferviente  
Á la etérea región del almo Cielo.

Y á tu patria tornaste: poderoso  
El genio entonces te elevó en sus alas.  
¡Oh! ¿Quién, Murillo, enumerar podría  
De tus creaciones las supremas galas?  
Aquel fresco y suave colorido,  
La célica poesía  
Que en tus lienzos magníficos destella,  
¿Quién superó jamás?... Por tí más bella  
La natura aparece,  
Y con nuevo fulgor, con nuevo encanto,  
Á los ojos del mundo resplandece.

Tal de Timantes y de Zeuxis, gloria  
De la ilustrada Grecia, se mostraba  
El numen portentoso: ya el quebranto  
Profundo que inspiraba  
De Ifigenia el horrendo sacrificio,  
Ora el ardor, augurio de victoria,  
Del atleta invencible, al ejercicio  
De los rudos combates avezado,  
Ó ya la dulce y cándida belleza  
De nívea y pura frente  
De cabellos de oro,  
Vida de sus pinceles recibieron,

Y de su patria fueron  
 Y de las artes inmortal tesoro.

Empero tú, Murillo, levantaste  
 Á más alta región libre la mente;  
 Que á la fecunda inspiración ardiente  
 Y del artista al numen soberano,  
 Venturoso adunaste  
 La pura fe del corazón cristiano.  
 ¡Oh! sí; la fe en tu pecho  
 Viva encendió la misteriosa llama  
 De ese entusiasmo férvido, divino,  
 Que al hálito de Dios sólo se inflama.  
 Ella alumbró en la tierra tu camino;  
 Por ella comprendió tu pensamiento  
 El místico delirio, el sentimiento  
 Que á Félix dulcemente enardecía  
 Ante la Virgen pura,  
 Que radiante de gloria y de hermosura  
 Á sus ojos risueña aparecía.  
 Por ella del humilde Paduano  
 Adivinaste el éxtasis profundo,  
 Cuando abiertos los cielos contemplaba,  
 Y hasta sus brazos con amor llegaba,  
 Tierno infante amoroso,  
 El sacrosanto Redentor del mundo.  
 Y por ella también entre querubes,  
 Paz, amor y dulzura destellando  
 Su rostro peregrino,  
 Cercada en torno de flotantes nubes,  
 La blanca luna con sus pies hollando,  
 De estrellas coronada,  
 Viste en tu puro y religioso anhelo  
 Á la Madre del Verbo inmaculada.  
 ¿Quién como tú en el suelo

Mostró jamás su celestial traslado?...  
El alma ante su faz encantadora  
Siéntese blandamente conmovida,  
Y ve por ella la apacible aurora  
Dulce esperanza de la eterna vida.

¡Salve, Genio inmortal! Gratos loores  
Tu patria orgullecida  
Hoy tributa feliz á tu memoria,  
De inmarcesibles lauros y de flores  
Tu nombre circundando... Hundió la muerte  
Generaciones cien en el olvido,  
Y otras ciento hundirá; pero tu gloria  
Eterna habrá de ser. No de otra suerte  
En medio de los vastos arenales,  
Resistiendo los rudos vendavales,  
Las soberbias pirámides se elevan:  
Y en tanto que los montes se estremecen  
Del hórrido Simoun al fuerte amago,  
Altivas aparecen;  
Sin que jamás en ellas  
Entre el perpetuo universal estrago  
Puedan los siglos imprimir sus huellas.





## À POLONIA EN 1863

QUÉ poderoso acento  
En la margen del Vístula resuena,  
Que, en ímpetu violento,  
«¡Guerra, guerra!» clamando al vago viento,  
De patrio ardor los corazones llena?

Triste un pueblo que gime  
De la opresión bajo la férrea planta  
Escúchalo, y sublime  
À quebrantar el yugo que le oprime  
Contra el déspota fiero se levanta.

No al tirano homicida  
Bastó, Polonia, contemplar tus penas;  
Quiso, al par que vencida,  
Verte cantar su triunfo envilecida  
Al infausto rumor de tus cadenas.

Mas ¡ah! nunca obediente  
Pudieras consentir en tal mancilla;  
Tu altiva y noble frente,  
Antes que á su mandato omnipotente,  
Rendir quisiste á su feroz cuchilla.

¡Cuántos, cuántos horrores,  
Por verte subyugada, desplegaron  
Los fieros opresores!...  
Contestaron con risa á tus clamores,  
Y tu sagrada Religión hollaron.

¡Crüeles!... ¡Quién pudiera  
Largo tiempo sufrir tal tiranía?  
Oprobio eterno fuera  
Cual corderos morir, sin que se uniera  
El grito de venganza al de agonía.

«Baste, Dios justo, baste,»  
Dijiste alzando las opresas manos;  
Y el hierro fulminaste,  
Y á la tremenda lucha te lanzaste  
Gritando con valor: «¡Fuera tiranos!»

Mas ¡ay! que cual torrente  
Que raudo baja de enriscada altura,  
Destruyendo potente  
Cuanto se opone á su veloz corriente  
Y sembrando el terror por la llanura;

Así se precipita,  
Polonia, contra tí, su triunfo cierto  
Juzgando el Moscovita,  
Y al exterminio con su voz excita  
Al bárbaro cosaco del desierto.

¡Y sola, abandonada  
Te encuentras, oh baldón!... La culta Europa  
Te tiende una mirada  
De compasión tan sólo, y descuidada  
Deja que apures del dolor la copa.

«En vano ¡ay triste! en vano  
Invocarás de Wola los laureles;  
—Dice el audaz tirano:—  
Esclava humilde, besarás mi mano,  
Y hollarán tus campiñas mis corceles.

»Tus guerreros vencidos  
À mis plantas verás, y tus pendones  
Doquiera escarnecidos:  
En vano clamarás, que á tus gemidos  
Sordas serán por siempre las naciones.»

¿Será verdad, Dios santo?  
¿Y podrá Europa contemplar inerte  
De ese pueblo el quebranto,  
Sin que responda á su dolor y llanto  
Con ronco grito de venganza y muerte?

Nó, jamás; que al acento  
De independenciam ¡oh pueblo! que proclamas  
Con heróico ardimiento,  
Responderán cien almas y otras ciento,  
Que de entusiasmo con tu arrojo inflamas.

Presto tal vez la aurora  
Luzca en que fuerte la justicia vibre  
Su espada vengadora;  
Tal vez ya suena de expiación la hora...  
Lucha, Polonia, en tanto, y serás libre.

Lucha; tu causa abona  
La justicia de un Dios omnipotente:  
Si el mundo te abandona,  
La del martirio celestial corona  
De tus guerreros ornará la frente.

Y al par tu claro nombre  
Justa la Fama grabará en su templo;  
Entusiasmado el hombre  
Admirará por siempre tu renombre,  
Y á las naciones servirás de ejemplo.





## LAS RUINAS DE ITÁLICA

Á MI QUERIDO AMIGO  
EL DISTINGUIDO LITERATO É INSPIRADO POETA  
SR. D. JUAN J. BUENO

¡Cuánto es sublime  
La voz de los sepulcros y ruinas!  
HEREDIA.

CUANDO Roma triunfante  
Cual señora del mundo aparecía,  
Y su poder omnímodo extendía  
Desde las playas del soberbio Atlante  
Hasta el jónico mar, ciudad famosa  
Alzábase potente  
Del Betis en la margen deliciosa,  
Ostentando, orgullosa,  
Ceñida de laurel su altiva frente.  
Templos, palacios, termas,  
En su extenso recinto  
Grandiosos se elevaron;  
Y de sus hijos el saber, la gloria,  
En himnos de victoria  
Entusiastas los pueblos aclamaron.

¡Oh Itálica! eras tú; tú que en ruinas  
Hoy trocada te ves, y triste lloras,  
Y al suelo á tu pesar la sien inclinas  
Y al tiempo en vano compasión imploras.

En vano, sí: con implacable saña  
Raudos en tí los siglos imprimieron  
Sus huellas destructoras,  
Y en polvo tus grandezas convirtieron.  
Preciada joya de la madre España,  
¿Qué es de tu antiguo nombre y poderío?  
¿Dó las torres están, dó el fuerte muro  
En que tus hijos con ardiente brío  
Las agresoras huestes resistieron  
Del soberbio Varrón? ¿Dónde el ruidoso  
Pueblo que en tu recinto se albergaba  
Y al héroe victorioso  
Y al atleta invencible  
Con férvido entusiasmo saludaba?  
¡Ay, que ya ante mis ojos  
Con funerario velo te presentas,  
Y, abandonada y muda, sólo ostentas  
De tu poder los míseros despojos!

Empero, ¿quién al verte,  
En tu mismo sepulcro no te admira?  
¿Quién tu inmortal renombre y tu grandeza  
Triste no evoca y con dolor suspira?

Aun lo recuerdo bien: en apacible  
Noche, con paso incierto  
En torno tuyo con afán vagaba,  
Y ora tu anfiteatro ya desierto,  
Ora tus rotos, abatidos muros  
Con pavor en silencio contemplaba.

En lánguido desmayo  
 La luna se inclinaba soñolienta,  
 Sobre tu faz lanzando, macilenta,  
 Desde Occidente moribundo rayo.  
 Trémulo ante la calma aterradora  
 En que sumida estás, por un momento  
 Honda ansiedad mi corazón devora...  
 Mas de improviso en mi delirio creo  
 Que aun el genio romano en tí palpita,  
 Y al pueblo todo entusiasmado veo  
 Que de una sombra en derredor se agita.  
 ¡Trajano! es él: sobre su augusta frente  
 Deslumbrante corona altivo muestra...  
 Su faz revela su saber profundo,  
 Y el cetro que glorioso rige al mundo  
 Severo empuña con potente diestra.  
 «¡Salud, guerrero ilustre! Conducido  
 Tu carro siempre fué por la victoria;  
 Por ella te encumbraste al Capitolio;  
 Que el pueblo rey, al admirar tu gloria,  
 Puso á tus pies su ambicionado solio.  
 ¡Salud!...»

Mas ¡ah! que en breve en su camino,  
 Con mesurada planta,  
 Otro guerrero insigne se levanta,  
 Y otro, cercado de esplendor divino.  
 De él caminan en pos, ambos ciñendo  
 Sobre sus sienes la imperial corona,  
 Y al contemplarlos, con ruidoso estruendo,  
 Cantos de amor la multitud entona.  
 «¡Salud, Elio inmortal! y tú, benigno,  
 Magnánimo Teodosio, que anhelante  
 En alas de la fe tendiste el vuelo,  
 ¡Gloria eterna á tu nombre!  
 Por tu virtud, por tu ferviente celo,

La sacrosanta Religión, triunfante  
De la ciega impiedad, se alzó en el suelo.»

Así exclamé: y aun escuchar creía  
En la región del viento  
El entusiasta, prolongado acento  
Del pueblo, que á sus héroes aplaudía,  
Cuando á mi vista, súbito, aparece  
Turba fatal, que, desbordada y fiera,  
De Iberia por los campos se derrama,  
Sembrando destrucción en su carrera.  
Á la siniestra, vacilante llama  
De sus negras antorchas  
¡Oh Itálica! te miro,  
Y mi angustiado pecho  
Exhala de terror hondo suspiro.  
Nada resta de tí. ¡Ay! ¿Qué se han hecho  
Tus jardines, tus templos y palacios?...  
El ángel de la muerte,  
Batiendo sobre tí sus negras alas,  
Goza tal vez al contemplar tu suerte:  
Y al ver perdidas tu belleza y galas,  
«Itálica no existe» dice el viento,  
Y pavoroso y triste  
El eco, que en tus ámbitos se esconde,  
«Itálica no existe»  
Á su acento fatídico responde.

¡Ruínas!... ¡Soledad!... El tiempo vuela  
Y sigues en el polvo reclinada.  
«¿Muerta ya para siempre, abandonada,  
Verás que el claro brillo de tu nombre  
Entre las sombras de la edad se pierde,  
Sin que al hollarte, indiferente, el hombre  
Tu pasado esplendor jamás recuerde?»

Dije: y con paso tardo ante mis ojos  
 Ser misterioso en breve se presenta  
 Que respeto y amor al alma inspira.  
 Lauro su sien, inmarcesible, ostenta,  
 Pulsa su mano resonante lira,  
 Y dando en són doliente  
 Su voz al aire vago,  
 De Itálica recuerda conmovido  
*¡Cuánta fué la grandeza y es su estrago!*

¿Quién eres, genio ilustre, que perdido  
 Vagas por estas yermas soledades?  
 ¿Eres Silio tal vez, Silio que ahora  
 De su helado sepulcro se levanta,  
 Y la rüina de su patria llora,  
 Y el infortunio de su pueblo canta?  
 ¡Ah! nó: Silio la guerra  
 Enalteció y sus bárbaros horrores...  
 Tú cantas el dolor, y tu voz grave  
 Es plácida y suave  
 Como el aura que gime entre las flores.  
 «¡Salve, Caro eminente,  
 Vate sublime de la patria mía!  
 Á tu poder *Itálica famosa*  
 Levántase del polvo del olvido,  
 De nuevo apareciendo victoriosa.  
 Su preclaro renombre, que, perdido,  
 De largos siglos tras la noche umbría,  
 Quedaba, de la suerte al golpe rudo,  
 En tus cantares con amor le ofreces:  
 ¡Salve, salve mil veces!  
 Inspirado cantor, yo te saludo.»

Mas, súbito volviendo  
 Del letargo fatal que me embargaba,

Alzarse miré el sol, que desde Oriente  
En roja luz bañaba  
Con vivos rayos mi cansada frente.  
«Adiós, adiós quedad, míseros restos  
De la ciudad que un día  
Emporio fué de la soberbia Roma;»  
Dije de tí alejándome, abismado  
En profunda y tenaz melancolía.  
Y desde entonces tu tremenda historia,  
Fija siempre en mi espíritu agitado,  
El fin me muestra de la humana gloria.





## LA MUERTE DE SAFO

Á MI MUY QUERIDO Y RESPETABLE AMIGO

EL ILUSTRE POETA

SEÑOR D. GASPAR BONO SERRANO

CAPELLÁN DE HONOR DE S. M.

AURA suave que del mar Egeo  
Leve acaricias las azules ondas,  
Tiende tus alas y á Sicilia lleva,  
Lleva mi canto.

Vé: que al ingrato, fugitivo amante  
Llege el suspiro que exhaló mi pecho;  
Eco amoroso que vibró en mi lira  
Lánguido y triste.

¡Ah! si él pudiera contemplar mi llanto,  
Tal vez, piadoso, mi dolor calmara;  
Estro divino, inspiración sublime  
Diera á mi mente.

¡Mísera! ¿Debo de Faón acaso  
Dulces caricias esperar de amores?  
Sólo desdenes á mi pecho guarda...  
¡Pérfido amigo!

¡Oh! que Neptuno su velera nave  
Hunda en las olas del soberbio Ponto:  
Venguen los dioses mi terrible afrenta;  
Muera el perjuro.

¡Ay! que mi labio sin querer le ofende:  
Tú, mi adorado, mi Faón querido,  
Vive aunque olvides para siempre á Safo;  
Yo te perdono.

Hora en tus brazos mi rival dichosa  
Tal vez escuche tus palabras tiernas;  
Yo gimo en tanto y por mi bien anhelo  
Sólo la muerte.

Así en la triste playa silenciosa  
Del Léucade gemía  
La poetisa infeliz, honor de Grecia.  
Torrentes de armonía  
De su lira brotaban, y, llorosa,  
Daba al viento sus lánguidos cantares;  
Pero su voz doliente se perdía  
Como la voz del náufrago en los mares.

En vano, en vano la mirada ansiosa,  
Inquieta, fija en el cristal sereno  
Del pacífico mar; en vano espera  
Con triste corazón, de angustia lleno,  
Ver llegar la trirreme salvadora  
Que le devuelva á su Faón querido:  
Horrible soledad aterradora  
En torno de ella impera,  
Y por montes y valles repetido  
El eco sólo á su clamor responde.  
¡Oh tormento crüel! ¿Adónde, adónde

Hallar pudiera á su dolor consuelo  
 Si su amante la deja en el olvido,  
 Y al par le niega su favor el cielo?

Con paso vacilante,  
 Pálido el rostro, incierta la mirada,  
 Dirígese anhelante  
 Á la selva tranquila y apartada  
 Do se alza el templo del divino Apolo.  
 Llega ante el ara, y trémula se inclina:  
 —«¿Cuál será al fin la suerte,  
 Al venerable arúspice pregunta,  
 Que el cielo airado á mi pasión destina?  
 ¿Eterno es mi dolor?» —«Sólo la muerte  
 Podrá tu amor y tu fatal quebranto  
 De tu pecho extinguir,» —con voz severa  
 El sacerdote dice, y, muda, inerte,  
 Anegada su faz en triste llanto,  
 La hora terrible de su fin espera.

Mas súbito se alza altiva y fuerte;  
 Suspiros ya no exhala, ya no llora,  
 Que su pecho rencor tan sólo abriga;  
 Y con mirada audaz, provocadora,  
 Retar parece al Dios que la castiga.

Tal vez en alas de su genio ardiente  
 Eleva hasta el Olimpo el pensamiento,  
 Y, dichosa, un momento  
 Con los dioses supremos se compara.  
 Tal vez guiada por su amor vehemente,  
 De Pirra y Deucalión la grata historia  
 Recuerda llena de esperanza y vida,  
 Y en la ilusión quimérica perdida  
 De sus sueños de gloria,

Ver de nuevo á su amante se figura  
Estrecharla ardoroso entre sus brazos,  
Palpitante de amor y de ventura.  
¡Oh, cómo entonces los estrechos lazos  
Que aprisionan el alma  
Romper intenta con afán su mente  
Y libre alzarse en venturosa calma!  
Brilla un destello en su elevada frente  
De inspiración sublime, y portentosa  
Ve la fama crecer de su renombre,  
Salvando de los siglos la ominosa  
Y destructora huella:  
Así también, en triste y tormentosa  
Noche de invierno, fugitiva estrella  
Luce un momento fúlgida en el cielo,  
Para ocultarse, macilenta, en breve  
De parda nube tras el denso velo.

¡Ay, su esperanza huyó! Cual niebla leve  
Del Ábrego fugaz arrebatada  
Sus ensueños de amor se disiparon.  
Tres veces ¡ay! los cándidos albores  
De la aurora gentil iluminaron  
La floresta encantada,  
Del mar tiñendo las cerúleas ondas  
De oro y grana en purísimos colores,  
Y ella en vano esperó... Desalentada  
Vedla ya caminar hacia el horrendo,  
Profundo abismo con incierta planta:  
Mas ¿qué rumor extraño se levanta  
Y viene á herir su oído en són tremendo?  
Es que el pueblo de Grecia, presuroso,  
En inmenso tropel impetuoso  
Acude á presenciar el sacrificio  
De la sin par cantora

Á quien Sicilia consagrara estatuas,  
 Á quien Atenas entusiasta adora.

Cual las olas del Ponto, que iracunda  
 Y horrible tempestad desencadena,  
 La turba, así, que la ribera inunda,  
 Bulle y se agita de impaciencia llena.  
 Safo aparece al fin: en la alta cumbre  
 Del Léucade se muestra, y silenciosa  
 La multitud la admira;  
 Mas el dolor se pinta en los semblantes,  
 Que al par que admiración piedad inspira.

Lívida y temblorosa,  
 Suelto el cabello en trenzas ondulantes,  
 Hacia el piélago inmenso, que la espera,  
 Sus pasos apresura;  
 Mas detiéndose un punto, y su mirada  
 Fija del ancho mar en la llanura.  
 «Faón, Faón,—exclama,—tú en la fiera  
 Sima del mal me hundiste, y desgraciada  
 Me has hecho con tu amor; mas vendrá un día  
 En que llores, crüel, la suerte mía.  
 Del mundo aborrecido, y agobiado  
 De vergüenza y dolor, con triste acento  
 La muerte invocarás; mas ella, impía,  
 Se burlará también de tu lamento.»  
 Dijo; y el salto dando, entre las ondas  
 Despareció fugaz... Entonce al viento  
 De lástima y terror hondos gemidos  
 De la apiñada multitud se alzaron,  
 Que, tristes, por el eco repetidos,  
 Hasta en Lesbos dolientes resonaron.

Tú la lloraste ¡oh Grecia! y esos ayes,

Ese llanto del alma  
Que tierna consagraste á su memoria,  
Son de su triunfo la brillante palma,  
Son digno lauro á su esplendente gloria.  
Ellos, de siglo en siglo resonando,  
El talento profundo  
De la insigne poetisa y los amores  
Publicarán al mundo,  
Y las almas sensibles conmovidas  
Lamentarán su suerte y sus dolores.  
¡Ah! yo también la lloro: dulcemente  
Me siento al recordarla enternecido,  
Y el fuego no extinguido  
Renacer del amor siento en mi pecho.  
¿Tanto la ardiente inspiración alcanza?  
Sí; que en acerbas lágrimas deshecho  
Á su divina voz triste suspiro,  
Ó dichoso respiro  
El hálito inmortal de la esperanza.





EN LA INAUGURACIÓN SOLEMNE  
DEL MONUMENTO ERIGIDO Á LA MEMORIA  
DE FRAY LUIS DE LEÓN

HORAS de adversidad marcó el destino  
Á la nación Ibera;  
Marchitóse el laurel en su camino  
Y plegó su bandera.

Sus armas en dos mundos vencedoras  
De la envidia á despecho,  
Con afán insensato, destructoras,  
Volvió contra su pecho.

Y en tanto que los ecos resonaban  
De fraticida guerra,  
Temerosas las ciencias se alejaban  
De su asolada tierra.

No entonces alzó el arte monumentos  
Del sabio á la memoria,  
Y vió morir sus nobles pensamientos  
Y sus sueños de gloria.

Que el fuerte brazo que esgrimió la espada  
En batallas crüeles,  
La victoria del genio ambicionada  
Rechaza y los laureles.

Mas si de paz la enseña bienhechora  
Triunfante al aire ondea,  
Brilla para la ciencia nueva aurora,  
Y el arte vive y crea.

Hesperia al fin sacude su letargo  
Y sus odios olvida,  
Y en ella el genio, tras desdén amargo,  
Recibe honra cumplida.

Claros nombres al templo de la Fama  
Dichosa en triunfo lleva:  
Hoy el del gran León férvida aclama  
Y entre aplausos eleva.

Y allí donde á la ciencia dió un tesoro  
Su palabra elocuente,  
Alza su efigie, y ciñe con decoro  
Lauro eterno á su frente.

¡Salud, vate inmortal! Ya del olvido  
Cesó la noche infanda:  
El pueblo juzga ver, enternecido,  
Tu sombra veneranda.

Y entre la unida aclamación que al cielo  
Se eleva ardiente y pura,  
Figúrase tu voz, que en vivo anhelo  
Suavísima murmura:

«¡España!... De la gloria  
 Sigue el camino, por tu bien abierto:  
 De sabios la memoria  
 Honraste con acierto:  
 Ya ves *en esperanza el fruto cierto.*

»Así á puerto seguro  
 Lleva tu altiva nave dirigida,  
 Y aspirarás el puro  
 Hálito que da vida,  
 En *la senda del bien, poco seguida.*

»Á mí que ya me es dado  
 Feliz morar en el *empíreo Cielo,*  
 Gozar el deseado  
 Fruto del fértil suelo,  
*Productidor eterno de consuelo;*

»¡Oh! dame que, amoroso,  
 Aconsejarte pueda, *cual conviene*  
 Á tu nombre glorioso;  
 Y que tu fama llene  
 El orbe, y *que por siglos mil resuene.*

»Jamás del fiero Marte  
 Alcén tus hijos la bandera impía:  
 Que sea el estandarte  
 De la virtud su guía,  
 Preclaro *dón que el Cielo les envía.*

»No en la impiedad y dolo  
 Los envuelvan los pueblos descreídos:  
 Á sus grandezas sólo  
 Despierten los sentidos,  
*Quedando á lo demás adormecidos.*

»Que ilustración mentida,  
De virtud, de piedad, de amor ajena,  
Hace amarga la vida;  
Y, de ponzoña llena,  
*Tocada, pasa al alma y la envenena.*

»Así Iberia, mostrando  
De alto saber la antorcha refulgente,  
Sus glorias renovando,  
Feliz, de gente en gente,  
*Á sus dichosos siglos represente.»*

Tal los ecos inquieta muchedumbre  
Juzga escuchar de su laud de oro:  
Venir parecen de la excelsa cumbre  
Entre cánticos mil del almo coro.

Y álzase España de entusiasmo llena,  
Saludando la luz de un nuevo día;  
Y «¡honor al genio, á la virtud!» resuena  
Desde el cántabro mar al Mediodía.

¡Oh Patria! Que tus hijos con anhelo  
Amen la gloria, en la virtud se inspiren,  
Y honrados siempre en tu fecundo suelo,  
Cual hora, el genio y la virtud se miren.





## DOS DE MAYO

EN LA INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO

DEDICADO

AL INSIGNE PATRIOTA DON LUIS DAÓIZ

¡Venganza y guerra! repitió Moncayo;  
Y al grito heroico, que en los aires zumba,  
¡Venganza y guerra! claman Turia y Duero.  
Guadalquivir guerrero  
Alza al bélico són la regia frente,  
Y del Patrón valiente  
Blandiendo altivo la nudosa lanza,  
Corre gritando al mar: ¡Guerra y venganza!  
JUAN NICASIO GALLEGO.

**H**ORAS de adversidad marcó el destino  
    Á la nación Ibera;  
Y la que supo, en su feliz carrera,  
De un nuevo mundo hallar fácil camino,  
Y alzar en triunfo siempre su bandera;

    Vióse por extranjeros asolada,  
    Herida en sus blasones,  
De un monarca inexperto abandonada,  
Y por viles sicarios ultrajada  
En su honor y en sus santas tradiciones.

    ¡Tristes momentos de ansiedad y duda!  
    Del fiero Bonaparte,  
¿Quién ¡oh pueblo infeliz! podrá salvarte?  
    Á tu justo clamor no hay quien acuda,  
Ni se alza amiga voz para alentarte.

Cansada Europa de la estéril lucha,  
Se inclina ya impasible  
Del nuevo Atila ante el poder temible:  
Sólo este grito de terror se escucha:  
«¡Es un nuevo Alejandro; es invencible!»

Así entregada á tu contraria suerte  
Estabas, Patria mía:  
Cual nave abandonada en mar bravía,  
Mirabas por doquier nuncios de muerte,  
Y al Tiempo señalar tu último día.

Mas cuando ya, perdida la esperanza,  
Contemplabas tan sólo en lontananza  
De esclavitud y horror duras prisiones,  
Dos héroes, tremolando tus pendones,  
Gritaron con valor: *¡Guerra y venganza!*

¡El primero Daóiz! ¿Quién á su acento,  
Eco fiel del hispano sentimiento,  
Por la Patria y la Fe no se alzaría?  
¿Quién por vengar oprobio y sufrimiento  
Su sangre, con ardor, no vertería?

Mantua á su voz y á la del fiel Velarde,  
De temerario arrojo haciendo alarde,  
Audaz retó del Galo á las legiones...  
¡Ay, que para vencer era ya tarde  
Sus fieros y aguerridos escuadrones!

¿Cómo narrar los actos de bravura  
Del ínclito Daóiz? Ved cuál fulgura  
Su espada, que, cual rayo de la guerra,  
Se tiñe en sangre de la hueste impura,  
Y á sus contrarios, al herir, aterra.

Ni ¿cómo describir su faz serena  
 En medio del peligro, y como ordena  
 Del Parque la defensa, al rudo embate,  
 Mientras ronco atambor la marcha bate  
 Y el estampido del cañón atruena?

Mas ¡inútil defensa! ¡inútil brío!  
 El número se impone: á su albedrío  
 Saciar Murat ya puede su venganza,  
 Y, dando rienda á su furor impío,  
 De inocentes gozarse en la matanza.

¡Noche fatal de crímenes y horrores!  
 ¿Quién, Mantua, de tus tristes moradores  
 Pudiera relatar el hondo espanto?...  
 ¡Daóiz ha muerto! ¡De tu amargo llanto  
 Mófanse los inicuos invasores!

No al valor, sinó al número, cedieron  
 Los que hogar y familia defendieron  
 En lucha tan tenaz como sangrienta...  
 En ella los vencidos consiguieron  
 Honor y prez, y el vencedor afrenta.

¡Murió Daóiz! Mas á su ejemplo alzando  
 De *guerra* el grito, y fiero tremolando  
 Su abatido pendón la raza ibera,  
 Que un pueblo libre ser puede, luchando  
 Demostró, con valor, á Europa entera.

¡Digna lección de arrojo y patriotismo  
 Al tirano, que, en sórdido egoísmo,  
 Quiso dictar á su capricho leyes,  
 Y que fué provechosa á un tiempo mismo  
 Á los dormidos pueblos y á los reyes!

¡Cayó el Coloso! Su sangrienta gloria  
Siglos y siglos durará en la historia  
Envuelta en sombras de fatal renombre:  
De los buenos por siempre en la memoria,  
Perínclito Daóiz, vive tu nombre.

Mas ¿qué rumor del vagaroso viento  
En alas cunde y á mi oído llega?  
¿Por qué en fecha de luto y sentimiento  
¡Gloria á Daóiz! se escucha, y al contento  
Sevilla toda con afán se entrega?

¡Miradlo, es él!... Parece que se agita  
Sobre el severo pedestal seguro;  
Que pensamiento audaz su mente excita;  
Que, bajo el bronce inanimado y duro,  
Su valeroso corazón palpita.

¡Genio creador que el ánimo encadenas,  
Deja que el alma tu poder admire,  
Y un momento olvidando de sus penas  
Las pesadas y lúgubres cadenas,  
El hálito del bien por tí respire!

Y tú, Sevilla, con los ojos fijos  
Mira hoy la gloria que tu fama acrece;  
Deja cuidados para tí prolijos,  
Y honra, noble ciudad, honra á tus hijos,  
Que así tu claro nombre se engrandece.

Sí; ¡lauro y prez al ínclito soldado  
Y al insigne escultor que en él se inspira!...  
Ya, inútil vate, por la edad cansado,  
Ofrecer en su honor sólo me es dado  
El eco débil de mi humilde lira.

# ELEGÍAS





## À LA MEMORIA

DEL EMINENTE POETA SEVILLANO

EXCMO. SR. D. GABRIEL GARCÍA TASSARA

No existe ya!... Pero la muerte misma  
Quedó vencida por su noble acento,  
Y de edad en edad llevará el viento  
Los ecos de su altiva inspiración.  
Y huirán los siglos: triunfador su nombre  
Del raudo tiempo se alzará al embate,  
Cual la erguida pirámide el combate  
Resistiendo tenaz del Aquilón.

Genio entre genios, elevó la mente,  
Como un profeta, á la región del Cielo,  
Y lo futuro al contemplar sin velo  
Tembló por la insensata humanidad.  
Él de un pueblo sin Dios y sin conciencia  
Con profundo terror vió los delirios,  
La lucha adivinando y los martirios  
Del que en la Fe no busca la verdad.

Y presintiendo el mal que nos devora,  
Triunfante miró alzarse la anarquía:  
De un nuevo Atila la venganza impía  
Para la vieja Europa presagió.  
Era su canto el funeral quejido  
De una generación que se derrumba;  
Cabe la losa de su regia tumba  
Su fin el noble vate lamentó.

Uniendo su gigante pensamiento  
Con la pasada la futura historia,  
Ora narraba páginas de gloria,  
Ora sondaba el negro porvenir,  
Ó ya del campo la genial belleza  
En éxtasis su mente arrebatada,  
Y, en grata soledad, tal vez soñaba  
Con las grandezas de ignorado Ófir.

Eran entonces sus sonoros versos  
Tristes, como de tórtola el arrullo;  
Ó ya fingían el gentil murmullo  
Del aura en la floresta al penetrar.  
Y de dulce placer sobrecogida  
Al escucharlos se sentía el alma,  
Feliz ensueño de apacible calma,  
Del que nunca quisiera despertar.

Su estrella era la Fe, su numen Patria...  
¿Qué corazón hispano no latía  
Si en su lira de oro enaltecía  
De Hesperia la constancia y el valor?  
Para sus sabios y sus héroes tuvo  
Aplausos mil y férvidos loores,  
Y al cantar de la patria los dolores  
Mostróle siempre su constante amor.

¡Gloria al poeta y al patricio gloria!  
 Tal desde el Calpe al cántabro Pirene  
 Un solo grito en su loor resuene;  
 Brote su busto al golpe del cincel:  
 Y en el templo del Arte, donde sólo  
 Tiene el genio lugar digno ypreciado,  
 Por su nación magnánima ensalzado,  
 Ciñan sus sienes inmortal laurel.

¡Pluguiese á Dios que de entusiasmo llena  
 La juventud, oh Vate, que te admira,  
 El alto afán sintiese que te inspira  
 Al heredar, gloriosa, tu laud!  
 La juventud, en quien el pueblo funda  
 Su más noble y legítima esperanza,  
 Abriera nueva aurora de bonanza  
 Y en triunfo se elevara la virtud.

Benéfica su voz, no amargas dudas  
 Sembrara en los sencillos corazones:  
 Respetando las dulces tradiciones  
 Donde el que sufre su consuelo ve;  
 De la impiedad las nieblas disipando,  
 Poderosa su acento elevaría,  
 É inspirada por tí, repetiría:  
*¡Pueblos, la libertad; hombres, la Fe!*

Jóvenes vates, si al alzar la mente  
 Conquistar anhelaís eterna fama,  
 Cual él, del pueblo insigne que os aclama  
 Lás dormidas creencias despertad:  
 Grandioso un eco en vuestra voz alcance  
 Del corazón el puro sentimiento,  
 Y bienandanza y paz en vuestro acento  
 Al agitado espíritu llevad.

Y alentad en el alma el vivo fuego  
Del ilustre Cantor, que España admira:  
Sólo así dignos de pulsar su lira  
Os mostraréis, y de seguirle en pos.  
Dios, patria y libertad eran sus númenes;  
Él os mostró la senda de la gloria:  
Su nombre respetad y su memoria...  
No existen patria y libertad sin Dios.





EN LA SENTIDA MUERTE DE MI EXCELENTE AMIGO

EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR

## DON JOSÉ FERNÁNDEZ-ESPINO

AMADA soledad, dulce refugio  
Del alma que en la tierra  
Alivio hallar no puede á sus dolores:  
Tú que templas, benigna, los rigores  
De la contraria suerte;  
Cerca mis sienes con tu augusto velo,  
Mitiga de mi pena los enojos,  
Que, en constante desvelo,  
Elanto del corazón vierten mis ojos.

Y ¡cómo no, si la implacable muerte  
Por víctima escogió al patricio ilustre,  
Al sabio preceptor, al noble amigo!...  
¿Quién de la vida en la insondable historia,  
Cual él, llegar podrá al término breve  
Sin dejar tras de sí ni un enemigo,  
Ni impura sombra aleve  
Que el esplendor empañe de su gloria?

¡No existe ya!... La juventud en vano  
Correrá presurosa  
De la sabia Minerva al sacro templo,  
Ávida de imitar el alto ejemplo  
Del que, en frase elocuente,  
El áspero sendero le mostraba  
Del genio y la virtud: su voz potente,  
Jamás vendida á la ambición ni al oro,  
Ni en la cátedra ya ni en la tribuna  
Volverá á resonar, ni de su lira  
El són grave y sonoro,  
Que por la patria y por la Fe se inspira.

¡Murió Fernández!... Á tan triste nueva  
Que el sacro bronce, con sus ecos, lleva  
De mansión en mansión, ved cuál se cubren  
De dolor los semblantes y de luto  
La bética Ciudad... Ved cuál se afanan  
Por ofrecerle su postrer tributo  
Deudos y amigos, que su claro ingenio  
Y sus altas virtudes comprendían:  
Á sus alumnos ved, cuál se disputan  
El triste honor de conducir sus restos...  
¡Ay! yo al verlos llorar, y cuál sentían  
Sus nobles corazones  
Por siempre al separarse  
Del que en sabias lecciones  
De la ciencia á la cumbre los guiaba,  
Sufriendo en su dolor, también lloraba!

¡Momento horrible!... La pesada losa  
Cayó sobre sus fúnebres despojos,  
Y solitaria en breve y silenciosa  
Quedó la nave del suntuoso templo.  
No más, no más mis ojos

Te verán, caro amigo;  
 No más mi mano estrechará tu mano,  
 Ni en plástica sabrosa  
 Se espaciará mi corazón contigo.  
 Letal tristeza anega  
 Á mi espíritu ahora, como triste  
 Queda el campo si el cielo  
 La fresca lluvia del Abril le niega.

¿Y este angustioso anhelo,  
 Este profundo afán que me devora  
 Nunca podré calmar?... Quizás la hora  
 Se acerca de mi fin, y acaso entonces  
 Á verte volveré... Mas fiera duda  
 Mi espíritu combate,  
 Y su peso crúel mi frente abate:  
 ¿Será la tuya mi feliz morada?  
 ¡Ah! si de Dios en la eternal presencia  
 Tu alma goza del bien enajenada,  
 Tiende hacia el mundo impío  
 De piedad para mí tierna mirada:  
 No al dolor de tu ausencia  
 Una esta duda el pensamiento mío.

En tanto en mi retiro, rodeado  
 De augusta soledad, débil ofrenda  
 Consagraré en tu honor: flor inodora,  
 De tallo delicado  
 Será, que el viento hiere  
 Y apenas nace el sol se inclina y muere.  
 Que el ánimo cansado,  
 Perdidas ya las dulces emociones  
 Que en floreciente juventud gozaba,  
 Se siente fallecer... ¿Cómo pudiera  
 Hoy la lira pulsar, en que anhelaba

Mostrar de mi entusiasmo los destellos,  
Si ya la edad severa  
Va matando mis gratas ilusiones  
Y cubriendo de nieve mis cabellos?  
Mas otros vates tus sublimés prendas,  
Con rica vena y con mejor fortuna,  
Darán al vago viento,  
Dulce vibrando su inspirado acento  
Como el canto del cisne en la laguna.

Sí; vosotros ¡oh jóvenes poetas!  
Corona inmarcesible á su talento  
Ofreceréis, y á su virtud preclara:  
El mundo verá en ella  
La página más bella  
Que á los siglos trasmita la memoria  
De su claro renombre,  
Y digna de su nombre  
Será también y de su excelsa gloria.





EN LA MUERTE DE LA SEÑORITA  
DOÑA CONCEPCIÓN ESTEVARENA

EMINENTE POETISA

MORIR cuando de mirtos y de rosas  
Abril ceñía su virgínea frente!  
¡Morir, oh Dios, cuando feliz su mente  
Se agitaba del Genio al esplendor;  
Cuando la Fama, plácida, ofrecía  
À su talento porvenir de gloria;  
Cuando del Arte la severa Historia  
Daba á su nombre merecido honor!

Aun del Betis tranquilo en la ribera,  
Cuando en la tarde él céfiro suspira,  
El eco blando de su dulce lira  
En la selva parece resonar.  
Y es que su puro acento al de natura  
En perfección sublime se adunaba;  
Es que en sus nobles cantos se admiraba  
Lampo de luz divina destellar.

¡Tan joven y tan bella, y de la vida  
Ya el torcedor sintió de los dolores!...  
Quejas, suspiros, fieros sinsabores  
En sus sonoros versos reveló.  
¡Tal vez su pensamiento alzarse pudo  
Á otra esfera ideal, de encantos llena;  
Lejos del mundo, la región serena  
De eterna luz tal vez adivinó!

La envidia, el dolo, miserables pasiones  
En que se agita el corazón humano,  
Para ella fueron misterioso arcano  
Que la hicieron dudar y padecer.  
¡Ah! su inocente corazón, que sólo  
Á la virtud y á la bondad se abría,  
¡Cuánto en triste silencio sufriría  
Si llegó tal abismo á comprender!

¡No la lloréis, amigos! Triste cárcel  
Era el mezquino suelo á su alma pura;  
Do el Sol eterno del saber fulgura  
Quiso su noble espíritu habitar.  
Su fin cercanó, su futura suerte  
Ella en sus propios cantos presagiaba;  
Piadoso el Cielo acaso le mostraba  
Espacios infinitos que admirar.

Mas no como el que extraño al sentimiento  
De la belleza que natura encierra,  
En raudo vuelo abandonó la tierra  
Para elevarse á la eternal mansión.  
Nó; que en pos de ella sus preciadas obras,  
Que el sabio insignes, con justicia, aclama,  
De su bondad ingénita la llama,  
Sublime ejemplo para el mundo son.

¡Murió! ¿Qué importa, si la lumbre pura  
De su claro talento aun resplandece?  
Jamás el genio triunfador perece  
Entre el polvo del fúnebre ataud.  
¡Combate y vencel... En sus divinos versos  
Ella á su Patria dió gloria y renombre...  
¡De eternos lauros rodead su nombre!  
¡Enaltecéd, poetas, su virtud!





Á MI APRECIABLE AMIGA LA SEÑORA  
DOÑA ANTONIA LEÓN DE ARMERO  
EN LA MUERTE DE SU ESPOSO

LLORA, sí, llora: tras el vivo duelo  
¡Oh cara amiga! que tu pecho siente,  
Sólo en el llanto encontrarás consuelo;  
Que las lágrimas son el eco ardiente  
De callada oración, que sube al Cielo.

Dios quiso, bondadoso,  
Templar de nuestros males los rigores,  
Y prestó del humano á los dolores,  
Con el llanto abundoso,  
Lenitivo que calma la amargura,  
Como el oasis presta al peregrino  
Dulce calma y frescura  
Del desierto arenal en el camino.

¡Triste de aquel que de la humana vida  
En la senda escabrosa,  
Cuando herido se vió por los abrojos,  
Ayes no alzó del alma dolorida,

Ni humedecieron lágrimas sus ojos!  
 Será que ya en su alma  
 Del sentimiento se secó la fuente,  
 Ó que por Dios no siente  
 El vivo amor que los pesares calma.

No así tú; cara amiga, que alto ejemplo  
 De cristiana piedad al mundo ofreces,  
 Y al elevar tus preces  
 Por el perdido esposo,  
 Truecas del pobre en bien la suerte impía;  
 Que tiene en tí la Caridad un templo,  
 Y es la sagrada Religión tu guía.

Ofrenda grata y pía  
 Para aquel que en la tierra á tí fué unido,  
 Es, á más de ese llanto, el dulce anhelo  
 Que, cual madre amorosa,  
 Consagras á la hermosa  
 Hija que plugo al Cielo concederte;  
 Lazo de amor que os une todavía,  
 Aun á pesar de la implacable muerte.  
 Él, gozando tal vez de la ventura  
 Al justo destinada,  
 Que cese pide á Dios vuestra amargura,  
 Y os dirige de amor una mirada.

Si llena de fe pura  
 Triste plegaria ante la santa Virgen  
 Pronuncias con fervor, cuando callada  
 La noche extiende por el ancho mundo  
 Su misterioso velo,  
 ¿Treguas no alcanza tu dolor profundo?  
 ¿No ves lucir la aurora  
 De alma paz bienhechora

Que, tras rudo pesar, te envía el Cielo?  
¡Dulce paz inefable,  
Consuelo siempre estable,  
Que sólo sentir puede  
Alma que vive de la Fe cristiana;  
Que no del tiempo ante el influjo cede,  
Como ilusión mundana!  
Gozando de feliz melancolía,  
Recordarás en blando arrobamiento  
De tu perdido esposo las virtudes:  
«Él fué honrado, dirás; se enternecía  
Ante el dolor ajeno,  
Y, esposo tierno y amoroso padre,  
Fué dichoso en su hogar, porque era bueno.  
Sirvió á su Patria y á su Reina siempre  
Con nobleza y lealtad; su franca mano  
Era amparo del triste pordiosero;  
Y al cumplir su deber de ciudadano  
Tener pudo adversarios, nó enemigos;  
Que, de nobles dechado, y caballero,  
Á sus contrarios convirtió en amigos.»

¡Oh Antonia! si en tu pecho  
Sentir pudieras, aunque breve instante,  
La terrible inquietud, la horrible duda  
Que el corazón encierra  
De aquellas que perdieron  
Un esposo también, mas que en la tierra  
Fué un malvado falaz ó un intrigante  
Que á la virtud desesperada guerra  
Declaraba tenaz, y que, luchando,  
En su fatal destino,  
De Dios dudaba cuando adversa suerte  
Le alcanzaba implacable en su camino;  
Si de ese inicuo al contemplar la muerte

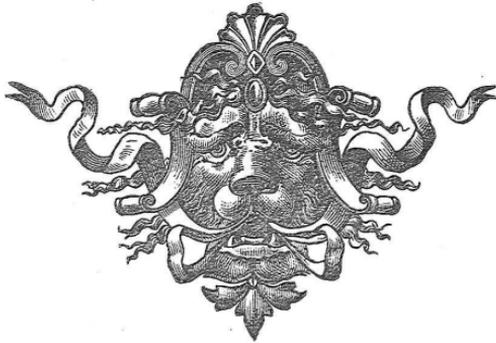
Vieras al par la angustia y el anhelo  
 De aquellos que en la vida desgraciados  
 Hizo con su maldad; y si el desvelo  
 De su triste viuda adivinaras,  
 Sólo entonces lograras  
 Comprender la ventura  
 Que plugo al Cielo, Antonia, concederte,  
 Si en medio á tu tristura  
 Puedes con la memoria  
 De tu querido esposo envanecerte.

Noble, grata victoria  
 Es la que el bueno alcanza;  
 Tras sí no deja lágrimas ni luto,  
 Sinó un himno de férvida alabanza.

¿No escuchas los clamores  
 De gratitud y admiración que eleva  
 La triste multitud que le acompaña  
 Á su postrer mansión? ¿Qué los honores  
 Mundanos valen ante la alta prueba  
 De puro amor que el pueblo le tributa?  
 Aquéllos mueren como vil escoria;  
 La virtud vive eterna, como el genio,  
 En el sagrado templo de la gloria.

Llora, sí, cara amiga, mas tu llanto  
 No ya de angustia sea;  
 Paz y resignación sienta tu alma,  
 Y sólo, en dulce calma,  
 Con maternal amor arder se vea.  
 Sí, tregua á tu aflicción; y si el acento  
 De mi inacorde lira  
 No basta el sentimiento  
 Á calmar de tu pecho lacerado,

La voz escucha de tu esposo amado:  
«Cese—dice—tu mal; preste acogida  
Tu amante corazón á la esperanza;  
Que Dios, tras los dolores de esta vida,  
Abre al alma afligida  
Mansiones de perpetua bienandanza.»





EN LA MUERTE DEL JOVEN POETA

## JESÚS RODRÍGUEZ CAO

NO lo lloréis!... Fué breve,  
Mas plácida, su vida:  
Jamás turbó su espíritu  
El hálito del mal.  
Fué blanca nube errante  
Del vivo sol herida,  
Que lago terso y límpido  
Refleja en su cristal.

¡No lo lloréis!... Del genio  
Ciñó el laurel radiante,  
Y con sus tiernos cánticos  
Las almas conmovió.  
De atmósfera más pura  
Gozar quiso, anhelante,  
Y á la región etérea  
Sus ojos elevó.

Entonces, arrullado  
Por gratas ilusiones,  
De casto amor purísimo  
La imagen vió cruzar:  
Y al comprender sus dulces  
Primeras emociones,  
Á los espacios célicos  
Sintióse arrebatar.

¡Dichoso una y mil veces  
Quien surca, así halagado,  
Del mundo el ancho piélagos,  
Sin pena y sin temor!  
¡Feliz él, que á la playa  
Llegó del puerto ansiado,  
Sin que del Noto el ímpetu  
Sintiera, ni el fragor!...

No llanto, ilustres vates:  
Laurel y palma y flores  
Ante su losa fúnebre  
Piadosos le ofreced:  
Y de su claro ingenio  
Los mágicos fulgores  
En armoniosas cántigas  
Al par enalteced.

Unidos vuestros ecos  
Elévense á la altura...  
Amor ardiente y sincero  
En ellos revelad:  
Y en la feliz morada  
Do habita su alma pura  
Acójalos cual férvido  
Tributo de amistad.

El monumento sean  
Que su alto genio aclame;  
Postrer plegaria mística  
Al pie de su ataud:  
Y al són de vuestras liras  
España entera exclame:  
«Murió; mas brillan fúlgidos  
Su nombre y su virtud.»





EN LA SENTIDA MUERTE DEL EMINENTE NOVELISTA

É INSIGNE POETA

## D. MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

No existe ya! de su lira  
No el eco grandilocuente,  
Que, cual bullidor torrente,  
Por su majestad admira;  
Ni su genio, que se inspira  
Sólo en altivas regiones,  
Ni sus sublimes creaciones,  
De la muerte detuvieron  
El golpe, que al par sintieron,  
Del suyo, mil corazones.

Sí; á la vez que dura losa  
Sus nobles restos cubría,  
Oculto dolor sentía  
La multitud afanosa:  
Muda, abatida y llorosa,  
Quizá en tan triste momento,  
Sufriendo doble tormento,  
Al darle el final tributo,  
Llevaba en el alma luto  
Y amargo remordimiento.

Y ¿cómo no?... Indiferente  
 La patria, de él tan amada,  
 Por la que blandió la espada  
 En la lid, como valiente;  
 La que con estro potente,  
 Y de la envidia á despecho,  
 Ensalzó su noble pecho,  
 Dióle en pago á su lealtad,  
 Olvido en la ancianidad,  
 Pobreza y mezquino techo.

De ingratitud tan notoria  
 Jamás se quejó su labio,  
 Ni guardó tan duro agravio  
 Como prenda en la memoria.  
 Siguió de la hispana historia,  
 Sin rencor ni desaliento,  
 En obras que son portento  
 De original inventiva,  
 Pintando la escena activa  
 Y el castellano ardimiento.

Sus númenes, patria y Dios,  
 Le alentaron en la vida,  
 Y su alma compartida  
 Se vió siempre entre los dos:  
 De noble esperanza en pos  
 Mostró al mundo despiadado,  
 Su valor como soldado  
 Y cual cristiano su fe;  
 Como publicista fué  
 Sabio, prudente y honrado.

De la patria en los azares  
 Siempre resonó su canto;

Que con ardor puro y santo  
La alentaba en sus pesares:  
Ó bien si allende los mares  
Ó en el África altanera  
Hechos de lejana era  
Con su valor renovaba,  
Sus proezas ensalzaba  
Y el honor de su bandera.

Y cuando ya, pobre y ciego,  
Cualquier peregrina historia  
Confiaba á su memoria  
Y á su corazón de fuego;  
¡Recordad con qué sosiego  
La inspiración que sentía  
Por mano ajena vertía  
Con genio asombroso y vario,  
Y cómo de su Calvario  
La pesada cruz sufría!

¡Sevilla! En tu grato suelo  
Lució su primer aurora,  
Y halló su mente creadora  
Luz inmortal en tu cielo.  
Él te legó, con desvelo,  
En sus obras un tesoro;  
Joyas más ricas que el oro  
De tu historia alzó á la meta:  
Honra á tu egregio poeta;  
Esto cumple á tu decoro.

Y vosotros, que experiencia  
Tenéis, sevillanos vates,  
De los asiduos combates  
Que libra la inteligencia;

Del novelista la ciencia,  
Y del poeta eminente  
El ingenio prepotente,  
Enalteced á porfía:  
Que vuestra bella poesía  
Es laurel para su frente.

À vuestras galanas flores  
Se unirá mi flor modesta;  
Que mi numen no se presta  
À más brillantes colores:  
De la edad á los rigores  
Toda dicha es transitoria;  
Mas si esperanza ilusoria  
Tan sólo mi mente excita,  
Aun mi corazón palpita  
Al eco de patria y gloria.





Á MI MUY QUERIDO AMIGO  
EL EMINENTE POETA ALEMÁN  
EXCMO. SR. D. JUAN FASTENRATH  
EN EL DÍA DOS DE NOVIEMBRE

EXISTEN sagrados lazos  
De secreta simpatía,  
Tal vez consuelo que envía  
Dios mismo á la humanidad:  
Voz del alma que nos dice:  
«Ese que ves es tu hermano;  
Estrecha leal su mano;  
Júrale eterna amistad.»

Tal por vez primera al verte,  
Con intuición poderosa,  
Sentí esa voz misteriosa  
Que me impulsaba hacia tí.  
¿Entre él y yo,—imaginaba,—  
Qué hay de común en el mundo?  
Mas ví tu dolor profundo,  
Y entonces lo comprendí.

Tú también ¡oh caro amigo!  
 Acerbo llanto derramas;  
 También, como yo, reclamas  
 Una tregua en tu aficción.  
 Tú de un padre cariñoso  
 Aun lamentas la partida;  
 Yo la de madre querida,  
 Que aun vive en mi corazón.

Los dos de la misma pena  
 El dardo agudo sentimos.  
 Y ¡ay! en vano, en vano vimos  
 Año tras año cruzar.  
 Abril vendrá, y siempre muerta  
 Yacerá nuestra esperanza;  
 Que hay dolores que no alcanza  
 Nunca el tiempo á mitigar.

¡Oh amigo! Dame que pueda  
 Hoy, al són de esa campana  
 Con que la Iglesia cristiana  
 Nos invita á la oración,  
 Recordarte con mis ayes  
 Á los que el mundo dejaron  
 Y en el Empíreo buscaron  
 Su prometida mansión.

De mi madre ante la tumba,  
 Silenciosa y solitaria,  
 Hoy se alzaré una plegaria  
 Con mis recuerdos de ayer:  
 Mas al pronunciar su nombre,  
 Para mí siempre querido,  
 Al suyo se alzaré unido  
 El de aquel que te dió el ser.

Son del amigo las preces,  
En nuestros grandes dolores,  
Lo que el rocío á las flores,  
Lo que la calma en el mar:  
Tregua que permite al alma,  
Tras rudo y constante anhelo,  
Ver un instante en el cielo  
Sin nubes el Sol brillar.

Pueda yo hasta el Increado  
Elevar mi humilde acento;  
Confundir logre un momento  
Con el tuyo mi dolor:  
Y que unidas nuestras almas  
De la amistad por el lazo,  
Se alcen en estrecho abrazo  
Hasta el trono del Señor.

De Él sólo la dicha mana,  
De Él la vida, de Él la ciencia,  
Y la humana inteligencia  
Tan sólo existe por Él.  
Pidámosle nos conceda  
Lenitivo en los pesares,  
É inspire nuestros cantares  
En la virtud santa y fiel.

¡Ah! tú al menos en tus penas  
Realizas sueños de gloria,  
Y el mundo digna memoria  
Á tu nombre guardará.  
Yo, oscuro vate, al olvido  
Iré por suerte enemiga,  
Y ni una flor mano amiga  
En mi tumba arrojará.

Mas si vario es el destino  
Que á entrambos otorga el Cielo;  
Si, cual tú, no el raudo vuelo  
Sentí de alta inspiración;  
Por el infortunio unidos  
Veré, al estrechar tu mano,  
En tí por siempre al hermano,  
Que es leal mi corazón.





## ¡ÚLTIMO ADIÓS!

EN LA MUERTE DEL EMMO. É ILMO. SEÑOR

CARDENAL DE LA SANTA ROMANA IGLESIA

D. FRAY JOAQUÍN LLUCH Y GARRIGA

ARZOBISPO DE SEVILLA

### I

RUGE el cañón; en la elevada torre  
Fúnebre doble sin cesar resuena,  
Y el eco de las músicas atruena  
Al avanzar, pausado, el ataud.  
Largas hileras de soldados rinden  
Al Prelado los últimos honores,  
Y del sol á los vivos resplandores  
Se agita la doliente multitud.

Y cercan el cadáver sacerdotes  
Con ricos ornamentos funerales,  
Y el incienso, en ligeras espirales,  
Lento se eleva hasta la azul región.  
Largo cortejo sigue, donde brillan  
Cien uniformes que recama el oro;  
Del elevado Príncipe en decoro  
El mundo exige vana ostentación.

Mas esa pompa lucirá un instante,  
 Y al extinguirse el són de la campana  
 De ella un recuerdo quedará mañana,  
 Que en la noche del tiempo morirá.  
 ¡Ah! ¿Qué vale ese fausto, comparado  
 Con el llanto que al pobre arranca el duelo,  
 Llanto de gratitud, que raudal al Cielo  
 Convertido en vapor se elevará?

*Él*, que dechado fué de altas virtudes,  
 Jamás dió aliento á vanidad mundana,  
 Y á su talento, á su piedad cristiana  
 Unir supo del monje la humildad:  
 Y sencillo y modesto, y abrigando  
 Alma de sabio y corazón de niño,  
 Para el pobre guardaba su cariño,  
 Para todos su ciencia y su bondad.

La voz del pueblo con amor lo ensalza.  
 ¿Quién, por ventura, con injusto labio  
 Pudiera, haciendo á la verdad agravio,  
 Su sagrada memoria escarnecer?  
 Lo sabe Roma; lo repite el mundo:  
 ¡Colmado de favores por el Cielo,  
 De católicos fué claro modelo,  
 Y eterno debe su renombre ser!

II

Pausada en la Basílica grandiosa  
 Penetra ya la inmensa comitiva;  
 El féretro á la luz de la alta ojiva  
 En el túmulo alzado apareció.

Ya de los salmos las severas notas  
Vibrando se difunden por el templo,  
Y, dando de piedad seguro ejemplo,  
El pueblo ante el altar se prosternó.

Cantos, sollozos, comprimidos ayes,  
Nubes de incienso que en el aire flotan,  
Tiernos recuerdos que del alma brotan  
Á la mente preséntanse á la vez:  
Mas del Prelado insigne las virtudes  
Ya ensalza otro Pastor prudente y sabio;  
Y los justos elogios, de su labio  
Oye la multitud con avidez.

El orador cesó: los sacerdotes  
Las últimas plegarias entonaron,  
Y del féretro en torno se agruparon,  
Dirigiéndose al hondo panteón.  
Mudos descenden por la estrecha escala,  
De vacilantes pasos se oye el eco...  
Del pesado ataud el golpe seco  
Aun resuena en mi triste corazón.

Sacerdotes y pueblo se alejaron:  
Reinó allí en breve pavorosa calma...  
La comprimida angustia de mi alma  
Hizo en mis ojos lágrimas brotar.  
¡Adiós, por siempre adiós!... No ya en tu labio  
El grato nombre escucharé de amigo,  
Ni tu consejo me dará un abrigo  
Del falso mundo en el revuelto mar.

¿Dije por siempre?... ¡Ah, nó! Dios, Pastor justo,  
Habrá premiado tu cristiano celo...  
Calma mi pena tú, calma mi anhelo,

Y que te vuelva á ver pide al Señor.  
¿Qué es la vida?... La lucha aterradora  
Del bien y el mal, de defecciones llena:  
¡Para arribar á la mansión serena,  
Consoladora Fe, dame valor!





# HIMNOS





## Á LA PURÍSIMA CONCEPCIÓN

(Música del Maestro D. Evaristo García de Torres.)

### CORO

**S**ALVE, oh Madre del Verbo y del hombre,  
Reina augusta del Cielo y la tierra!  
Tú eres fuente sellada que encierra  
Manantial de consuelo y amor.  
Á Tí el mundo en sus penas acude,  
Anhelante de dulce esperanza,  
Como el nauta hacia el faro, que lanza  
Vivo rayo de luz bienhechor.

### I.<sup>a</sup> VOZ

En su poder sin límites  
La Trinidad gloriosa,  
Al humillar la audacia  
De la serpiente odiosa,  
Tu Concepción purísima,  
Benigna, decretó.  
Por voluntad Suprema  
Tú fuiste la elegida,

Y fué tu casto seno  
Germen de eterna vida,  
Arca sagrada y mística  
Donde Jesús moró.

CORO

¡Salve, oh Madre, etc.

2.<sup>a</sup> VOZ

Apenas del Ingénito  
El nombre de MARÍA  
Brotó en dulce cadencia,  
Con férvida alegría  
Alzó sublimes cántigas  
La Corte celestial.

«¡Bendita una y mil veces!»  
Prorrumpe el almo coro;  
«¡Mil veces sea bendita!»  
Contéstale, sonoro,  
De los Profetas bíblicos  
El cántico inmortal.

CORO

¡Salve, oh Madre, etc.

3.<sup>a</sup> VOZ

España entera aclámate  
Su egregia Protectora:  
De la victoria anuncio  
¡Oh celestial Señora!  
Contra el poder satánico  
Siempre tu nombre fué:  
Y el hispalense pueblo,

En cambio á tus favores,  
Las preces de Isidoro  
Repite y sus loores;  
Que en Tí, Virgen Santísima,  
Su amparo y gloria ve.

CORO

¡Salve, oh Madre del Verbo y del hombre,  
Reina augusta del Cielo y la tierra!  
Tú eres fuente sellada que encierra  
Manantial de consuelo y amor.  
Á Tí el mundo en sus penas acude,  
Anhelante de dulce esperanza,  
Como el nauta hacia el faro, que lanza  
Vivo rayo de luz bienhechor.





## Á NUESTRA SEÑORA DE LA SOLEDAD

(Música del Maestro D. Buenaventura ñíguez.)

### TRÍO

No hay acento que pueda en lo humano  
Describir tu dolor, Virgen pía,  
Cuando el Hijo que fué tu alegría  
En la tumba encerrado quedó.  
Sola y triste al mirarte en la tierra  
Sin que nadie te diera consuelo,  
Elevaste los ojos al Cielo  
Y un gemido tu pecho exhaló.

### I.<sup>a</sup> VOZ

Si en lágrimas bañada  
Sentiste, Virgen pura,  
Crudísima amargura  
En triste Soledad;  
Aunque la causa fuimos  
De tu fatal quebranto,  
Contempla nuestro llanto,  
Y muévate á piedad.

POESÍAS

---

TRÍO

No hay acento, etc.

2.<sup>a</sup> VOZ

Al ver tu horrible angustia  
Sentimos desconsuelo;  
Contigo tu hondo duelo  
Queremos compartir.  
Sumisos á tus plantas  
¡Oh celestial Señora!  
Contémplanos ahora  
En tu dolor sufrir.

TRÍO

No hay acento, etc.

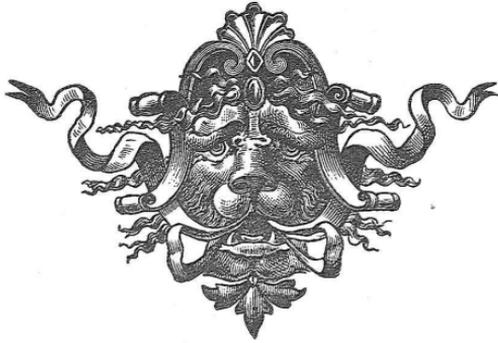
3.<sup>a</sup> VOZ

En Tí nos dió una Madre  
Jesús en la agonía;  
Ampárenos, María,  
Tu tierno corazón.  
Disculpa ante Dios logren,  
Por Tí, nuestros agravios,  
Y de Él, tus dulces labios  
Nos traigan el perdón.

TRÍO

No hay acento que pueda en lo humano  
Describir tu dolor, Virgen pía,  
Cuando el Hijo que fué tu alegría  
En la tumba encerrado quedó.

Sola y triste al mirarte en la tierra  
Sin que nadie te diera consuelo,  
Elevaste los ojos al Cielo  
Y ni el Cielo tu pena alivió.





## Á MURILLO

CORO

GLORIA al genio sublime y cristiano  
Que dió al arte más fúlgido brillo!  
¡Gloria, gloria al insigne Murillo!  
¡Sus creaciones en coro aplaudid!  
De la Madre de Dios bella y pura  
Sólo él pudo trazar el modelo;  
Fué el pintor inspirado del Cielo;  
¡Lauro eterno á su frente ceñid!

I.<sup>a</sup> VOZ

Pintor de María,  
Tus nobles victorias  
Acrescen las glorias  
Del pueblo español.  
Sevilla se juzga  
Dichosa al honrarte;  
Que tú eres del arte  
Purísimo sol.

CORO

¡Gloria al genio, etc.

2.<sup>a</sup> VOZ

Iberia es, Murillo,  
Pequeña á tu fama;  
El mundo te aclama  
Cual astro inmortal.  
Heredan los siglos  
Tu egregio renombre,  
Y cercan tu nombre  
De luz celestial.

CORO

¡Gloria al genio sublime y cristiano  
Que dió al arte más fúlgido brillo!  
¡Gloria, gloria al insigne Murillo!  
¡Sus creaciones en coro aplaudid!  
De la Madre de Dios bella y pura  
Solo él pudo trazar el modelo;  
Fué el pintor inspirado del Cielo;  
¡Lauro eterno á su frente ceñid!





Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II  
EN SU LLEGADA Á BADAJOZ  
DE PASO PARA PORTUGAL

CORO

AUGUSTA anhelante contempla á Isabela  
Del Gébora á orillas, cual fúlgido sol:  
¡Miradla!... Es el ángel que al triste consuela;  
La madre benigna del pueblo español.

I

Por doquiera que mueve su planta  
Brotan el suelo laureles y flores,  
Y en aplausos y en dignos loores  
Vibra el aire que aspira en redor.  
Es Hesperia, que amante y gozosa  
Á su Reina benévola aclama,  
Y á su paso coronas derrama  
Por mostrarle su férvido amor.

II

En el bético suelo, en Barcino  
Y del vasco en la grata ribera,

Bondadosa, feliz, placentera,  
De sus pueblos el voto acogió:  
Y del huérfano triste al quebranto  
Dió benigna amoroso consuelo;  
Del anciano doliente el anhelo,  
Generosa, doquier mitigó.

III

Hora al suelo de Gama sus pasos,  
Precursora de bienes, dirige,  
Senda abriendo á los pueblos que rige  
De riqueza y de dicha eternal.  
La discordia vencida se aleja,  
Que altos reyes extienden sus manos,  
Y el Ibero y el Luso, ya hermanos,  
Hoy se estrechan en lazo cordial.

IV

¡Salve aurora que dulce esperanza  
Á los pechos benéfica augural  
Luengas horas de paz y ventura  
De tí lleguen, risueñas, en pos.  
No rivales: de amor sin segundo  
Digno ejemplo mostrad ¡oh naciones!  
Y colmadas de mágicos dones  
Os veréis por la mano de Dios.

V

Zumba el bronce en las torres herido,  
El cañón con sus salvas atruena,  
Y del viento los ámbitos llena  
La ovación entusiasta y leal:

«*¡Viva, viva la Reina clemente!*»  
Clama Augusta en acento sonoro,  
Y de ninfas el plácido coro  
«*¡Viva!*» dice, con eco inmortal.

CORO

Augusta anhelante contempla á Isabela  
Del Gébora á orillas, cual fúlgido sol;  
¡Mirad!... Es el ángel que al triste consuela;  
La madre benigna del pueblo español.





À SS. AA. RR.  
LOS SERMOS. SRES. CONDES DE PARÍS  
EN SU LLEGADA Á SEVILLA

---

(Música del Maestro D. Oscar de la Cinna.)

CORO

LLEGA, llega, Princesa clemente,  
Á tus gratos, pacíficos lares,  
Do entre palmas, jazmín y azahares  
De tu infancia luciera el albor.  
Vén: al lado de esposo querido,  
De tus padres serás el encanto,  
Y Sevilla, gozosa, entretanto,  
Alzará dulces himnos de amor.

I.<sup>a</sup> VOZ

Estrella refulgente  
De Andalucía,  
Torna á ser de estos valles  
Luz y alegría:  
Y á tus destellos  
Broten los campos flores,  
Luzcan más bellos.

I.<sup>a</sup> Y 2.<sup>a</sup> VOZ

Placentero el manso río  
Que arrulló tu sueño blando,  
Á tus plantas murmurando  
Hoy te dice con amor:  
«No del Támesis umbrío  
Tornes más á la ribera;  
Por tí aquí la dicha impera,  
Que tú ahuyentas el dolor.»

CORO

Llega, llega, etc.

I.<sup>a</sup> VOZ

Prestando gracias nuevas  
Á tu hermosura,  
Las virtudes coronan  
Tu frente pura.  
Por eso palmas,  
Cariñosas, te ofrecen  
Las nobles almas.

I.<sup>a</sup> Y 2.<sup>a</sup> VOZ

Claros Príncipes, el Cielo  
Dichas mil os dé clemente,  
Y ese vástago inocente  
Que debéis á su bondad.  
En vosotros fiel modelo  
Apacible siempre vea,  
Y feliz tesoro sea  
De hermosura y de piedad.

CORO

Llega, llega, Princesa clemente,  
Á tus gratos, pacíficos lares,  
Do entre palmas, jazmín y azahares  
De tu infancia lució el grato albor.  
Vén, y al lado de esposo querido,  
De tus padres serás el encanto;  
Y Sevilla himnos mil entretanto  
Dará al viento, gozosa, en tu honor.





## ESPAÑA POR DON ALFONSO

---

(Música del Maestro D. José Freire.)

CORO

GRATO anuncio de paz y ventura,  
Ya aparece en el cielo español,  
Tras la noche de horror y amargura,  
Blanca aurora de espléndido sol.

I.<sup>a</sup>

Llega, Alfonso: ya el solio te espera  
Do se alzaron perínclitos reyes:  
Á tu pueblo benéficas leyes  
Hoy, cual ellos, consigas dictar.

Llega, llega: tu patria al mirarte  
Al olvido dará sus dolores;  
Que tú puedes en mágicas flores  
Sus punzantes espinas trocar.

CORO

Grato anuncio, etc.

2.<sup>a</sup>

Á tu nombre, el ejército unido  
Ya tu enseña sagrada tremola;  
Es la noble bandera española,  
Que á las huestes infunde valor.  
Á su sombra los buenos se agrupan;  
Ella es signo de amor y concordia;  
Cese ya la funesta discordia,  
Fuente horrible de angustia y dolor.

CORO

Grato anuncio, etc.

3.<sup>a</sup>

Héroes dignos del nombre de España,  
Deponed vuestros mutuos rencores:  
¡No más sangrel... Los negros temores  
De las madres, benignos, calmad.  
Atrás, pues, las civiles contiendas;  
Enlazad con amor vuestras manos;  
Sed unidos un pueblo de hermanos,  
Y el honor de la patria salvad.

CORO

Grato anuncio, etc.

4.<sup>a</sup>

Cual objeto de espanto y de mofa  
Hartos años la vió Europa entera;  
No el dolor que su pecho lacera  
La dejéis por más tiempo sufrir.

Desechad insensatas pasiones;  
Nunca el odio vencer logre infausto;  
Que ella os mire tan digno holocausto  
En sus aras, triunfantes, rendir.

CORO

Grato anuncio, etc.

5.<sup>a</sup>

Y tú, joven Monarca, los ojos  
Vuelve al pueblo, que ufano te aclama:  
Beneficios sin cuento derrama  
En tu noble y querida nación.

No recuerdes pasados errores;  
Cubra un velo sufridos agravios,  
Y amorosos murmuren tus labios  
Dulces frases de olvido y perdón.

CORO

Grato anuncio de paz y ventura,  
Ya aparece en el cielo español,  
Tras la noche de horror y amargura,  
Blanca aurora de espléndido sol.





# BALADAS





## EL BASTARDO

### I

COMO solitario arbusto  
Que en el desierto brotó  
Vine al mundo, y la desgracia  
Siguióme doquier en pos.  
En bello ideal de gloria  
Mi espíritu se agitó;  
Mas ¡ay! que duras afrentas  
Hirieron mi corazón.  
—¿Qué anhelas?—me preguntaban;  
=Vivir,—contestaba yo,—  
Cual vive el hijo del noble,  
Útil siendo á mi nación.  
—¿Cuál es tu nombre?  
=Lo ignoro.  
—¿Tienes padre?  
=¡Padre! ah, nó;  
Que aunque lo tenga, no llevo  
Su nombre ni su blasón.  
—¿Y el de tu madre?  
=Callarlo

Debo siempre por su honor.  
—¡Desgraciado! á nada aspiras:  
¡Manchado estás!  
=¡Compasión!

Soy bueno: la idea del crimen  
Jamás en mí se albergó...  
—Mas sobre tu frente arroja  
El mundo eterno baldón;  
Que en tí castiga la falta  
Que tu madre cometió.—

Tal escuché: á mi infortunio  
Nadie prestaba atención;  
Y la suerte del esclavo  
Envidiando en mi dolor,  
Del necio mundo maldije  
El orgullo y la ambición...  
¡Mundo infeliz, que así olvida  
Las leyes santas de Dios!

## II

Sin esperanza en los hombres  
Mi juventud triste huyó,  
Regando, en rudo trabajo,  
La tierra con mi sudor.  
El negro pan de los siervos  
De alimento me sirvió,  
Y fué mi albergue la choza  
De un miserable pastor.  
Mas un día ¡horrible día!  
Sentí opreso el corazón...  
Mis fuerzas me abandonaron

Y el sustento me faltó.  
 ¡Tuve hambre!... En mi delirio  
 Á la opulenta mansión  
 Del noble autor de mis días  
 Corrí con ansia feroz:  
 Mas al cruzar sus umbrales  
 Un hombre se atravesó  
 En mi camino, y su vista  
 Devolvióme la razón.  
 Era mi padre: mi pecho  
 Tierna esperanza halagó,  
 Y pedíle una limosna  
 Con desfallecida voz.  
 Paróse: torva mirada,  
 De soslayo, me lanzó,  
 Y...=Trabaja, aun eres joven,—  
 Respondióme con furor.  
 —Señor, yo muero: la fiebre  
 Mi escasa fuerza agotó.  
 ¡Tengo hambre!...

=Y ¿qué me importa

Tu hambre, necio hablador?

—Noble conde, soy tu hijo.

=Mientes, ruin villano.

—¿Yo?

=Mientes, repito; y si al punto

De aquí no partes veloz,

Haré que mis escuderos

Te azoten sin compasión.—

Al oír tales palabras,

De mi padre con horror

Alejéme, murmurando

Con indecible aflicción:

—¡Ay de tí, y ay de los hijos

Que á tu pecho con amor  
Estrechas, y que hoy ostentan  
Tu alto nombre y tu blasón,  
Conde infeliz! pues en ellos  
Verás, con fiero dolor,  
Castigadas tus maldades;  
Que el Cielo, para expiación,  
Pena en los hijos las faltas  
Que un mal padre cometió  
Al olvidar, insensato,  
Las leyes santas de Dios.—

III

Largos años transcurrieron.  
Al fin mi senda alumbró  
El puro sol de la gloria;  
Que, de Hernán Cortés en pos,  
Llegué de la ardiente América  
À la apartada región,  
Y allí riquezas y honores  
Mi mente ambiciosa halló.  
¡Oh, cómo palpité alegre  
Entonces mi corazón!  
Torné súbito á mi patria;  
Que anhelaba, con ardor,  
Probar á mi ingrato padre  
Que su nombre y su blasón  
Eran menos que los triunfos  
Que alcancé por mi valor.  
Mas al llegar á mis lares  
¡Qué horrible cuadro se alzó  
Ante mis ojos, llenando

Mi espíritu de pavor!  
 Tristes ruínas, que raudo  
 Voraz fuego ennegreció,  
 Del noble autor de mis días  
 Era la altiva mansión;  
 Y su heredad, que ostentaba  
 En otro tiempo el verdor  
 De las mieses, yerma entonces  
 Á mi vista se mostró;  
 Y, cual de tierra marcada  
 Con la eterna maldición,  
 Hasta las aves huían  
 Lugares de tanto horror.  
 —¿Qué fué, decidme, buen viejo,—  
 Á un labriego que cruzó  
 Por mi ruta preguntéle,—  
 Del noble conde y señor  
 De este lugar?...—Y, vertiendo  
 Lágrimas, me contestó:  
 =Triste, muy triste es su historia:  
 Sobre su frente el baldón  
 Recayó de injusta guerra,  
 Que insensato provocó;  
 Vió en ella á sus pobres hijos  
 Morir sin gloria ni honor;  
 Taladas miró sus tierras,  
 Mancillado su blasón...  
 —¡Justo Cielo!

=Largos días  
 De su morada en redor  
 Vagar viósele abismado  
 En honda meditación;  
 Después su profunda pena  
 Aun más el tiempo agravó,  
 Y entre horribles carcajadas

Y suspiros de dolor,  
À voces llamaba á un hijo  
Que inhumano rechazó;  
Tal vez siniestro fantasma  
De su turbada razón.  
Por tres años sintió el peso  
De martirio tan atroz,  
Mas de nuestra vista un día  
Fugaz desapareció:  
Sus infelices vasallos  
Sintieron vago terror,  
Y al nuevo sol en la playa  
Vieron, con muda aflicción,  
Su cadáver; que hasta, airado,  
El mar de sí lo arrojó.—

Calló el viejo: de mi frente  
Brotaba frío sudor;  
Vertían lágrimas mis ojos,  
Lágrimas del corazón,  
Al ver cumplido el augurio  
Que de mi labio brotó;  
Y hallé en mi padre la víctima  
De mi triste predicción.  
Entonce el remordimiento,  
Cual dardo agudo, me hirió:  
Al cielo alcé la mirada  
Pidiendo amparo y perdón,  
Para cumplir en la tierra  
Las leyes santas de Dios.





## ILUSIÓN PERDIDA

«FUE su suerte fatal, como la mía:  
Yo, ciego, la adoraba;  
Ella á mi ruego ardiente sonreía,  
Diciendo que me amaba.

»Una noche escuché junto á su reja  
Canto de amor sentido,  
Y un ósculo después tras breve queja...  
De celos me ví herido.

»Lancéme á mi rival, fiero, iracundo,  
Y, en lucha despiadada,  
Vile á mis pies tendido y moribundo  
Al golpe de mi espada.

»Y ella pálida en tierra y sin aliento  
Cayó desvanecida:  
Loca después la ví de sentimiento,  
Y acaso arrepentida.

»Me vengué... ¿Soy feliz? De sus agravios  
Aun me finjó el exceso:  
¿Por qué borrar no puedo de sus labios  
La mancha de aquel beso?»

Así el conde de Osset con la memoria  
De un desgraciado amor se enardecía,  
En tanto que dos lágrimas de fuego  
Rodaban por sus pálidas mejillas.





## LOS MÁRTIRES DE LA PATRIA

### I

POR qué lloras, madre mía?  
—¿No quieres que llore; Juan,  
Si la suerte te ha tocado,  
Y sé que á la guerra vas?  
—¡La guerra!... Grata esperanza  
Fué siempre del militar.  
Tal vez el pobre recluta  
Á sus hogares vendrá,  
Dentro de poco, por ella  
Transformado en capitán.  
—Tal ilusión no acaricies:  
Tú no sabes cuán fatal,  
Tras ese ensueño de gloria,  
Es la triste realidad.  
Sé valiente; mas la vida  
No arriesgues, mi pobre Juan,  
En empresas temerarias  
Y sólo por vanidad.  
¡Ah! si por desgracia mueres,

¡Cuánto mi dolor será!  
Tu eres mi amor, la esperanza  
De mi triste ancianidad...  
Sin tí, morir es mi suerte;  
Que la patria, por quien vas  
Con generoso denuedo  
Tu sangre, hijo mío, quizá á derramar,  
Á la madre del pobre soldado  
Ni presta consuelo,  
Ni amparo le da.

II

—¿Vuelves de la guerra, Diego?  
Dime, ¿qué fué de mi Juan?  
=Vive, anciana; mas herido  
Le dejé en el hospital.  
—¡Herido! ¡Dios nos ampare!  
=Abuela, no hay que llorar;  
Si á su hogar vuelve con vida,  
¿Qué más queréis, voto á san?  
—¡Oh! dime, ¿la herida es grave?  
=No fué gran cosa en verdad:  
Un brazo menos y un ojo  
Que quedaron por allá.  
—¡Virgen Santa! dadme fuerzas;  
¡No puedo, no puedo más!  
=¡Vamos, valor, abuelita!  
¿Qué remedio tiene ya?  
¿Pensáis que con vuestro llanto  
Le vais más pronto á sanar?  
¡Si vierais su noble pecho!  
De cruces cubierto está;

En buenas lides ganadas,  
 Eso sí, voto á San Blas!  
 Y con su ojazo de menos,  
 Y con su aire marcial,  
 Y sus bigotes de á terciá,  
 Mas revueltos que la mar,  
 En vez de simple soldado  
 Ser parece un general.  
 —Diego, tan bellos honores,  
 ¿Qué valen, cuando no hay pan?  
 Si inútil quedó mi hijo,  
 Aciaga su suerte, aciaga será,  
 Que al inválido triste la patria  
     Ni presta consuelo,  
     Ni amparo le da.

III

—¡Gracias á Dios que te veo!  
 Vén, vén á mis brazos, Juan;  
 ¡No sabes bien cuántas lágrimas  
 Me has hecho tú derramar!  
 ¡Cuán desfigurado vienes!  
 ¡Qué triste y pálido estás!  
 Maldita la guerra sea,  
 Origen de tanto mal.  
 —Madre, si al fin vuelvo á verte,  
 ¿Por qué te agobia el pesar?  
 —Hijo, ¿no quieres que sienta  
 Vivo dolor y ansiedad?  
 ¡Tú inútil! ¡Yo anciana y pobre  
 Y sin poder trabajar!  
 —¡Valor, madre! ¿Será el mundo

Tan sordo-á la caridad,  
Que nos niegue el alimento  
Y un asilo en que habitar?  
—No abrigues tal esperanza,  
Porque en España jamás  
Encontró el pobre soldado  
Recompensa ni piedad.  
Para conservar la vida  
Tendremos que mendigar,  
Calor sufriendo en estio  
Y en invierno el temporal.  
¡Ay! no sabes nuestra suerte  
Cuán dura, hijo mío, y aciaga será;  
Que al inválido triste la patria  
Ni presta consuelo,  
Ni amparo le da.

Casi desnudos, con rubor y pena  
De puerta en puerta mendigando van;  
Sin fuerzas ya la madre, desfallece;  
De angustia, acaso, el hijo morirá.

Gemidos de dolor lanzan sus pechos,  
Gemidos que tan sólo encontrarán,  
Con la infecunda compasión de algunos,  
La fría indiferencia de los más.

Y ellos sacrificaron su ventura  
Con gloria de la patria en el altar...  
¡Mísera patria la que olvida al bueno  
Y premia con usura al desleal!





## EL HIDALGO CAZADOR

### I

A TRAVESANDO las vegas  
Que el Betis tranquilo baña,  
De su lebrél precedido,  
Con la escopeta terciada  
Al hombro, mas esperando  
Víctimas en que emplearla,  
Va el joven don Diego Urceda  
En una alegre mañana  
Del mes de Abril, rodeado  
De ilusiones y esperanzas;  
Que es noble don Diego, y piensa  
Que en el juego y en la caza,  
Más bien que en ciencias ó en artes,  
Ocupaciones villanas,  
Un noble emplear su tiempo  
Debe con firme constancia,  
Si un puesto hallar no consigue  
Al servicio del Monarca.  
Ya en el juego y en amores

Vió su fortuna mermada,  
Y hora por los campos busca  
Los azares que anhelaban  
Sus ilustres ascendientes,  
Que en imitarlos se afana.  
Mas no pretende, cual ellos,  
Alarde hacer de pujanza,  
Duras fieras acosando  
Por las ásperas montañas;  
Que no le agrada el peligro,  
La astucia sólo le basta,  
Y si tuvo la fortuna  
De herir con mano bizarra  
À la tímida gacela,  
Ó á la paloma cuitada,  
De cazador podrá el título  
Ostentar con arrogancia.

Por eso el bravo don Diego  
Por las vegas dilatadas  
Que el Betis riega camina  
Murmurando estas palabras:  
«Si en el juego y en amores  
Persiguióme suerte infausta,  
Hoy me desquito, que es noble,  
Noble ejercicio la caza.»

II

Es la fortuna coqueta  
Como bella cortesana,  
Y crüel é inexorable  
Si una vez nos desampara.  
Tal con don Diego se muestra

Como nunca despiadada;  
 Que si en juegos y en amores  
 Tuvo suerte asaz infausta,  
 No fué menor su desdicha  
 Al ensayarse en la caza.

Cien bandos de codornices  
 Á su paso se levantan;  
 Cien veces las tira y yerra  
 Y se desespera y rabia.  
 Luego ante sus ojos cruza  
 Lenta y majestuosa un águila;  
 Es la reina de las aves;  
 ¡Oh! si pudiera llevarla  
 Cual trofeo á sus amigos,  
 ¡Cuán dichoso se juzgará!  
 Ya la mide con la vista,  
 La apunta con mano rápida;  
 Se oye el tiro, blanca nube  
 De humo á los aires se alza,  
 Y... el águila en tanto sigue,  
 Sigue tranquila y pausada.  
 «¡Maldita mi suerte sea!  
 —Furioso el hidalgo exclama;—  
 Reniego de mi fortuna,  
 Y reniego de la caza.»

### III

La escopeta bajo el brazo,  
 La frente al suelo inclinada,  
 De polvo y sudor cubierto  
 Y perdida la esperanza,  
 Triste don Diego camina

De regreso á su morada.  
El cansancio y el despecho  
Hacen más lenta su marcha;  
Mira su *bandola*, y siente  
Verla limpia y desairada,  
Y la mitad de su hacienda  
Diera por hallar un alma  
Benigna, que le cediese  
*Dos piezas* con que adornarla.  
Mas ya es tarde; el sol declina,  
Y en la vega solitaria  
Tan sólo el rumor se siente  
De la brisa perfumada.  
Ya regresar es forzoso,  
Que veloz la noche avanza;  
Regresar do sus amigos  
Con festivo humor le aguardan,  
Prestos á burlar con plácemes  
Su derrota inesperada.

Mas ¡oh dicha! linda tórtola,  
De un árbol entre las ramas,  
Calor dando á sus hijuelos,  
Dormida está... ¡infortunada!  
Ni hallarse en su pobre nido,  
Ni ser madre, libertarla  
Podrá del plomo: la ha visto,  
Su sentencia está dictada.  
Ved cómo el *vil asesino*,  
Por temor de despertarla,  
Á ella se acerca en silencio  
Y con cautelosa planta.  
Ya el arma crüel dirige  
Á su víctima: inmolada  
Vedla al fin entre sus manos...  
¡Gloria y prez á tal hazaña!

Mañana, cuando la aurora  
 En su carro de oro y nácar  
 Se levante, dando al campo  
 Viva luz, nueva fragancia,  
 En vano los pajarillos  
 Piarán por su madre amada;  
 En vano alzarán su cuello  
 Por el espacio buscándola...  
 No volverá nunca el vallé  
 Á escuchar sus tiernas cántigas,  
 Y de hambre y sed sus hijuelos  
 Tristes morirán llamándola.

Don Diego, feliz en tanto,  
 De su acierto haciendo gala,  
 Dirá, la anhelada presa  
 Mostrando á sus camaradas:  
 «Por mi honor que fué un buen día;  
 ¡Noble ejercicio es la caza!»





# TRADUCCIONES





## LA BARCA DE SAN PEDRO

(De Xavier da Cunha.)

TINIEBLAS en el cielo: ¡la noche tempestuosa!  
¡Rugiente y fiero el mar!...  
La barca de San Pedro, la barca misteriosa,  
¿Quién la podrá salvar?

¡Furioso brama el viento! ¡Crece, y al cielo llega  
La ola en su furor!  
¡Ay, si la vela cede!... ¡Ay, si el batel se anega  
En mar de tanto horror!

La impiedad nadie enfrena, ¡y óyese del Eterno  
Al infiel blasfemar!  
¿Tal vez las negras puertas, las puertas del Infierno,  
Van del Cielo á triunfar?...

¿Es Satán quien hoy reina? ¿Ya impera el Ante-Cristo?  
¡Ay vírgenes de Sion,  
Feroz os amenaza azote no previsto  
De oprobio y de opresión!

Mas... ya la Iglesia santa su pabellón despliega...  
De Dios con el favor,  
La barca de San Pedro impávida navega  
Sobre el mar, sin temor.

Desde el timón la rige con brazo prepotente  
Un nauta sin igual:  
Es León trece el Grande, que, con erguida frente,  
Arrostra el vendaval.

Que ruja, pues, el viento; ¡que, en noche procelosa,  
Bramę con furia el mar!  
La barca de San Pedro, la barca gloriosa,  
El puerto ha de alcanzar.

Ya brilla en lontananza la bonancible aurora  
De paz y salvación...  
El sol surgirá al cabo sobre la redentora  
Tierra de Promisión.





## SONETO

(De Camoens.)

QUÉ esperas, esperanza?—Desespero.  
—¿Quién de eso causa ha sido?—Una mudanza.  
—Tú, vida, ¿cómo estás?—Sin esperanza.  
—¿Qué dices, corazón?—Que mucho quiero.  
—¿Qué sientes, alma, tú?—Que Amor es fiero.  
—¿Cómo vives, en fin?—Sin confianza.  
—¿Quién te sustenta, pues?—Una membranza.  
—¿Sólo esperas en ella?—En ella espero.  
—¿En que puedes parar?—En lo que estoy.  
—¿Y tú en qué estás?—En concluir la vida.  
—¿Y créelo un bien?—De Amor es el empeño.  
—¿Y quién te obliga así?—Saber quien soy.  
—¿Quién eres?—Quien del todo está rendida.  
—¿Á quién rendida estás?—Á un solo dueño.





## LA FUENTE DE LOS AMORES

(De A. Soares de Passos.)

VED los bellos lugares do la triste  
En días de ilusión vivió dichosa:  
La mansa fuente ved, los altos cedros  
Que aun los secretos de su amor le guardan.  
¡Oh! ¡Cuántas veces, solitaria fuente,  
Tras de largo vagar por esos campos  
Del plácido Mondego, en estas márgenes  
La enamorada Inés vino á sentarse,  
Y, lamentando de su bien la ausencia,  
*Enseñaba á las hierbas y á los montes  
El nombre que en su pecho escrito había!*  
Y ¡cuántas veces viste en el silencio  
De esta alma soledad á los amantes,  
Lejos del mundo, á solas, venturosos,  
Gozar del cielo en éxtasis terrenos!  
¡Pobre, infeliz Inés! Breves pasaron  
De amor y dicha tus serenos días:  
Rendiste el corazón al joven Príncipe,  
Y lo que es ley en todos fué en tí crimen.

Ved del padre crüel, del Rey severo,  
 Feroz la diestra armarse, y á los sitios  
 Donde habitaba amor llevar la muerte.  
 Distante de tu bien, en desamparo,  
 ¡Ay, no pudiste conjurar sus iras!  
 De ródillas, llorando, en vano á Alfonso  
 Pediste compasión; en vano, ansiosa,  
 Abrazando á tus niños inocentes,  
 Los hijos de su hijo, á la natura  
 Invocaste á piedad: la voz airada  
 De tus verdugos sofocó tus quejas,  
 Y el ciego Rey te abandonó á los monstruos.

Ellos van hacia tí, sordos al ruego  
 Y á los ayes que exhalas temblorosa;  
 Y en el nevado seno palpitante  
 Que tanto amara ¡oh bárbaros! los hierros,  
 Los duros hierros hunden con fiereza.

Postrada, contra el pecho en la agonía  
 Estrecha por vez última á sus hijos,  
 Y de su Pedro murmurando el nombre,  
 Muere abrazada á aquellos inocentes.

Aun hoy, infeliz Inés, aun hoy, gimiendo,  
 Estos sitios que amabas te recuerdan.  
 Las aves en la selva, ecos y brisas  
 Parecen murmurar tu infanda historia:  
 Teñidas con tu sangre están las piedras;  
 Y esta *fuenta*, eco fiel de tus amores,  
 Parece repetir á sus orillas,  
 Hasta á las mismas piedras conmoviendo,  
 Tu lastimero, postrimer suspiro.





## SONETO

(De Camoens.)

CUANDO los ojos vuelvo á lo pasado  
Me hallo de cuanto hice arrepentido;  
Miro que todo fué tiempo perdido,  
Y todo lo emprendido mal guiado.

Siempre en lo más dañoso más cuidado;  
Todo justo deber desatendido:  
De desengaños menos advertido  
Fuí, cuando de esperanzas más frustrado.

Los castillos que alzaba el pensamiento,  
Al punto en que más alto los erguía,  
Deshechos los miraba en un momento.

¡Cuánto yerra al contar la fantasía!  
Pues todo pára en muerte, todo en viento.  
¡Triste el que espera! ¡Triste el que confía!





## FE EN EL PORVENIR

### SONETO

(De Ramos Coelho.)

UN día ¡oh patria! te alzarás del lecho  
En que yaces, há tiempo, adormecida.  
¡Ah! si hasta entonces Dios me diese vida,  
¡Cuán feliz la perdiera y satisfecho!

Juzgabas á tu ardor el mundo estrecho,  
¡Y hoy del mundo estás casi obscurecida!  
No sucumbas al mal; lucha atrevida;  
Mucho puedes hacer, que mucho has hecho.

Fe y valor en tu pecho se atesora;  
Aun tienes en tus hijos fuerte muro,  
Y el mar, que aun te reclama y te enamora.

Vence, si quieres, en combate duro,  
Y despuntar verás tu nueva aurora.  
Cree en el Cielo, cree en tí, cree en lo futuro.





## SONETO

(De Camoens.)

AY mísero! que á un tiempo lloro y río;  
Espero y temo; quiero y aborrezco;  
Al par estoy alegre, y me entristezco;  
Confío en una cosa, y desconfío.

Vuelo sin alas; estoy ciego, y guío;  
Y cuando valgo más, menos merezco;  
Callando, grito; hablo, y enmudezco;  
Nada me contradice, y yo porfío.

Pidiera, si pudiese, lo imposible;  
Poder moverme á un tiempo, y estar quedo;  
Gozar de libertad, y ser cautivo;

Quisiera visto ser, ser invisible;  
Desenredarme cuando más me enredo:  
Tal es la situación en que ahora vivo.





## LA FUENTE DE LOS AMORES

### SONETO

(De Elpino Duriense.)

FINÓ aquí de Inés bella la hermosura:  
Manos crüeles ¡ay! muerte le dieron:  
Aun manchas de la sangre que vertieron  
Grabadas vense en esa peña dura.

Las Ninfas, al mirar tal desventura,  
Sobre el pálido cuerpo aquí gimieron,  
Y de sus tristes lágrimas nacieron  
Las aguas de esa fuente mansa y pura.

¡Del Mondego, oh pastor! que en la corriente  
De su linfa, en suspiros rumorosa,  
Bebes, al deslizarse mansamente,

Del Amor huye tú, que rigorosa  
Muerte le ocasionó: era inocente;  
Fué tan sólo su crimen ser hermosa.





## SONETO

(De Camoens.)

COMO cuando del mar tempestuoso  
El marinero débil, fatigado,  
Que en naufragio cruel salvóse á nado  
Muéstrase, si de él le hablan, temeroso,

Y jura que, aunque viera el proceloso  
Piélago bonancible y sosegado,  
No surcará sus aguas; mas, forzado,  
Vuelve á él, de riquezas codicioso:

Así, Señora, yo, de la tormenta  
De vuestra vista huyo, por salvarme,  
Jurando en tal peligro nunca verme;

Mas mi alma, que en vos tan sólo alienta,  
Y que veros codicia, hace tornarme  
Donde estuve tan próximo á perderme.





## EL ÚLTIMO SUEÑO

(De A. Soares de Passos.)

Es media noche: en la aldea  
Que se extiende al pie del cerro  
Vela una madre á su hijo,  
Estrechándolo á su seno.

«Despierta, mi bien, despierta;  
No es ese tu blando sueño;  
Que es cual letargo de muerte  
El que hora embarga tus miembros.

»¡Cuánto tarda una sonrisa  
En tus rojos labios bellos!  
Despierta pronto, hijo mío;  
Tu alegre reir espero.»

Mas en su regazo el niño  
Lanzó su postrer aliento...  
Besos mil dióle su madre,  
Tristes lágrimas vertiendo.

En su sepulcro dos días  
Lloró también: al tercero  
La campana de la aldea  
Por un alma tocó á muerto;

Y otra tumba aquella noche  
Se alzaba en el cementerio...  
¡Pobre madre! junto al hijo,  
Fué á dormir su mismo sueño.





## SONETO

(De Camoens.)

NUNCA en Amor dañó el atrevimiento;  
Acorre la Fortuna á la osadía,  
Porque siempre la débil cobardía  
De piedra sirvió al libre pensamiento.

Quien se eleva al sublime Firmamento,  
En él halla la estrella que le guía;  
Que el bien que encierra en sí la fantasía  
Son ilusiones que arrebatata el viento.

Abrirse debe el paso á la Ventura;  
Sin firme voluntad nadie es dichoso:  
Raudos son de la suerte los favores.

Atreverse es valor y no locura:  
Perderá por cobarde el venturoso  
Que os ve, si no destierra sus temores.





## EL FIRMAMENTO

(De A. Soares de Passos.)

**G**LORIA, gloria al Creador! El libro inmenso  
Abierto contemplad de lo infinito,  
Adonde en letras mil de brillo intenso  
Su nombre adoro escrito.  
De su elevado altar mirase alzado  
El misterioso velo:  
Rompe tus ligaduras terrenales,  
Y, en místico alborozo,  
Con nueva vida elévate hasta el Cielo,  
Alma que anhelas sempiterno gozo.  
Estrellas de esas célicas moradas,  
¿Cuáles, decidme, son vuestros destinos?  
Lámparas sois, las lámparas sagradas  
Que ilumináis sus pórticos divinos.  
Brotasteis de la mano omnipotente  
Y, en espacios sin término girando,  
Sois leves chispas que su carro ardiente  
Despide al ir la inmensidad cruzando:  
Cada cual de vosotras, refulgente,

Un astro puro encierra,  
 Sol que apenas consiguen  
 Mis ojos descubrir, rey de otros mundos  
 Que, cual la opaca Tierra,  
 Su séquito formando, en pos le siguen.  
 Nadie sabe contaros: ¿quién pudiera  
 Los mundos numerar á que dais vida  
 Do eterna sombra á nuestra vista impera,  
 Cual surge ante vosotras nuestra esfera  
 En misteriosa obscuridad sumida?

. . . . .  
 Y todo en las tinieblas  
 Envuelto de la nada  
 Y en perpetua mudez antes yacía:  
 Reinaba noche oscura;  
 La luz del claro día  
 Era en Dios concentrada.  
 Habló el Señor, y en la extensión distante  
 Las sombras disipáronse á su acento;  
 Habló el Señor, y el vasto firmamento  
 Sus áureos velos recorrió triunfante.  
 Todo se alzó á su voz y todo gira  
 Inmenso en sus fulgores,  
 Y es cada mundo sonora lira  
 Cantando sus loores.  
 Cantad ¡oh mundos que su brazo impele!  
 Arpas de la creación, faros del día,  
 Himnos mil elevad al Sér Supremo,  
 Que en los espacios nos sustenta y guía.  
 Tierra, globo que engendra en sus entrañas  
 Mi sér, el sér humano,  
 ¿Qué eres con tus volcanes y montañas,  
 Con tu vasto Océano?  
 Eres grano de arena  
 Por el gran torbellino de los mundos

En sempiterno giro arrebatado  
En torno de su asiento, que elevado  
Está del Universo  
En los senos profundos.  
Y ¿qué eres, hombre, tú; tú, sér mezquino  
Que en ambición continua te desvelas,  
Y abrirte paso sin cesar anhelas  
Á través de las nieblas del destino?  
¿Qué eres con tus imperios y colosos?  
Un átomo sutil de escaso aliento;  
Y vives un instante,  
En pos sólo dejando  
Leves cenizas que arrebatara el viento.

Mas ¡ah! tú piensas, y al girar los orbes  
Haces que la razón tu esclava sea;  
Tú piensas, é inspirado en Dios te absorbes  
En la viviente llama de la idea.

Goza, inmortal: la tumba no consume  
Esa divina luz que en tu alma prende;  
¡Gloria á Dios, que en un átomo resume  
El pensamiento, que el espacio hiende!

Sigue, rey de la Tierra, tu camino:  
Si aun mísera es tu suerte, y la esperanza  
Á tu anhelo no dió lauro seguro,  
Nuevo destino alcanza,  
Y de edad en edad, más noble y puro,  
Alza hasta Dios tus himnos de alabanza.  
Y tú, cubre amorosa, madre Tierra,  
Con tus floridos mantos  
Á los hijos que en tí vida y sér llevan,  
Y tu canto de amor une á los cantos  
Que de mundos sin fin á Dios se elevan.

Dicen que ya sin fuerzas, moribunda,  
Te inclinas decadente:  
¡Ah! que entre tanto sol que te circunda

Aun tu Sol se levanta refulgente.  
 Aun eres joven: sin cesar mirando  
 De otros mundos estás las agonías,  
 Mientras rauda en el éter vas girando,  
 Cubierta de perfumes y armonías.

Mas ¡ay! tú morirás: de astro brillante  
 Así hoy fulgura misteriosa estela;  
 Mañana, tembloroso y vacilante,  
 En ocaso sin fin su lumbre vela.  
 Y de él ¿qué fué?... Sus nítidos fulgores  
 ¿Quién apagar pudiera?  
 Fué del Criador el poderoso aliento:  
 Él extinguió esa luz ya fatigada,  
 Y fueron siglos mil sólo un momento,  
 Que ante la eternidad truécense en nada.

Un día ¡quién lo sabe!  
 Al peso de los años y en ruinas  
 Al centro rodarás arrebatada  
 De ese volcán que Sol tú denominas.  
 Y también tus hermanos los planetas,  
 Cuya existencia, cual la tuya, inflama  
 La misma vida y luz esplendorosas,  
 Atraídos cual leves mariposas,  
 Caerán al fin en su encendida llama.

Entonce ¡oh Sol! entonces,  
 ¿Qué harás en tu áureo trono?  
 ¿Cuál será tu victoria,  
 Monarca solitario, en abandono,  
 Acabada tu gloria?  
 Tú acabarás también: la fría muerte  
 Alcanzará á tu carro llameante:  
 Ella te sigue, y nuncian ya tu suerte  
 Esas manchas que nublan tu semblante.  
 ¿Qué son ellas?... Tal vez los restos fríos  
 De algún antiguo mundo,

Que en olas de vapor hierven sombríos  
En tu seno profundo.  
Acaso de tus hijos poco á poco  
Las heladas cenizas sepulcrales  
Envolverán tu frente,  
Quedando al fin por ellas, de repente,  
Extinguidos tus rayos celestiales.  
Las sombras cubrirán el vasto imperio  
En que tu ardiente faz resplandecía:  
Mas ¿qué importa de menos un salterio  
De los orbes sin fin en la armonía?  
Otro sol como tú y otras esferas  
En los espacios se abrirán camino,  
Renovando en los sitios donde imperas  
Del Sol de soles el fulgor divino.  
¡Gloria á su nombre! Un día, meditando  
Aun más perfecto cielo,  
Caerá tal vez al eco de su mando  
Roto en pedazos el zafireo velo.  
Entonces, como bando  
De águilas mil en la extensión disperso,  
Mundos, estrellas, soles deslumbrantes,  
Raudos chocando en trozos humeantes,  
Desierto dejarán el Universo.  
La vida luego, refluyendo, toda  
Al foco soberano  
Pasará, concentrándose en el seno  
De ese infinito, incógnito Océano.  
Y acabado, por fin, cuanto fulgura,  
En la insondable inmensidad oscura  
Sólo el silencio quedará entre tanto,  
Esperando escuchar la voz futura  
Del Supremo Hacedor, tres veces santo.





## SONETO

(De Camoens.)

EN el regazo de su madre estaba  
Durmiendo Amor: tan bello aparecía,  
Que al corazón más duro conmovía,  
Y hasta á su Madre misma enamoraba.

Ella, al mirar su rostro, meditaba  
En el estrago que en el mundo hacía;  
Mas él, soñando, á esto respondía  
Que ella esos fieros males le causaba.

Soliso, que, probado en sus amores,  
Logró apreciar á entrambos, por ventura,  
Así sacó de duda á los pastores:

—Si herido me encontré, sin tener cura,  
Del Niño por los dardos punzadores,  
Me hirió aun más de la Madre la hermosura.





## AL DESCONCIERTO DEL MUNDO

(De Camoens.)

Á los buenos ví pasar  
Siempre en el mundo tormentos,  
Y, con asombro, nadar  
Ví á los malos en un mar  
De dulces contentamientos.

Y en malo me convertí,  
Creyendo alcanzar así  
Un bien tan mal ordenado:  
Pero me ví castigado;  
Y es que sólo para mí  
Anda el mundo concertado.





# RECUERDOS

(De Lord Byron.)

**T**RISTE verdad!... Halagador fantasma  
Fué sólo de un ensueño:  
Mi ignoto porvenir ya no embellece  
De la esperanza el rayo lisonjero.

Sí; pasaron mis días de ventura,  
Y en funerario velo  
De mi existencia envuélvese la aurora,  
Al soplo helado de infortunio acerbo.

¡Adiós, plácido amor... dulce esperanza!  
¡Adiós, felices tiempos!  
¡Ah, si pudiera yo, como á vosotros,  
Decir también ¡adiós! á los recuerdos!





## DON MIGUEL DE MAÑARA <sup>(6)</sup>

(De Juan Fastenrath.)

UN nuevo don Juan Tenorio  
Es don Miguel de Mañara:  
El día á planes inicuos,  
La noche al vicio consagra.

Sus mil protestas de amores  
Redes son de estrechas mallas  
En que á inocentes doncellas  
Á la perdición arrastra.

Manchado con nuevo triunfo,  
Que consiguió por su audacia,  
Á su albergue, en noche oscura,  
El seductor caminaba,

Cuando en las estrechas calles  
De los judíos estancia,  
Á su paso, de repente,  
Sintió acometida extraña.

Toca su frente; está herido;  
 La diestra lleva á la espada,  
 Y vacila, y al fin cae,  
 Sin saber quién le maltrata.

Empero, aunque nada observa,  
 Una voz distinta y clara  
 Oye, que dice: «Está muerto;  
 El ataud sin tardanza.»

El horror sus miembros hiela,  
 Torna su cabeza cana:  
 Alzase: aun vive, y cual sombra  
 Veloz llega á su morada.

En el mar de sus pasiones  
 Ahogar su terror alcanza,  
 Y dicha infernal gozando  
 La nueva aurora le halla.

Ya otra vez á media noche  
 Cruza calles solitarias:  
 Canción lúbrica murmura,  
 Presto en gemidos trocada.

¿Dónde está? las calles todas  
 Se cierran ante su planta,  
 Y, en tal confusión, los ojos  
 Absorto en las sombras clava.

De repente extrañas luces  
 Hieren su vista asombrada;  
 Monjes son, que con antorchas  
 Un cadáver acompañan.

«¿Á quién lleváis á la tumba?»  
Tal, palideciendo, exclama;  
Y un monje dice á su oído:  
«Á don Miguel de Mañara.»

De pavor su cuerpo tiembla;  
Aliento á sus labios falta;  
Á otro interroga, y escucha:  
«Á don Miguel de Mañara.»

Haciendo un último esfuerzo,  
Por vez tercera demanda:  
«¿Quién es? ¿Quién es?» y contestan:  
«Es don Miguel de Mañara.»

Tres veces al oír su nombre,  
De Saulo el valor desmaya;  
Ni ataud ni monjes quedan,  
Mas Saulo en Pablo se cambia.

Si: el que yacía en el féretro  
Era el pecador Mañara;  
Mas otro al mundo renace,  
Astro de virtud cristiana.





## EL GAITERO DEL LLOBREGAT

(De Joaquín Rubió y Ors.)

SI un soberano te diera  
Corona y cetro de plata,  
Y su manto de escarlata  
Y su áureo trono real;  
¿Para ser rey dejarías  
Tus baladas amorosas,  
Ni tus montañas frondosas,  
Ni tu alegre Llobregat?

Si te ofreciera un rey moro  
Perlas ricas y galanas,  
Su harem de bellas sultanas  
Y su palacio oriental;  
Gaitero, ¿darías tu dulce  
Cabaña, que el viento orea,  
Tu herboso lecho, que albea  
Con su espuma el Llobregat?

Si un mágico te donara  
Sus castillos de topacios,  
Sus silfos y sus palacios,  
Do estrellas se ven brillar;  
¿Olvidarías por ellos  
Las nieves, la niebla, el río,  
Las frescas noches de estío,  
Las ninfas del Llobregat?

—Jamás, niña, pues más valen  
Mi gaita de rojo paño  
Y mi capote de antaño,  
Que cetro y manto imperial;  
Y más que palacios árabes  
Vale mi choza enramada  
Con las flores que mi amada  
Roba al alba á el Llobregat;

Y más que un castillo aéreo  
De estrellas mil esmaltado,  
Vale el Monseny nevado,  
Con sus rocas de coral:  
Y la en que al amor del fuego  
Noche del invierno fría,  
Narrando nos halla el día  
Rondallas del Llobregat.

Y por más que un rey le diera  
Su trono y cetro de plata,  
Y su manto de escarlata,  
Y su corona rëal;  
Hasta de ser rey dejara  
Por sus trovas amorosas  
Y sus montañas frondosas  
El cantor del Llobregat.



## Á LA ROSA

(De Juan Fastenrath.)

SALVE ¡oh rosa! que pareces  
Por las sílfides formada,  
Por los genios perfumada  
Para reinar en Abril.  
Tú embriagas mis sentidos  
Con suavísimos olores,  
Y tus brillantes colores  
Son la gloria del pensil.

Á tu aparición se visten  
De fresca hierba los prados;  
Los árboles, coronados  
De flores y hojas se ven;  
Y el ruiseñor te saluda  
Con sus trinos más suaves,  
Y coro las demás aves  
Le hacen, en tu honor también.

Tú imperas en las comarcas  
Benditas por el Eterno,  
Donde jamás del invierno  
Se siente el duro rigor:  
Tú de Italia eres señora,  
Sultana de Alejandría,  
Y reina de Andalucía,  
Que es la tierra del amor.

En el templo, en los hogares,  
Tus gratos perfumes viertes,  
Y los salones conviertes  
En primoroso jardín.  
De anacreónticos goces  
Tú renuevas las delicias,  
Dando al amor tus primicias  
En el campestre festín.

Tú acrecientas los placeres,  
Das encanto á la belleza,  
Y destierras la tristeza  
Del sensible corazón:  
Tú, al laurel entrelazada,  
La sien del vate coronas,  
Y la cadena eslabonas  
De su primera ilusión.

Yo te adoro, rosa bella,  
Y te amaré mientras viva;  
Que el fuego por tí se aviva  
De mi cariño y mi fe:  
Y te adoro aun más al verte  
Ornar la tumba sagrada  
De mi madre idolatrada,  
Á quien nunca olvidaré.

Sí, te adoro: y cuando brillas  
 Entre los blondos cabellos  
 De mi amada, á los destellos  
 De la luz crepuscular,  
 Ó si tu aroma respiro  
 Sobre su seno agitado,  
 Siento, de amor abrasado,  
 Mi corazón palpitar.

Ella en tanto, con voz dulce,  
 Que un ángel envidiaría,  
 Deliciosa melodía  
 Entona ¡oh rosa! en tu honor;  
 Tierna balada escocesa  
 Que á sentir al alma excita,  
 Y en cuyas notas se agita  
 Un poema de dolor.

«Rosa postrera  
 Que, solitaria,  
 Tiembas al soplo  
 Del vendaval,  
 Mientras yo elevo  
 Tierna plegaria,  
 Que á mis suspiros  
 Unida va:

»Tú, tan hermosa,  
 Tan peregrina,  
 ¿Llorando celos  
 Como yo estás?  
 ¿Cual mi esperanza,  
 Rosa divina,  
 Tu vida en breve  
 Se extinguirá?...

»Si ya marchita  
La nueva aurora  
Y deshojada  
Te ha de encontrar,  
Que te posea  
Déjame ahora:  
Sobre mi seno  
Reposarás.

»Quizá así alcance  
Yo los rigores  
De tus pesares  
Adivinar.  
¡Ay! tú la historia  
De mis amores,  
La historia triste,  
Saber podrás.»

Su melancólico acento  
Extínguese en un suspiro,  
Y velado en llanto miro  
De sus ojos el fulgor:  
Entonces los dos besamos  
Tus hojas con embeleso,  
Porque es ¡oh rosa! este beso  
Emblema de nuestro amor.





## EL TROVADOR Y LA CASTELLANA

(De Joaquín Rubió y Ors.)

POR qué lloras, trovador,  
El de la gorra de grana,  
El del arpa de marfil,  
El de la argente cigarra?

¿Por qué del arpa que llevas  
Siempre enlutada á la espalda,  
Cual virgen que llora, el viento  
Gime en las cuerdas de plata?

Antes de noche y de día  
Alegres coplas cantabas;  
Hora tan sólo de noche  
Entonas sentidas cántigas.

Y cuando al castillo subes  
Y al caliente hogar descansas,  
De mis vasallos cercado,  
De mis pajes y mis damas,

En lugar de referirnos,  
Cual antes, dulces baladas  
De brujas, que en sus palacios  
De diamantes y esmeraldas

Á los guerreros prendían  
Por cuyo amor suspiraban,  
Con caricias enbriagándolos  
Cual un día á Oger Morgana;

Y de bravos caballeros  
Que, con armas encantadas,  
Con gigantes combatían  
Por libertar á una dama,

Pasas las noches absorto  
Mirando oscilar las llamas,  
Sin relatarnos historias  
De bellas enamoradas.

¿Por qué te vas con las aves  
Á llorar en la montaña,  
Y, al par que de las hermosas,  
De tus amigos te apartas?

Yo sé que te sorprendieron  
Dos noches há en tu cabaña  
Escribiendo una canción  
Con letras de oro y pintadas,

Y que, al copiarla, con llanto  
El pergamino inundabas,  
Pintando allí, en vez de flores,  
Un corazón entre llamas.

Si lloras porque no tienes  
 Palacio en vez de cabaña,  
 Y en vez de gorra no ciñes  
 Luciente yelmo de plata,

Yo te armaré caballero,  
 Y así haré que la cigarra  
 Que en tu airosa gorra luce  
 Brille en el yelmo encumbrada;

Con tal que al castillo subas  
 Á cantar dulces baladas,  
 Y no te abstraigas, cual hora,  
 Mirando oscilar las llamas,

Ni á llorar vuelvas, poeta,  
 El de la gorra de grana,  
 El del arpa de marfil,  
 El de la argente cigarra.—

Y el discreto trovador,  
 Con ayes más que en palabras,  
 La sien con rubor doblando,  
 Tímido pulsando el arpa,

—Si lloro,—le respondió,—  
 Y no canto cual cantaba,  
 Y con las aves me marchó  
 Á quejarme en la montaña;

Si anhelo ricos castillos,  
 Blasones y duras mallas,  
 Y traición me hacen mis ojos  
 Al ver un yelmo de plata,

Es porque tengo en mi pecho  
De oro una flecha clavada,  
Y de bálsamo á la herida  
Sírvenme sólo mis lágrimas.

Porque la niña que amo  
Vence en riquezas y en gracias,  
Cual la Luna á las estrellas,  
Á las sultanas del Asia.

De rodillas como diosa  
Debe ser sólo adorada,  
Y es profanarla quemar  
De amor incienso en sus aras.

Por eso lloro y palpita  
Mi corazón por las mallas;  
Por eso, cuando le hablo,  
De hinojos caigo á sus plantas.

—Muy noble el astro es que adoras,—  
Respondió la hermosa dama;  
Y, alzándolo, á besar dióle  
Su mano, cual nieve, blanca.—

Muy noble el astro es que adoras,  
Trovador de la cigarra,  
El del arpa de marfil,  
El de la gorra de grana;

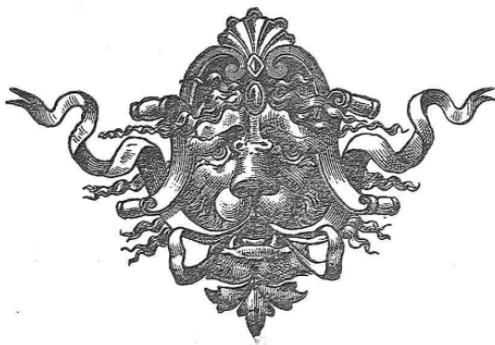
Mas no tanto que no puedas,  
Si ella á tu nivel se baja,  
Mirarla tú frente á frente,  
Como al sol en la montaña.

Ámala así, trovador,  
 Como hasta ahora la amabas;  
 Pues si hasta el cielo los cantos  
 Del ruiseñor se levantan,

Bien pueden hasta una reina,  
 Y aun más á una castellana,  
 Llegar ayes de tu pecho  
 Y el dulce són de tu arpa.

Ten por cierto que, por rica  
 Que sea la niña que amas,  
 Un corazón que la adore  
 Y lira y cantor le faltan.—

Dijo así, y desde aquel día  
 Tornó á sus dulces baladas,  
 Y á sus historias de brujas,  
 Y amado á ser de las damas,  
 El galante trovador  
 De la argentada cigarra.





## Á CAZA DE CONSONANTES

TRADUCCIÓN LIBRE DEL SONETO **CHASSE Á LA RIME**

(De Achille Millien.)

**D**EL bosque por camino solitario  
Bastón en ristre voy; ¡brava figura!  
Y marchó tras la rima, con presura,  
Mirando al sol ó al suelo en mi calvario.

Oigo, siguiendo al ritmo refractario,  
Del ave el canto, el agua que murmura:  
Me paro, corro, y grito hasta la hartura  
Cual legista á quien juzgan temerario.

La gente evito en lóbregos senderos;  
Mas, distraído, embisto á pasajeros,  
Que al ver mi traza asómbrense no poco.

Los aldeanos miranme de lado,  
Diciendo: «¡Qué desgracia! Está *chiflado*:  
Mas, por dicha, es pacífico este loco.»





## MISTERIO

### Á LA MEMORIA DE MI MADRE

EN EL TERCER ANIVERSARIO DE SU MUERTE

(De M. Correale.)

Y A su amoroso canto, en los rosales,  
Oigo elevar al pardo ruiseñor,  
Mientras tiembla entre oscuros encinales  
Del otoñal crepúsculo el fulgor.

De hierbas, de hojas, de arroyo que serpea,  
Por la campiña van susurros mil:  
Ya el Apenino al lejos azulea,  
Y el cielo pierde su esplendor gentil.

¡Oh! si en paz tanta, solitaria y pía  
Aun pudiese tu acento, oh madre, oír!  
¡Si una vez tan siquiera, oh Madre mía,  
Verte pudiera yo, y después morir!

Maş tú, helada, en desierto camposanto,  
No escuchas de mi queja el triste s3n!...  
Cubre la noche el bosque con su manto,  
Como noche sin fin mi coraz3n!...





## TRISTIZIA

(De Achille Millien.)

ELLA estaba en el parque, do alzaban  
Bellas aves al sol su cantar,  
Y dos lágrimas puras, cual perlas,  
VÍ en sus ojos, ardientes, brotar.

—¿Por qué,—díjeme—entre estos encantos,  
Si hoy te brinda sus flores Abril,  
Triste estás, y esas lágrimas viertes,  
Cuando ves al Amor sonreír?

Canta el ave, y se abre la rosa;  
Ni una nube en el cielo se ve.  
—¡Ah!—me dijo, la hierba pisando;—  
Yo pensaba, con ansia crüel,

Que nacer y morir en un día  
Puede el ave, y la rosa, y el sol;  
Mas que existe otra cosa que aun puede  
Ser más breve y fugaz: el amor.





## LA ORACIÓN DE LA MAÑANA

(De Joaquín Rubió y Ors.)

**D**ESPUNTA el alba; cual cendal de encaje  
El Sol sus rayos por el cielo tiende:  
Á su lumbre la flor abre su cáliz,  
Y tristes las estrellas palidecen.

En uno de esos rayos la campana  
Cobra vida, y su voz el aire hiende  
Para decir al ave: «Al Sol saluda»,  
Y al hombre: «El corazón alza al Potente.»

Los pájaros, saliendo de sus nidos,  
Al Sol saludan con su canto alegre:  
Los hombres ¡ay! ¡quién sabe si maldicen  
Muchos la voz que á despertarlos viene!

«¿Cuándo ¡oh campana! perderás la lengua,  
Tú de un pasado vil recuerdo aleve?  
Para anuncio del día basta el alba,  
Nuncio al par de dolor y afán perennes.»

¿Sabéis por qué la tocan? Porque cuando  
Su ondeante voz por el espacio extiende,  
Del mundo, que saluda al nuevo día,  
Á Dios se eleva la oración ferviente.

El marino esa voz oye en los mares,  
Do con estrellas ¡Dios! escrito vese,  
Y al que es su estrella en tempestad bravía  
Reza, inclinando con fervor la frente.

La escucha el labrador junto á los surcos  
Que en escarchado campo abiertos tiene,  
Y ruega á Dios les dé lluvia abundante,  
Sol á sus trigos, y á sus hijos bienes.

La oye junto al hogar, en las cabañas,  
Ara de amor de tiempos que no vuelven,  
El abuelo, y, cercado de su prole,  
Reza á la Virgen, madre de indigentes.

La escuchan por doquiera corazones  
Que con fe aman á Dios, almas que aun creen,  
Ojos que lloran, pechos que aun esperan,  
Porque el fin del dolor, justos, presienten.

¡Oh! Bendito ese toque, exclaman todos,  
Que, si al hombre sin fe molesta á veces,  
Al ave dice que salude al día  
Y al humano que á Dios el alma eleve.

Por él, unida al són de las campanas,  
Al dulce canto deavecilla agreste,  
Al grato aroma de las gayas flores,  
Y del naciente sol al rayo ardiente,

Del alma esencia, rica de esperanzas,  
Como nube de incienso al Cielo asciende  
La oración matinal... María la acoge,  
Y en lluvia de consuelos la convierte.





## IMPRESIONES DE INVIERNO

(De Achille Millien.)

V ER quise ayer de nuevo la pradera  
Donde al tuyo se unió mi corazón,  
Y allí encontrar tu imagen hechicera;  
Mas en vano busqué: ¡todo pasó!

Sólo ví nieve tapizando el suelo,  
El mudo campo en triste soledad,  
Espesa bruma que velaba el cielo,  
El árbol mustio, helado el manantial.

Pena indecible entristeció mi alma:  
Un mundo muerto acaso me fingí,  
Con un éter sin luz y un suelo en calma,  
Do reinaba tal vez noche sin fin.

Mas ¡amarga ironía! del estío  
La esplendorosa, agreste majestad  
Recordaba allí un nido ya vacío,  
Del mundo entero entre quietud mortal.

Lúgubre cuervo en el espacio un grito  
Lanzaba, como fúnebre clamor;  
Cual amenaza ó queja de un precito,  
Sobre mi frente aullaba el Aquilón.

No en la vega ver pude la alegría  
Con los cantares del festivo Abril,  
Ni aun siquiera tu huella, amada mía;  
Nada pudo á los hielos resistir.

En su egoismo así, falsa y perjura,  
Natura nos halaga en su esplendor;  
Es su dulce sonrisa una impostura;  
Huye, y se muestra sorda á nuestra voz.

Mas ¿qué me importa á fe, mi rubia amada,  
La inconstancia de Abril, raudo al pasar?  
¿Dirigir debo al campo la mirada,  
Cuando grabado en mí tu nombre está?

¿Del invierno la mano temblorosa  
Borrarlo podrá ya en mi corazón?  
Tu imagen allí existe, vigorosa;  
Siempre allí vive tu recuerdo en flor.





## BETULIA LIBRE

HIMNO TRIUNFAL

(De P. Metastasio.)

CORO DEL PUEBLO

LOOR á Dios!... Sus iras  
Lanzó contra el impío:  
Luchando por nosotros,  
Fué el triunfo de Él en pos.  
Truncó de sus contrarios  
El fuerte poderío;  
Es suya la victoria:  
¡Hosanna eterno á Dios!

JUDIT

Llegó el Asirio: en torno  
Los persas le seguían;  
Taló crüel los valles,  
Los ríos agotó.  
Del sol los resplandores  
Velados parecían;  
Tembló Israel: cercano  
Por él su fin juzgó.

CORO

¡Loor á Dios!... etc.

JUDIT

Con fuego, con cadenas  
Y muerte amenazaba;  
Betulia á su voz ruda  
Llenóse de pavor:  
Mas imprevisto golpe  
Con el soberbio acaba,  
Y como niebla al viento  
Se extingue su furor.

CORO

¡Loor á Dios!... etc.

JUDIT

Dispersos, sin amparo,  
Los bárbaros huyeron:  
Se estremeció el Asirio;  
El Medo se aterró.  
No fueron los gigantes  
Que al cielo se atrevieron;  
Débil mujer fué sólo  
La que su frente holló.

CORO

¡Loor á Dios!... Sus iras  
Lanzó contra el impío;  
Luchando por nosotros,  
Fué el triunfo de Él en pos.  
Truncó de sus contrarios  
El fuerte poderío;  
Es suya la victoria:  
¡Hosanna eterno á Dios!



Á LOS DEMOLEDORES  
DEL ARCO DE SANCHO ORTIZ

(De A. de Latour.)

*Bajo este arco, el Cid de Andalucía retó y mató, por orden del R y,  
á Bustos, amigo suyo y hermano de su prometida.*

CUANDO cayó el noble Bustos  
Al golpe de fuerte espada,  
Con desfallecida mano  
Á este arco señalaba.  
«Que pase la noche, dijo,  
Que torne á lucir el alba,  
Mientras erguido aparezca,  
Treguas no tendrán tus ansias,  
Ortiz, recordando siempre  
Que sin compasión me matas.»

Cayó el arco que sombríos  
Recuerdos atesoraba;  
Testigo anciano de Bustos,  
Tu muerte fué decretada.  
Hora, al contemplar tus restos

En la noche solitaria,  
 Mientras las trágicas sombras  
 De entrambos evoca al alma,  
 «Ortiz está perdonado»,  
 Misteriosa voz exclama.

¡Ah! fué de su edad el crimen,  
 Nó de él; que, si el rey hablaba,  
 Era obedecer forzoso:  
 Y su abnegación fué tanta,  
 Que fiero retó al amigo,  
 Amando tierno á la hermana,  
 Y con tranquilo semblante  
 Después, y con fría calma,  
 Tornóse á buscar la muerte  
 De Bustos á la morada.

Bravo Ortiz, duerme tranquilo:  
 Mas á tí que, en furia insana,  
 Con mano que en adelante  
 No podrá detener nada,  
 Del suelo de Andalucía  
 Los monumentos arrancas  
 Do la Poesía y el Arte  
 Digna inspiración alcanzan,  
 Nivelador despiadado,  
 ¿Quién perdonará tu audacia?





POESÍAS VARIAS





## Á DIOS

EN EL AUGUSTO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

Ego sum Panis vivus,  
qui de Cælo descendi.  
*(S. Joan., cap. 6, v. 51.)*

MI humilde lira dadme, que en cántico sonoro  
De Dios la omnipotencia mi labio ensalzará;  
Y el pensamiento en bello, feliz sueño de oro  
Cual vagarosa nube al Cielo se alzará.

¡Oh, quién del Rey profeta el arpa melodiosa  
Tuviera, y la fecunda, sublime inspiración!  
Mi trova fuera entonces más grata y armoniosa  
Que la que entona el ave, dulcísima canción.

Ya lejos del revuelto, inmenso mar del mundo  
Embriégase mi alma de místico placer;  
Y ardiendo en viva llama de santo amor profundo,  
De la materia el lazo intenta, audaz, romper.

¡Jehová, tú eres la vida!... El alto firmamento  
Y la anchurosa tierra se alzaron á tu voz;  
Y en el inmenso espacio, más rápidos que el viento,  
Mil mundos se agitaron de tu mirada en pos.

¡Jehová, tú eres la vida!... El puro sol brillante  
Que alumbra de cien orbes la ignota inmensidad,  
Es sólo de tu gloria destello rutilante,  
Sujeto á tu sagrada y eterna voluntad.

Yo admiro, Dios supremo, tu inmenso poderío  
En el sulfúreo rayo, del trueno en el fragor;  
En los hirvientes mares, en el sonante río,  
En el tremendo empuje del Noto bramador.

Y en la callada noche, cuando las auras leves  
Los cedros seculares agitan al pasar,  
Parece que tu planta en los espacios mueves,  
Y el eco de tus pasos figúrome escuchar.

Mas ¡ay! que en vano espero que á mí llegues radiante,  
Como bajar te viera Moisés al Sináí:  
Conozco no soy digno de ver tu almo semblante...  
Mi pensamiento sólo volar puede hácia Tí.

¡Oh Dios tres veces santo! Y ¿quién tu omnipotencia  
Y tu bondad sublime podrá desconocer?  
Yo admiro los destellos de tu divina ciencia,  
Y humildemente adoro tu incomprensible Sér.

Un tiempo fué que el hombre, tus leyes olvidando,  
Mil crímenes y horrores terribles cometió;  
Y audaz, y torpe, y ciego, de tu poder dudando,  
Á impuros, falsos dioses, sacrílego, adoró.

Mas pronto de tu ira los rayos tremebundos  
Lanzaste, y convertidos no más que en polvo vil  
Se vieron los altares, los ídolos inmundos  
Que torpe objeto fueran de adoración servil.

Y entonces tu Hijo amado bajó al misero suelo  
 Para salvar al hombre del yugo de Luzbel;  
 Y dióle nueva vida, y dióle *el Pan del Cielo*  
 Y *de salud el cáliz*, eterna unión con Él.

¡Oh Dios! Yo reconozco tu gran misericordia  
 En este sacramento, que nos libró del mal:  
 Él es el lazo fuerte de la feliz concordia  
 Que existe entre el humano y el Sér que es inmortal.

Y aun cuando no soy digno que á mí llegues radiante,  
 Como bajar te viera Moisés al Sinaí,  
 Á tí rauda se alza mi espíritu anhelante,  
 Y al ver la sacra Hostia, mi fe te adora allí.

¡Señor, por tí fué el mundo!... Mas ¡ay! llegará un día  
 En que en la nada horrenda á hundirse volverá.  
 Así la aterradora, sublime profecía,  
 Cual de Daniel los sueños, cumplida se verá.

¡Señor, todo lo puedes!... En esa hora de espanto,  
 Cuando en los aires ruja la ronca tempestad...  
 ¡Oh! cúbrenos piadoso con tu divino manto,  
 Y sálvese, Dios mío, la triste humanidad.





## LA VOZ DEL PUEBLO

AL EMMO. Y EXCMO. SR. D. JOAQUÍN LLUCH Y GARRIGA

CARDENAL ARZOBISPO DE SEVILLA

ROMANCE LEÍDO EN LA SESIÓN SOLEMNE

celebrada por la Academia Hispalense de Santo Tomás de Aquino,  
con motivo de su elevación á la Dignidad Cardenalicia.

### I

POR qué en la perla del Betis,  
En la ciudad Mariñana,  
Se observa extraña alegría,  
Animación desusada?

¿Por qué de sus nobles hijos  
El gozo reina en las almas,  
Y sólo doquier se escuchan  
Bendiciones y alabanzas?

No lo extrañéis: grata nueva,  
Há tiempo del pueblo ansiada,  
La animación difundiendo,  
Se esparce del viento en alas.

Felicitaciones mutuas  
Todos con júbilo cambian,  
Y de nuestro buen Prelado  
El nombre en ellas se ensalza.

¿Qué mucho, si ya de Roma  
Llegó la nueva esperada,  
Y del católico pueblo  
El justo anhelo se calma?

De boca en boca se escuchan  
Estas ó iguales palabras:  
«¡Gloria al Pontífice egregio,  
Sostén de la Iglesia Santa,

»Que del Prelado así premia  
Ciencia y virtudes preclaras,  
Y su caridad sin límites,  
Que toda Sevilla aclama!»

II

¡Su caridad! ¿Quién no pudo  
Con entusiasmo admirarla,  
Cuando aflicciones sin número  
Sobre la ciudad pesaban?

Muda la memoria vive  
De aquellas horas infaustas,  
Y aun el corazón palpita  
De temor al evocarla.

El claro Betis, que riega  
Nuestras vegas dilatadas,  
Y que en bonancible tiempo  
Blando murmura al cruzarlas;

Que en sus ondas cristalinas  
Á Híspalis bella retrata,  
Cual si en su orgullo de reina  
Así quisiera halagarla;

El Betis, en mar inmenso  
Trocado de turbias aguas,  
Con corriente asoladora  
Á la ciudad amenaza.

Ya de los barrios extremos,  
En inmensas oleadas,  
Doquier sembrando rüinas,  
Invade calles y plazas.

Todos con vagos terrores  
Piedad al Cielo demandan;  
Al Cielo, que, envuelto en nubes,  
Con nuevo diluvio amaga.

Tribulación tan horrible  
Es crisol de nobles almas;  
Y entre las que al bien aspiran  
De aminorar las desgracias,

Una existe que es modelo  
De abnegación elevada,  
De bondades infinitas,  
De caridad pura y santa:

Es el insigne Prelado,  
Que, al par que oraciones alza  
Al Eterno por que cese  
La ansiedad que al pueblo embarga,

Dones mil á la indigencia  
 Ofrece con mano franca,  
 Dando al par dulces consuelos,  
 Doquier enjugando lágrimas.

¿Lo recordáis? ¡Ah! ninguno  
 De los que hambrientos llegaban  
 Á demandarle socorros.  
 En su tranquila morada;

Ninguno tornó llevando  
 El desaliento en el alma:  
 Y si tal vez á los ojos  
 De alguno el llanto asomaba,

Era vertido al impulso  
 Que de gratitud emana;  
 Gratitud, nudo invisible  
 Que á nobles pechos enlaza.

Consuelos y beneficios  
 Que la caridad derrama,  
 De los buenos en la mente  
 Aun más que en bronce se graban.

Por eso al saber el pueblo  
 La grata nueva esperada,  
 «¡Gloria—dice—al gran Pontífice,  
 Sostén de la Iglesia Santa,

»Que del Prelado enaltece  
 Ciencia y virtudes preclaras;  
 Y su caridad sin límites,  
 Que toda Sevilla aclama!»

III

Vibra el címbalo sonoro  
En la histórica Giralda,  
Y la animación del pueblo  
Crece y veloz se propaga.

Ved del nuevo Purpurado  
La alegre y feliz morada,  
Donde en confusión se agita  
La multitud entusiasta.

Las clases sociales todas  
Vense allí representadas,  
Desde la artesana humilde  
Hasta la opulenta dama;

Desde el buen cura de aldea  
Á la dignidad sagrada;  
Desde el industrioso obrero  
Al prócer que viste galas.

Nunca en la reina del Betis  
Ovación más espontánea  
Se vió en honor de un Prelado,  
Ni en sinceridad más alta.

¿Quién dijo que aquí en Sevilla  
Divisiones imperaban  
En la católica grey  
De esta ciudad Mariñana?

¿Quién dijo que cisma odioso  
Su negra faz asomaba,  
Y que peligros corría  
La Religión sacrosanta?

¡Nunca! Si existieran seres  
Con soberbia tan satánica  
Que ni la voz del Pontífice  
Ni del Prelado acataran,

Tristes despechados fueran  
Presa de envidia insensata;  
Hijos espúreos serían  
De la católica España.

No temáis que de ira ciegos  
Romper nuestra unión logran;  
Que cuando el trigo es lozano  
Muere á su pie la zizaña.

Nó, no temáis que en la noble  
Ciudad de la Inmaculada,  
En la patria de Murillo,  
De Miguel Cid y Mañara,

Puedan existir rencores  
Entre los que ardientes aman  
La Religión de sus padres  
Y las tradiciones santas.

Y no temáis que consiga  
La impiedad con furia insana  
Vencernos; que la Fe vive,  
Vive y crece en nuestras almas.

Es esta ilustre Academia  
De tal verdad prueba clara,  
De Tomás en honra y gloria  
Por nuestro Pastor creada.

En este sabio Areópago,  
Do la ciencia se aquilata,  
Del Ángel de las Escuelas  
Palpita la ardiente llama.

Aquí en su místico fuego  
Los corazones se abrasan,  
Y á luchar contra la astucia  
Del Averno se preparan.

Mas hoy tregua á sus tareas  
Dar quiere por justa causa,  
Que su Fundador insigne  
Honor merecido alcanza.

Y asociándose del pueblo  
Á la ovación pura y grata,  
«¡Gloria—dice—al gran León Trece,  
Sostén de la Iglesia Santa!

»¡Gloria al ilustre Prelado  
Que Sevilla entera aclama;  
Que es modelo de virtudes,  
Que es honra y prez de la patria!»





## EN LA CONSAGRACIÓN

DEL ILUSTRÍSIMO SEÑOR

### D. MARCELO SPÍNOLA Y MAESTRE

OBISPO AUXILIAR DE ESTE ARZOBISPADO

PREZ al talento! Fúlgido  
Cual sol al mundo alumbra:  
Por él con fuerza mágica  
La humanidad se encumbra  
Á noble excelsitud.  
Empero más espléndido  
Elévase y sublime,  
Si á su poder adúnase  
Y en él su sello imprime  
Sagrada la virtud.

Así buscó, solícito,  
Prelado de alta ciencia  
Digno Preste, en quien únense  
Profunda inteligencia  
Y ardiente caridad.  
Él entusiasta escógelo  
Para alentar su celo,  
Y ante la grey católica  
Lo muestra, cual modelo  
De ingénita bondad.

Viva en su frente pálida  
Luz celestial fulgura,  
Y en su palabra mística  
De un alma tierna y pura  
Revélase el candor.  
El pueblo entero admíralo;  
Por su virtud lo aclama;  
Y si á su voz conmuévase  
Y lágrimas derrama,  
Son lágrimas de amor.

Sí: yo también atónito,  
Pendiente de su labio,  
En religiosa plática  
Pude admirar al sabio  
Y al sacerdote amar.  
Narraba en voz suavísima  
Las penas de María,  
Y á su palabra, trémulo,  
Mi corazón latía  
Sediento de llorar.

Lecciones da benéficas  
Su acento dulce ó grave:  
Huella el poder satánico  
Y al pueblo mostrar sabe  
Las puertas del Edén.  
Mas enseñanza altísima  
Gozoso en él contemplo;  
Que de su voz seráfica  
Nos hace al par su ejemplo  
Amar al Sumo Bien.

¡Sevilla! aplauso unánime  
Consagra al escogido...

Ya del Pastor magnánimo  
Celoso el nuevo Ungido  
Las huellas sigue en pos.  
Del mundo en el mar hórrido  
Será, cual él, tu faro:  
Por sus virtudes ínclitas,  
Cual él, tu espejo claro...  
¡Himnos sin fin elévense  
De gratitud á Dios!





EN LA PRIMERA MISA DE MI QUERIDO AMIGO

EL JOVEN PRESBITERO

D. LUIS GONZAGA HERRERA

INSPIRADO POETA

SONÓ la hora: rápido  
Llegó el feliz momento  
Que con ardiente júbilo  
Pudiste imaginar.  
Llegó, y hasta el Altísimo,  
En dulce arrobamiento,  
Podrás tu noble espíritu  
Ferviente levantar.

¡Oh! llega al tabernáculo:  
Inclina en él tu frente,  
Y la plegaria mística  
Pronuncia con ardor:  
De los espacios célicos  
A tí vendrá el Potente,  
Que en *Pan de Gracia* cándido  
Se ofrece por su amor.

Amor santo y benéfico  
 Del Dios único y trino,  
 Misterios mil recónditos  
 Encierras para mí:  
 Mas de la Fe purísima  
 El eco peregrino  
 Me dice: «En la hostia adórale»,  
 Y al Verbo adoro allí.

Feliz tú que en el piélago  
 Del mundo descreído  
 De salvación el áncora  
 Podrás, amigo, hallar:  
 Y del doliente huérfano,  
 Del pobre y desvalido,  
 Las ardorosas lágrimas  
 Benévolo enjugar.

Que es tu misión angélica,  
 Y en ella Dios te guía:  
 Sí; de virtud sin límites  
 Ejemplos mil darás:  
 Y confundiendo al réprobo  
 Con tu palabra pía,  
 La santa Fe católica  
 En triunfo extenderás.

¡Ah! sí; ante pueblo innúmero  
 Figuro contemplarte,  
 Que humilde espera y férvido  
 Los ecos de tu voz;  
 Ó ya en silencio, atónito,  
 Te admira al escucharte,  
 Ya de tu acento ávido,  
 Tras tí corre veloz.

Así del alto Empíreo  
Alcances el tesoro  
De gracias que el Ingénito  
Concede en su bondad;  
Cual lo alcanzaron, fúlgido,  
Leandro é Isidoro,  
Al dar ejemplo altísimo  
De amor y de piedad.

Vén, llega al tabernáculo:  
Inclina en él tu frente,  
Y la plegaria mística  
Pronuncia con ardor...  
De los espacios célicos  
Á tí vendrá el Potente,  
Que en *Pan de Gracia* cándido  
Se ofrece por su amor.

Y luego, cuando en éxtasis  
Sublime y venturoso,  
Lleno de amor purísimo,  
Al Todopoderoso  
Eleves tiernos cánticos  
Con noble majestad...  
¡Oh! ruégale que plácido  
Del mundo los errores  
Perdone, y que amantísimo  
Mitigue sus dolores,  
Y en el Edén contémples  
Feliz la humanidad.





EN LA RESTAURACIÓN  
DEL TEMPLO  
DE NUESTRA SEÑORA DE LA SOLEDAD  
EN LA VILLA DE SANTA MARÍA

I

EN la florida Mallorca  
Existe una antigua villa,  
Risueña como sus campos;  
Su nombre es Santa María.  
En ella un templo se alza,  
Donde la imagen bendita  
De la Reina de los Cielos  
Cual astro fulgente brilla.  
Allí de los fieles todos  
Recibe oblación cumplida,  
Y por contemplarla vienen  
Desde apartadas orillas.  
El pueblo con fe profunda  
Invócala en sus desdichas,  
Y al punto la estrella luce  
De su esperanza perdida.  
Há siglos dulce consuelo  
Es de las almas sencillas,

Que en ella miran la escala  
Que segura al Cielo guía.  
¡Oh, feliz el que por ella  
Del mundo la pompa olvida!  
¡Feliz el que siente y llora  
*La soledad de María!*

II

¿Por qué en los semblantes hoy  
Profunda ansiedad se pinta?  
¿Grata ventura, cual antes,  
Por qué no reina en la villa?  
¿Tal vez bramadores vientos  
Asolaron sus campiñas,  
Y perdida su fortuna  
Los tristes labriegos miran?  
¡Ah! nó; que florido el campo  
Propicio siempre les brinda  
Los tesoros de su seno,  
Justo premio á sus fatigas.  
Todo á la vista sonrío;  
Tristeza tan sólo inspira  
El sacro templo, trocado  
En solitarias ruinas.  
En él implacable el tiempo  
Posó su planta atrevida,  
Y á completar su obra, acaso  
Vinieron manos impías.  
Por eso con pena amarga  
El pueblo la frente inclina:  
Llorar no puede en su templo  
*La soledad de María.*

III

Mas ¡oh placer! cesa el duelo  
Y torna á brillar la dicha,  
Cual luce cándida aurora  
Tras lluviosa noche umbría.

Ya el pueblo corre anhelante,  
Y en sus cantares publica  
El gozo que su alma siente  
Y el noble afán que le guía.

Su arruinado santuario  
De nuevo alzado se mira  
Al impulso generoso  
De la Reina de Castilla (7):

Y al ver en su solio antiguo  
La santa imagen bendita,  
Por la piadosa Isabela  
Votos al Eterno envía.

¡Oh, venturosas mil veces,  
Almas nobles y sencillas,  
Que realizada miráis  
Vuestra esperanza querida!

Llegad al templo, que al Cielo  
Conduce la Fe divina  
Á los que en la tierra lloran  
*La soledad de María.*





RECUERDO DE LA ADOLESCENCIA

LA VUELTA DE LAS GOLONDRINAS

Á MI APRECIADO AMIGO EL EMINENTE ORIENTALISTA  
SR. D. LEÓN CARBONERO Y SOL

I

LLEGA á mis hogares, llega,  
Mensajera de la dicha;  
Llega, llega presurosa  
Desde la africana orilla.  
Ya los campos Primavera  
Con verde alfombra matiza,  
Y ya en mi verjel, do brotan  
La rosa y la siempreviva,  
De madreSelva cubierto  
Se ve el torreón do anidas.  
Ansiando estaba tu vuelta,  
Bella y plácida avecilla;  
Y ayer, al oír tu canto,  
Llena el alma de alegría,  
Salté del lecho gozoso  
Por darte la bienvenida.

Era yo niño, y mi madre  
 Al verte me dijo un día:  
 «Respetá siempre, hijo mío,  
 Á las pobres golondrinas,  
 Que á nuestro hogar ellas traen  
 La felicidad perdida.»  
 Esto dijo, y desde entonces  
 Te idolatró el alma mía.  
 Hora tras hora pasaba,  
 Horas por mi mal ya idas,  
 Oyendo los dulces trinos  
 De tus cántigas festivas,  
 Y viendo cómo alentabas  
 De tus hijuelos la vida.

Mas ¡ah! que vino el Otoño  
 Con sus nieblas y sus brisas,  
 Y solo encontré tu nido,  
 Que hacia el África partías,  
 En tanto que yo anhelante  
 Por las sendas escondidas  
 De mi verjel te buscaba,  
 Como á mi más tierna amiga.  
 ¡Ay! yo pregunté á mi madre  
 Por ver si de tí sabía,  
 Y me respondió: «Hijo mío,  
 No busques las golondrinas,  
 Que esta mañana se fueron  
 Del mar á la opuesta orilla» (8).

Lágrimas derramé entonces,  
 Creyéndote ya perdida,  
 Que ardientes se deslizaron  
 Por mis pálidas mejillas.

II

Al verme llorar mi madre,  
Por consolarme decía:  
«Reza, hijo mío, á la Virgen,  
Que ella, de tí condolida,  
Hará que otro año vuelvan  
Tus amadas golondrinas.»  
Y recé con fe profunda,  
Y la viajera avecilla  
Al llegar la Primavera  
Vino á posarse tranquila  
Bajo el techo donde canta  
Y enamorada suspira.

Un año y otro la veo  
Tornar de remotos climas,  
Cual nuncio de bienandanza  
Que Dios al humano envía:  
Y contéplome dichoso  
Si en mis hogares anida;  
Que siempre me trajo ella  
Felicidad y alegría.

Mas ¡ay! que yermos los campos  
Veo con dolor, y caídas  
De los álamos las hojas,  
Al partir las golondrinas.  
Siempre que las ví ausentarse  
Tuve que llorar desdichas;  
Ya la muerte de mi blanca  
Y amorosa tortolilla,  
Ó ya del Bóreas rugiente  
Las furiosas embestidas,

Con que tronchó de mi huerto  
Las flores de más valía.

Una vez, cuando dichoso  
Con Laura, mi dulce amiga,  
De un amor puro gozaba  
En grata paz y delicias,  
Partió al Otoño, cual siempre,  
Del África á las colinas  
El ave que absorto admiro,  
Y á poco la muerte impía  
Llevóse á mi tierna Laura,  
Dejándome al par sin vida.

Entonces ¡ay! de mis ojos  
Las lágrimas que vertía  
Silenciosas resbalaron  
Por mis pálidas mejillas.

### III

Si vienes hoy á traerme  
Mi felicidad perdida,  
Llega presurosa, llega,  
Mensajera de la dicha;  
Vén otra vez de mis lares  
Á tu mansión favorita.  
Mas si al llegar el Otoño  
De tu presencia me privas,  
No desaparezca de nuevo  
De mi mansión la alegría.  
Sí; tiempo es ya que mi alma  
Tregua á sus dolores pida;  
Que mucho sufrió en tu ausencia,  
Y aun no es feliz todavía.

Por eso ayer al sentirte  
Gozoso ví tu venida,  
Que nueva aurora mi mente  
De amor y paz adivina.

Canta, golondrina, canta,  
Cual en mi niñez lo hacías;  
Canta, de mi hogar tranquilo  
Por la sombra protegida:  
Y si en el Otoño huyes  
Del mar á la opuesta orilla,  
No más con tu triste ausencia  
Renazcan las penas mías,  
Ni ardientes lágrimas corran  
Por mis pálidas mejillas.





## Á MI MADRE, EN UNA ENFERMEDAD

Y A es de noche; sosegada  
Te veré al rayar el día;  
Duerme, duerme, madre mía,  
Que yo velo junto á tí.  
Duerme, duerme; tus afanes  
Calmar pueda mi desvelo:  
Al ver mi pesar, el Cielo  
Tendrá compasión de mí.

Mañana, cuando la aurora  
Aparezca por Oriente,  
Cesará la fiebre ardiente  
Que agrava tu enfermedad:  
Y verás cuán feliz soy  
Al recibir tus caricias;  
Que para mí no hay delicias  
Sin tí, ni felicidad.

¡Pobre madre! Se ha dormido;  
Cedió á mi tenaz empeño:  
Hora mi nombre en su sueño  
Se le escucha murmurar.  
Le dije que al verla libre  
De esa crüel fiebre insana  
Feliz me hallaría mañana,  
Y le mentí á mi pesar.

¡Feliz yo! ¡Sarcasmo horrible!  
Por siempre huyó mi esperanza,  
Y sólo mi vista alcanza  
Un obscuro porvenir.  
Huyó, sí, cual desaparece  
Tras la densa niebla umbría  
La estrella que antes lucía  
En un cielo de zafir.

Y huyeron las ilusiones,  
Que son del alma el tesoro,  
Y mis ensueños de oro  
Desparecieron también.  
¡Ah, feliz, feliz mil veces  
Aquel que, aunque triste llora,  
Dentro del alma atesora  
Un recuerdo de su bien!

Mas para mí, que, cruzando  
Del mundo por el camino,  
Siempre funesto destino  
Mi dicha vino á turbar;  
Son ¡ay triste! los recuerdos  
Lo que el áspid á la rosa,  
Lo que al nauta procelosa  
Noche en irritado mar.

¡Ella! ¡Oh martirio! ¡Ella siempre!  
 Doquiera su imagen miro,  
 Y hasta en mi sueño respiro  
 De su aliento el suave olor.  
 Ilusión que de la aurora  
 Desparece al tibio rayo,  
 Y que en lánguido desmayo  
 Deja al alma en su dolor.

¿Por qué ¡oh Dios! me has concedido  
 Este corazón de fuego,  
 Si eterno desasosiego  
 Me diste con él al par?  
 ¡Oh! siempre mi sueño dure,  
 Sueño eterno sea mi vida,  
 Si esa mi ilusión querida  
 Sólo en sueños puedo hallar.

Tú también ¡oh madre mía!  
 Fuiste un tiempo desgraciada;  
 Huérfana, desconsolada  
 Lloraste en tu juventud.  
 Mas hora el amor de un hijo  
 Y el cariño de un esposo  
 Te han hecho en dulce reposo  
 Llegar á la senectud.

Vive feliz, madre amada;  
 Sin tí, sin tu amor profundo,  
 Para mí ¿que fuera el mundo?  
 Yerto páramo no más.  
 Que no hay amor semejante  
 Al de una madre querida;  
 ¡Triste de aquel que perdida  
 Lloro á su madre quizás!

Nunca, nunca tu existencia  
Acibaren mis dolores;  
De la aurora á los albores  
Feliz, madre, me has de ver.  
Y aunque á mi dolor conceda  
Toda el alma por despojos,  
Nunca verás de mis ojos  
Ni una lágrima caer.

¡Oh! sí, tranquila, dichosa  
Te veré al rayar el día;  
Duerme en tanto, madre mía,  
Que yo velo junto á tí.  
Duerme, duerme; tus afanes  
Calmar pueda mi desvelo;  
Por tu salud ruego al Cielo,  
Y él tendrá piedad de mí.





# LA AMISTAD

A ERCILIA

ALIVIO del mortal infortunado  
Que triste llora en perdurable duelo,  
Dulce amistad, que plácido consuelo  
Ofreces á mi espíritu agitado;  
Deja que te bendiga entusiasmado,  
Y de mi lira al són, con vivo anhelo,  
Feliz te aplauda, por tu amor suspire,  
Y el numen seas que mi mente inspire.

Mas ¡ah! ¿cómo pudiera tu alabanza  
Dignamente entonar? En tí se encierra  
La ventura más alta que en la tierra  
El generoso corazón alcanza.  
Tú nos brindas segura bienandanza;  
Tú, si adversa la suerte nos aterra,  
Eres el puerto donde el alma olvida  
Las fieras tempestades de la vida.

¡Oh, cuán grata es tu voz! Más armoniosa  
Llega á mi oído que del vago viento  
El dulce murmurar, que el blando acento  
De la tórtola amante y cariñosa:  
Ella aleja benigna y poderosa  
El amargo pesar y el desaliento,  
Y la esperanza, con fulgor divino,  
Álzase á su poder en mi camino.

Yo creo escucharla en la floresta umbría  
De la tarde en el último suspiro,  
Ó cuando el aura en incesante giro  
Lánguida gime al despuntar el día:  
Yo creo escucharla llena de armonía  
En mi ignorado y plácido retiro,  
Cuando en la noche, con temor profundo,  
Velado en sombras aparece el mundo.

¡Bienhechora deidad! Plácido sueño  
Cierra mis ojos á tu voz suave,  
Cesa de mi inquietud el peso grave,  
Y lo futuro á ver torno risueño;  
Y aunque en mi corazón con duro ceño  
El dolor su puñal de nuevo clave,  
Firme resistiré su enojo insano  
Si tú me tiendes, amistad, la mano.

Y tú, mi Ercilia, en cuya noble frente  
De saber, de virtud y de hermosura  
Rica diadema brilla, siempre pura,  
Cual de espléndido sol rayo fulgente;  
Tú, en cuyo canto inspiración ardiente  
Anhelante bebí y alma ventura,  
Deja que en tu amistad mi dicha vea,  
Y tan supremo bien eterno sea.



EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA  
DOÑA MANUELA FERNÁNDEZ DE SALAMANCA

AUN antes que el tesoro  
De tu gracia admirará y gentileza,  
Llegó á mi oído el aclamar sonoro  
Del mundo, que la alteza  
De tu virtud cantaba y tu belleza.

Hollar galanas flores  
Fué, Manuela, tu plácido destino:  
Cercáronte en la cuna los amores;  
Tu rostro peregrino  
Bañó en sus tintas el pudor divino.

En tus rasgados ojos  
De alma ternura el esplendor destella;  
Con tu mirada ahuyentas los enojos;  
No es tan pura y tan bella  
La de la tarde fugitiva estrella.

¡Ah! no mintió el acento  
Que justo aplauso sin cesar te ofrece;  
Tal como la soñara el pensamiento  
Tu hermosura aparece,  
Que aun más y más por la modestia acrece.

Así la sabia Atenas  
Á las sencillas Gracias se fingía,  
Ricas de juventud, de encanto llenas,  
Y en plácida armonía  
Lauro y honor á su beldad rendía.

Mil veces venturosa  
La que cual tú, de hechizos adornada,  
Mira correr su juventud hermosa  
Por la virtud preciada  
Y por la excelsa ilustración guiada.

Goza, goza los dones  
Que te concede bondadoso el Cielo;  
Y nunca de tus bellas ilusiones  
Detenga el raudo vuelo  
El desengaño con su faz de hielo.

Sí; que grata y suave  
Pase tu vida, de inquietud ajena:  
Jamás sus huellas la tristeza grabe  
En tu frente serena,  
Envidia del jazmín y la azucena.

Y cuando el tiempo alado,  
Al transcurrir las horas fugitivas,  
Tu ancianidad señale despiadado,  
Que en pláticas festivas  
De tu niñez con los recuerdos vivas.



## HERO Y LEANDRO

**E**RA una tarde nebulosa y triste:  
Del Helesponto en la arenosa playa,  
Así, sus ojos en el mar fijando,  
Hero infeliz doliente murmuraba:

«Undoso mar, que guardas en tu seno  
Fiel el secreto de mi amor ardiente,  
Y hora contemplas, de piedad ajeno,  
La horrible angustia que mi pecho siente;

»Tú, que un tiempo benéfico acogías  
De mi amante la férvida plegaria,  
Y en olas de zafir le conducías  
Á esta costa en la noche solitaria;

»¡Oh mar, sagrado mar! dime si, ingrato,  
Por siempre mis amores dió al olvido,  
Y de otro amor en súbito arrebató  
Llorarle debo para mí perdido.

»Ya siete veces la triforme diosa  
Hundió en tus ondas su nevada frente,  
Y el nuevo día me encontró llorosa,  
Sumida en dudas y ansiedad creciente.

»¡Implacable ansiedad!... Dulce bien mío,  
¿Así olvidar pudiste mis favores,  
Y hundirme ciego, con tenaz desvío,  
De eterna soledad en los horrores?

»¿Y perjuro tal vez?... Dudas impías,  
No la estrella anubléis de mi esperanza:  
Volved, auroras de felices días;  
Volved, noches de plácida bonanza.

»Y tú, Leandro, si por dicha aun vive  
En tí el recuerdo de tu amada, ¡oh! llega;  
Vén y los lauros del amor recibe,  
Y á sus delicias con afán te entrega.

»Vuelva yo á verte, cual te ví gozoso  
En esta playa por la vez primera,  
Fijar en mí tu vista cariñoso  
Al señalarme tu natal ribera.

»—¿Ves?—me dijiste:—mis paternos lares  
Lejos están; el Ponto nos separa:  
Mas ¿qué son á mi amor rudos azares?  
Por tí los venceré; Venus me ampara.—

»¡Ah! ¡Cuántas veces al morir el día  
Aquí en la orilla te esperaba á solas!  
¡Cuál gozaba al mirar cómo vencía  
Audaz tu brazo las batientes olas!

»Feliz ganabas la ribera, y luego  
Yo cariñosa tu valor premiaba:  
¡Cómo al són dulce de tu blando ruego  
Mi corazón amante palpitaba!

»Mas ¿qué digo? ¡infeliz!... Fieros los hados  
De mí alejan la dicha, el bien que adoro:  
De los supremos dioses irritados  
En vano ¡ay triste! compasión imploro.

»¿Y esto es vivir? ¡Oh númenes!... La muerte  
Á inquietud tan horrible prefiriera:  
Rásguese el velo de mi ignota suerte,  
Aunque al perder mis esperanzas muera.

»Tal te pide ¡oh Citeres! la que un día  
Consagrada en tu altar siguió tus huellas:  
¡Ay! niña entonces sin amor vivía,  
Mas me halagaban ilusiones bellas.

»Por tí mis padres, de mi hogar querido  
El mágico recuerdo, y la memoria  
De mis dulces amigas, dí al olvido;  
Que en tu culto cifré mi única gloria.

»En premio de mi afecto ¡oh Citerea!  
Presta á mi ruego plácida acogida:  
Una vez sola á mi adorado vea,  
Aunque muera después: tuya es mi vida.»

Tal exclamó, vertiendo acerbo llanto;  
Y cual si respondiese á sus palabras  
La diosa, y aceptara el sacrificio  
Que en su dolor la mísera anhelaba,

En breve, por las olas arrojado,  
Cadáver yerto apareció en la playa:  
Hero llega, lo mira, retrocede,  
Y hondo gemido de su pecho exhala.

Delirante después entre sus brazos  
Lo estrecha con afán... ¡Desventurada!  
¿Qué le resta en el mundo, si los dioses  
Su único bien por siempre le arrebatan?

En vano, en vano palpitante anhela,  
Cual Prometeo á su marmórea estatua,  
Á la muerte dar vida, con el fuego,  
Con el oculto fuego que la abrasa.

Ya aquellos dulces, adormidos ojos  
Jamás responderán á sus miradas,  
Ni aquellos labios, murmurando amores,  
Se posarán sobre su frente blanca.

¿Qué le resta?... La muerte será sólo  
Término digno de su suerte infausta:  
Inmenso el mar ante sus pies se tiende,  
Y en ronco són parece reclamarla.

Ya en sus ondas veloz se precipita;  
Ya un gemido se escucha en lontananza...  
La nueva aurora, de los dos amantes  
Los tristes restos alumbró en la playa.





EN EL ÁLBUM  
DE LA SEÑORITA DOÑA ANA DE IBARRA

EN buen hora, ninfa bella,  
Llegaste á mi hermosa patria,  
Al edén del Mediodía,  
Á la reina de Vandalia.

En buen hora; que ya raudo  
El helado invierno pasa,  
Y la grata primavera  
Tiende sus brillantes alas.

Todo á gozar te convida:  
El verde prado que esmaltan  
Mil flores, que dan al aire  
Su deliciosa fragancia;

El puro azul de ese cielo  
Que ya las nubes no empañan,  
Y el sol brillante que alumbra  
Del campo las ricas galas.

Todo á tu vista sonríe:  
El cielo, el campo, las aguas  
Del claro Betis undoso,  
Que á saludarte se para;

Y las flores y las aves  
Que, ocultas en la enramada,  
Porque tu frente acaricia  
Envidia tienen al aura.

Mas si natura sonríe,  
Y cariñosa te halaga,  
 Por qué alejarte pretendes  
De esta mansión encantada?

 Es que á las flores, al cielo  
Que Sevilla muestra ufana,  
  sus trinadoras aves,  
  sus auroras rosadas,

Prefieres, Anita hermosa,  
La nieve de tus montañas  
Y las nublosas riberas  
Que el Nerva y el Plencia bañan?

 Vino quizás un recuerdo  
De tu venturosa infancia  
  despertar en tu mente  
Ilusiones y esperanzas?

Si es así, parte dichosa,  
Parte á tu ribera amada,  
Y que la estrella te alumbre  
De perpetua bienandanza.



## Á ERCILIA

OH, cuán grato es vivir si la esperanza  
Nos halaga con plácidos ensueños,  
Y en la futura edad, pura y riente,  
Dicha sin fin ofrece á nuestros ojos!  
Hora gozando de sin par ventura,  
Lleno de amor y paz indefinibles,  
Vuelvo á pulsar mi abandonada lira,  
Y el pensamiento vuela en el espacio  
Por hallar el objeto que mi alma  
En su entusiasmo indescriptible adora.

Yo la admiré radiante de hermosura  
Por vez primera en el verjel ameno  
De su grata mansión, y, enajenado,  
De amor sentí mi corazón herido.  
¡Feliz, feliz mil veces el que pudo  
Contemplar un momento de sus ojos  
El lánguido mirar, y de su boca  
La placentera, angelical sonrisa!

Es su talle gentil como la palma  
Mecida por las auras del otoño,  
Muestra su tez los sonrosados tintes  
De la estiva mañana, y su cabello,  
Aun más negro que el manto de la noche,  
Su cuello vela en ondulantes rizos.  
Brilla en su frente, pudorosa y bella,  
Del genio creador la ardiente llama,  
Y destellan sus ojos viva lumbre  
Como el almo lucero de la tarde.

¡Oh encantadora, incomparable amigal  
Tú la faz sacrosanta me recuerdas  
Del arcángel divino que en mi infancia  
Cercano imaginaba al lecho mío,  
Velando siempre mi tranquilo sueño.  
Tú eres la casta, pudorosa virgen  
Que en su idealismo concibió la mente,  
Y que mi alma con afán buscaba  
En medio del revuelto mar del mundo.

Cual de los euros al ardiente soplo  
Mustias se inclinan las lozanas flores  
Perdido su verdor, así en un tiempo  
Al torrente de fieros desengaños  
Ví agostarse la flor de mi esperanza.  
¡Ay! yo creí desfallecer al peso  
De mi acerbo dolor, y ya el terrible  
Ángel de las tinieblas y la muerte  
Tendía sobre mí sus negras alas:  
Mas tu voz escuché; los dulces ecos  
De tu arpa de oro á mí llegaron,  
Y llanto de ternura vertí entonces,  
De amor arrebatada el alma mía.  
Así también el triste peregrino

Al caminar perdido por las selvas  
 En noche oscura de aterido invierno,  
 Contéplase feliz si por oriente  
 Vislumbra de la aurora el tibio rayo.

Y tú, ninfa gentil, la aurora fuiste,  
 La clara aurora del risueño día  
 De bienandanza y paz. Raudas huyeron  
 Á tu poder las nubes de tristeza  
 Que cercaban mi mente; luminoso  
 El sol resplandeció de la esperanza,  
 Nuevo encanto prestando á mi existencia.

Y luego... luego en tu mirada ardiente  
 Bebí la inspiración; pulsé la lira,  
 Y en trova melodiosa tu hermosura,  
 Tu preciada virtud y el amor mío  
 Canté lleno de férvido entusiasmo.  
 ¡Oh venturoso día! En mi memoria  
 Vivirá tu recuerdo, como vive  
 De mi pasión la inextinguible llama.  
 Y tú, mi bella Ercilia, que piadosa  
 Diste á mi corazón almo consuelo,  
 Mirame siempre con benignos ojos,  
 Y que nunca las sombras de la duda  
 Oscurezcan tu frente... Yo te amo,  
 Y este amor da á mi pecho nueva vida.  
 Tu nombre, resonando en mis cantares,  
 En alas volará del vago viento,  
 Y en el espacio el eco fugitivo  
 Repitiéndolo irá por la ribera  
 Del manso Betis hasta el mar de Atlante.





## Á UN AMIGO POETA, EN SUS BODAS

### CANTO EPITALÁMICO

#### EL POETA

VED los esposos: en amante lazo  
Ya ante las gradas del altar se inclinan;  
Ya el sacerdote con acento grave  
Fiel los bendice.

Tímida ella de rubor se cubre,  
Leve suspiro de su pecho exhala;  
Lágrimas vierten de placer sus ojos,  
Lágrimas tiernas.

Tal aparece embalsamada y pura  
Rosa temprana en la estación florida,  
Cuando las auras de vital rocío  
Bañan sus hojas.

Vedlos; se acercan. Tributad, amigos,  
Dignos loores á la esposa bella;  
Mil parabienes al feliz consorte  
Dad halagüeños.

Suenen los brindis, y del néctar puro  
Cien y cien copas apurad ¡oh vates!  
Triunfe esta noche de las NUEVE HERMANAS,  
Triunfe Lico.

¡Oh caro amigo! Que la gloria brille  
Siempre á tus ojos, y el amor sonría:  
Dignas coronas de laurel y mirto  
Ciñan tus sienes.

¡Quién más dichoso! De tu ninfa bella  
Grato el acento halagará tu alma,  
Noble entusiasmo, inspiración sublime  
Dando á tu mente.

Canta, poeta, que al vibrar tu lira  
Lauros el mundo rendirá á tu nombre:  
Ella tus triunfos partirá contigo,  
Siempre risueña.

Sed venturosos: vuestra vida pase  
Cual entre flores arroyuelo puro;  
Nunca la estrella que brillante os guía  
Velen las nubes.

CORO

Suenen los brindis: en su honor colmemos  
Cien y cien veces la espumante copa:  
Suban al Cielo nuestros fieles votos,  
Ecos del alma.





## EL LLANTO DE UNA MADRE

EN EL REGRESO

DE LOS VALIENTES MARINOS ESPAÑOLES

VENCEDORES EN EL PACÍFICO

### I

**R**AUDAS se alejan las naves  
De las ibéricas playas,  
Al estruendo de los vivas  
De multitud entusiasta.  
Truena el cañón, y cien brazos,  
Al ronco són de las salvas,  
Su postrer saludo envían  
Á los marinos de España.  
Allá de la ardiente América  
En regiones apartadas  
Van á vengar un ultraje,  
Van á luchar por su patria.  
Por eso el pueblo, aplaudiendo  
Empresa tan noble y santa,  
Bendiciones les envía,  
Y su alto valor aclama.

Entretanto anciana humilde,  
Vertiendo abundantes lágrimas,  
Ve partir con grave pena

La alígera y fuerte armada;  
 Que en una de aquellas naos  
 Va un pedazo de su alma,  
 Va la vida de su vida,  
 Un hijo de sus entrañas.

«Madre, ¡adiós!—al partir dice;—  
 ¡Adiós! que el deber me llama:  
 Voy á luchar por la gloria,  
 Por el honor de mi patria;  
 Y quiera el Cielo que vuelva  
 Victorioso á estas comarcas,  
 Que á ser vencido prefiero  
 Sucumbir en tierra extraña.»

Tal dijo: la triste madre  
 Vierte silenciosas lágrimas,  
 Y anuda su voz de queja  
 El dolor en su garganta.  
 Mas en su angustiado pecho  
 Grato consuelo derrama  
 Saber que á luchar su hijo  
 Va por el honor de España.

II

¿Qué alegre rumor el viento  
 Lleva en sus ligeras alas?  
 ¿Qué anuncia el himno de gloria  
 Que el pueblo ardoroso canta?  
 ¿Vengó España las ofensas  
 Que en regiones apartadas  
 Los descendientes ingratos  
 De sus hijos le causaran?  
 La hispana, inocente sangre

Por bandidos derramada,  
Venganza obtuvo en los puertos  
De la costa americana.  
En vano ferradas torres,  
Nuevas y potentes armas,  
Y aun la traición, opusieron  
Á nuestra invencible escuadra.  
La hora sonó del combate,  
La hora sonó deseada;  
Y cual el rey de las selvas,  
Lleno de valor, avanza  
Contra su enemigo artero  
Sin temor á su arrogancia,  
Así los bravos marinos,  
Prez y gloria de su patria,  
Firmes la muerte desprecian  
Y á los contrarios se lanzan.

El sol, al nacer, flotante  
Vió la bandera peruana,  
Y al ocultarse miróla  
Abatida y humillada.  
Las fuertes torres, los muros  
Del Callao defensa y guarda,  
En miserables ruínas  
Nuestra victoria proclaman.

Al saber tan grata nueva  
Su voz Hesperia levanta,  
Bendiciendo á sus marinos  
Y al caudillo que los manda.

Sólo una anciana, entre el pueblo  
Que el entusiasmo embriaga,  
Al celebrar la victoria  
Lágrimas tiernas derrama;  
Que allá en los extensos mares  
De la América lejana

Tiene un hijo que á la guerra  
 Fué, de su entusiasmo en alas.  
 La peste, el hambre y el fuego  
 Combatieron á la armada;  
 Sangre costó la victoria,  
 Y el hijo de sus entrañas  
 Perecer en el combate  
 Pudiera en hora menguada;  
 Que él defendió, como bueno,  
 La prez y el honor de España.

III

Del mar cortando las olas  
 Bella nave engalanada,  
 Cual ave marina, llega  
 Á las ibéricas playas.  
 Es la que lleva por nombre  
 El de la corte de España;  
 Una de las que en Abtao  
 Honor fué de la jornada;  
 La invencible en el peligro,  
 La que Alvar González manda...  
 ¡Alvar! que á pecho desnudo  
 El fuego desafiaba.

Ved el pueblo: presuroso  
 Por saludarle se afana;  
 Sonoro el címbalo al viento  
 Sus ecos alegres lanza,  
 Y entre vítores y aplausos  
 La multitud entusiasta,  
 «Lauro á los bravos marinos  
 —Dice—que en tierras lejanas

Triunfante de los contrarios  
Alzaron la enseña hispana.»  
Una anciana, entre las turbas,  
Llanto de placer derrama;  
Que contra su seno estrecha  
Al hijo de sus entrañas.  
Él le cuenta los azares  
Que en la costa americana  
Sufrió con valor heróico,  
Con indomable constancia;  
Y orgulloso al referirle  
Que en la victoria alcanzada  
Vertió su sangre, sin duelo,  
Por su reina y por su patria,  
«Bendito, bendito seas,  
—La madre llorando exclama;—  
Tú la esperanza y la gloria  
Eres de mi pobre casa;  
Que con valor has sabido  
Luchar en honor de España.»





## AGITACIÓN DE AMOR

FUGAZ huyó el día; la luna en oriente  
Ya trémula brilla con tibio fulgor,  
Y al cénit se eleva, serena y riente:  
El aura suspira, murmura la fuente  
Quejidos de amor.

¡Cuán bella te muestras, oh noche de estío!  
Sus brisas más puras concédete el mar;  
Y plácidas llegan al bético río,  
Cargadas de aromas y blando rocío,  
Mi mente á inspirar.

¡Oh selvas umbrosas! ¡Oh gratas riberas  
Que en llanto inundara de acerbo dolor!  
Vosotras tan sólo, que sois compañeras  
Del alma afligida, las tristes quimeras  
Sabréis de mi amor.

Venid, auras puras, de amores tesoro;  
Mis tiernos cantares á Ercilia llevad:  
Decid á la ingrata que siempre la adoro,  
Y en blando murmullo, festivo, sonoro,  
Su sueño arrullad.

Decidla que sólo por ella respiro,  
Que eterna su imagen grabada está en mí;  
Y luego, auras leves, si allá en su retiro  
Exhala del alma profundo suspiro,  
Traedlo hasta aquí.

Mas ¡ay! que felices vivís sin dolores,  
Y en vez de moveros mi amargo pesar,  
Seguís dulcemente vagando entre flores,  
Que de ellas tan sólo los castos amores  
Os place escuchar.

Gozad, dulces auras, gozad, flores bellas,  
En tanto que lloro su injusto desdén;  
Vivid contemplando las claras estrellas,  
Y nunca mi llanto, mis tristes querellas  
Pesares os den.

Gozad: mas si acaso ¡oh flores sencillas!  
La veis de vosotras vagando en redor,  
Decidla cuál peno por estas orillas,  
Y ved si se bañan sus blancas mejillas  
En llanto de amor.





Á MI QUERIDA AMIGA LA INSPIRADA POETISA

Y NOVELISTA CÉLEBRE

SRA. D.<sup>A</sup> MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO

TU voz, cual eco de ave canora,  
Dulce poetisa, siento vibrar;  
Como el de brisa murmuradora,  
Cual la armonía grave y sonora  
Que da á los vientos sereno el mar.

Eco suave de alma ventura  
Que ensalza al genio y á la virtud,  
Que da consuelos en la amargura,  
Y senda muestra grata y segura  
Por do camine la juventud.

Bien haya, amiga, tu dulce acento,  
Que dicha y gloria lleva al hogar,  
Que alta pureza da al pensamiento,  
Y en pechos nobles, con firme aliento,  
Santas virtudes sabe inspirar.

Feliz quien pudo, tierna cantora,  
Sentir cual sientes, llena de ardor,  
La luz del genio, grande, creadora,  
Que al tiempo vence, que es bienhechora  
Fuente de vida, nuncio de amor.

Mas ¡ay! que en vano pintar anhelo  
La ardiente llama que en tí admiré,  
Y ese amor santo que aspira al Cielo,  
Y á Dios el alma, con raudo vuelo,  
Conduce en alas de viva Fe.

¡Ah! cuando opreso por los rigores  
De aguda pena triste gemí,  
Blandos consuelos á mis dolores  
En ese célico amor de amores  
En que te inflamas sólo sentí.

Cual hora al lado de esposo amante  
Gozando sigas tan alto bien;  
Y de laureles y oro brillante  
Digna diadema pueblo anhelante  
Ciña ¡oh cantora! ciña á tu sien.





EN LA PROCLAMACIÓN  
DE LA REPÚBLICA FEDERAL

I

CUANDO de amargos dolores  
Herida se siente el alma,  
En vano con loco anhelo,  
Al rumor de alegre danza,  
Ó de escandalosa orgía  
À las voces destempladas,  
Intenta el hombre librarse  
De la aficción que le mata;  
Que de su mentido gozo  
Entre la eterna algazara,  
Triste á su pesar suspira,  
Vierte silenciosas lágrimas.

Tal acontece á los pueblos  
Cuando el período se marca  
De desgracias infinitas,  
Justa expiación de sus faltas:  
Y así padecer se advierte  
Hoy á la afligida España;

Risa forzada en los labios,  
Llanto de angustia en el alma.

Escuchad: rumor confuso  
Se esparce del viento en alas  
En la ciudad, que entre dudas  
Y temores dormitaba.  
Es el címbalo sagrado  
Que al aire sus ecos lanza,  
Anunciando que la obra  
Un día en Gades comenzada  
*De España con honra* al grito,  
Término feliz alcanza:  
Ya sobre inmensas ruinas  
Nueva idea se levanta.

Mas ¿por qué, al rumor alegre  
De las sonoras campanas,  
Contento el pueblo no corre  
Por las calles y las plazas,  
Vítore dando á los vientos,  
Fiel de su entusiasmo en alas?  
¿Por qué en vez de gozo y dichas  
Dudas mil su pecho embargan,  
Y en su faz, antes serena,  
Penas y temor resaltan?  
No lo extrañéis: de su historia  
Tal vez recuerda las páginas,  
Y en lucha al ver fratricida  
Envuelta á la noble España;  
Al mirar de su grandeza  
La corona deshojada;  
Pobre al verse, y despreciado  
Del mundo que lo admiraba  
Por su valor é hidalguía

Y por su firme constancia,  
 Brillantes, pasadas épocas  
 Con la presente compara,  
 Y al escuchar hoy los ecos  
 De las sonoras campanas,  
 El grito de su entusiasmo  
 Quiere brotar y se apaga,  
 Porque oculta voz le dice,  
 Le dice dentro del alma:  
 «Es que están tocando á muerto  
 Por las glorias de la patria.»

II

Escuchad: en las aldeas  
 Igual rumor se levanta:  
 Apenas se tiñe el cielo  
 Con la tibia luz del alba,  
 Repetido por los montes  
 Se oye el són de las campanas;  
 Mas ni un grito de ventura,  
 Ni un solo grito se alza,  
 Al extinguirse sus ecos  
 En las vecinas comarcas.  
 Mudo el labriego camina,  
 La frente al suelo inclinada,  
 Sin sus rústicos aperos,  
 Llevando oprimida el alma:  
 Que él de libertad al grito  
 Vió su libertad mermada,  
 Y trabajar no le es dado,  
 Porque su vida amenazan.  
 Llegar verá la rüina

Con paso lento á su casa;  
Ya consumió sus ahorros;  
De hambre morirá mañana.  
Por eso camina triste...  
Recuerdos tal vez le asaltan  
De más venturosos tiempos  
En que dichoso gozaba,  
*Ni envidiado ni envidioso,*  
Con los suyos dulce calma.  
Y al escuchar hoy del bronce  
Las vibraciones lejanas,  
No le anima el entusiasmo  
Que sintió cuando luchaban  
En las líbicas arenas  
Las bravas huestes hispanas,  
Ni el vivo afán con que absorto  
La narración escuchaba  
De sus hijos, que volvían  
De las costas africanas  
Victoriosos y ostentando  
Coronas y verdes palmas.  
Hoy tan sólo tiembla y llora,  
Porque oculta voz del alma,  
Fiera, decirle parece  
Al resonar las campanas:  
«Es que están tocando á muerto  
Por las glorias de la patria.»

### III

En las ciudades y aldeas  
Reina confusión extraña:  
¿Dó fueron las dulces horas

De ventura y de bonanza,  
 En que en animadas fiestas  
 Feliz el pueblo gozaba?  
 ¿Dónde los plácidos días  
 En que, de amor patrio en alas,  
 De las españolas huestes  
 Las victorias saludaba?  
 Unánime, sin rencores,  
 Sin ambiciones bastardas,  
 Entonces de patria al grito  
 Su corazón palpitaba.

Hora turbado, sin norte,  
 Contra sí propio batalla:  
 No puede existir idea,  
 Por absurda ó por menguada,  
 Que él ¡insensato! no acoja,  
 Juzgando que al ampararla  
 La felicidad perdida  
 Podrá hallar... ¡ilusión vana!

Nó con borrar los recuerdos  
 De nuestras glorias pasadas;  
 Nó de la recta justicia  
 Torciendo las leyes sabias;  
 Nó en el odio al que riquezas  
 Por sus mayores ganadas  
 Ostenta, ó al que el talento  
 Sobre los demás levanta;  
 Nó con negar la familia  
 Y la sociedad humana;  
 Nó con profanar los templos;  
 Nó con derribar las santas  
 Efigies, símbolo augusto  
 De la Religión cristiana;

Nó con quimeras soñando  
Que la conciencia rechaza,  
Hallarás, mísero pueblo,  
La felicidad que aguardas:  
Que es la dicha patrimonio  
Sólo de virtud preclara,  
Y es el premio la riqueza  
Del trabajo y la constancia.  
¡Liquidación! ¡Socialismo!  
Palabras huecas y vanas  
Que, conduciendo hasta el crimen,  
Negras pasiones desatan,  
Y dudas, odios, dolores  
Dejan tan sólo en el alma.

Por eso á su triste anuncio  
El temor al bueno asalta;  
Y el que de español se precia  
Lamenta ver fraccionada  
La nación que con Pelayo  
Renació entre las montañas  
De Covadonga, triunfante  
De las huestes musulmanas,  
Y de victoria en victoria  
Dió fin á su empresa santa  
Con la Católica Reina  
En los muros de Granada.

De aquellos fúlgidos lauros  
¿Qué resta á la triste España?  
Sólo un glorioso recuerdo,  
Á cuyo amparo se alzaba  
De Europa, si no temida,  
Por lo menos respetada.  
Hoy su historia de once siglos

Rompe al són de esas campanas;  
El ángel de las venturas  
De nuestro suelo se aparta,  
Y desde el Pirene al Calpe  
Dicen voces angustiadas:  
«Llorad; que tocan á muerto  
Por las glorias de la patria.»

Junio 9 de 1873.





## PASADO Y PORVENIR

Por largo tiempo trémula  
Sufriste, noble España,  
De tiranía estúpida  
La vengadora saña  
Y el mísero poder:  
Mas ya del bravo ejército,  
Al grito valeroso,  
La aurora se alza espléndida  
Que extingue tu ominoso,  
Funesto padecer.

No más, cual sierva mísera,  
Monarcas y naciones,  
Sin fuerzas ya juzgándote  
Y expuesta á mil traiciones,  
Sus leyes te impondrán:  
Que ya de egregio Príncipe,  
Por todos anhelado,  
El indomable espíritu  
Y el ánimo esforzado  
Valor te infundirán.

Bajo el poder maléfico  
 De míseros tiranos  
 Gimió la patria exánime,  
 Y con sus propias manos  
 Su seno desgarró:  
 Y contempló de América  
 Á su infeliz hermana,  
 De muerte al grito fúnebre,  
 Luchar en guerra insana,  
 Que el bátrato encendió.

Cercada en sombras lúgubres  
 Por siempre aparecía;  
 De muerte el viento, rápido,  
 Los gritos esparcía  
 Del uno al otro mar:  
 Y es fama que en la cúspide  
 Del célebre Moncayo  
 Surgió la sombra pálida  
 Del inmortal Pelayo,  
 Su fin á lamentar.

Mas «basta ya», el Ingénito  
 Tronó con voz potente:  
 «Ya basta, no más víctimas;  
 Que España alzar la frente  
 Ya pueda sin rubor»:  
 Y el almo coro angélico  
 Repite en bellos cantos:  
 «La frente alza con júbilo,  
 Que el Santo de los santos  
 Devuélvete su amor.»

¡Oh Patria! Astro benéfico  
 Te anuncia nueva gloria:

Las inmortales páginas  
De tu brillante historia  
Aun puedes proseguir:  
La ilustración inspírete,  
Y, sol de tu existencia,  
Logre á tu sien magnánima  
Los lauros de la ciencia  
Benévola ceñir.

Sí: bajo el cetro fúlgido  
De Alfonso *el Deseado*  
Seguir podrás intrépida  
La luz de tu pasado  
Y alzar tu noble faz:  
Mas no de ardor indómito  
Victoria infausta anheles:  
De guerra al triunfo efímero  
Los mágicos laureles  
Prefiere de la paz.

2 de Enero de 1875.





SÁTIRA CONTRA LOS VICIOS (9)  
DE LA  
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE NUESTROS DÍAS

EPÍSTOLA Á MI BUEN AMIGO  
EL INSPIRADO POETA SR. D. LUIS MONTOTO

*Non ragioniam di lor, ma guarda, e passa.*  
DANTE.—El Infierno.—Canto III.

PERDONA, caro amigo, si, olvidando  
Hoy de escribirte en prosa la costumbre,  
Y mi tono pacífico dejando,

Audaz intento la envidiada cumbre  
Escalar, donde en cáustica poesía  
Astro fué Juvenal de clara lumbre.

Pobre es mi numen, y la musa mía  
Nó de Quevedo me mostró la senda,  
Ni á Jovellanos me indicó por guía;

Que es más grato que dar, de odios en prenda,  
Al inicuo y al necio correcciones,  
Rendir á la virtud sencilla ofrenda.

Mas vese en nuestra edad de las pasiones  
Tan desatado el huracán violento,  
Y surgen tan bastardas ambiciones,

Que presenciar el postrimer momento  
Me figuro de aquel pueblo romano,  
De glorias y de crímenes portento.

Y lleno de dolor, intento en vano,  
Preocupado al mirar tal decadencia,  
Alabanzas trazar con libre mano.

Jamás á la ambición, á la insolencia,  
Al dolo, al fraude, á la sutil malicia,  
Ni al oro, torcedor de la conciencia,

Tributaré loor: de vil codicia  
Exento está mi pecho, y animoso  
Condenar puede el vicio y la injusticia.

¿Qué hombre honrado, ante el cuadro vergonzoso,  
Que á nuestra vista surge, enmudeciera,  
Si un corazón abriga valeroso?

Contempla, caro amigo, á la hechicera  
Beldad mofarse del amor más puro,  
Rendir al lujo adoración rastrera.

Gratitud, amistad, nada hay seguro:  
Y de esta sociedad envilecida  
Huyen los buenos, cual de lago impuro.

¿Tienes noble ambición, y tu alma, herida  
Por el fulgor de inmarcesible gloria,  
Busca en el bien la palma apetecida?

Desiste de tu empeño: la victoria  
Ya no otorga al honrado sus mercedes,  
Sinó al que bulle entre la vil escoria.

Dirás, si la razón no me concedes,  
Que por negro cristal los hechos veo;  
Mas tú con calma contemplarlos puedes.

¿Á ese no ves que, en elevado empleo,  
Mintiendo dignidad, desprecia á todos?  
¿Qué en política fué sinó un Proteo?

Contempla á aquel que charla por los codos  
Y al pueblo engaña sin piedad ninguna  
Y al mal lo induce por distintos modos.

Mira á esotro que labra su fortuna  
Esquilmando al país impunemente,  
Y que blasona de elevada cuna.

No encontrarás entre tan torpe gente  
Catones, ni aun siquiera Catilinas,  
Que en el mal su grandeza hagan patente:

Pues tan menguadas son y tan mezquinas  
Esas que pasan hoy por eminencias,  
Y tan varias y absurdas sus doctrinas,

Que del pueblo español las excelencias  
Van matando, al compás de su empirismo,  
Y agravando sus múltiples dolencias.

Es ya vana palabra el patriotismo,  
Ó más bien la careta con que cubre  
La ambición su falaz positivismo.

¡Implacable verdad! No se descubre  
Entre tanto raudal de cieno inmundado  
Un venero benéfico y salubre.

Mas ¿podrá el buen ejemplo ser fecundo?  
¿No anula sus influjos bienhechores  
Con mofadora insensatez el mundo?

Y ¿á qué el malvado sentirá temores,  
Si aquellos que le acusan en ausencia  
Corren después á tributarle honores?

¡El éxito no más! Hé aquí la ciencia  
Que hoy se muestra por norma á las edades,  
Basada sin cesar en la experiencia.

Que en la escuela de cultas falsedades  
Aprende acaso el que se juzga bueno,  
Humilde á transigir con las maldades.

El Arte mismo, que, de mancha ajeno,  
Fuera perenne valladar al vicio,  
Hoy lo retrata sin rubor ni freno.

Es desmoralizar su único oficio,  
Y entre galas de espléndida poesía  
Va conduciendo al pueblo al precipicio.

¿Lo dudas, caro amigo? Al de Talía  
Templo augusto dirige la mirada,  
Do la virtud ayer resplandecía.

Turba verás de *bufos*, descocada,  
Necia versión francesa declamando,  
De mil groseros chistes salpicada.

Ó, tal vez, del buen gusto parodiando  
Estilo y bella forma, en cuadro horrible  
Al sentido común atormentando.

Hoy en la escena priva lo terrible;  
Si no hay asesinato ni adulterio,  
El drama se declara inadmisibile.

Mas, tal vez me dirás: «¿No hay ya criterio?  
¿Tan depravado género se extiende  
Sin que encuentre censor prudente y serio?»

¡Ah! sí; tienes razón: al eco atiende  
De los cien Aristarcos de la Villa,  
Y á ser justo, imparcial, ¡oh amigo! aprende.

¡Nobles manes de Fígaro y Revilla,  
De Quintana y Durán, digno homenaje  
Á críticos rendid de gacetilla!

Mas perdona, Luis, si de coraje  
Un instante dí muestra: ya decrece  
Del mar de mi furor el oleaje.

Todo en paz y tranquilo resplandece:  
¡Genialidades mías! que el asunto  
En serio ser tratado nõ merece.

Mas para ser veraz en todo punto,  
Darte quiero, á la vez que un buen consejo,  
De amarga realidad el fiel trasunto.

Mis trasnochadas ilusiones dejo;  
Y alas á tu ambición, si es que la tienes,  
Voy á prestarte, con la fe de un viejo.

¿Medrar anhelas? Á Madrid te vienes,  
Y, vergüenza y temor dejando á un lado,  
Favores obtendrás y parabienes.

No por honrosa emulación guiado  
Patente hagas tu genio: ¡bobería!  
Aquí el genio es artículo anticuado.

Para alcanzar de docto nombradía  
Censura, aunque sea bueno, todo escrito,  
Y habla, en vez de español, *algarabía*.

Cuatro voces francesas y un poquito  
De inglés al castellano une con arte,  
Y alcanzarás un éxito inaudito.

Abónate al Rëal, y forma parte  
Del Veloz-Club, del tiro de pichones,  
Y aires de gran señor ya puedes darte.

Te abrirá la elegancia sus salones:  
Pasa la noche en vela, ¡esto es muy sano!  
Y el lecho hasta las tres nunca abandones.

Muéstrate con toreros siempre llano,  
Que un buen diestro es hoy día un personaje  
Á quien grandes y chicos dan la mano.

Á Londres ó á París pide tu traje;  
En todo lo español sacia tu encono,  
Y escoje el Club por especial paraje.

Y si quieres ganar más en tu abono,  
Juega, aunque agotes tu fortuna entera;  
Que arruinarse en el juego es de buen tono.

Pide después un cargo en alta esfera;  
Que en España el Estado es amplio asilo  
Donde comer y holgar puede cualquiera.

Ya, cual Moisés en el sagrado Nilo,  
Te encontrarás salvado del naufragio,  
Y ¡vive sin temor! ¡Duerme tranquilo!

Que si el Gobierno al ensayar un agio  
Tiembla, y puede arrastrarte en su caída,  
*A río turbio...* ya sabes el adagio.

La práctica es, Luis, bien conocida;  
En el naciente sol fijas los ojos,  
Cambias á tiempo, y... ¡tuya es la partidala!

Mas ¿tienes, por ventura, otros antojos?  
¿De Minerva pisar quieres el templo?  
No por ello te des grandes enojos.

Señalarte podré más de un ejemplo  
De sabios de oropel que allí han entrado  
Y que ceñidos de esplendor contemplo.

Este punto es á fe bien delicado:  
No en él quiero insistir; mas imagino  
Que el sendero ver quieres despejado.

Aunque juzgues quizá que desatino,  
Por hallar mi consejo impertinente,  
Yo á que lo sigas sin temor me inclino.

De gloria un porvenir tienes presente:  
Oye lo que, benigno, te prevengo,  
Y fama alcanzarás de Ocaso á Oriente.

No en inútil exordio me detengo:  
Si renombre tener quieres de sabio,  
Busca en el cuadrumano tu abolengo.

Y aun cuando á la verdad causes agravio,  
Dí que la religión ya no es precisa,  
Que un mito es Dios, de antigüedad resabio:

Ó bien, tomando á Krause por divisa,  
Aunque sus obras nunca hayas leído,  
Funda en la vaguedad toda premisa.

Habla del *yo* y *no yo*, de lo inducido,  
Y une al *todo* y la *parte* en la contienda  
Lo absoluto, cual punto indefinido:

Y has de modo, Luis, que al que te atienda,  
Si paciencia tuviere para tanto,  
Ni lo comprendas tú, ni él te comprenda.

Si esto hicieres, ya puedes sin quebranto  
Penetrar en las doctas asambleas,  
Y dar con tu oratoria al orbe espanto.

Mas ¡basta ya! Conozco tus ideas;  
De tu ingenio y bondad toda la altura:  
No mofador, por caridad, me creas.

Comprendo que al fijarte en la pintura  
Que acabo de trazar, trémulo acaso  
Tu labio á replicarme se apresura:

«¿Adeptos la verdad no halla á su paso?  
¿Su inmaculado honor contempla España  
Cual astro que sin luz llega al ocaso?»

»Entre tantos que hieren con vil saña  
Su fe, su dignidad y su cultura,  
¿No hay quien proteste de tan torpe hazaña?»

Aun por dicha los hay: mientras procura  
La ciega multitud á la honda sima  
Llegar del negro vicio y la impostura,

Cual por noble excepción, hay quien se anima  
Al grito del honor; hay quien, dichoso,  
Del contagio mortífero se exima.

Pocos son en verdad; y en silencioso  
Llanto deploran de la patria el duelo,  
Viendo estéril su esfuerzo generoso.

Alentarlos al bien debe el anhelo  
Ser del que aun abre el pecho á la esperanza,  
Como divina emanación del Cielo.

En tí no ha muerto, y pues tu genio alcanza  
Las almas conmover, sacude el ocio,  
Y halle el pueblo en tu voz digna enseñanza.

En tan alto ideal á tí me asocio;  
Que la misión del escritor honrado  
Es, á más de un deber, un sacerdocio.

Nuestro pacto, Luis, quede sellado;  
Sigamos con valor nuestro camino:  
¡Lauro al hombre de bien! ¡Guerra al malvado!

De los demás que por temor mezquino  
Mudos miran el mal crecer sin tasa,  
Digamos con el Vate Florentino:  
*«Non ragioniam di lor, ma guarda, e passa.»*





## Á LA NIÑA BLANCA DE LOS RÍOS

EN EL SOLEMNE ACTO

DE SU PRIMERA COMUNIÓN

LUCIÓ al fin la aurora, la aurora del día  
Feliz que anhelaba tu fiel corazón:  
Ya llegas al templo con santa alegría;  
Del órgano escuchas la grave armonía,  
Y tierna murmuras ferviente oración.

Dichoso se juzga quien puede admirarte  
Ceñida así ¡oh Blanca! de níveo tisú:  
Creación misteriosa pareces del Arte;  
El ángel se inclina, se inclina al mirarte,  
Que no es él más bello, más puro que tú.

Acércate al ara y humilla la frente,  
Que á tí el Rey de reyes se digna llegar.  
Ante Él hoy te postras cual niña inocente;  
Mañana en la lucha del mundo inclemente  
La Fe sólo ¡oh Blanca! te puede salvar.

Del ángel que guarda tu grata existencia  
La voz hora escucha, la voz celestial:  
«Tu espíritu eleva al Dios de clemencia,—  
Te dice,—que siempre de pura inocencia  
Las preces llegaron al Sér eternal.»

Sí; pídele, amante, que siempre ceñida  
Tu frente se mire de dulce candor:  
Que santas virtudes te sirvan de egida,  
Si en ruda borrasca del mar de la vida  
El dardo sintieses de intenso dolor.

Y humilde le ruega se digne, clemente,  
Cubrir con su manto tu plácido hogar.  
Del Padre amoroso tu ruego ferviente  
Alcance que el astro de dichas riente  
Sin sombra en tus lares se mire brillar.

Mas ¡ah! de tus ojos brotó tierno llanto;  
Ardientes suspiros le siguen en pos...  
¡Feliz quien se abrasa, cual tú, en amor santo,  
Y de alma pureza con místico encanto  
Levanta sus preces al trono de Dios!





EN EL ÁLBUM  
DE LA SRTA. D.<sup>A</sup> AMPARO CHÉIX

CUAL tétrica aurora, que velan las nubes,  
Imagen siniestra de amargos pesares,  
Así de tu infancia corrieron los días,  
La edad de los ángeles.

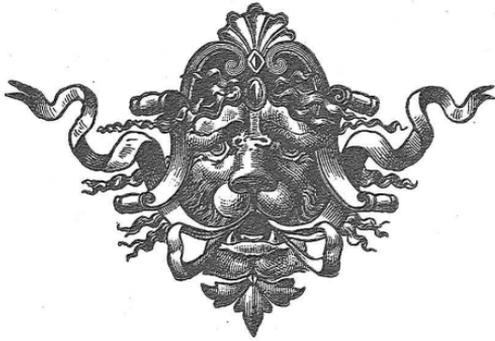
Con luto en el alma, cruzar, bella Amparo,  
Te vieron del mundo los túrbidos mares:  
La Fe, la inocencia, cual égidas santas,  
Lograron salvarte.

Tus nobles virtudes, tu claro talento,  
Vencer consiguieron al hado implacable;  
Blasón y riquezas, ¿qué son comparados  
Á triunfo tan grande?

Mas esto era poco: tu espíritu inquieto  
Sintió sed de gloria, soñó con el arte,  
Y el arte y la gloria ciñeron tus sienes  
De lauros brillantes.

¡Ah! plegue á los cielos que, en gratos deliquios,  
La vida recorras sin penas ni afares:  
¡Que nunca la estrella que guía tus pasos  
Las nubes empañen!

¡Feliz tú, que asciendes por senda de flores!  
Yo triste regreso, mirando acercarse,  
Envuelto en la niebla, el pálido ocaso  
De mi última tarde!





## Á ESPAÑA DESPUÉS DE LA PAZ

No más sombras fatídicas,  
Como de muerte un velo,  
Noble nación magnánima,  
Tu esplendoroso cielo,  
Triste, verás cubrir;  
Ni escucharás atónita,  
En estruendoso canto,  
Á demagogia impúdica,  
Que befa tu quebranto,  
Sus triunfos repetir.

Pasó la noche lúgubre  
De odiosa tiranía,  
En que tu frente púdica  
Á su pesar ceñía  
Insignia de baldón:  
Pasaron los que indómitos  
Mancharon tu albo seno;  
Pasaron, sí, cual ráfaga  
Que engendra el ronco trueno  
Y arrastra el Aquilón.

Mas, como estrella errática,  
 Nuncio fatal de horrores,  
 Rastro, al pasar, maléfico  
 De luchas y dolores  
 Dejaron tras de sí;  
 Y de la guerra el fúnebre  
 Pendón se alzó potente,  
 Y males mil juntándose,  
 Cual rápido torrente,  
 Cayeron sobre tí.

Con honda pena, exánime,  
 Mirabas á tus hijos  
 Entre el marcial estrépito  
 Sufrir males prolijos,  
 Su sangre derramar:  
 Y en vano hacia el Empíreo,  
 ¡Piedad, piedad! clamando,  
 Tu altiva frente pálida  
 Alzabas, anhelando  
 Su cólera aplacar.

Tú de inocentes víctimas  
 El número contabas;  
 Tú de las madres, trémula,  
 Los ayes escuchabas  
 Con honda compasión:  
 Y sordo el Cielo ¡oh mísera!  
 Mostrábase á tu acento,  
 Y el eco rudo, insólito  
 Del batallar sangriento  
 Te hería el corazón.

Mas en el éter, súbito,  
 Venciendo oscuras nieblas,

El sol se muestra límpido  
Que libra de tinieblas  
Tu cielo de zafir:  
Y un genio ¡oh Patria! mírase  
Nuncio feliz de gloria,  
Que en letras de oro fúlgidas  
Escribe de tu historia  
El grato porvenir.

Contéplalo: es el ínclito  
Monarca deseado;  
El que tendió benéfico  
Un velo á lo pasado  
En fe de su lealtad.  
Hoy entre aplauso unánime,  
Intrépido y valiente,  
Del despotismo estúpido  
Logra abatir la frente  
Con firme potestad.

¡Por él la paz! ¡oh júbilo!  
La dicha, la esperanza,  
Viven, crecen al hálito  
De plácida bonanza  
Sin llantos ni temor...  
Fué su victoria rápida  
Augurio de altos bienes...  
Con lauros mil espléndidos  
Ceñid, ceñid las sienes  
Del noble vencedor.

Marzo, 1876.





EN LA LLEGADA Á SEVILLA DE SS. MM.

## EL REY Y LA REINA REGENTE

PARA HONRAR LAS FIESTAS DEL CENTENARIO DE COLÓN

### I

VENGÁIS ¡oh Reina! en buen hora  
Á Híspalis la romana,  
La que *cercó Julio César*  
*De muros y torres altas;*  
Á la mahometana Esbilia,  
Perla hermosa de Vandalia,  
Que un *Rey santo ganó al Moro*  
*Con Garci Pérez de Vargas,*  
Convirtiéndola en Sevilla,  
En Sevilla la cristiana,  
Que hijos santos dió á la Iglesia,  
Campeones á la Patria,  
Genios al Arte, y preclaros  
Vates, del Parnaso gala.

Llegad ¡oh Reina! en buen hora  
Á esta ciudad renombrada,  
Que ya para recibiros  
Con banderas se engalana,  
Arcos levanta triunfales,

Y en su morisca Giralda  
Ecos alegres al viento  
Dan las sonoras campanas.

No há mucho esos mismos sones  
Fueron de tristes plegarias,  
Cuando el que es hoy manso río  
Furioso se desbordaba,  
Muerte llevando y rüina  
Á la andaluza comarca,  
Y desolación y luto  
Á esta ciudad aterrada.

Mas ya, pasado el peligro,  
Todos enjugan sus lágrimas;  
Nadie sus dolores cuenta,  
Y hoy, que conmemora España  
El suceso más glorioso  
Que sus crónicas señalan;  
Hoy que á sus Reyes espera,  
Sevilla, siempre entusiasta,  
Sus penas dando al olvido,  
Dignamente se prepara  
Á recibirlos, vistiendo  
Vistasas y ricas galas,  
Ciñendo mural corona  
De azahares esmaltada,  
Que desea ¡oh Reina augusta!  
Deponer á vuestras plantas.

Venid, señora, que el pueblo  
Anhelante ya os aguarda,  
Y, de aclamaros ansioso,  
Se agrupa en calles y plazas,  
Presto á lanzar á los vientos  
Ecos que brotan del alma:  
«¡Viva el Rey! ¡Viva la Reina!  
Que son prez y honor de España.»

II

Es esta ciudad, señora,  
 De extranjeros admirada,  
 Y gloriosas tradiciones  
 Ella en sus anales guarda.

Para los poetas tiene  
 Flores de suave fragancia,  
 Naranjos y limoneros  
 Que á su paso el Betis baña;  
 Puro cielo, donde brillan  
 En las noches de bonanza  
 Las estrellas tembladoras,  
 La clara luna argentada,  
 Sin que las nieblas del Norte  
 Vengan jamás á empañarlas.

Para los pintores tiene  
 Bellos prados de esmeralda,  
 Bosques de eterna verdura,  
 Ríos de apacibles aguas,  
 Do, como en límpido espejo,  
 Cielo y tierra se retratan;  
 Templos del Arte, en que lucen  
 Lienzos de belleza tanta,  
 Que á los sidéreos espacios  
 El espíritu arrebatan.

Tiene ricas bibliotecas  
 De que, orgullosa, se ufana,  
 Donde los sabios descubren  
 Hechos que el mundo ignoraba;  
 Tradiciones á millares,  
 Religiosas ó profanas,

Que al escritor y al poeta  
Se ofrecen en viejas páginas;  
Una Catedral insigne  
Que, por triste suerte aciaga,  
Por fatalidad ó incuria,  
Ve, con dolor, arruinada;  
Y cien y cien monumentos  
De grandeza soberana,  
Que no la soberbia Roma  
Poseerlos desdeñara,  
Ni la que, del Arte cuna,  
Fué su maestra y su esclava.

Vos, señora, que adunáis  
Á una inteligencia clara  
Sentimientos elevados,  
Propios de las grandes almas,  
Del Arte ante las bellezas,  
De natura ante las galas,  
Que en encendidos matices  
La luz del sol abrillanta,  
Apreciaréis de este suelo  
La hermosura variada,  
Y del genio los primores,  
Que en esta ciudad resaltan.

Y si de excelsas virtudes,  
Si de acciones encumbradas  
Queréis mostrar al Rey-niño  
Hechos que la mente arrastran  
Á otras regiones más puras,  
Y que el sentimiento arraigan  
De la piedad en el pecho  
Y de amor santo á la Patria,  
De Alfonso el Sabio en las leyes  
Que admira el pueblo y acata;  
Del gran Fernando tercero

En la fe y en las hazañas;  
 De Leandro y de Isidoro  
 En la vida pura y casta;  
 De Murillo en la sublime  
 Aspiración, que levanta  
 El alma á Dios, en sus lienzos  
 Divinos idealizada:  
 En la caridad ferviente  
 Que, arrepentido, Mañara  
 Mostró en *morada de pobres,*  
*Que es de los Cielos escala,*  
 Hallará dignos ejemplos  
 Que á un corazón regio halagan,  
 Y que, impresionando al NIÑO,  
 Á ser GRANDE lo preparan.  
 Mas doquiera que fijéis,  
 Señora, vuestras miradas,  
 Doquiera que dirijáis,  
 Por esta ciudad la planta,  
 Pueblo hallaréis respetuoso  
 Que os admira y que os aclama,  
 Gritando con voz que brota  
 De lo profundo del alma:  
 «¡Viva el Rey! ¡Viva la Reina!  
 Que son prez y honor de España.»

III

¡Escuchad!... Ya el hueco bronce  
 Retumba en tonantes salvas;  
 Ya el címbalo, volteando,  
 Sus ecos al aire lanza;  
 La ardiente locomotora,

En carrera acelerada,  
Dando silbidos al viento,  
Hacia el andén se adelanta;  
Dócil, cual domada fiera,  
En la estación ya se para:  
Del regio coche descenden  
Los Reyes, y alegre marcha  
Saluda, en gratos acordes,  
Su venturosa llegada.

¡Sevilla! Muéstrate digna  
De tus grandezas preclaras:  
Esa que ves es tu Reina,  
Modelo de nobles damas;  
Esa la viuda ilustre  
Del malogrado Monarca  
Que, ahuyentando desventuras,  
Dió paz y gloria á la Patria.  
Mira á su lado al Rey-niño,  
De esta nación esperanza:  
Demuéstrales que no en vano  
Llevas en tus nobles armas  
El *No me ha dejado*, timbre  
De lealtad acrisolada:  
Cubre su senda de flores,  
Y grita con toda el alma:  
«¡Viva el Rey! ¡Viva la Reina!  
Que son prez y honor de España.»





EN EL ÁLBUM DE MI APRECIADA AMIGA

LA SEÑORA

D.<sup>A</sup> NATALIA ÁLVAREZ DE SEGOVIA

Luz preciada es la belleza,  
Luz que encanta al que la mira:  
La siente el arte, y se inspira  
Y va en pos de su ideal:  
Mas si virtud y talento  
Se adunan al par en ella,  
Es entonces clara estrella  
De la mansión celestial.

En tí dones tan ansiados,  
Natalia bella, resaltan,  
Y á más su pureza esmaltan  
La modestia y el pudor:  
Modestia y pudor divinos,  
De un alma noble tesoro,  
Que en tí lucen, como el oro  
Al matutino fulgor.

Plugo al Eterno que un ángel  
Velase por tí en la cuna,  
Y jamás pena ninguna  
Vino tu pecho á tórbar:  
Y cuando á la edad llegabas  
En que se pierde el reposo,  
Viste á tus pies digno esposo,  
Que sólo en tí sabe amar.

Plegue al Cielo que tu vida  
Se deslice blandamente,  
Cual arroyo transparente  
En el ameno pensil:  
Y bienes sin fin gozando,  
Madre tierna y dulce esposa,  
Brilles, cual cándida rosa,  
Gala del campo en Abril.

Y pueda yo, fiel amigo  
De tu amante compañero,  
Su dicha cantar sincero,  
Tu inmensa felicidad.  
Jamás vuestro gozo velen  
Sombras de letal tristura;  
De grata paz y ventura  
Por siempre unidos gozad.





## AL PUEBLO DE OBERAMMERGAU

EN LA REPRESENTACIÓN

### DE LA PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO <sup>(10)</sup>

VOSOTROS los que perdisteis  
Las ilusiones más caras,  
Los que con necio egoismo  
De las edades pasadas  
Desconocéis las virtudes  
Y la piedad noble y santa,  
Y vosotros los que audaces  
De la Providencia sabia  
Negáis la existencia, alzando  
Al materialismo estatuas,  
Venid á la noble tierra  
Que el Danubio cruza y baña,  
Y preguntad por la villa  
Que Oberammergau se llama.  
Pequeño el pueblo se muestra  
Del viajero á las miradas;  
Mas los sencillos labriegos  
Que en su recinto se amparan,  
Grande en su espíritu alientan

De Cristo la Fe sagrada.  
Y ¿cómo al amor divino  
Pudieran no abrir sus almas,  
Si por mediación suprema  
De la Virgen soberana  
El Eterno sus dolores  
Trocó en dulce bienandanza?

Há dos siglos que cruzando  
Por Europa horrible plaga,  
Azote de Dios, las víctimas  
Á miles arrebatava.  
Ahuyentar no era posible  
La epidemia despiadada;  
Que fué siempre á tal arcano  
Inútil la ciencia humana.  
Y cual Simoun que el desierto  
Al cruzar todo lo arrasa,  
Ó cual tromba que en los mares  
Aniquila cuanto alcanza,  
Crüel abatiendo seres  
Iba rápida en su marcha,  
Lágrimas sembrando y luto  
Por la mísera Alemania.

Por ella Oberammergau  
Vió su población diezmada;  
La madre lloraba al hijo,  
Al hijo de sus entrañas;  
Á su tierna compañera  
El esposo; y ni la infancia  
Ni la senectud librarse  
Pudieron de su guadaña.  
Llenos de Fe, aunque agobiados  
Por tan tremendas desgracias,  
Las almas á Dios volvieron,  
Poniendo en Él su esperanza.

«Señor, que por darnos vida  
 Bajaste á la tierra ingrata,  
 Lavando tu sangre pura  
 De nuestras culpas la mancha;  
 Apiádate de nosotros,  
 Y por las acerbos lágrimas  
 Que vertió tu tierna Madre  
 Al pie de la Cruz sagrada,  
 Haz que cese el cruel azote  
 Que en nuestro pueblo se ensaña,  
 Y torne á reinar la vida  
 Do impera la muerte infausta.  
 Señor, si benigno acoges  
 Nuestras fervientes plegarias,  
 Si amoroso nos concedes  
 El perdón de nuestras faltas,  
 Y otra vez brilla la dicha  
 En nuestras verdes montañas,  
 Te prometemos, humildes,  
 De tu Pasión sacrosanta  
 Conmemorar los misterios  
 Con ardiente Fe cristiana.  
 Será nuestra vida entera  
 Á esta fiesta consagrada;  
 Los pueblos, cada diez años,  
 Nos verán, al pie del ara,  
 Nuestras vidas ofrecerte  
 Y demandándote gracia  
 Para cumplir como buenos  
 Esta promesa sagrada.  
 Señor, Señor, amoroso  
 Escucha nuestras plegarias,  
 Y torne á brillar la dicha  
 En nuestras verdes montañas.»  
 Tal el afligido pueblo

Al alto Cielo demanda,  
Y Dios le muestra propicio  
Los tesoros de su gracia.  
El fin del terrible azote  
La nueva aurora señala;  
De gratitud, de alegría  
Himnos sin fin se levantan:  
Y el pueblo corre afanoso,  
Corre á postrarse ante el ara,  
Que ya la paz y la dicha  
Reina en sus verdes montañas.

Vosotros, los que atrevidos  
De la Providencia sabia  
Negáis la existencia, alzando  
Al materialismo estatuas;  
Los que cegados de orgullo  
La humana razón alzada  
Queréis ver sobre la ciencia,  
Que de Dios tan sólo emana;  
Venid, llegad á la villa  
Que Oberammergau se llama,  
Á contemplar los misterios  
De la Pasión sacrosanta.  
Y si ante la fe sublime  
En que el pueblo se arrebató  
No sentís algo de grande  
Que de la tierra os aparta,  
Ni adivináis otro mundo  
Do eterna verdad se halla,  
Donde la justicia mora,  
Donde luce siempre clara  
Del saber la luz divina  
Y perpetua bienandanza,  
Llorad, llorad, desgraciados,

Pues sois cual las secas plantas,  
Á las que ni sol ni lluvia  
Prestan vida y nueva savia.  
Y tú, pueblo religioso,  
Que fiel tu promesa guardas,  
Sigue del bien por la senda,  
Que esa es tu gloria más alta.  
Así reinará la dicha  
Siempre en tus verdes montañas,  
Y consignará la Historia  
Tu nombre en eternas páginas.





EN EL ÁLBUM  
DE LA SRTA. D.<sup>A</sup> MAGDALENA DE LA TORRE

EN lucha incesante, las rocas batiendo,  
Contemplo una ola seguir de otra en pos,  
Y huir hacia el fondo deshecha y gimiendo;  
Que es éste á los mares el sino tremendo  
Trazado por Dios.

Ceñir sus riberas de grata verdúra,  
De soles y mundos la luz retratar,  
Brindar de sus auras la dulce frescura;  
Tal plugo al Potente la suerte futura  
Del lago fijar.

En ambos comprendo del hombre el destino:  
Es mar, si le agita con honda inquietud  
De ciegas pasiones feroz torbellino,  
Y es lago apacible si aliento divino  
Le da la virtud.

Gentil Magdalena, la paz de tu alma  
No pierdas, y el mundo feliz te verá:  
Si de altas virtudes ostentas la palma,  
No temas; que lago de plácida calma  
Tu vida será.





BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN  
ESCRITA CON MOTIVO DE LOS TERREMOTOS  
EN LAS PROVINCIAS ANDALUZAS

Á inofensivos placeres  
Sin temores se entregaban,  
Y dichosos se juzgaban  
Al abrigo de su hogar:  
Mas súbito bajo tierra  
Óyese extraño rüido,  
De fiero Titán dormido  
Horrísono despertar.

Llano y monte se estremecen  
Á su destructor aliento...  
De tan terrible momento  
¿Quién pintar puede el horror?  
Con estruendo fragoroso  
Se derrumban los hogares,  
Y víctimas á millares  
Ayes lanzan de terror.

Á su dulce compañera  
 Trémulo el esposo llama,  
 Y ronca la madre clama:  
 «¡Hijos de mi corazón!»  
 ¡Clamor vano! ¡Queja inútil!  
 ¡Vendrá la próxima aurora  
 Á desvanecer, traidora,  
 Su postrimera ilusión!

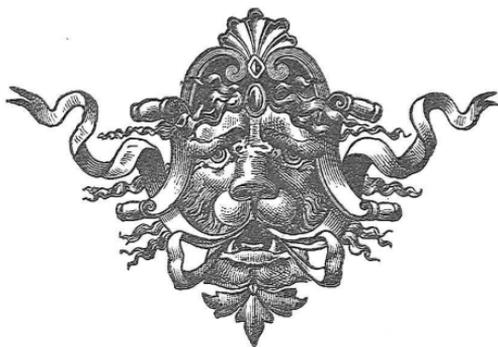
¡Miradlos! ¡Terrible trance!  
 No hallan á su mal consuelo,  
 Y tornan la vista al Cielo  
 Demandándole piedad.  
 ¡Señor! felices las almas  
 Que, del mundo en los abrojos,  
 Aun vuelven á Vos los ojos,  
 Que sois fuente de bondad.

Vos aviváis en los pechos  
 De la Caridad la llama;  
 La Caridad, que derrama  
 Beneficios mil y mil.  
 Penetra su aliento suave  
 En chozas como en palacios,  
 Y se extiende en los espacios  
 Cual aura pura de Abril.

Á su influjo poderoso  
 Sevilla también se inflama,  
 Y á la voz de augusta Dama,  
 Modelo de abnegación,  
 Crecer del bien el impulso  
 Ante el mal ajeno siente;  
 Que este pueblo, aunque indolente,  
 Tuvo siempre corazón.

Multitud que al peso gimes  
De inesperados horrores  
Entre los duros rigores  
Del invierno asolador,  
Abre el pecho á la esperanza,  
Que, con piadosa ternura,  
Á calmar tu desventura  
Se acerca el cristiano amor.

Y vosotros, los que alzáis  
Hoy al pesimismo templos,  
Ante tan nobles ejemplos  
Vuestro recelo ahuyentad:  
Que si en nuestra edad la duda  
Envenena cuanto alcanza,  
Aun, cual iris de bonanza,  
Fulgura la Caridad.





## Á ANTONIETTA FRICCI DE BARALDI

AUN vive el Arte: tu acento puro,  
Actriz sublime, conmueve el alma,  
Y de la gloria la egregia palma  
Tu noble frente corona ya:  
Mas á los timbres que á tus encantos  
Justas rindieron otras naciones,  
Une, Antonietta, las ovaciones  
Que hoy á tu genio Sevilla da.

¿Quién de Lucrecia la atroz venganza,  
Quién el de Norma vano delirio,  
De Valentina quién el martirio  
Cual tú interpreta y el vivo amor?  
En tí ellas viven, por tí respiran,  
Y ora gozoso, ora doliente,  
Al escucharlas el pecho siente  
Sus alegrías ó su dolor.

Mas ¡ah! que acaso de nuestro suelo  
Presto ¡oh cantora! rauda te alejes,  
Y en vano, en vano será que dejes  
Gratos recuerdos al corazón.  
¿Qué serán ellos cuando en la escena  
¡Ay! no escuchemos ya tu voz pura?  
Débil relámpago en noche oscura,  
Que hará más honda nuestra aflicción.

No importa, sigue: que es tu destino  
Ceñir laureles de eterna gloria,  
En pos dejando de tu victoria  
Gratos ensueños, vaga inquietud.  
«¡Oh! vuelve, vuelve: sin tí es la vida  
Árbol sin hojas, seca laguna,  
Árido campo, noche sin luna,  
Flor inodora, astro sin luz.»

Así los hijos de Híspalis bella,  
«Vuelve—te dicen,—vuelve algún día;  
Serás encanto de Andalucía,  
De amor la imagen serás también.»  
Logren sus ecos, entre el aplauso  
Que te consagran cultas naciones,  
Ser á tu alma dulces prisiones  
Que te devuelvan á nuestro edén.





# LAS NUBES

EN EL ÁLBUM

DE LA SEÑORITA DOÑA P. F. P.

CUANDO siniestras ráfagas  
De nubes amontona  
El vendaval, y horrisona,  
Hendiéndolas, detona  
Brillante chispa eléctrica  
Que al mundo da pavor;  
Mas altas, por el céfiro  
Mecidas, blancas nubes  
No viste, en pura atmósfera  
Cual banda de querubes  
Cruzar, fingiendo imágenes  
De dichas y de amor?

Pues tal, niña simpática,  
La historia es de la vida:  
Unos surcan el piélago  
En calma apetecida;  
Del vendaval al ímpetu  
Otros luchando van.

El Cielo cerque pródigo  
Siempre de paz tu alma;  
Seas tú la nube fúlgida  
Que el éter cruza en calma;  
Nó la que en vuelo rápido  
Arrastra el huracán.





EN EL ÁLBUM  
DE LA SRTA. D.<sup>A</sup> FLORENTINA OVIEDO

DÍCENME que eres prodigio  
De saber y de hermosura,  
Y que en tu frente fulgura  
La luz de la inspiración:  
Que, entusiasta por el Arte,  
Vives sólo en sus creaciones,  
É ignoradas emociones  
Por tí siente el corazón.

Nunca te ví: mas ¿qué importa,  
Si la voladora Fama  
De Sevilla que te aclama  
Trajo el aplauso hasta mí;  
Si poetas cien, en coro,  
Te consagran, Florentina,  
Dulce trova peregrina?  
¡Vibran sus líras por tí!

Jamás contemplar el alma  
Pudo la extensión del cielo,  
Y tras el zafíreo velo  
Inténtala adivinar.  
Tal en ilusión la mente  
Finge la mujer soñada,  
Y en vivo fuego abrasada  
Llega su sombra á adorar.

Así yo de tu talento  
Figúrome la grandeza,  
Y de tu ideal belleza  
La sublime perfección:  
Y á los ecos entusiastas  
De multitud, que te admira,  
Uno de mi humilde lira  
El inarmónico són.

Pobre es la flor que te ofrezco,  
Indigna de la diadema  
Que, de tu mérito emblema,  
El genio ciñe á tu sien.  
Acéptala, que aunque humilde  
La contemples é inodora,  
Hija es de un alma que adora  
La luz del Arte también.





AL INSIGNE POETA  
EXCMO. SR. D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

SÓLO á los genios fué dado  
Por el Supremo Hacedor  
Del espíritu creador  
Sentir el fuego sagrado.  
Por ellos de lo pasado  
Surgen viejas narraciones:  
De las humanas pasiones  
Conocen el sentimiento,  
Y á su poderoso acento  
Palpitan los corazones.

Genio entre genios, tú alcanzas  
Conmover la muchedumbre,  
Y del arte hasta la cumbre  
Con paso seguro avanzas.  
Entre justas alabanzas  
Escúchase, insigne vate,  
Tu bello *Idilio*, do late  
La pasión más noble y pura,  
Y amor de patria fulgura  
En tus *Gritos del Combate*.

De Byron la última nota  
Reprodujiste en tu lira,  
Que vigorosa se inspira  
En el valor del Suliota.  
La ronda feroz que agota  
Uno á uno y lentamente  
Hasta el último viviente  
De aquel pueblo valeroso,  
Es el cuadro más grandioso  
De tu genio prepotente.

¡Noble poeta! Yo admiro  
Ese espíritu creador,  
Cuyo brillante fulgor  
Llegó á mi obscuro retiro.  
Y hoy que, por dicha, te miro  
Respirar el puro ambiente  
De este suelo que, riente,  
Prestó flores á Rioja,  
Dame que ciña una hoja  
Á los lauros de tu frente.





EN EL ÁLBUM DE LA MUY ILUSTRE SEÑORA  
DOÑA MANUELA REAL DE AZÚA DE LA CERDA

SI de tus dignos mayores  
La patria te fue querida,  
Si aquí en ráfagas de vida  
Sentiste nueva ilusión,  
No te alejes de esta tierra  
Que por suya te reclama,  
Y que la bondad aclama  
De tu noble corazón.

Bello es Chile: mas no menos  
Es España grata y bella,  
Que como fúlgida estrella  
Ostenta su viva Fe:  
Y en el pecho de sus hijos,  
Do aun alienta la hidalguía,  
La antigua galantería  
Extinta jamás se ve.

Todo aquí, bella señora,  
Tu ardiente espíritu halaga:  
La dulce brisa que vaga  
Susurrante en el pensil;  
El embriagador aroma  
Del azahar, de las flores,  
Y los vívidos colores  
Que el cielo ostenta en Abril.

No más dudes: y si al cabo  
Por España te decides,  
De Sevilla no te olvides,  
Do reinan Arte y amor.  
Aquí, unidos por los lazos  
De amistad que nada empaña,  
«¡Viva Chile y viva España!»  
Gritaremos con ardor.





EN LA APERTURA DE LA SEGUNDA EXPOSICIÓN  
DE PINTURA Y ESCULTURA  
DE LA ACADEMIA PROTECTORA DE LAS BELLAS ARTES

LLEGAD, hijos del Arte: de la gloria  
Abierto contemplad el digno templo,  
Do, aspirando al laurel de la victoria,  
De constancia y saber daréis ejemplo.

Llegad, llegad: de inspiración sublime  
Muestras al mundo dad y alta enseñanza;  
Y tras el rudo afán que al pecho oprime  
El triunfo lograréis que el genio alcanza.

Para alentaros en tan ardua empresa  
La historia os prestará sus nobles hechos,  
Y en vuestras obras dejaréis impresa  
La fama ilustre de esforzados pechos.

De Pelayo y del Cid la valentía,  
De Guzmán la lealtad y la constancia,  
De Cortés y Pizarro la osadía,  
De Carlos el poder, terror de Francia;

Digno asunto darán á los pinceles,  
Vivo aliento al ardor de vuestras almas,  
Y, como en Grecia al inspirado Apeles,  
Sevilla os rendirá lucientes palmas.

Y el cincel emulando en ancha esfera  
Los nuevos rasgos del pincel brillantes,  
Las glorias mostrará del divo Herrera,  
De Calderón, de Lope y de Cervantes.

Y hoy que la patria llora sus errores  
De bandos mil entre la ardiente saña,  
Pintad en vuestros lienzos sus dolores  
Y la opulencia de la antigua España.

Tal vez al comparar de su presente  
La abyección con su antiguo poderío,  
El patrio amor renacerá potente  
Y del pecho español el fuerte brío.

Quizás de su pasado la grandeza  
Pueda alentar de nuevo su esperanza,  
Luciendo entre sus sombras de tristeza  
Cual iris misterioso de bonanza.

Sea vuestra inspiración el libro abierto  
Do el pueblo aprenda su brillante historia,  
Y de su fuerza y su poder ya cierto,  
Lauros conquiste de eternal memoria.

Artistas, alentad; que es grande y pura  
Vuestra misión... En tan solemne día  
Coronas os ofrece la hermosura,  
Y entusiastas cantares la poesía.

No os arredre si niega injusto encono  
Protección á la Escuela de Murillo (11):  
Unidos sostenedla en su abandono,  
Y nunca pierda su esplendente brillo.

¡Ah! que no alcance la malicia artera  
La inspiración á arrebatár del suelo  
Donde brillaron Montañés y Herrera  
Y halló colores el Pintor del Cielo.

Constantes proseguid: vuestras creaciones  
Renueven las grandezas españolas,  
Y entre justas y ardientes ovaciones  
Del genio alcanzaréis las aureolas.





## Á LA SOLEDAD

VIRGEN del bosque, Soledad preciada,  
Almo consuelo del que penas llora;  
¡Cuánto mi pecho, que al dolor se abate,  
Cuánto te adora!

Tú en los afanes de la triste vida  
Brindas un punto venturosa calma;  
Tú en el desierto del dolor humano  
Eres la palma.

Tú al genio cercas de misterio en torno  
Y alas le prestas para alzar el vuelo;  
Él ve á tu sombra de belleza un mundo,  
Sueña en el Cielo.

¡Ay! ¡Cuántas veces con horrible angustia  
Triste la frente á la aficción doblaba,  
Y en el misterio de tranquila noche  
Yo te buscaba!

¡Cuántas en vano te llamé, anhelante,  
Ora por dura ingratitud herido,  
Ora la ausencia al lamentar por siempre  
De un sér querido!

No en escondida, funeral caverna,  
No en sirte oscura de lugar horrendo  
Ni entre arenales que el Simoun arrastra  
Yo te comprendo.

Pláceme verte en la floresta umbrosa  
Entre las galas, que el Abril aumenta,  
Ó cuando Ceres la dorada espiga  
Próvida ostenta.

Quiero gozarte en silenciosa noche  
Junto á la orilla de apacible lago,  
Cuando la Luna su fulgor le envía,  
Tímido y vago.

Quiero sentirte en la elevada roca  
Donde las ondas con terrible estruendo  
Llegan y huyen, sin cesar al mundo  
«Dios» repitiendo.

Libre á tu amparo, Soledad querida,  
Se alza allí el alma á la celeste cumbre;  
Tal vez un punto la del cielo goza  
Vívida lumbre.

Pueda yo siempre, si en mi afán te invoco,  
Plácida hallarte á mi constante anhelo;  
Logre, cual hora, por tu grato influjo  
Dulce consuelo.



## EL ARTE CRISTIANO

LEÍDA EN LA APERTURA

### DE LA TERCERA EXPOSICIÓN DE PINTURA Y ESCULTURA

DE LA ACADEMIA PROTECTORA DE LAS BELLAS ARTES

LIBRES como el pensamiento  
Son del genio las creaciones,  
Y ellas dan á las naciones  
Vida propia y noble aliento:  
Si del Arte el sentimiento  
Su patria y fines revela,  
En la Sevillana Escuela  
Se halla, en visión peregrina,  
La etérea lumbre divina  
Que constante el alma anhela.

Y esa luz brillante y pura  
Que sólo el Pintor del Cielo  
Ver alcanzó con desvelo  
En su perenne hermosura,  
Fué la que en alta ventura  
Cercó su nombre de gloria:  
Por siempre vive en la historia,  
Y hoy en extrañas regiones  
Se tributan ovaciones  
Con justicia á su memoria.

En buen hora, haciendo alarde  
 De sus artistas egregios,  
 Italia en palacios regios  
 Sus mágicos lienzos guarde:  
 Si la luz del genio arde  
 En las obras de Ticiano,  
 Si un templo, del arte arcano,  
 Con Miguel Ángel fulgura,  
 No alcanzan menor altura  
 Herrera y Alonso Cano.

Sevilla insigne, tú ofreces  
 Al mundo sublime ejemplo;  
 Que si del Arte eres templo,  
 Con él á Iberia engrandesces.  
 Lograste cien y cien veces  
 Por tus artistas brillar;  
 Y el Betis, raudo, al mirar  
 Sus obras, que el mundo aclama,  
 Llevó tu creciente fama  
 Á los confines del mar.

Y no tan sólo otorgaste  
 Lauros á tus nobles hijos:  
 Aquí de males prolijos  
 Á extraños genios libraste.  
 Si de su saber guardaste  
 Obras que elevó tu celo,  
 Ellas muestran el anhelo  
 Que por el Arte sentías,  
 Y el premio que le ofrecías  
 En tu hospitalario suelo.

¡Gloria á la ciudad galana  
 Que en su recinto atesora

Joyas que el tiempo avalora  
Y que ella conserva ufana!  
¡Gloria á la ciudad cristiana  
Que del artista á la mente  
Mostró, con afán ardiente,  
Triunfos enalzada meta,  
Y lauros brindó al poeta  
Para ornar su noble frente!

Jóvenes que al mundo dais  
En obras mil un tesoro,  
Y en vuestros sueños de oro  
Alta perfección buscáis:  
Si en noble lid conquistáis  
El galardón soberano,  
Tended al par vuestra mano  
Al que igual gloria desea,  
Y digna vuestra alma vea  
En cada artista un hermano.

Senda de flores ornada  
La ilustración os augura;  
Unid á su llama pura  
La luz de la Fe sagrada:  
El alma vuestra, llevada  
De honrosos triunfos en pos,  
Aliento busque en las dos;  
Que, si en grandezas fecundo,  
El genio impera en el mundo,  
Es porque emana de Dios.





AL EMINENTE POETA  
EXCMO. SR. D. JOSÉ ZORRILLA  
EN CONTESTACIÓN Á SU POESÍA TITULADA  
«**À SEVILLA**  
**¡BUEN AÑO NOVENTA Y DOS!**»

**T**U canto, Zorrilla insigne,  
Resonó en la patria mía:  
La reina de Andalucía  
Lo acoge con gratitud;  
Y al ver cómo su recuerdo  
Aun inspiración te presta,  
Amorosa te contesta:  
«¡Anciano vate, salud!»

Que ella, cuando vió ceñida  
De laurel tu noble frente,  
Sintió de entusiasmo ardiente  
Palpitar su corazón:  
Y de la ciudad del Darro  
La grata suerte envidiaba,  
Y á tus triunfos se asociaba  
En ardorosa ovación.

Mas no abrigó, al verte honrado  
Por otros, pasión impura;  
Sólo ambición recta y pura  
Sintió en su pecho alentar:  
Y de Granada y de Iberia  
Al aplauso, el suyo unía,  
Cual pobre arroyo que envía  
Sus linfas al ancho mar.

Sevilla la dicha entonces  
De contemplarte esperaba,  
Y ofrecerte deseaba  
Fiel testimonio de amor:  
Y al ver que á Madrid volvías  
Sin honrar su grato suelo,  
Presa de agudo desvelo,  
Sintió profundo dolor.

Mas no de verte algún día  
Perdió acaso la esperanza,  
Y hoy, que nueva dicha alcanza  
Tu recuerdo al aceptar,  
«Vén, vate insigne, te dice;  
Vén, que mi pueblo te espera,  
Y de grata primavera  
Podrás ¡oh anciano! gozar.

»Mientras impere el invierno,  
Huye de la Corte ingrata,  
Donde la muerte arrebatá  
Las víctimas en montón;  
Donde Guadarrama ejerce  
Su perniciosá influencia;  
Do el cielo su transparencia  
Vela con pardo crespón.

»Vén á esta tierra encantada,  
 Que es la tierra de María,  
 Á la que el Eterno envía  
 Su bendición paternal:  
 Aquí encontrará tu mente  
 Rastros de antiguas memorias,  
 Y asunto á nuevas historias  
 Tu inspiración sin igual.

»No aquí admirarás, poeta,  
 Como en la gentil Granada,  
 La altiva Sierra Nevada  
 Ni la vega del Genil;  
 Ni hallarás vagos recuerdos  
 De moriscas tradiciones,  
 Cual tus bellas narraciones  
 De Alhamar y de Boabdil.

»Mas si no de los gomeles,  
 Ni de huríes mahometanas,  
 De bellísimas cristianas  
 Mil recuerdos hallarás:  
 Y engarzadas en mi escudo,  
 Cual timbre de eternas glorias,  
 Las religiosas memorias  
 De mis anales verás.

»Á la mente del poeta  
 Surgen aquí en ancha zona  
 Con la sombra de Egilona  
 La del fiero Abdalaziz;  
 Las de San Fernando y Vargas,  
 Del rey moro tras la huella,  
 Y la de mi hermosa Estrella  
 Con Bustos y Sancho Ortiz.

»Y verás en mis campiñas  
Los olivos á millares,  
Y entre pinos y palmares  
Cien casitas blanquear.  
Aquí nunca del invierno  
Se desatan los rigores,  
Y aun tengo en mis huertos flores  
Con que tu senda alfombrar.

»En las frondosas riberas  
De mi caudaloso río  
Con mágico poderío  
Crece lozano el laurel;  
Y en competencia mis hijas,  
Que admiran tu genio ardiente,  
Tejerán para tu frente  
Bellas coronas con él.

»Mi pueblo, que une tu nombre  
Al de Pedro *el Justiciero*,  
Aplauso rinde sincero  
Á *El zapatero y el Rey*;  
Y el poder de la justicia  
Tal vez juzgando ilusorio,  
Simpatiza con *Tenorio*,  
El burlador de la ley.

»Mas lo que más de tu estro  
Poderoso le cautiva,  
Lo que más la llama aviva  
De su admiración leal,  
Es el amor á la patria  
Que resalta en tus creaciones;  
Y así, justas ovaciones  
Da á tu genio sin rival.

»Que es el corazón del pueblo  
 De amor patrio eterna pira,  
 Y sólo siente en la lira  
 Que de su ideal va en pos;  
 Y aunque á ingenios descreídos  
 Á veces alce á la meta,  
 Sólo venera al poeta  
 Que ama á su patria y á Dios.

»Así Iberia en grito unánime  
 Hoy su cariño te abona,  
 Ciñendo digna corona  
 Á tu altiva y noble sien;  
 Y yo, que mecí en mis brazos  
 Á Rioja, al divo Herrera,  
 Al de España, placentera,  
 Mi aplauso aduno también.

»Acéptalo, ilustre vate:  
 De tus quintillas en prenda  
 Te lo envió cual ofrenda,  
 Aunque no digna de tí.  
 Mas si desoyes mi ruego,  
 Si de la Corte prefieres  
 Los turbulentos placeres...  
 ¡Que no te olvides de mí!»

Á tu afectuoso recuerdo  
 Tal mi patria agradecida  
 Ofrece amable acogida:  
 Que leal Sevilla es.  
 Permite que de los vates,  
 Á quienes férvida honora,  
 Rinda esta flor inodora  
 El más humilde á tus pies.



## EL PINTOR DE LA INMACULADA

SEVILLA! Bella ciudad  
De preclaras tradiciones,  
Madre de insignes varones,  
Pasma de la cristiandad:  
Con admirable verdad  
Gala hacer puedes tú sola  
Del arte que se acrisola  
De la Fe en la pura llama:  
El mundo por él te aclama  
Grande Atenas española.

Tú lograste, por fortuna,  
Con aliento sobrehumano,  
Sentir del arte cristiano  
La belleza cual ninguna.  
De grandes artistas cuna,  
Mostró Italia que sabía  
Á la pagana poesía  
Unir cristiano ideal:  
Mas tú brillas sin rival,  
Noble ciudad de María.

¡María! Á tan dulce nombre  
 El corazón de tus hijos,  
 Libre de males prolijos,  
 Late ansioso de renombre.  
 ¿Qué mucho que al mundo asombre  
 De tus artistas la alteza,  
 Si la mística grandeza  
 De su genio, en raudo vuelo,  
 Robó sus tintas al cielo  
 Y á la aurora su belleza?

Mas tú sólo ¡oh gran Murillo!  
 Entre la pléyade augusta  
 Que del arte en noble justa  
 Fama alcanzó y almo brillo;  
 Tú sólo, humilde y sencillo,  
 De fe y de piedad portento,  
 Lograste, con vivo aliento,  
 La celestial hermosura  
 Copiar de la Virgen pura,  
 Encanto del pensamiento.

Respondiendo de Sevilla  
 Al entusiasmo vehemente,  
 Al solio se alzó tu mente  
 De la Virgen sin mancilla:  
 La que al orbe maravilla  
 Premió tu constante anhelo:  
 Rasgóse el zafíreo velo,  
 Y, á tu arrobamiento fieles,  
 La trazaron tus pinceles  
 Cual la admiraste en el Cielo.

Y de estrellas coronada,  
 Envuelta en flotantes nubes,

Apareció entre querubes  
La Virgen inmaculada.  
Brillante luz nacarada  
Su niveo rostro destella,  
La luna su planta huella,  
Y, de albo y azul vestida,  
Ante su ciudad querida  
Jamás se mostró tan bella.

En hirviente confusión  
Corrió el pueblo á contemplar  
Prodigio tan singular  
De artística inspiración.  
Al verlo, de admiración  
Los corazones latían:  
Ante aquel lienzo vertían  
Lágrimas de amor los ojos;  
Mas lágrimas sin enojos,  
Que al trono de Dios subían.

De Murillo el alma ardiente  
Cien veces pudo, inspirada,  
Trazar de la Inmaculada  
La faz bella y sonriente:  
Mas su pincel, que valiente  
Supo tal triunfo alcanzar,  
Jamás de la Virgen dar  
Logró tan feliz modelo...  
Era la estrella del cielo  
Que se retrata en el mar.

Del Louvre en ricos salones  
Admiré tal maravilla,  
Perla arrancada á Sevilla  
Por extranjeras legiones:

Y si dulces emociones  
 Gocé aplaudida al mirarla,  
 Ira sentí al contemplarla  
 En poder de extraña gente,  
 No en la ciudad que, ferviente,  
 Debíó por siempre ostentarla.

Mas debe calmar su pena  
 El noble orgullo español,  
 Que ella brilla, como sol,  
 En las orjillas del Sena.  
 Allí, de entusiasmo llena,  
 Sabia multitud la admira,  
 Y, absorto, el artista mira,  
 Al fulgor que lo deslumbra,  
 Cuán alto el genio se encumbra  
 Si humilde en la Fe se inspira.

Por ella allí se agiganta  
 Del arte hispalense el brillo,  
 Y el renombre de Murillo  
 Hasta el cielo se levanta.  
 ¡Sevilla! que dicha tanta  
 Has debido á su victoria,  
 Al evocar la memoria  
 Del que tus timbres acrece,  
 Amante á sus pies ofrece  
 Lauros de perpetua gloria.





## Á UN PETIRROJO

### I

AVECILLA que en mis lares  
Hallaste tierna acogida  
Cuando el rigor del invierno  
Te ahuyentó de ingratos climas;

¿Por qué al aspirar de Marzo  
La dulce y templada brisa,  
De estos lugares te alejas  
Y al Norte el vuelo encaminas?

De mi verjel al abrigo  
Nunca el cierzo te ofendía;  
Y un año y otro encontraste  
Morada alegre y tranquila.

Si amoroso te llamaba,  
Siempre á mi voz acudías,  
Y manjares delicados  
Te daba mi mano amiga.

En tersa fuente saciabas  
La sed cuando tú querías,  
Al par tu lindo plumaje  
Bañando en sus claras linfas.

Eras de las aves todas  
Sola tú la preferida,  
De mi verjel el ornato,  
Y mi encanto y mi alegría.

¡Ay! detén, detén el vuelo,  
Torna á mi hogar, avecilla,  
Que tú disipaste á veces  
Mi acerba melancolía.

II

Ya la grata primavera,  
Anunciando su venida,  
Cubre de verdura el campo  
Y da aromas á las brisas.

Vuelve, sí: presto el follaje  
Del rosal y de la espírea,  
Del ciclamor y la acacia  
Te darán sombra y guarida.

Ya ruisenores y mirlos  
Tejen su nido en la umbría,  
Y en cántigas mil de amores  
Alarde harán de su dicha.

Tú también, tú en mi retiro  
Feliz cual ellos serías,  
De infantiles asechanzas  
Libre y de traidora liga.

Torna otra vez á mis lares;  
Detén tu rápida huída:  
Vén á calmar un momento  
Mi acerba melancolía.

III

Mas en vano una y cien veces  
Te llamo, tierna avecilla;  
Que, obedeciendo á tu instinto,  
El vuelo al Norte encaminas.

Allí cazador astuto,  
Ó vil ave de rapiña,  
Sorprendiéndote en el nido,  
Quizá te deje sin vida.

Y, si por acaso escapas  
De su odiosa alevosía,  
Y otra vez á estos lugares  
Tornas buscando guarida,

¿Quién sabe si hallar, cual hora,  
Podrás bienestar y dicha,  
Ni un protector que te ampare,  
Prodigándote caricias?

¡Ah! sí; llegar en Octubre  
Podrás, cual venir solías;  
Mas tal vez no halles el árbol  
De espesas hojas tupidas

Que, de mi albergue frontero,  
Del cierzo te defendía,  
Y donde habitabas libre  
De traidora acometida.

Vendrás; mas quizá no encuentres  
De pan la sabrosa miga,  
Ni la voz que te llamaba  
Y á tu piar respondía.

Y el agua hallarás acaso,  
Hora transparente y limpia,  
En que alegre te bañabas,  
En cieno ya convertida.

Y en vano será que pises  
Y que muevas tus alitas;  
Que no encontrarás ni un alma  
Á tu acento compasiva.

¡Ay! ¿quién detener consigue  
Del tiempo la mano rígida?  
¿Quién puede decir: «Mañana  
Rayar veré el nuevo día...?»

¿Vendrás...? ¿Te veré otro año...?  
La duda mi pecho agita,  
Y agobiado me contemplo  
Por tenaz melancolía.



## Á S. M. EL REY D. ALFONSO XII

EN SU ENTRADA EN SEVILLA

ALZA Sevilla la frente,  
De su historia envanecida:  
Su lealtad no desmentida  
Hizo á sus Reyes patente.  
Así, Señor, cuando ausente  
Sentíais en tierra extraña,  
Lejos del Trono, la saña  
De infelices soñadores,  
Su dolor á los dolores  
Unía de toda España.

Y cuando tras noche oscura  
De angustias y sufrimiento  
Para Sevilla el momento  
Llegó de ansiada ventura,  
Y brilló la aurora pura  
Del inolvidable día  
En que tornar os veía  
Á la Patria, sin enojos,  
Llanto brotó de sus ojos,  
Pero llanto de alegría.

Hoy, Señor, alborozada,  
En veros funda su gloria;  
Que la paz y la victoria  
Corona os dan más preciada.  
Cual nunca ve, entusiasmada,  
Lucir de su dicha el sol:  
Su lealtad en el crisol  
De su pecho lleva escrito:  
«¡Viva Alfonso!» que es el grito  
De todo buen español.





## EN LA CATEDRAL DE SANTIAGO

### FANTASÍA

#### I

PASEÁBAME triste y pensativo  
Por los claustros soberbios  
De la insigne basílica que guarda  
Del Santo Apóstol los sagrados restos.

Era una tarde lúgubre de otoño:  
Con sus rayos postreros  
El sol hería las altivas torres,  
Dando á aquel sitio sin igual misterio.

Vagos, como las nieblas otoñales,  
Eran mis pensamientos:  
Ya la historia del Arte, en cada piedra,  
Mi mente fatigada recorriendo;

Ya los nombres de artistas recordando  
Que con gloria supieron  
Orlar su frente del laurel divino,  
Al par su noble patria enaltecendo;

Mi espíritu entre dudas se agitaba,  
 Cual se agita, siniestro,  
 El ronco mar en su insondable fondo,  
 Si le combaten encontrados vientos.

¿Por qué, pensaba, de culpable olvido  
 Tras el obscuro velo,  
 Nombres sin fin de artistas eminentes  
 Se ocultan á los siglos venideros?

¿Por qué, acaso, á vulgares medianías  
 Aplauda todo un pueblo,  
 Mientras el genio devorando pasa  
 Oprobios y desdenes en silencio?

De la humana injusticia en vano el móvil  
 Quise apurar sereno...  
 Para ahuyentar del alma estas ideas  
 Á raudo paso dirigíme al templo.

## II

Al cruzar del antiguo santuario  
 Los gastados umbrales,  
 De solemne vigilia el canto místico  
 Á la gigante cúpula elevábase.

Lentamente los cantos se extinguieron,  
 Y del órgano grave  
 Se confundieron las postreras notas  
 Con el rumor del pueblo al alejarse.

Desierto el templo todo miré en breve;  
Tan sólo yo encontrábame  
Bajo su inmensa mole de granito,  
Cercado del silencio de la tarde.

Por vez primera en hora tan solemne,  
Por sus extensas naves,  
Elevaba mi espíritu al Eterno,  
Prosternándome al pie de sus altares.

Con la oración calmáronse en mi pecho  
Mis dudosos afanes;  
Y admirar quise á solas las bellezas  
Que allí esparcieron la piedad y el arte.

Mostráronse á mi vista poco á poco  
Cien obras inmortales,  
Expresión acabada de los genios  
Que vieron florecer otras edades.

Allí del imponente arte cristiano  
Contemplaba, extasiándome,  
En sublimes y múltiples creaciones  
Las diversas centurias destacarse.

Su expresión genuína cada siglo,  
En obras admirables,  
Mostraba allí, sin confundir con otros  
Su aspiración, sus bellos ideales.

Desde el severo bizantino al gótico  
De ligeros follajes;  
Desde el rico y gentil renacimiento  
Al plateresco estilo censurable,

La aspiración perfecta retrataba  
 Del artista que darles  
 Logró en sus líneas su carácter propio,  
 Etapa de la historia de las artes.

«¿Por qué, murmuré entonces, nuestro siglo,  
 Que ilustrado proclámase,  
 No muestra el genio que en el arte logre  
 Fijar los rasgos que le den carácter?»

Así pensaba ante el sublime pórtico  
 Que de la Gloria llámase,  
 Del arte maravilla, poema en piedra  
 Que acaso en sueños contemplara el Dante.

III

¿Quién describir la obra portentosa  
 Del insigne maestro,  
 Á cuyo pie se ve su orante efigie,  
 Pudiera, á no tener su mismo genio?  
 Del Redentor del mundo allí la imagen,  
 De rostro dulce y á la par severo,  
 Decir parece al pecador contrito:  
 «Vén á ampararte en mi llagado pecho.»  
 Allí el egregio Apóstol que á las huestes  
 De Castilla infundió valor guerrero  
 Para triunfar de la morisma impía  
 Con San Fernando y con Alfonso *el Bueno*,  
 Cual pobre peregrino, despojado  
 De marciales arreos,  
 Decir parece á los cristianos todos:

«Humilláos ante Dios; seguid mi ejemplo.»  
Allí está de profetas la cohorte;  
Allí también de espíritus angélicos  
Las múltiples legiones, blandamente  
Tañendo sus sonoros instrumentos,  
    Ó en himnos inmortales  
    Ensalzando al Eterno:  
Mas allá, de las almas redimidas  
La multitud, que el celestial contento  
Manifiesta al mirarse trasportada  
En brazos de los ángeles al Cielo;  
Y aun más allá, formando el semicírculo  
    De aquel arco siniestro,  
El horror de las penas eternas,  
Con todos sus recónditos misterios;  
El sempiterno rechinar de dientes  
    Y el crujir de los huesos;  
El fuego inextinguible, que al que abrasa  
Le da vigor para sufrir de nuevo;  
Y los monstruos del vicio y la soberbia  
    Sirviendo de trofeo  
Al cuadro aterrador é indescriptible  
    Del espantable Averno.  
Todo en traza perfecta y admirable,  
    En que el sin par Mateo  
Unió al de Apolodoro y al de Fideas  
    De Apeles el ingenio,  
Cautiva y avasalla de tal suerte  
El corazón, y al par el pensamiento,  
Que el que la dicha de admirar tal obra  
Consigue al visitar el sacro templo  
Esplendor de Galicia, se figura  
    Asistir un momento  
Al drama compendiado de los siglos  
En la escena sin fin del universo.

Á contemplar la creación sublime  
 De tan insigne genio  
 Sentéme en tosco banco, que situado  
 Se encontraba del pórtico frontero.  
 De admiración absorto, embebecido,  
 Ignoro cuánto tiempo  
 Allí estuve, venturas inefables  
 En el alma sintiendo.  
 En éxtasis acaso  
 Alzábame mi espíritu á los Cielos:  
 Y en tanto que mi cuerpo se rendía  
 Á vaporoso sueño,  
 Otra vez en mi mente se agitaba  
 De esta idea tenaz el sentimiento:  
 «¿Por qué mi siglo, que orgulloso ondea  
 La bandera invencible del progreso,  
 No muestra el genio que feliz nos trace  
 De un arte original el fiel modelo?»

IV

Tal meditaba: mas surgir de súbito  
 Contemplo ante mi vista  
 Extraño personaje que, al mirarme,  
 Con desdén compasivo sonreía.  
 En vano de su traje estrafalario  
 Definición precisa  
 Pudiera dar, ni de su raro aspecto,  
 Mezcla de histrión, de prócer y de artista.  
 De Ricardo segundo en una pierna  
 La estrecha calza bicolor vestía,  
 En tanto que en la otra ancho gregüesco

Ostentaba, enlazado á la rodilla.  
Sobre jubón de veludillo oscuro  
Bordado casacón verde lucía;  
Capa corta adornaba su hombro izquierdo,  
Del santo Apóstol con la roja insignia,  
Que del cuarto Felipe y de Velázquez  
Evocar la memoria parecía:  
De un torero cubierta su cabeza  
Estaba con la negra monterilla;  
En ancho cinturón larga tizona  
Llevaba suspendida,  
Y atributos del arte y de las ciencias  
Sus femeniles manos oprimían.

Sorprendido al mirarlo, una pregunta  
Ya de mis labios tímida surgía  
Cuando él, adelantándose,  
Con voz entrecortada por la ira  
Así me apostrofó, de paso haciendo  
De sus timbres grandiosa apología:

«¿Y eres tú, por ventura,  
Miserable mortal, de los que adoran  
De un pasado execrable la cultura  
Y mis conquistas sin rival desdoran?

»¿Tú el que, ciego, no admiras  
De mis obras la mágica excelencia,  
Y en esta edad feliz ¡necio! aun suspiras  
De un genio original por la existencia?

»Del siglo del Progreso  
Yo soy el Arte: de su noble historia,  
Contraria á todo humano retroceso,  
Reflejo el esplendor: ¡vivo en su gloria!

»¿Qué importa que no ostente  
Estilo original en mis creaciones,  
Si asumo lo pasado y lo presente  
Y en lo futuro clavo mis pendones?

»Del Griego y del Romano  
Logré imitar, con perfección más alta,  
De la línea severa el hondo arcano,  
La majestad que en su labor resalta.

»Y Berlín y Estocolmo,  
París y Londres, Petersburgo y Viena,  
De mi artístico ardor vieron el colmo,  
Y de mi ingenio imitador la vena.

»Alcé iglesias cristianas  
Que templos de Minerva parecían,  
Y cúpulas y torres musulmanas  
Que con la vieja Alhambra competían.

»Y góticos castillos  
Tracé al rico, cercados de jardines,  
Y de flores preciosos canastillos  
Inventé para adorno en sus festines.

»Elevé catedrales,  
Aunque pequeñas, por contraria suerte,  
Y en pensiles vistosos é ideales  
Convertí las mansiones de la muerte.

»Mas esto aun era poco  
Á mi soberbia aspiración constante:  
El mundo resumir quise en un foco,  
Y á mi afán contestó: SIGUE ADELANTE.

»Y en inmenso palacio,  
Digno templo del arte y de la ciencia,  
Vencidos ví del tiempo y del espacio  
Los arcanos, la oculta resistencia.

»Allí todas las razas  
Logré reunir por singular portento,  
Del arte universal todas las trazas,  
Y de todos unir el pensamiento.

»¿Quién el laurel fulgente  
Pudo ostentar jamás de esta victoria?  
Triunfé de lo pasado en lo presente:  
¡Humíllate, mortal, ante mi gloria!»

Así habló; y cual si fuera  
La relación audaz de sus conquistas  
Conjuro poderoso que á los muertos  
Devolviese el acento con la vida,  
Entre cárdenas nubes, que en el aire  
En breve se perdieron indecisas,  
Dos seres misteriosos  
Mostráronse á mi vista,  
En cuyas frentes ondulante llama  
Con vívido fulgor resplandecía.  
Bello joven de rostro interesante  
Y de mirada altiva  
Era uno de ellos: sus viriles formas  
Con fina y blanca túnica cubría,  
Y clámide de púrpura ostentaba  
De sus hombros prendida.  
Era el otro un anciano venerable  
De faz severa y digna,  
Que al par admiración y alto respeto

Por su aspecto y sus años infundía.  
 Traje talar de monacal estilo  
 Con majestad llevaba, y recogida  
 La extensa cola en su siniestro brazo  
 Del manto escultural que lo envolvía.  
 Ambos mostraban en la mano diestra  
 De las más nobles artes las insignias;  
     Y de anteriores siglos  
 Largas filas de innúmeros artistas,  
 Cual cortejo de honor á su alto rango,  
 Con mesurado paso los seguían.

Aun antes que tornar de mi sorpresa  
 Pudiera ante visión tan peregrina,  
 Adelantóse el joven, y extendiendo  
 La vista en derredor, con voz tranquila  
 Así del siglo del Progreso al Arte  
 En vigorosas frases respondía:

«Soy el Arte Pagano: si del Cristo  
 Ante la noble y colosal figura  
 Mi frente doblegué, aun hoy resisto,  
 Y con mis reglas mi renombre dura.

»Mas ¿qué podrás tú ser en lo futuro  
 Si sólo vives de copiar lo ajeno,  
 Y en trazo miserable y mal seguro  
 Á tu afán de imitar no pones freno?

»Si alguna vez de original blasonas,  
 Toda belleza y majestad declinas,  
 Y filas de tugurios eslabonas  
 Donde á la triste humanidad hacinas.

»¿Cómo pudiste declarar que alteza  
Diste á mi estilo, al imitarlo, osado,  
Si jamás comprendiste su grandeza,  
Ni la esbeltez de su gentil trazado?

»Sólo rüinas de mi tiempo existen;  
Mas, de tu vanidad para castigo,  
Del Foro las columnas aun resisten,  
Y es de mi gloria el Partenón testigo.

»Rota en pedazos la infeliz Pompeya,  
Aun entre el polvo admiración inspira,  
Y es del arte magnífica epopeya  
La columnata inmensa de Palmira.

»Del romano buril nunca el oriente  
Imitarás, ni sus felices trazos;  
Y la Venus de Milo inútilmente  
De tí reclamará sus rotos brazos.

»Refrena de tu orgullo la insolencia,  
Que en hado fatalísimo has nacido:  
Yo siempre viviré: de tu impotencia  
La losa sepulcral será el olvido.»

Calló: tan sólo el raro personaje  
Contestóle con cáustica sonrisa;  
Mas el viejo avanzó, tal pronunciando  
Con grave voz y locución sencilla:

«Mírame bien, oh tú, que haces alarde  
De resumir en tí la gloria entera  
De siglos anteriores, y, cobarde,  
No respondes á réplica severa.

»Soy el Arte cristiano: aun viviría  
De gloriosos laureles circuído,  
De juventud dichosa aun gozaría,  
Si al mal no hubieras tu razón vendido.

»No de la edad al agobiante peso  
Doblé la frente ni tembló mi mano:  
Tan sólo del pesar al hondo exceso  
Cedí, y tornóse mi cabello cano.

»¿Ignoras el motivo? ¡Ay! tu conciencia  
La causa te dirá de mis dolores...  
¿Qué hiciste ¡desgraciado! de mi herencia? \*  
¿Qué de la ardiente fe de tus mayores?

»Ellos, con su saber, con sus ejemplos,  
De la gloria te abrieron el camino:  
¿Dó sus lienzos están? ¿Dónde sus templos,  
De idealidad modelo peregrino?

»En mercados do reina la impudicia  
Muchos de los primeros envejecen;  
Objeto los segundos de codicia,  
De la impiedad al golpe desaparecen.

»¿Qué importa que de tales desafueros  
Tú el implacable ejecutor no seas,  
Si al sacrificio vas de los primeros  
Y en sus tristes rüinas te recreas?

»¿Qué del Arte Paganó á las razones  
Pudieras replicar, si, en tu locura,  
Desprecias las sublimes tradiciones  
Que al arte dieron sin igual altura?

»De extraña indumentaria y del realismo  
Adorador, esclavo del modelo,  
¿Cómo sentir la luz del idealismo  
Pudieras, si jamás miras al cielo?

»Yo también, como tú, vime retado  
Del Paganismo en desigual combate,  
Y ante mi firme ardor cayó aterrado  
Cual cedro altivo que el Simoun abate.

»Á sus grupos de genios y de diosas,  
Do el carnal impudor surge y palpita,  
De mártires y vírgenes gloriosas  
Opuse la legión, que á orar incita.

»Y á su turba de dioses despiadada  
El Dios de caridad, que ama y perdona,  
Y la Reina del Cielo inmaculada  
Á su impúdica y torpe Salambona.

»Y sus templos de rica arquitectura  
Contrasté con severas catedrales,  
Do el alma, lejos de la tierra impura,  
Gozaba de venturas celestiales.

»Doquier que el Gentilismo levantaba  
Su pendón de lascivia y de impureza,  
Su ominoso poder contrarrestaba,  
Humillando su astucia y su fiereza.

»Pero tú, que ni al Griego ni al Romano  
Llegas en la invención ni en la estructura,  
Ni sientes el espíritu cristiano  
Que dió á mis obras mística dulzura;

»Tú ¡infeliz! al entrar en competencia,  
 Por tu adversario te hallarás vencido:  
 Dictó el Arte Pagano tu sentencia:  
 TU LOSA SEPULCRAL SERÁ EL OLVIDO.»

Dijo; y aplauso atronador alzando  
 La artística legión que le seguía,  
 Cual fragor de huracán en denso bosque  
 Retumbó por las bóvedas altivas.  
 Á rumor tan insólito volviendo  
 De mi extraño sopor, tendí la vista  
 En torno mío y por el centro obscuro  
     De la egregia basílica...  
 Desiertas ví sus naves, que la noche  
 Con manto de tinieblas encubría:  
 De una lámpara sólo la luz tenue,  
     Que ante el ara bendita  
 De la Madre del Verbo centellaba,  
 De las sombras el fondo interrumpía;  
 Y la luna, que, en marcha perezosa,  
     Tras de la enhiesta cima  
 Del Pedroso su faz ya en Occidente  
 Reclinaba, con débil rayo hería  
 Del Salvador la imagen, nuevo encanto  
 Prestándole su luz suave y tranquila.  
 ¿Fué aparición lo que mis ojos vieron?  
 ¿Fué ilusión de mi ardiente fantasía?  
 Lo ignoro; pero trémulo, agitado,  
     Doblando las rodillas  
 Ante la efigie del divino Verbo,  
 Exclamé con fervor y alma contrita:  
 «¡Señor!... Á tu palabra omnipotente  
     No hay nada que resista,  
     Y es tu misericordia,  
     Cual tu sér, infinita.

Haz que la antorcha de la Fe sagrada  
En mi patria jamás, jamás se extinga:  
Mientras su luz consoladora alumbre  
Existirán el Arte y la Poesía.»





## ADIÓS Á MI LIRA

Si en plácido acento  
Cien trovas al viento  
Dió, Ercilia adorada, mi labio en tu honor;  
Si pude un momento  
Soñar con la gloria,  
Del vate aspirando á la alta victoria,  
Tú fuiste mi numen; mi estrella, tu amor.

Á tí fatigado  
Llegué, y abismado  
En tristes ideas, ansiando morir:  
Y al són acordado  
De tu arpa de oro  
Lució mi esperanza, de dicha tesoro,  
Y en Dios confiando, pedíle vivir.

Y dulce consuelo  
Obtuve del Cielo,  
La paz á mi alma, supremo favor;  
Y en férvido anhelo

Pulsando la lira,  
Cediendo al encanto feliz que me inspira,  
Alcé humilde canto, gozoso, al Señor.

De antiguas historias  
Las gratas memorias  
Después, cara Ercilia, dichoso evoqué.  
Por tí las victorias,  
Por tí los amores  
De cien damas bellas, los fieros rencores  
De altivos monarcas, cantar anhelé.

Y ansié en mi desvelo  
El lóbrego velo  
De antiguas edades fogoso rasgar:  
Y en rápido vuelo  
Alzando la mente,  
De Grecia la sabia, de Roma potente  
En versos sonoros los triunfos narrar.

Mas ¡ay! que humillado  
Sentíme y postrado  
De tanta grandeza al vivo esplendor:  
En vano alentado  
Soñé con la gloria,  
Con fúlgidos lauros de grata victoria...  
Juzguéme pequeño; faltóme valor.

¿Será que no alcanza  
Falaz la esperanza  
La dicha soñada jamás á cumplir?  
¿De grata bonanza  
Jamás en el suelo  
Fulgura la estrella, y sólo en el Cielo  
Sus rayos divinos veremos lucir?

¡Ah! sí: de la vida  
La dicha mentida  
Veloz desaparece, cual niebla otoñal.  
La imagen querida  
De gloria un momento  
Feliz nos halaga, mas pasa cual viento,  
El alma llenando de angustia mortal.

Tras mágica aurora  
La luz bienhechora  
Que alumbra á los genios ansié con ardor:  
Mas ¡ah! engañadora  
De mí se retira,  
Y hoy, triste, diciendo ¡adiós! á mi lira,  
En tí busco amparo, consuelo en tu amor.

Ercilia, perdona  
Si digna corona  
De triunfos gloriosos jamás te ofrecí.  
Mi sien, ya abatida,  
De nieve se cubre;  
La mente sin vida  
Ni finge ilusiones, ni glorias descubre;  
La edad de los sueños pasó para mí.  
Mas tú, Ercilia mía,  
Serás grato puerto do busque la calma;  
Serás á mi alma  
Raudal misterioso de eterna poesía;  
Y si alzo de nuevo mi canto algún día,  
De amor siempre un eco tendrá para tí.





# RÁFAGAS DE OTOÑO



*Al insigne poeta*

*Sr. D. José María Gutiérrez de Alba,*  
*en testimonio de singular aprecio y afec-*  
*tuosa amistad,*

*El Autor.*





## EN EL DÍA 1.º DE NOVIEMBRE

AL embate del cierzo ya las hojas  
Mustias cayendo van:  
En pos de cada hoja un desengaño  
El alma sentirá.

Severo el Tiempo, en su reloj de arena  
Marcando un año más,  
Una ilusión soñada en cada grano  
Nos roba sin piedad.

La vil traición que la mujer amada  
Ocultaba falaz;  
La infame ingratitud que en enemigo  
Torna al amigo ya;

De un ser amado la temprana muerte,  
Sumiendo en la orfandad  
Á niños inocentes, que felices  
Á ser no volverán;

El dardo agudo que os clavó la envidia  
Ó la torpe maldad;  
La necia burla que inconsciente mancha  
Vuestra honra quizá;

La indecisión, la duda que os agita  
Y os llena de ansiedad;  
De ajenos males la impresión funesta  
¡Cuántos, ay, sentirán!

Que es la vida una lucha que en nosotros  
Emprende el bien y el mal;  
Lucha terrible, que tan sólo acaba  
Al tiempo de expirar.

Y pasan años, y seguimos siempre  
Tras ilusión fugaz.  
En pos del crudo invierno, primavera  
Apacible vendrá.

De nuevo en ella brillarán los bosques  
Con verde majestad;  
Pero las muertas esperanzas ¿cuándo  
¡Ay! cuándo volverán?





## SUEÑOS DEL ALMA

AUN estaba en la cuna, y ya en mis sueños  
Cual célica visión te contemplaba;  
Aérea, impalpable, en el tranquilo ambiente  
Agitando tus alas.

Más tarde entre las nubes de topacio,  
Heridas por el sol en la alborada,  
Ante mi vista absorta apareciste  
Envuelta en leves gasas.

Y fuiste á mi existencia lo que el rayo  
De sol, que anima la dormida planta;  
Que de insaciable amor por tí en mi pecho  
Prendió la viva llama.

Y ora en el fondo de apacible lago;  
Ora en la nube que cruzando pasa  
El éter puro, y al morir la tarde  
Se torna en oro y grana;

Ora en el tibio rayo de la luna  
Que á través de la selva se destaca,  
Caprichosa figura dibujando  
De misteriosa hada;

Ora en el centro de escondida cueva,  
Do al penetrar del sol luciente ráfaga  
Blanco fantasma finge en la laguna  
De fosfóricas aguas;

Ora en la blanca vela fugitiva  
Que se pierde del mar en lontananza;  
Ó ya en la roca, que las olas cubren  
De espumas y de algas;

Doquier te admiro bella, seductora,  
Imagen celestial de luz cercada,  
Amor que en mí renace y nunca llega  
Á comprender el alma.

¿Quién eres tú, mujer, ángel ó diosa,  
Que de ilusión en ilusión me arrastras,  
Sin conseguir jamás á la que aspiro  
Realidad dulce y grata?

¿Por qué en la soledad, cándida y pura  
Con tu benigno sonreír me halagas,  
Y al tenderte los brazos anhelante  
Te ocultas enojada?

Inútilmente seguiré tus huellas,  
Si al acercarme yo de mí te apartas:  
Cede á mi amante ruego, ó fiera extingue  
De mi amor la esperanza.

Mas en vano ¡ay de mí! por tí suspiro,  
Y al verte aparecer mi voz te llama:  
No es tu sér de la tierra; allá en el Cielo  
Te encontrará mi alma.





## ANTE EL SEPULCRO DE MI AMIGA A. M.

NI una luz, ni una flor sobre su tumba!  
¿De sus tiernos y asiduos amadores  
    La turba dónde está?  
¡Pobre niña! Olvidáronte los mismos  
Que eran de tu beldad aduladores;  
    Libres se juzgan ya.

Ellos amaban sólo tu belleza:  
¿Qué les importa el alma á los que miran  
    En la materia un Dios?  
Entregan al olvido tu memoria,  
Y de otras bellas á los pies suspiran,  
    Siguiéndolas en pos.

Mas yo, que al par que tu hermosura pude  
Admirar tu virtud y tu inocencia,  
    Plegarias te daré!  
Ellas mejor que las mundanas flores  
Llegan al trono de la eterna Ciencia,  
    Del que todo lo ve.





## Á UNA HIPÓCRITA

TE ví en el templo con la vista absorta  
En una imagen de Jesús sagrada,  
Y estabas tan humilde, tan conrita,  
Que te juzgué una santa.

Luego te ví en el mundo, en los placeres,  
De innúmeros galanes rodeada,  
Y eran tus ojos garfios del Infierno  
Para atraer las almas.

Extraños pensamientos desde entonces  
Luchando en mi cerebro se desatan;  
Y es que aun no puedo comprenderte, y dudo  
Si eres la misma que en la iglesia estaba.





## ANHELO DEL ALMA

SONÉ con la ventura: por hallarla  
Tras los placeres con afán corrí.  
Y la ilusión primera de mi vida  
Murió al rumor de báquico festín.

La riqueza es la dicha, —pensé entonces,—  
Y grandiosos palacios recorrí,  
Y allí al orgullo y á la ciega envidia  
Ocultando el dolor ví sonreír.

¿Quién del poeta eclipsará la gloria?  
¡Por el genio brillar! ¡Dicha sin fin!  
Dije; mas ¡ah! sus fúlgidos laureles  
Regados siempre con su llanto ví.

¿Dó la felicidad? clamé abatido,  
Mi esperanza al mirar rápida huir;  
Y oculta voz que resonó en mi alma  
«En el Cielo, —me dijo, —sólo allí.»





## ECOS DE LA GUERRA CIVIL

### I

DEJAD que corran sus ardientes lágrimas;  
La triste madre todo lo perdió.  
Murió su hijo en la guerra... y ella es pobre...  
¡Respetad su dolor!

¡Respetad su dolor! Es vuestra obra;  
Traidora por vosotros despertó  
La fratricida lucha que de sangre  
Riega el suelo español.

¡Pobre madre! Le habláis del amor patrio  
A la que tiene muerto el corazón...  
¿Cuál de vosotros, si el poder os ciega,  
El amor de la patria comprendió?

II

EN EL DÍA DE DIFUNTOS

Vedla vagar por las sombrías calles  
De la triste mansión de los que fueron:  
En su pálida frente lleva escrito  
Su amargo desconsuelo.

Allí todas las madres dulce ofrenda  
De amor darán al hijo que perdieron;  
Todas, sí, menos ella, porque el suyo  
De la guerra no ha vuelto.

De la ajena ambición víctima triste,  
De aquel hijo infeliz los fríos restos  
Yacerán bajo un campo de batalla,  
Con otros mil revueltos.

Y aplausos y coronas dará el mundo  
Tras la hecatombe al vencedor sangriento...  
¡Para la pobre madre desolada  
No tendrá ni un recuerdo!

Noviembre de 1874.





## HISTORIA TRISTE

ERA aun niña, y sus padres de su lado  
La apartaron con bárbaro rencor:  
Cruzó del mundo el piélago agitado  
Sola... con su dolor.

Fué mujer, y á la voz de amor constante  
Sintió su ardiente pecho palpar...  
Fingido fué el amor; falso el amante,  
Su destino... olvidar.

La gloria un punto sus divinas alas  
Sobre su frente pálida agitó:  
Logró del genio las sublimes galas,  
Y su lira vibró.

Mas en vano ceñir quiso la suerte  
Brillantes lauros á su altiva sien:  
Son lauros sin amor, lauros de muerte,  
Y mentido su bien.

Hora de un claustro en ámbito sombrío  
Del mundo olvida la ilusión falaz:  
¿Es feliz, ó tal vez pesar impío  
La persigue tenaz?

¡Feliz!... La miro y en su rostro helado  
No descubro ni aun sombra de aflicción:  
Cerrada está su mente á lo pasado...  
¡Cuántas lágrimas ¡ay! habrá costado  
Esta sublime paz al corazón!





## EN EL MAR

PESCADORES, bogad: las claras ondas  
Batid, cruzad con ánimo sereno;  
Del Océano en el hirviente seno  
Quiero un punto mis penas olvidar.  
Huyamos presto la arenosa playa,  
Que aquí, en medio del piélago espumoso,  
Al rumor de los remos cadencioso,  
Mi espíritu se siente reanimar.

Más puro aquí el ambiente se respira;  
Más brillantes se miran las estrellas,  
Y la naciente luna mil centellas  
Finge en las aguas con su tibia luz.  
La noche avanza; del muriente día  
Sólo quedan los pálidos reflejos,  
Y envuelta la ciudad se ve á lo lejos  
De niebla impura en fúnebre capuz.

Allí el encono, el insaciable orgullo  
Y la ciega ambición alzan la frente;  
Aquí tranquilo el corazón se siente  
En medio de sublime soledad.  
Bogad, remeros: que la débil nave  
Venza el furor del líquido elemento,  
Y dichoso gozar pueda un momento  
De vuestra pura y santa libertad.

¡Cuán felices vosotros! Nunca el dardo  
De la envidia os hirió con saña impía,  
Y despuntar veréis el nuevo día  
Sin sentir lacerado el corazón.  
Que aunque bregar vuestro destino sea  
Contra la furia de revueltos mares,  
La lucha no sufrís, ni los azares  
Que matan en el alma la ilusión.

Á vuestro albergue á reposar mañana  
Iréis de vuestras ásperas faenas,  
Y vuestras frentes brillarán serenas,  
Sin odios, sin temores ni ansiedad.  
Yo iré al combate, mi destino es ese;  
Á sonreír al desleal amigo;  
Iré á estrechar la mano á mi enemigo;  
Lo ordena así, crüel, la sociedad.

Y veré cuál se goza el vicio infame  
Feroz hollando á la virtud austera;  
Y veré en lucha audaz, inicua, artera,  
Vencida la lealtad por la traición:  
Y una amistad que la ambición deshace,  
Y un amor frágil que se vende al oro,  
Y una justicia que, de sí en desdoro,  
Ciega se guía por fatal pasión.

Y veré... Basta ya: bogad, remeros:  
 Quiero olvidar del mundo los horrores;  
 Quiero ahuyentar del alma los dolores,  
 Entre las olas del rugiente mar.  
 Y cuando logre, de vosotros lejos,  
 Recordar este instante delicioso,  
 «Un momento—diré—fui venturoso;  
 Pude un momento la existencia amar.»





## SIN ALMA

DESCRIBIR la belleza quise un día,  
Y su perfecta imagen no encontraba,  
Cuando tú me dijiste: «Soy hermosa:  
Modelo no te falta.»

Y era cierto: tu pecho alabastrino  
Al de la diosa del amor iguala;  
Es griego tu perfil, tu talle airoso  
Como la esbelta palma:

Mas en vano intentó mi escaso numen  
La copia hacer perfecta y acabada;  
Tu contorno es muy bello, pero tienes  
Más que de nieve el alma.

Yo la completa perfección anhelo,  
Y, al par que la belleza de la estatua,  
Bajo el turgente seno necesito  
Un corazón que vigoroso lata.





## DESENGAÑO

SEVERA en sus creaciones, á su frente  
Áurea corona la virtud ceñía,  
Y atronador aplauso contestaba  
Al eco de su lira.

Por sus nobles acentos engañado  
Veneración secreta le rendía,  
Y era, entre todas, mi mayor ventura  
Tenerla por amiga.

¡Gloria y aplauso ayer!... Hoy mancillada  
Miro su frente, y de sufrir marchita:  
De ella el ángel del bien triste se aleja,  
Y con dolor la mira.

Y al negar con sus hechos sus palabras,  
En vano intenta aparecer tranquila:  
La lucha que sostiene su conciencia  
Está en su faz escrita.





## LA MENDIGA

POR muchedumbre estúpida acosada,  
Llena de heridas, sin aliento va:  
«Dejadme,—dice,—por piedad dejadme,»  
Ya próxima á expirar.

Á sus gritos de angustia el populacho  
Su martirio se goza en redoblar:  
«Es la loca», murmuran los que pasan,  
Y á ampararla no van.

Y olvidada la mísera del mundo,  
Si logra de las turbas escapar,  
Sin comprender por qué, cual loca, opresa  
Vese en un hospital.

¡Ella presa sin culpa, y sus verdugos  
Buscando nuevas víctimas irán!...  
¡Cread un dios del hombre, neo-filósofos,  
Y su instinto ensalzad!





## LA PECADORA

### I

**D**EL Cantábrico mar en la ríbera  
La ví por vez primera,  
Rodeada de mil adoradores:  
Reina de la elegancia y la hermosura,  
Nadie en su frente impura  
Adivinó la hiel de sus amores.

Feliz al parecer, y vencedora,  
En lid asoladora,  
De cien rivales, su fatal belleza  
Crecer con sus victorias parecía,  
Como en noche sombría  
De la mar el peligro y la grandeza.

Fiera, arrogante, de sus ojos bellos  
Los lúbricos destellos  
En los incautos pechos encendían  
De lascivos deseos y bienandanza  
Seductora esperanza,  
Que en tedio sus amores convertían.

Por mi lado pasó, y una mirada  
Tenaz y despiadada,  
Mi menosprecio al ver, me lanzó, ardiente,  
Intentando á su antojo sujetarme;  
Mas yo, sin humillarme,  
Proseguí mi camino, indiferente:

Porque jamás mi corazón de fuego  
El incitante ruego  
Pudo acoger de corrupción mundana,  
Ni belleza encontró donde no brilla  
La virtud, que no humilla  
La noble frente á impura cortesana.

II

Transcurrieron dos años: en el lecho  
Miserable y estrecho  
De un hospital la contemplé otro día.  
¿Quién de aquella belleza encantadora  
Reconociera ahora  
La arrogante altivez y la osadía?

Desgarrándose el pecho palpitante,  
Descompuesto el semblante  
Por el pesar y por tenaz dolencia,  
Tal vez su infame vida recordaba,  
É implacable se alzaba  
Crüel remordimiento en su conciencia.

Que la que, atenta sólo á sus placeres,  
Olvida los deberes  
Que impuso Dios, como süave yugo,

Del hombre á la constante compañera,  
 Al fin de su carrera  
 En sus vicios encuentra su verdugo.

Sus ojos en los míos se fijaron,  
 Y humildes me lanzaron  
 Una mirada que «¡piedad!» decía...  
 ¡Ay! que aquella mirada en mi memoria  
 Brotar hizo la historia  
 De su efímero triunfo y su agonía.

Una lágrima entonces, silenciosa,  
 Cual ofrenda piadosa,  
 Corrió por mi mejilla, á su desvelo  
 Prestando lenitivo y dulce calma;  
 Porque siempre mi alma  
 Se abrió á la caridad, hija del Cielo.

III

¿Qué intuición misteriosa me atraía  
 Hacia la entrada umbría  
 De aquel viejo hospital?... Era una tarde  
 Del mes triste á los muertos consagrado,  
 En que hasta el sol, velado,  
 Habla de muerte al ánima cobarde.

Del hospital por la elevada puerta,  
 Apenas entreabierta,  
 Un ataúd en hombros conducido  
 Ví de tres hombres: nadie los seguía;  
 El muerto no tendría  
 Ya en el mundo quizá ni un sér querido.

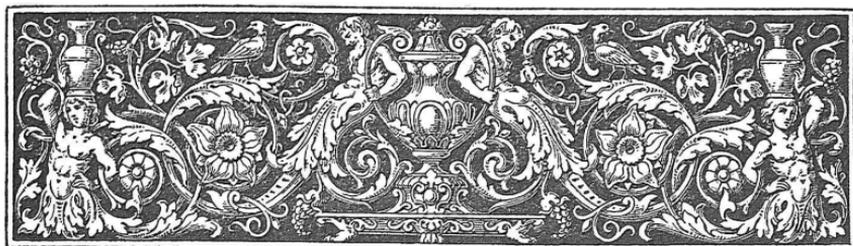
En lenta marcha, con falaz misterio,  
Al triste cementerio,  
Que en solitario monte está labrado,  
Al cabo llegan, y en la inmensa fosa,  
Donde no hay cruz ni losa,  
El mísero cadáver fué arrojado.

No me engañó mi fiel presentimiento;  
Sólo la ví un momento  
Mientras la húmeda tierra la cubría,  
Mas ese me bastó... Sí, era ella:  
Como fugaz estrella,  
Abrasada en su luz, desaparecía.

Todo acabó: los hombres se alejaron;  
La puerta traspasaron  
De aquellos campos mudos y desiertos;  
Y en tanto que en silencio meditaba,  
Con Bécquer exclamaba:  
¡Qué soledad, gran Dios, la de los muertos!

Terrible idea, azaz aterradora,  
Que viene á toda hora  
Del no ser á mostrar el hondo arcano...  
Recé por ella, y confié en el Cielo;  
Que este dulce consuelo  
Queda en la tierra al corazón cristiano.





## JUVENTUD DEL ALMA

No suspires, amiga, si el espejo  
Aleve te mostró la primer cana;  
Del tiempo á los estragos, la inocencia  
Opones de tu alma.

Podrá llorar su juventud perdida  
La que á enfrenar no alcance sus pasiones;  
Mas no envejece la que honrada vive:  
Tú serás siempre joven.





## EN LA PLAYA

---

Á LA MEMORIA DE MI QUERIDA AMIGA  
LA SRA. D.<sup>a</sup> DOLORES ZAYAS DE CUADRA

ESTE es el mismo mar!... ¡Ésta la arena  
Que con su planta hollaba!  
¡La altiva roca allí, donde serena  
Á infantiles recuerdos se entregaba!

¡Cuán venturosa, con su amante esposo,  
Al declinar el día,  
Aquí en éxtasis mudo y vagaroso  
La vista absorta por el mar tendía!

¡Cuál de sus hijos al amor vehemente  
Su pecho se ensanchaba!  
¡Cuál de la caridad al eco ardiente  
De lágrimas su rostro se inundaba!

Y era entonces ¡oh Dios! esta ribera  
De su dicha testigo.  
Aquí la contemplé por vez primera,  
Y orgulloso la oí llamarme «amigo.»

¡Todo por siempre fué!... Combate el viento  
Las costas españolas;  
Mas no en sus alas llevará su acento,  
Ni á repetirlo volverán las olas.

Hora muda la playa, silencioso  
Y triste el mar se mira...  
Su dulce nombre grito, y, pavoroso,  
El eco al resonar, horror me inspira.

Y al elevar á Dios tierna plegaria  
Con fervoroso anhelo,  
Parece que en la roca solitaria  
Mi voz se apaga sin llegar al Cielo.

Quédate adiós, ribera en que algún día  
Hallé ventura y calma;  
Que hoy sólo en tí letal melancolía,  
Recuerdos de dolor encuentra el alma.





\*\*\*\*\*

Es pálida su faz, albo su seno,  
Su voz dulce y sonora,  
Negros sus bellos ojos, y en sus labios  
Blanda sonrisa asoma:

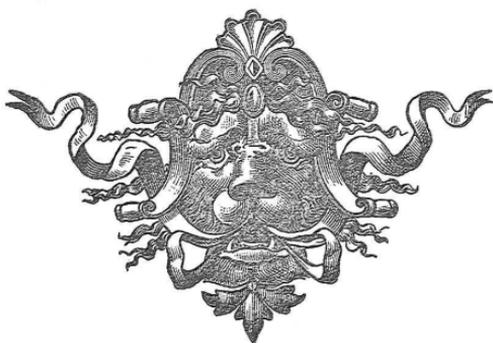
Mas en el fondo de su pecho impuro  
Reina la envidia odiosa,  
Y, creciendo á merced de sus pasiones,  
La abrasa y la devora.

¡Pobre mujer! Creyó con el veneno,  
Que en su interior rebosa,  
Poder trocar la paz de mi retiro  
En guerra asoladora;

Mas el punzante dardo que á mi pecho  
Dirigió, ciega y loca,  
Pasó sin ofenderme, y de rechazo  
Fué á herir á la traidora.

Hoy, los estragos de la edad sintiendo,  
Vive intranquila y sola,  
Y, de Dios olvidada y de los hombres,  
Al mundo entero odia.

Y como el vil insecto que en sí propio  
Ensayo su ponzoña,  
En las voraces llamas de su envidia  
Su triste vida agota.





## ÁNGEL CAÍDO

No lo dudéis, es ella; la que un día  
De adoradores mil encanto fué:  
Era bella, elegante, seductora;  
La adulabais ayer.

Cayó del pedestal de la hermosura  
Herida por el vicio y la vejez...  
Os pide una limosna, y le negáis  
Este mísero bien.

Hoy miráis con desprecio á la que sólo  
Víctima triste de vosotros es:  
«¡Deshonrada!» gritáis... y al condenarla,  
Sin comprenderlo, os condenáis también.





## SIN CONSUELO

Voy á partir... ¡adiós, adiós por siempre!  
Libre la nave se columpia ya:  
El corazón me dice que á esta playa  
No volveré jamás.

»Horrible falsedad mató en mi pecho  
La amistad y el amor:  
Ella y á un tiempo mi mejor amigo  
Hiciéronme traición.

»¡Se amaban!... Tarde su fatal secreto  
Conseguí adivinar,  
Que, pérfidos al par, ambos me hacían  
Protestas de lealtad.

»Antes que llegue de remotos climas  
Al lejano confín...  
¡Harto lo sé!... de mi dolor al peso  
Me sentiré morir.

»Mas si no han de verter sobre mi tumba  
Lágrimas el amor ni la amistad,  
¡Qué me importa al morir yacer en tierra  
Ó en el fondo del mar!»

¡Pobre amigo! En su faz descolorida  
Comprendí la verdad de su dolor:  
Lágrimas derramando, me echó al cuello  
Los brazos... y partió.

Y ella sin pena lo miró alejarse:  
Hoy con su nuevo amor ufana está...  
¿El falso amigo y la mujer liviana  
Tranquilos vivirán?





## AYER Y HOY

Á ERCILIA

I

ERA aquí mismo: la floresta umbrosa  
Del sol nos defendía,  
Y abril risueño sus galanas flores  
Nos brindaba en el valle y la colina.

Pintadas aves en el bosque ameno  
Mostraban su alegría,  
Ora saltando entre las verdes ramas,  
Ora entonando cántigas sentidas.

¿Lo recuerdas?... Al margen de este arroyo  
De transparentes linfas  
Largo tiempo, á admirar nos detuvimos  
El esplendor de la feraz campiña.

Sentada junto á mí, bajo las ramas  
De centenaria encina,  
Enlazaste mi mano con tu mano,  
Y en tus labios brotó dulce sonrisa.

Un porvenir de fúlgidos colores  
Se alzaba á nuestra vista,  
Como al nacer el sol luce en el cielo  
Puro raudal de brilladoras tintas.

Ilusiones de gloria y de ventura,  
De amor y de poesía  
Surgían á la par en nuestras almas,  
Por benigna esperanza protegidas.

Cariñosos amigos sus favores  
Nos daban á porfía,  
Y con sabios consejos nos guiaban  
Por la escabrosa senda de la vida.

Gloria, amistad, risueñas esperanzas  
De perdurables dichas,  
Como genios del bien, á nuestros ojos  
En mágico tropel aparecían.

Ensueños de los años juveniles  
Que la mente acaricia,  
¿Por qué pasáis, cual ráfagas que el viento  
Arrebata en sus alas fugitivas?

## II

Era aquí mismo: en el cenit, cual hora,  
El sol resplandecía;  
Y á sus rayos vivíficos las flores  
Aromas daban á la errante brisa.

La floresta y las aves; el arroyo  
 Que manso se desliza  
 Entre flexibles juncos y á su paso  
 Parece que se queja ó que suspira;

La vega, la colina, el campo todo,  
 Como en aquellos días,  
 Á nuestra vista absorta reaparece,  
 Lleno de luz, de animación y vida.

¡Dura fatalidad! ¿Por qué en tus ojos  
 Una lágrima brilla?  
 ¿Por qué ya, como entonces, no sonrías,  
 Ni te deleita la feraz campiña?

¿Por qué á la vista de natura hermosa,  
 Que hora á gozar convida,  
 Himnos no eleva de entusiasmo ardiente  
 Soñadora y vivaz tu fantasía?

¿No respondes? ¡Ay triste! tu silencio  
 Comprendo, dulce amiga;  
 ¡Yo también, como tú, me siento herido  
 De constante y letal melancolía!

Y en vano intento variados tonos  
 Arrancar á mi lira:  
 Sólo exhala quejidos, al recuerdo  
 De nuestra grata juventud perdida.

¡Feliz edad en que la mente nunca  
 Al corazón domina,  
 Y en que, libre de dudas y recelos,  
 Por generosa inspiración se guía!

¡Feliz edad en que soñando vive  
El alma enardecida;  
En que al eco de amor, de patria y gloria  
Hierva la sangre, el corazón palpita!

Ensueños de los años juveniles,  
Que la mente acaricia,  
¿Por qué pasáis, cual ráfagas que el viento  
Arrebata en sus alas fugitivas?

III

Pasaron, sí; mas el recuerdo vive  
De tan veloces dichas;  
Recuerdo abrumador que la tristeza  
En nuestras almas, inclemente, aviva.

Dudas, ingratitudes, desengaños,  
Deslealtades inicuas,  
Que á matar la ilusión, traidoras, llegan,  
Cual tempestad que al campo esteriliza:

La pérdida de amigos y de deudos  
Que fueron nuestra egida  
Contra la saña de calumnia aleve,  
Contra los viles dardos de la envidia:

De otros la ausencia, que nos priva ahora  
De grata compañía;  
Todo viene á trocar nuestro pasado,  
Todo á aumentar nuestra ansiedad conspira.

¡Tristeza y soledad! Duras cadenas  
 Que al humano esclavizan,  
 Cuando, perdidas ya las ilusiones,  
 Sin detenerse á la vejez camina.

Mas feliz el que en lucha con las olas  
 Logra ganar la orilla:  
 ¡Feliz vejez la que llegó al amparo  
 De una conciencia plácida y tranquila!

¡Corred, lágrimas puras, derramadas  
 No á la memoria impía  
 De cruel remordimiento, sinó sólo  
 Á la de grata juventud perdida!

Sí: felices nosotros, que á la playa  
 Llegamos, cara Ercilia,  
 Llevando la esperanza en nuestro pecho,  
 Atrás volviendo sin temor la vista.

Ensueños de los años juveniles,  
 Polvo sois y ceniza:  
 ¡Pasad también, recuerdos, como ráfagas  
 En las alas del viento fugitivas!





## ANTE EL CADÁVER DE MI INFORTUNADO AMIGO

EL JOVEN POETA

### CAYETANO DE ESTER

**D**ESDICHADO! Sintió del genio al ímpetu  
Su generoso pecho palpar:  
Soñó de perfección un mundo espléndido,  
Que jamás pudo hallar.

Modelo de virtud, su noble espíritu,  
À ideales regiones se elevó.  
La vil maldad y la ignorancia estúpida  
Valiente combatió.

Mas de su ardiente fe la luz vivífica  
Pudo apenas el mundo adivinar;  
Y acaso de la envidia vino el hálito  
Su mérito á empañar.

¡Desde entonces murió!... Sus labios rígidos  
Negaron la palabra al corazón:  
Y es que perdió con su ideal benéfico  
Su postrera ilusión.

¡Ah! no lloréis sobre sus restos fúnebres!  
Dad lauros sólo á su marchita sien...  
Para el que pierde su esperanza última,  
Morir es un gran bien.





## Á UN RUISEÑOR

CANTA, tierna avecilla, tus amores:  
    ¿Quién sabe si mañana  
El nido de tu amante compañera  
Furioso el viento llevará en sus alas?

    ¿Quién puede adivinar si el plomo aleve  
    De cazador sin alma  
Te dejará viuda, ó si la víctima  
Serás tú misma de su torpe audacia?

Canta mientras el bosque te dé abrigo  
    Bajo sus verdes ramas;  
Mientras el viento ó la traición no llegue  
Á privarte de vida ó de esperanza.

Yo también, como tú, de amor y dicha  
    Alcé sentidas cántigas;  
Y ráfagas de muerte convirtieron  
Mi amor en soledad, mi dicha en lágrimas.





## EN EL OTOÑO DE LA VIDA

(MEDITACIÓN)

CUANDO vuelvo la vista á lo pasado,  
Y de mi vida entera  
Recuerdo los combates sostenidos  
Del bien en aras ó de noble idea,  
Y comprendo que estériles ó inútiles  
Fueron de mi mezquina inteligencia  
Los esfuerzos constantes  
En esa lucha que agotó mis fuerzas,  
Siento que el frío eterno de las tumbas  
De mi espíritu inerte se apodera.

¡Ah! ¡Cuánta defección! ¡Cuántos engaños!  
¡Qué muda indiferencia  
Del bien ante los puros ideales  
Hallé por pago en mi soñada empresa!  
Si hubo un alma benigna ó generosa  
Que á mi voz respondiera,  
Por cientos y por miles los contrarios  
Lanzábanse en rabiosa competencia  
Para alzar de su sórdido egoismo

El muro infranqueable en nuestra senda.  
Y yo, que en hacer bien fundé mi gloria,  
Si en la lucha del mundo turbulenta,  
Del bueno al lado, conseguí algún día  
Victoria pasajera,  
Fué dejando, por rudos desengaños,  
Trozos del corazón en la pelea,  
Como deja el soldado fugitivo,  
Que se ampara en la selva,  
De su honroso uniforme y de sus carnes  
Pedazos en la rústica maleza.

¡Tal es la humanidad! Verdad amarga,  
Cuyo secreto cuesta  
Al alma sus doradas ilusiones,  
Y al triste pecho lágrimas acerbadas.

Mas ¡feliz el que puede sus desdichas  
Compartir con amante compañera!  
¡Dichoso el que en la edad del desengaño  
Esposa fiel y tierna  
Ve junto á sí para calmar sus duelos,  
Mientras la hora de su fin no llega!

Yo ¡infeliz! sólo puedo de mi Ercilia,  
En perenne inquietud, llorar la ausencia,  
Que á la eternal región voló su alma,  
Cual cautivo dejándome en la tierra.  
¡Ay! Desde entonces, sin concierto, vago  
Por los lugares do estampó sus huellas:  
Mi herido corazón está tan seco  
Como el árido polvo de la estepa,  
Y es mi alma cual piedra solitaria  
Del Muerto mar en la fatal ribera.  
Si miro al cielo, pálidas, llorosas

Contemplo las estrellas,  
 Cenicienta la luna, el sol velado  
 Por pertinaces nieblas;  
 Y si á la tierra torno la mirada,  
 Se alzan vapores que mi vista alteran,  
 Y absorto veo sin verdor el bosque,  
 Inculta la pradera,  
 La fuente inmóvil y las aves mudas;  
 Natura toda ante mis ojos muerta.

À veces se remonta el pensamiento  
 Á la mansión etérea,  
 Y allí, gozando dichas eternas,  
 Aun me figuro verla,  
 Tierna, amorosa, con afán diciéndome  
 Que vuele á su presencia.  
 «Señor—exclamo entonces  
 Con ansiedad suprema,—  
 ¿Por qué los fuertes lazos que me ligan  
 Á esta cárcel estrecha  
 No rompes, y á su lado el dulce ambiente  
 Me dejas respirar en que ella alienta?  
 ¿Por qué, por qué alargar mi inútil vida,  
 Prolongando mis penas?»  
 Y voz oculta, que venir parece  
 Del Cielo, me contesta:  
 «Para alcanzar la celestial ventura  
 Que con afán anhelas,  
 Purifica tu alma en los dolores;  
 Desdichado mortal, *sufre y espera.*»

Yo me humillo, Señor, á tu mandato;  
 Perdona mi impaciencia;  
 Mas abrevia mis horas de amargura  
 Y mi apenado espíritu consuela.

¡Ah! sí; yo sufriré, sin que mis labios  
Pronuncien una queja;  
Que, cual cristiano, acato reverente  
Tu santa Omnipotencia:  
Sumiso esperaré, y en mi garganta  
Se extinguirán mis lúgubres querellas.

Y tú, mi pobre lira, de este sauce,  
A cuya sombra ella,  
Herida ya de muerte, descansaba  
Reclinando en mi pecho su cabeza,  
Pendiente quedarás, muda, en crespones  
De eterno luto euvuelta.  
Y si fiero Aquilón, en crudo invierno,  
Te azota en su carrera,  
Gemidos de dolor, ayes tan sólo  
Al aire den tus destempladas cuerdas.

Alquería del Pilar,  
19 de Noviembre de 1894.

FIN DE LAS POESÍAS



## NOTAS

(1) Aluden estos cuatro versos á la admirable verdad con que el Sr. Romea representa los papeles de Gloucester y Tom en los dramas *Los hijos de Eduardo* y *El campanero de S. Pablo*.

(2) Esta composición obtuvo, en los certámenes poéticos celebrados por la Academia Bibliográfico-Mariana de Lérida el año de 1863, la lira de plata y oro, primer premio destinado á la Oda por aquella Corporación.

(3) Alúdese en estos versos á la favorable acogida que en Alemania y Francia ha obtenido por muchos librepensadores la obra impía de Mr. Renán titulada *La Vida de Jesús*.

(4) Esta Oda obtuvo el premio del Excmo. é Ilmo. Sr. Don Fray Zeferino González, Arzobispo de Sevilla, en el Certamen celebrado por la Real Academia Sevillana de Buenas Letras el 15 de Abril de 1884.

(5) Alude el autor á la solicitud que la Diputación Arqueológica Sevillana elevó á S. M. la Reina, por conducto de S. A. R. el Infante D. Sebastián Gabriel, á fin de conseguir una subvención del Gobierno para continuar las excavaciones.

(6) Esta poesía forma parte del interesante volumen que con el título de *Die Wunder Sevilla's (Maravillas Sevillanas)* ha dado á luz mi querido amigo el Sr. Fastenrath, entusiasta admirador de las glorias españolas.

(7) S. M. la reina D.<sup>a</sup> Isabel II fué la primera que contribuyó con una respetable suma para que el antiguo templo fuese restaurado.

(8) Este pensamiento, y otro análogo del romance siguiente, son imitaciones de la introducción á *la oración por los caminantes* del precioso devocionario de niños titulado *La guirnalda*

*de la inocencia*, que con tanta aceptación ha dado á luz mi amigo el Sr. Carbonero, á quien dedico esta poesía.

(9) El autor envió esta Sátira al Certamen que celebró la Real Academia Sevillana de Buenas Letras el 15 de Abril de 1884, declarando de antemano en pliego aparte, encabezado con el mismo lema, que no aspiraba á premio alguno, y sí sólo á la distinción de la lectura en último lugar. La Academia tuvo á bien concederle este honor, otorgándole al par mención honorífica especial.

(10) Esta poesía, escrita á indicación de mi buen amigo el ilustre poeta alemán Dr. D. Juan Fastenrath, ha sido inspirada por la bella descripción que dicho señor hace de esta fiesta religiosa.

(11) Alude el autor á la Real Orden, publicada pocos días antes en la *Gaceta de Madrid*, por la cual se suprimía la Escuela Superior de Bellas Artes de Sevilla, fundada por el insigne pintor Bartolomé Esteban Murillo.





# ÍNDICE

|                                                                          | <u>Págs.</u> |
|--------------------------------------------------------------------------|--------------|
| PRÓLOGO del Excmo. Sr. D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca. . . . . | v            |

## SONETOS

|                                                                                                                   |    |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| Á Santa Teresa de Jesús. . . . .                                                                                  | 5  |
| Á Santo Tomás de Aquino. . . . .                                                                                  | 6  |
| Á Pío IX. . . . .                                                                                                 | 7  |
| En la sentida muerte del Emmo. y Rvmo. Sr. D. Fr. Joaquín Lluch y Garriga, Cardenal Arzobispo de Sevilla. . . . . | 8  |
| España en 1871. . . . .                                                                                           | 9  |
| Á España en la Restauración de D. Alfonso XII. . . . .                                                            | 10 |
| La verdadera dicha. . . . .                                                                                       | 11 |
| Á S. M. el Rey D. Alfonso XII, después de la paz. . . . .                                                         | 12 |
| Á S. M. la Reina D. <sup>a</sup> Isabel de Borbón. . . . .                                                        | 13 |
| En la prematura muerte de S. M. la Reina D. <sup>a</sup> María de las Mercedes. . . . .                           | 14 |
| Á S. M. la Reina D. <sup>a</sup> Isabel II, en su visita á Itálica. . . . .                                       | 15 |
| Á S. M. la Reina Regente, en las fiestas del Centenario del descubrimiento de América. . . . .                    | 16 |
| Á Cristóbal Colón. . . . .                                                                                        | 17 |
| Á S. A. R. la Serma. Sra. Infanta D. <sup>a</sup> Paz de Borbón, Princesa de Baviera. . . . .                     | 18 |

|                                                                                                                                                            |    |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| Al eminente actor é insigne poeta D. Julián Romea, en la noche de su beneficio. . . . .                                                                    | 19 |
| Á mi apreciado amigo el célebre poeta D. Narciso Campillo, después de leer su <i>Oda á Dios</i> . . . . .                                                  | 20 |
| Á Cervantes. . . . .                                                                                                                                       | 21 |
| Á mi muy querido amigo el insigne poeta Excmo. Sr. D. Juan Fastenrath, después de su feliz enlace con la Srta. D. <sup>a</sup> Luisa Goldmann. . . . .     | 22 |
| Á una estatua de Lucano original del Sr. D. Antonio de las Peñas León. . . . .                                                                             | 23 |
| Á Calderón. . . . .                                                                                                                                        | 24 |
| Á mi apreciable amigo el insigne poeta Excmo. Sr. D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, con motivo de la publicación de sus poesías. . . . .           | 25 |
| Á mi muy querido amigo el insigne poeta alemán Excmo. Sr. D. Juan Fastenrath, en el día 13 de Enero de 1871, aniversario de la muerte de su padre. . . . . | 26 |
| Á Murillo. . . . .                                                                                                                                         | 27 |
| Á la memoria del insigne poeta D. Luis Eguílaz. . . . .                                                                                                    | 28 |
| Á un hablador ignorante. . . . .                                                                                                                           | 29 |
| Á la memoria del insigne novelista y eminente poeta D. Manuel Fernández y González. . . . .                                                                | 30 |
| Á mi buen amigo el Excmo. Sr. Marqués de Cabriñana, inspirado poeta. . . . .                                                                               | 31 |
| Á mi querido amigo el insigne poeta Sr. D. José de Velilla, autor del aplaudido drama <i>Daniel</i> . . . . .                                              | 32 |
| Á Cristóbal Colón, con motivo del inicuo atentado cometido con su busto en Roma el día 7 de Agosto de 1892. . . . .                                        | 33 |
| Un pensamiento dedicado á <i>Pequeñeces</i> , novela del P. Coloma. . . . .                                                                                | 34 |
| En la sentida muerte del insigne poeta Excmo. Sr. D. José Zorrilla. Demócratas y anarquistas. . . . .                                                      | 35 |
| En el Jubileo Episcopal de Su Santidad.—Europa y León XIII. . . . .                                                                                        | 36 |
| En la sentida muerte del sabio y virtuoso Cardenal de la Santa Romana Iglesia Emmo. Sr. D. Fray Zeferino González. . . . .                                 | 37 |
|                                                                                                                                                            | 38 |

## ODAS

|                                                                                                        |    |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| Á la Santísima Virgen María en Montserrat. . . . .                                                     | 41 |
| Á la muerte de Jesús. . . . .                                                                          | 51 |
| Á Santa Teresa de Jesús. . . . .                                                                       | 54 |
| Á Jerusalem. . . . .                                                                                   | 60 |
| Á Nuestra Señora de Castellanos, en el solemne acto de su traslación á la iglesia de Chamberí. . . . . | 63 |

|                                                                                                                                                 |     |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Á Ntro. Sto. Padre el Papa Pío IX, con motivo de su alocución pronunciada en el Consistorio secreto de 30 de Septiembre de 1861.                | 67  |
| Á S. M. la Reina D. <sup>a</sup> Isabel II, en su llegada á Sevilla.                                                                            | 71  |
| Al mar.                                                                                                                                         | 75  |
| Al siglo XIX.                                                                                                                                   | 81  |
| Ecos de la Patria.—Al mar.                                                                                                                      | 90  |
| Al Oceáno.                                                                                                                                      | 97  |
| El Dos de Mayo.                                                                                                                                 | 103 |
| En la proclamación de S. M. el Rey D. Alfonso XII.                                                                                              | 111 |
| El Otoño.—Á mi querido amigo el distinguido literato D. Federico de Sawa.                                                                       | 114 |
| En la solemne profesión religiosa de Sor Magdalena de los Dolores Chaves en el monasterio de Santa Inés de Sevilla el día 13 de Agosto de 1860. | 118 |
| Á S. A. R. el Sermo. Sr. Infante de España D. Sebastián Gabriel de Borbón, en las ruinas de Itálica.                                            | 121 |
| Al insigne pintor Bartolomé Esteban Murillo.                                                                                                    | 124 |
| Á Polonia en 1863.                                                                                                                              | 129 |
| Las ruinas de Itálica.—Á mi querido amigo el distinguido literato é inspirado poeta Sr. D. Juan J. Bueno.                                       | 133 |
| La muerte de Safo.—Á mi muy querido y respetable amigo el ilustre poeta Sr. D. Gaspar Bono Serrano, Capellán de Honor de S. M.                  | 139 |
| En la inauguración solemne del monumento erigido á la memoria de Fr. Luis de León.                                                              | 145 |
| Dos de Mayo.—En la inauguración del monumento dedicado al insigne patriota D. Luis Daóiz.                                                       | 149 |

## ELEGÍAS

|                                                                                                                   |     |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Á la memoria del eminente poeta sevillano Excmo. Sr. D. Gabriel García Tassara.                                   | 155 |
| En la sentida muerte de mi excelente amigo el Ilmo. Sr. D. José Fernández-Espino.                                 | 159 |
| En la muerte de la Srta. D. <sup>a</sup> Concepción Estevarena, eminente poetisa.                                 | 163 |
| Á mi apreciable amiga la Sra. D. <sup>a</sup> Antonia León de Armero, en la muerte de su esposo.                  | 166 |
| En la muerte del joven poeta Jesús Rodríguez Cao.                                                                 | 171 |
| En la sentida muerte del eminente novelista é insigne poeta D. Manuel Fernández y González.                       | 174 |
| Á mi muy querido amigo el eminente poeta alemán Excelentísimo Sr. D. Juan Fastenrath, en el día dos de Noviembre. | 178 |
| ¡Último adiós!—En la muerte del Emmo. é Ilmo. Sr. Cardenal de la                                                  |     |

|                                                                                     |     |
|-------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Santa Romana Iglesia D. Fray Joaquín Lluch y Garriga, Arzobispo de Sevilla. . . . . | 182 |
|-------------------------------------------------------------------------------------|-----|

HIMNOS

|                                                                                                    |     |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Á la Purísima Concepción. . . . .                                                                  | 189 |
| Á Nuestra Señora de la Soledad. . . . .                                                            | 192 |
| Á Murillo. . . . .                                                                                 | 195 |
| Á S. M. la Reina D. <sup>a</sup> Isabel II, en su llegada á Badajoz de paso para Portugal. . . . . | 197 |
| Á SS. AA. RR. los Serms. Sres. Condes de París, en su llegada á Sevilla. . . . .                   | 200 |
| España por D. Alfonso. . . . .                                                                     | 203 |

BALADAS

|                                    |     |
|------------------------------------|-----|
| El bastardo. . . . .               | 209 |
| Ilusión perdida. . . . .           | 215 |
| Los mártires de la Patria. . . . . | 217 |
| El hidalgo cazador. . . . .        | 221 |

TRADUCCIONES

|                                                                                                              |     |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| La barca de San Pedro.—(De Xavier da Cunha.) . . . .                                                         | 229 |
| Soneto.—(De Camoens.) . . . . .                                                                              | 231 |
| La fuente de los amores.—(De A. Soares de Passos.) . . . .                                                   | 232 |
| Soneto.—(De Camoens.) . . . . .                                                                              | 234 |
| Fe en el porvenir.—Soneto.—(De Ramos Coelho.) . . . .                                                        | 235 |
| Soneto.—(De Camoens.) . . . . .                                                                              | 236 |
| La fuente de los amores.—Soneto.—(De Elpino Duriense.) . . .                                                 | 237 |
| Soneto.—(De Camoens.) . . . . .                                                                              | 238 |
| El último sueño.—(De A. Soares de Passos.) . . . . .                                                         | 239 |
| Soneto.—(De Camoens.) . . . . .                                                                              | 241 |
| El firmamento.—(De A. Soares de Passos.) . . . . .                                                           | 242 |
| Soneto.—(De Camoens.) . . . . .                                                                              | 247 |
| Al desconcierto del Mundo.—(De Camoens.) . . . . .                                                           | 248 |
| Recuerdos.—(De Lord Byron.) . . . . .                                                                        | 249 |
| D. Miguel de Mañara.—(De Juan Fastenrath.) . . . . .                                                         | 250 |
| El gaitero del Llobregat.—(De Joaquín Rubió y Ors.) . . . .                                                  | 253 |
| Á la rosa.—(De Juan Fastenrath.) . . . . .                                                                   | 255 |
| El trovador y la castellana.—(De Joaquín Rubió y Ors.) . . . .                                               | 259 |
| Á caza de consonantes.—Traducción libre del soneto <i>Chasse á la Rime</i> .—(De Achille Millien.) . . . . . | 264 |

|                                                                                                        |     |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Misterio —Á la memoria de mi madre, en el tercer aniversario de su muerte.—(De M. Correale.) . . . . . | 265 |
| Tristizia.—(De Achille Millien.) . . . . .                                                             | 266 |
| La oración de la mañana.—(De Joaquín Rubió y Ors.) . . . . .                                           | 267 |
| Impresiones de Invierno.—(De Achille Millien.) . . . . .                                               | 270 |
| Betulia libre.—Himno triunfal.—(De P. Metastasio.) . . . . .                                           | 272 |
| Á los demoledores del arco de Sancho Ortiz.—(De A. de Latour). . . . .                                 | 274 |

## POESÍAS VARIAS

|                                                                                                                                                                                                                                                                      |     |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Á Dios en el Augusto Sacramento de la Eucaristía. . . . .                                                                                                                                                                                                            | 279 |
| La voz del Pueblo.—Al Emmo. y Excmo. Sr. D. Joaquin Lluch y Garriga, Cardenal Arzobispo de Sevilla.—Romance leído en la sesión solemne celebrada por la Academia Hispalense de Santo Tomás de Aquino, con motivo de su elevación á la dignidad Cardenalicia. . . . . | 282 |
| En la consagración del Ilmo. Sr. D. Marcelo Spínola y Maestre, Obispo Auxiliar de este Arzobispado. . . . .                                                                                                                                                          | 289 |
| En la primera misa de mi querido amigo el joven presbítero don Luis Gonzaga Herrera, inspirado poeta. . . . .                                                                                                                                                        | 292 |
| En la restauración del templo de Nuestra Señora de la Soledad en la villa de Santa María. . . . .                                                                                                                                                                    | 295 |
| Recuerdo de la adolescencia.—La vuelta de las golondrinas.—Á mi apreciado amigo el eminente orientalista Sr. D. León Carbonero y Sol. . . . .                                                                                                                        | 298 |
| Á mi madre, en una enfermedad. . . . .                                                                                                                                                                                                                               | 303 |
| La amistad.—Á Ercilia. . . . .                                                                                                                                                                                                                                       | 307 |
| En el álbum de la Srta. D. <sup>a</sup> Manuela Fernández de Salamanca. . . . .                                                                                                                                                                                      | 309 |
| Hero y Leandro. . . . .                                                                                                                                                                                                                                              | 311 |
| En el álbum de la Srta. D. <sup>a</sup> Ana de Ibarra. . . . .                                                                                                                                                                                                       | 315 |
| Á Ercilia. . . . .                                                                                                                                                                                                                                                   | 317 |
| Á un amigo Poeta, en sus bodas.—Canto epitalámico. . . . .                                                                                                                                                                                                           | 320 |
| El llanto de una madre.—En el regreso de los valientes marinos españoles vencedores en el Pacífico. . . . .                                                                                                                                                          | 322 |
| Agitación de amor. . . . .                                                                                                                                                                                                                                           | 327 |
| Á mi querida amiga la inspirada poetisa y novelista célebre señora D. <sup>a</sup> María del Pilar Sinués de Marco. . . . .                                                                                                                                          | 329 |
| En la proclamación de la República Federal. . . . .                                                                                                                                                                                                                  | 331 |
| Pasado y porvenir. . . . .                                                                                                                                                                                                                                           | 338 |
| Sátira contra los vicios de la sociedad española de nuestros días.—Epístola á mi buen amigo el inspirado poeta Sr. D. Luis Montoto. . . . .                                                                                                                          | 341 |
| Á la niña Blanca de los Ríos, en el solemne acto de su primera comunión. . . . .                                                                                                                                                                                     | 350 |

|                                                                                                                                                | Págs. |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------|
| En el álbum de la Srta. D. <sup>a</sup> Amparo Chéix. . . . .                                                                                  | 352   |
| Á España, después de la paz. . . . .                                                                                                           | 354   |
| En la llegada á Sevilla de SS. MM. el Rey y la Reina Regente para honrar las fiestas del Centenario de Colón. . . . .                          | 357   |
| En el álbum de mi apreciada amiga la Sra. D. <sup>a</sup> Natalia Álvarez de Segovia . . . . .                                                 | 363   |
| Al pueblo de Oberammergau, en la representación de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. . . . .                                              | 365   |
| En el álbum de la Srta. D. <sup>a</sup> Magdalena de la Torre. . . . .                                                                         | 370   |
| Bienaventurados los que lloran.—Escrita con motivo de los terremotos en las provincias andaluzas. . . . .                                      | 372   |
| Á Antonietta Fricci de Baraldi. . . . .                                                                                                        | 375   |
| Las nubes.—En el álbum de la Srta. D. <sup>a</sup> P. F. P. . . . .                                                                            | 377   |
| En el álbum de la Srta. D. <sup>a</sup> Florentina Oviedo. . . . .                                                                             | 379   |
| Al insigne poeta Excmo. Sr. D. Gaspar Núñez de Arce. . . . .                                                                                   | 381   |
| En el álbum de la muy ilustre Sra. D. <sup>a</sup> Manuela Real de Azúa de la Cerda. . . . .                                                   | 383   |
| En la apertura de la segunda Exposición de Pintura y Escultura de la Academia Protectora de las Bellas Artes. . . . .                          | 385   |
| Á la soledad. . . . .                                                                                                                          | 388   |
| El arte cristiano.—Leída en la apertura de la tercera Exposición de Pintura y Escultura de la Academia Protectora de las Bellas Artes. . . . . | 390   |
| Al eminente poeta Excmo. Sr. D. José Zorrilla, en contestación á su poesía titulada: « <i>Á Sevilla. ¡Buen año noventa y dos!</i> » . . . . .  | 393   |
| El pintor de la Inmaculada. . . . .                                                                                                            | 398   |
| Á un petirrojo. . . . .                                                                                                                        | 402   |
| Á S. M. el Rey D. Alfonso XII, en su entrada en Sevilla. . . . .                                                                               | 406   |
| En la Catedral de Santiago.—Fantasía. . . . .                                                                                                  | 408   |
| Adiós á mi lira. . . . .                                                                                                                       | 423   |

### RÁFAGAS DE OTOÑO

|                                                 |     |
|-------------------------------------------------|-----|
| En el día 1. <sup>o</sup> de Noviembre. . . . . | 431 |
| Sueños del alma. . . . .                        | 433 |
| Ante el sepulcro de mi amiga A. M. . . . .      | 436 |
| Á una hipócrita. . . . .                        | 437 |
| Anhelo del alma. . . . .                        | 438 |
| Ecos de la guerra civil. . . . .                | 439 |
| Historia triste. . . . .                        | 441 |
| En el mar. . . . .                              | 443 |
| Sin alma. . . . .                               | 446 |
| Desengaño. . . . .                              | 447 |
| La mendiga. . . . .                             | 448 |

|                                                                                                       | Págs. |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------|
| La pecadora. . . . .                                                                                  | 449   |
| Juventud del alma. . . . .                                                                            | 453   |
| En la playa.—Á la memoria de mi querida amiga la Sra. D. <sup>ª</sup> Dolores Zayas de Cuadra.. . . . | 454   |
| ***** . . . . .                                                                                       | 456   |
| Ángel caído. . . . .                                                                                  | 458   |
| Sin consuelo. . . . .                                                                                 | 459   |
| Ayer y hoy.—Á Ercilia. . . . .                                                                        | 461   |
| Ante el cadáver de mi infortunado amigo el joven poeta Cayetano de Ester. . . . .                     | 466   |
| Á un ruiseñor. . . . .                                                                                | 468   |
| En el Otoño de la vida.—(Meditación). . . . .                                                         | 469   |
| Notas. . . . .                                                                                        | 473   |



*Acabóse de imprimir esta obra  
el día 8 de Mayo de 1895.*



